SALVA VALERO
DIARIO DE UN
JOVEN ESPIRITISTA

DIARIO DE UN JOVEN ESPIRITISTA

Copyright © 2024 Salva Valero
Diseño de portada: Rubén Zarzo
Corrección: Paula Torralbo

Todos los derechos reservados.

A todos los que se sintieron diferentes…

prólogo

Piernas, sobre todo piernas… Aquel iba a ser el recuerdo más extraño de aquella habitación que dejo atrás. Mañana, se quedará desértica después de que todos mis recuerdos queden embalados en cajas de cartón.

Las había visto de todo tipo, algunas esqueléticas y huesudas, otras anchas y robustas y, las más tímidas, cubiertas por largas faldas que a veces rozaban el suelo. Podían ir acompañadas de curioso calzado que te hacía conocer más a los propietarios de aquellas extremidades. Recuerdo aquella bailarina de zapatos de ballet, rosa color claro, que aún alzaba el talón como deseando realizarme un último baile. También era frecuente ver unos zapatos cómodos, de estar por casa, de tela y que dejaban los dedos del pie al descubierto, seguidos por unas piernas agujereadas, con unos extraños arañazos de los que aún emanaba sangre.

En ocasiones, aparecían por sorpresa a mi derecha, cerca de aquel escritorio donde hacía mis deberes. A veces, yo veía unos zapatos y alzaba la mirada, viendo sus piernas. Era lo máximo que deseaba ver al levantar la mirada, no me gustaba mirar más. No por miedo, sino porque unas piernas no cambian tu día, no perturban tus ocupaciones, no al menos de la misma manera que un rostro, una mirada, unos labios moverse como si quisieran comunicarse contigo. Son imágenes que alteran tu vida, te impiden seguir con tus problemas diarios, tus emociones e incluso tus enfados. Nada parece igual o es superior a que, al llegar a casa, te acomodes frente al ordenador y, de repente, mientras esperas a que se encienda, veas reflejada una silueta a tus espaldas. Es mejor no verlos, por eso, bajo la mirada y sólo veo piernas.

Me gustaría dejar esto atrás. Me ha costado cumplir dieciocho años y mantenerlo en secreto. Ni siquiera lo sabe mi familia. La única vez que hice el amago de hablar de ello a mis padres, todas mis cintas de video de películas de terror fueron apiladas en una caja como la que tengo ahora en mis manos, requisándolas y diciendo que esas imaginaciones eran producto de tantas horas frente al televisor. Me marcho. Estoy contento, comienza mi andadura universitaria y, como golpe de suerte, mis estudios han de realizarse lejos de aquí, así que viviré en una habitación compartida con otro estudiante dentro del recinto universitario. No estoy seguro de ello, pero a veces he pensado que estas cosas raras que me pasan puedan deberse a este lugar, esta

siniestra casa que siempre me dio la misma mala sensación desde que nos trasladamos aquí, cuando yo tenía siete años. No lo sé, pero creo que voy a estar muy ocupado con conocer gente nueva, estudiar lo que siempre he deseado, tal vez enamorarme y que ellos sólo sean un confuso recuerdo de la adolescencia. Así que sigo embalando cajas, aunque ahora mismo puedo sentir dos niñas pequeñas al lado de mi cama, vestidas con ropa clásica, mirando fijamente, cogidas de la mano. Son siniestras, paso de mirar…

Recuerdo que una vez escuché que llamarlo un don, que determinadas personas nacen con un poder especial para ver estas cosas, pero no quiero creer que será algo que me acompañará toda la vida. Nunca olvidaré aquella fría tarde de invierno, justo un día antes de las vacaciones de Navidad cuando el director de mi instituto se suicidó. Usó un arma, el estallido retumbó en todos los pasillos del centro. Todos los alumnos quedaron horrorizados con la noticia, pero yo me llevé la peor parte. Las clases se suspendieron tras ese horrible acto. Nos avisaron por megafonía que recogiéramos nuestras cosas y nos fuéramos a casa. La ambulancia y la policía estaba de camino. Yo recogí mis cosas, las guardé en la mochila, pero quise ir al baño antes de salir del instituto.

Aún siento escalofríos cuando lo recuerdo. Todos mis compañeros huyeron en estampida, felices de evitarse la pesada clase de matemáticas que nos tocaba a continuación. El cuarto de baño estaba vacío. Nada más entrar, ya sentí algo extraño. Hay veces que a las apariciones le preceden una atmósfera especial. Había como una cierta neblina. Me miré en el espejo, empecé a lavarme las manos cuando sentí un silbido detrás de mí, casi como si lo hubieran hecho pegado a mi nuca. Sentí miedo. No me gusta cuando se acercan tanto a mí. Me sequé las manos y me metí en uno de los retretes. Cerré la puerta cuando escuché que alguien la golpeaba, era un toque suave, como si lo hiciera con los nudillos. Oí el "*toc, toc, toc*" lento y estremecedor. Me buscaban, ellos saben que puedo verlos. Me subí la cremallera y decidí salir fuera. Debía hacerlo si quería salir de allí y volver a mi casa. Cuando pasa algo así, sólo quiero encerrarme en mi habitación, poner música a todo volumen y distraerme leyendo novelas lo más lejano a contenido paranormal. Salí y no pude evitar mirar a ese gran espejo que había sobre los lavabos. Me vi a mí, pero también a él, una imagen desagradable que se aferró a mí y creo que me acompañará para los restos. Era el director. Solo pude verlo a través del espejo, reflejado, mirándome, con rostro desencajado, tal vez ya culpable de lo que acababa de hacer. Qué terrible fue ver su reflejo, cómo su cruel acto de volarse la cabeza había convertido su aspecto en algo monstruoso. Suerte que poca gente es capaz de verlos, se libran de ver

imágenes así. Todo su rostro tenía sangre reseca cubriéndole, sus ojos bien abiertos y la nuca abierta, un enorme surco que la bala había dejado por el que incluso se podía ver parte de su cerebro masacrado. Horrible, salí espantado del baño, con lágrimas en los ojos, deseando no haber visto algo así.

No sé si algún día dejaré de verlos, pero no me acostumbro. Convivo con ellos, muertos que me rodean y que me observan descaradamente al saber que puedo verlos.

CAPITULO 1
“AÚN HAY SANGRE”

De pequeño, el olor a hierba mojada era de mis favoritos. Mis abuelos tenían una modesta casa de campo con jardín y a mí me encantaba tumbarme sobre el césped y respirar profundamente ese agradable aroma a fresco, hoja mojada, a vida. Sentí lo mismo cuando puse mis zapatillas sobre un césped también cuidado, húmedo y de un verde intenso. Ahí estaba, mis pies sobre el césped del campus universitario con el que tantas veces había soñado.

Significaba mucho para mí estar allí, sentía que podía ser un nuevo comienzo, lejos de lo que había sido mi vida hasta entonces. Que nadie me malentienda, he sido feliz, adoro a mi familia, pero deseaba poner distancia y sentirme libre, valerme por mí mismo y estar a solas, pero a la vez rodeado de gente nueva. Mis amistades de instituto se habían ido apagando lentamente, cada vez teníamos menos cosas en común, todos habíamos crecido y transformado en personas diferentes. Recuerdo la última vez que quedé con mi mejor amigo de la infancia, Robin, y no saber de qué podríamos hablar. Fue una tarde de incómodos silencios, palabras calladas y un *adiós* casi de alivio cuando anocheció. No negaré que mi adolescencia había sido marcada por esas cosas que me ocurren, ya sabéis, las apariciones. Jamás se me ocurrió hablar de ello con mis colegas, no lo iban a entender y probablemente dudasen de mi buen juicio. Casualmente, vi uno de ellos en la casa de mi amigo Robin, hace unos años, cuando teníamos alrededor de quince.

Él estaba eufórico con un nuevo videojuego, era capaz de estar horas frente al televisor, golpeando compulsivamente los botones del mando con la yema de sus dedos. Su habitación era como la de cualquier adolescente a esa edad, una auténtica leonera. Recuerdo que tenía varias sudaderas usadas sobre una silla que no utilizaba, libros esparcidos por la cama, abiertos, de clase y que siempre acudía a ellos con pereza. También esos posters de sus ídolos de Marvel. Todo muy normal y en calma hasta que vi a esa niña pequeña escondida detrás de la puerta. Yo estaba distraído, incluso aburrido de ese repetitivo juego, así que mi vista se perdía en los estantes de mi amigo, repletos de figuritas y demás *merchandising* de cine. Me distraía observando mientras él se quejaba constantemente, había un obstáculo en el juego que le estaba costando horrores superar. Entonces, noté que no estábamos solos. Creo que es el espíritu de más corta edad que he llegado a ver. No debía tener más de cuatro años y, ahí estaba, oculta y con miedo detrás de la puerta. Apenas sobresalía su cabeza para

observar, aún recuerdo su cara de sorpresa y pánico cuando descubrió que yo podía verla. Se asustó más ella que yo, volvió a esconderse detrás de la puerta, en silencio.

–Voy al baño, enseguida vengo –le dije a mi amigo, poniéndome de pie y caminando hasta la puerta.

No quise hacer nada que delatase a Robin que estaba viendo algo, pero tampoco creía que se fuese a dar cuenta. Estaba absorto en aquel juego. Caminé lentamente hasta la puerta y con mucho sigilo fue moviéndola hacia adelante para poder ver con más claridad a esa niña perdida. Me entristece mucho los espíritus de niños, siempre mis ojos se humedecen al ver alguno así. Sus miradas son tristes, desubicadas, probablemente asustados de no entender qué estaba sucediendo. Esa pequeña volvió a verme con temor, apretaba su espalda contra la pared y se mostraba tensa, en alerta. Sentí que tenía miedo a que yo le fuese a hacer algo. Así que simplemente me limité a sonreír, le ofrecí una mueca de amabilidad y me alejé de ella, fingiendo que realmente tenía necesidad de ir al baño.

Mi amigo no hubiera entendido nada, incluso es posible que dejase de dormir tranquilo en su cuarto si supiera que tiene una curiosa huésped conviviendo con ella. Tiempo después pude averiguar que se trataba de una prima suya. La hermana de su madre perdió a su hija en un aparatoso accidente de tráfico, la pequeña tenía cinco años, así que la relacioné con esa aparición. Es interesante y sientes confort cuando descubres quiénes son. No siempre ocurre, pero cuando pasa, es como haber encajado una pieza de puzzle con otra. Robin no suele hablar de temas personales, así que pasaron incluso años en hablarme de la desgracia de su tía. Sin embargo, esa niña seguía en mi recuerdo, por lo que no tardé en conectar la historia con esa aparición.

Desearía dejar eso atrás, no me gusta verlos. No siempre son imágenes agradables como esa niña cándida de ojos marrones y dos trenzas. En ocasiones, son visiones muy repulsivas, desagradables y que jamás puedes quitarte de la cabeza. Los peores son los que provienen de muertes violentas y asesinatos. Una noche de verano, salí a correr antes de la cena y me encontré a una joven desnuda, llena de cortes y hematomas. Tuve la sensación de que era una chica asesinada. Me asusté mucho cuando empezó a seguirme, nerviosa, furiosa, sin querer que yo me alejase porque nadie era capaz de verla, sólo yo. Ojalá pudiera ayudarles, saber qué puedo hacer por ellos, pero yo no sé tampoco mucho de por qué los puedo ver y algunos, como esa chica, dan increíblemente miedo. Su cuerpo había adquirido un color blanquecino, sin vida, casi putrefacto. Alguien había amputado su mano derecha y seguía brotando un potente caño de

sangre de ahí, como una manguera a su máxima potencia. Seguramente buscaba ayuda, pero daba miedo que ella también corriera hacia mí, dejando ese reguero de sangre a sus espaldas. Sólo quise correr más rápido que ella y que desapareciera.

Me encantaría que esto parase y confío en que, si me centro en mis estudios superiores, en mi experiencia universitaria y en ignorar cualquier cosa que se manifieste ante mí, puedo dejarlo atrás. Una vez leí que hay gente sensitiva que logra cerrarse, bloquear su don y continuar con una vida normal, sin más apariciones. Eso querría para mí, fingir que nunca ha pasado y no tener que volver a verlos nunca más.

Así que aquí estoy, pisando el césped cuidado y distinguido de la señorial universidad de Westlocke. Aquí se imparten varias carreras y me he decantado por psicología. Me gusta entender a las personas vivas, ellos sí merecen mi atención. De pequeño, siempre me ha fascinado todo lo que tuviera que ver con la mente, las emociones y entender mejor cómo funcionamos. Creo que puedo disfrutar mucho de estos conocimientos que planeo adquirir. Pedí un mapa en recepción para poder ubicarme mejor. Este lugar es enorme. La prestigiosa universidad está dentro de un recinto privado con varias zonas verdes y grandes edificios en hilera que parecían todos iguales. Fui observando cuál era cuál hasta dar con las habitaciones para los alumnos interinos.

Toqué a la puerta con los nudillos de mi mano con cierta emoción, tenía ganas de conocer a quién iba a ser mi compañero de habitación durante todo el año. Anhelaba un nuevo amigo, un confidente, alguien a quien dar las buenas noches cada día después de contarnos cómo nos había ido la jornada. Esperaba muchas cosas y, tras la puerta, me encontré a Bruna.

Sí, una chica, aunque su corte de pelo fuera varonil pero increíblemente sexy. Dudé de si estaba en el edificio correcto, dudaba que una conservadora universidad dispusiera de un sistema mixto de habitaciones. Debía haber un error, eso le dije mientras ella escaneó todo mi cuerpo.

–Perdona, debo haberme equivocado de edificio. Esta no puede ser mi habitación –me excusé, casi titubeando, volviendo a desplegar el folleto del campus que incluía el mapa.

Bruna permaneció en silencio, alzando uno de sus brazos y apoyándose contra el marco de la puerta. Se le veía obstinada, atrevida, ahí permanecía con una mirada desafiante. Le pregunté su nombre, tardó en contestar y cuando lo dijo, insistió en su última

vocal, alargándola todo lo posible, "*Brunaaaa*".

–Encantado Bruna, yo me llamo Ryan –le dije dejando las maletas al lado de la cama que ella me señaló que iba a ser para mí.

Vestía una cómoda camiseta sin mangas de color gris algo ceñida y unos vaqueros negros que esculpían su figura. Su pelo era castaño, ojos azul celeste, nariz respingona y una boca algo más grande lo normal. Mi abuela me dijo una vez que las personas con boca grande, suelen ser demasiado charlatanas y testarudas. Bruna encajaba bien en esa descripción. Se tumbó sobre la otra cama y respondió a mis preguntas sin quitar la vista del techo.

–Espero que no tengas molestia con que yo sea tu compañera de cuarto, seguro que lo pasamos bien –dijo con voz pícara, incluso me atrevería a decir que insinuante.

No os negaré que me parecía atractiva, pero me sentía intimidado por su excesiva seguridad en sí misma, la seguridad de que yo estaba prendado de ella al segundo. De vez en cuando, me miraba con ojillos traviesos y sonreía, como satisfecha de saber que yo estaba mirando disimuladamente su cuerpo.

–¡Bruna! –se oyó a sus espaldas, alguien le gritó al entrar en la habitación y verla tumbada sobre la cama, casi en posición erótica.

Ella se reincorporó, puso la mano en su boca mientras dijo un sensual "*ups*", saliendo de esa cama. Al parecer, no era suya, ni siquiera iba a ser realmente mi compañera de cuarto. A Bruna, le gustaba juguetear y bromear todo lo posible. Tenía un espíritu juguetón y salvaje. El chico que le llamó la atención era Tom, con quien sí iba a compartir esa habitación.

Era la versión opuesta a Bruna. Tom era muy correcto, prudente y de esas personas que siempre que hablan intentan que estés lo más cómodo posible. Avanzó hacia mí y me tendió la mano con alegría de conocerme. Su prudencia también se extendía a la elección de su vestimenta. Vestía camisas formales, siempre debidamente planchadas, zapatos impecables que limpiaba cada noche antes de acostarse y jamás salía de la habitación sin antes engominarse su pelo oscuro y con peinado a raya. Detrás de unas gruesas gafas, se escondían también unos bonitos ojos azules, algo similares a los de su amiga.

–Bruna es mi mejor amiga, digamos que no suele congeniar mucho con el resto de las chicas, así que la verás mucho más por este pabellón –me explicó Tom mientras yo empecé a sacar las cosas de mi maleta.

–Sí, a veces estoy aquí para ver a mi amigo, otras en busca de un buen revolcón –apostilló Bruna con alevosía y una mirada pícara.

–Te acostumbrarás a su lenguaje, digamos que no tiene pelos en la lengua –dijo Tom, disfrazando cierto rubor por su amiga.

Tom me explicó algunas reglas del campus en cuanto a los horarios de aquella área de habitaciones. Los tres habíamos escogido Psicología, una casualidad, ya que en ese recinto universitario se impartían variadas carreras. Bruna desconectó de la conversación, se puso a escribir con su teléfono móvil y acabó por irse a dar una vuelta.

La habitación era pequeña pero confortable, teníamos a nuestras espaldas un gran ventanal. Siempre busco las estancias con mucha iluminación, ya que ellos suelen esconderse en los rincones oscuros. Pensé en ello mientras curioseaba el lugar, apretando dientes y deseando con todas mis fuerzas no ver nada allí. Tom ya había colgado algunos posters en su lado, había decorado sólo la mitad de la habitación, invitándome a que yo también personalizara mi costado.

–¿Conoces a Bruna de hace mucho tiempo?– le pregunté con curiosidad, esa chica había irrumpido como un torbellino y, aunque ya no estaba con nosotros, seguía teniéndola en la cabeza.

–Qué va, dos semanas, nos conocimos en la cola de la matriculación. Es una locura de chica, pero se nota que tiene buen corazón. Dice que no suele tener suerte con los amigos y, bueno, me sentí identificado con ella –me confesó cabizbajo, descendiendo el volumen de su voz al compartir algo así, mantuvo su mirada en el suelo y esperó algo de agallas para continuar hablando–. Soy gay, prefiero decírtelo por si puede suponer un problema o quieres pedir un cambio de habitación.

–Ningún problema –me apresuré a contestar y con una sonrisa de aceptación. Es cierto que vengo de un pueblo muy pequeño, nunca he conocido a alguien homosexual, pero… ¿acaso no guardaba yo también un secreto que me hacía muy diferente al resto?, creo que podía empatizar con Tom, yo también me he sentido distinto al resto y valoraba su valentía al querer contármelo enseguida. Sé que yo no era capaz de hacer lo mismo y decirle esas cosas que me pasan. Yo sí temía la reacción de los demás, que me mirasen como si me faltase un tornillo por afirmar que veo muertos, que parece que sea un imán para ellos, que saben que yo sí los puedo ver. Tom tenía huevos en decírmelo, veo que puedo aprender ese coraje que él había tenido conmigo.

–Ningún problema, chaval, anda, dame un abrazo –le dije yendo hacia él y apretándolo con fuerza contra mí.

Intuyo que puede haber una gran amistad con este chico. Sentí que había sido afortunado con quién iba a ser mi compañero de cuarto. Terminé de desembalar mis cosas y Tom se ofreció a hacer de guía por el campus, él ya llevaba unos días previos allí.

Cerca del despacho del decano, había una gran biblioteca que Tom decía adorar. Decía que había la mejor colección de libros que pudiera imaginar. A mí, sí es cierto que me gustaba siempre terminar mis días con un libro en la cama, aunque últimamente estaba tan nervioso con mi gran cambio de vida que no había leído tanto. Tom quería buscar un libro de la larga lista que nos habían dado y que debíamos tener antes de que comenzaran las clases. Le dije de esperarle fuera, quería aprovechar un pequeño momento de soledad para llamar a mis padres y decirles que estaba bien. Abrí mi mochila y rebusqué entre mis cosas hasta encontrar mi teléfono móvil. Bajé mi mirada a mis cosas cuando supe que algo pasaría al levantarla, al mirar en frente mía. Estaba pasando, lo sé. A veces, esto ocurría. Tenía como una sensación previa que antecedía a la aparición. Recuerdo una vez en el autobús, casualmente estaba también con el teléfono. Tenía puestos mis auriculares y miré la pantalla para cambiar de canción. No había nadie sentado a mi lado, no hasta que sentí que el asiento de mi izquierda dejaba de estar libre. Lo supe antes de mirar, tuve esa sensación, aunque aún no viese ese rostro, esa señora mayor que hablaba en un lenguaje que yo desconocía. Rara vez me intentan hablar, detesto cuando lo hacen porque sus voces ya no suenan igual que cuando estaban vivas. Siento que les cuesta pronunciar palabras, hablan como a golpes de voz y su tono cambia, suena más enlatado y cavernoso. Supe que esa anciana estaba ahí, sentada a mi lado, antes de que yo despegara mis narices del teléfono. Me atreví a girarme y vi ese rostro asustado, mustio, una mirada desgastada, sin vida. No entendía qué me decía, parecía del sudeste. Me levanté de mi asiento y me fui hacia la puerta del autobús. Me daba igual que no fuera mi parada, no quería estar todo el trayecto junto a un muerto que requería de mi atención. Lo hice de manera disimulada, sin montar un espectáculo, apretando el botón de parada solicitada y esperando nervioso, sudando, sin querer mirar hacia atrás para saber si ella también se levantaba para seguirme.

No, allí no. Pensé a las puertas de esa biblioteca. Volvía esa sensación de no estar solo, de tener alguien que me miraba y que no es de este mundo. Era una presión en el pecho, acompañado de un escalofrío que recorría todo mi cuerpo, el aviso de que uno de ellos estaba ahí, esperando a que yo alzara la vista y lo viese. Sentí amargura al sentirlo de nuevo. Había deseado con tantas fuerzas que

eso no sucediera. Apreté mis ojos, cerrándolos y esperé sin saber qué hacer. Me di la vuelta bruscamente sin abrirlos y entré dentro de la biblioteca. Los abrí y busqué desesperadamente a Tom. Él estaba agachado en un interminable pasillo, husmeando un libro de grandes proporciones. Fui hasta él y me centré en su cara. Si sólo lo miraba él, no vería si ese espíritu había entrado también dentro de la biblioteca. Miré tan de cerca a Tom que me aprendí su cara al completo y para siempre, todos sus rastros de acné y una cicatriz cerca de su ceja derecha. Intenté relajarme y que él no se diera cuenta de que estaba desesperado, agitado y todo sudado.

–¿Tú no vas a buscar los libros de la lista? –me preguntó mientras seguía mirando los textos de ese libro sobre comunicación neurolingüística.

Lo miré resignado y pensé para mis adentros que yo lo único que deseaba era dejar de ver a esos pesados fantasmas que siempre me seguían a todas partes. Intenté regular mi respiración y le propuse un paseo por los exteriores, sentarnos un rato en ese verde y frondoso césped de la entrada.

Aquello era un auténtico esplendor en la hierba, pensé con mi mente cinéfila recordando aquella película de los sesenta. Tom y yo estábamos tumbados en ese césped, usando nuestras mochilas como almohadas. Nos pusimos las gafas de sol y disfrutamos con esa soleada sobremesa. Eran los primeros días de octubre, el tiempo seguía siendo una maravilla, apenas una ligera sensación de frescor. Ahí estábamos, sólo hacía unas horas que nos conocíamos y ya no necesitábamos rellenar todos los silencios. Tom puso música a través de su teléfono móvil, tarareó de vez en cuando alguna de las canciones y yo me limité a relajarme. Era un sueño hecho realidad, estar en ese precioso lugar y con todo un curso por venir. Tenía ganas de conocer más alumnos, ir quizás a alguna fiesta universitaria, incluso puede que liarme con Bruna. En realidad, cualquier cosa me iba a parecer bien con tal de que no fuese ver esos espantosos seres de ultratumba.

Bruna se unió a nosotros, aunque su escandalosa risa perturbó ese descanso tan zen que habíamos conseguido. Vino eufórica, hablando de una exposición a la que quería que le acompañásemos. Me extrañó que ese fuese su plan sugerido, me esperaba quizás algo más loco y que incluyese alcohol. Bruna quería ver una exposición de cuadros de una universitaria desconocida que se había influenciado en el arte de Andy Warhol. “*¿Por qué no?*”, le dije yo apuntándome.

La exposición era fuera del recinto universitario, cogimos el metro y fuimos hasta una humilde galería en los suburbios. Bruna estaba emocionada, nos dijo que *Bellas Artes* había sido su segunda opción, que estuvo indecisa hasta el último momento y que, a día de hoy, seguía sin tenerlo muy claro. Tom solicitó pararnos en una cafetería antes, nos confesó tener una fuerte adicción a la cafeína y necesitaba su dosis vespertina. Pidió cafés para llevar para todos y fuimos dándole pequeños sorbos a un *capuccino* demasiado caliente.

–Bueno, ¿y qué tal os va el tema novios? –me atreví a preguntarles a ambos cuando aún nos quedaban unos pasos para llegar a la galería.

Tom fue el primero en contestar. Se sonrojó al reconocer que nunca había besado a un chico. Que estaba seguro de que era gay porque se enamoró de un actor de su serie favorita y su condición fue revelada a través de continuados sueños húmedos. Dijo tener ganas de atreverse, instalarse alguna aplicación de citas y quedar con algún chico del campus. Yo me ofrecí a ayudarle, ser su *coach* amoroso para que hiciera una buena elección. Sonreímos y miramos a Bruna, a la espera de saber cómo le iba en tema de amores.

Bruna se dio tiempo para contestar. Desconocía que había tocado material sensible. La pausa se alargó y parecía insegura sobre si deseaba hablar de ello. Esa Bruna alocada, sexy y deslenguada se ausentó para mostrar a una niña triste, desamparada y de mirada lánguida. Sus ojos cielo se humedecieron antes de hablarnos de su atroz secreto. Valoraba lo rápido que Tom le hubiese hablado de su condición sexual y yo pronto me había ganado su confianza, así que se atrevió a hablarnos de ello.

–Mi novio murió hace cuatro meses en un accidente de moto –reveló casualmente cuando caminábamos pegados a una calle bien transitada de coches y motos, terrible casualidad que nos contase sobre el accidente con el murmullo de coches frenar bruscamente, ruedas chirriando y cláxones de impaciencia–. Empezó a llover y las ruedas le patinaron. Siempre le dije que no corrieran si el suelo estaba mojado, fue un cabezón hasta su último día. Fue un aparatoso golpe y perdió demasiada sangre. Horrible, no pudieron cortarle la hemorragia en el hospital, llegó demasiado débil. Es algo espantoso, me cambió para siempre.

Tom no dudó en abrazarla con fuerza y darle un cariñoso beso en la mejilla. Nunca la había visto así, tan débil e indefensa. Bruna se había abierto ante nosotros y ahora debíamos hacer que regresase, su vista estaba perdida en esos agónicos recuerdos. Menos mal que ya casi estábamos en esa exposición que tanta ilusión le hacía. Intentamos animarla, aunque esa tarde no consiguió recomponerse del todo.

Mientras paseábamos y contemplábamos esos cuadros, pensé en el accidente de moto del novio de Bruna. Nos dijo que era de nuestra misma edad y, aunque yo parecía estar rodeado de muertos, no me acostumbraba a la idea de que todo puede acabar cuando menos lo esperábamos. Es una paradoja, lo sé, pero le tengo pánico a la muerte. Quizás es porque sé que no hay cielo, no hay descanso ni paz, he visto demasiadas almas en pena para saber que lo que viene después no es una recompensa para la cruda vida que hayamos podido tener. He visto niños muertos, asustados, lloriqueando por no encontrar a su mamá o porque mamá no los puede ver. El más allá me parecía una mole misteriosa, desconocida y que nadie llega ahí con instrucciones.

Conseguimos que Bruna se distrajese y recuperó la sonrisa cuando tuvo la oportunidad de conocer a la artista que había organizado el evento. Yo también pude conocerla y quedé prendado de esa alma libre llamada Violet. Debía tener unos cinco años más que nosotros, pude sentirlo por su personalidad resuelta, definida, algo más acostumbrada a haber logrado ser lo que deseaba. Se paseaba con seguridad por esos pasillos de la galería mientras el público observaba sus obras, algunos con cierto ojo crítico. A ella, todo eso le daba igual, ya era feliz por haber llegado hasta allí. Bruna se acercó a presentarse, la seguía por redes sociales desde hacía un par de años y estaba emocionada por conocerla en persona. Tom y yo también nos presentamos. Violet fue amable con nosotros y nos sorprendió cuando nos dijo de tomar unas cervezas cuando la galería cerrase.

–Apenas conozco a nadie en esta ciudad y tenéis cara de conocer algún sitio interesante donde llevarme –justificó, excusándose para ir a hablar con el resto de los asistentes.

Bruna volvió a sus obras mientras le explicaba a su amigo Tom sobre el sentido que ella veía a esas expresiones coloridas y rasgos geométricos. Yo me escabullí unos instantes de ellos cuando volví a tener esa temida sensación. No, otra vez no, tartamudeé en voz baja, sintiendo que no todos los que estaban en ese reducido espacio permanecían con vida. Volvía a pasar, rechisté malhumorado. No quería eso, no mientras intentaba encajar con mis nuevos amigos y divertirme. Pensé en abandonar la galería, decirle a Tom y Bruna que los esperaba fuera, coger aire y estar allí hasta que se marchase. Suelen molestar menos cuando estás en el exterior, sobre todo en lugares iluminados. Pensé que era buena idea, así que busqué a mis amigos mientras intentaba evitar el contacto visual con ese ser que ya sentía cerca de mí. Bruna tenía cogido a Tom del brazo mientras no dejaba de hablar, nerviosa y emocionada por esos dibujos. Estaba cerca de ellos cuando me topé cara a cara con ese ser que reclamaba mi atención. No pude evitar el verlo, ya que estaba cerca de ellos. En

ese estrecho pasillo, un tipo alto de anchas espaldas observaba a mis amigos. No tardé en relacionarlo. Me fijé en su apariencia y tenía todo el cuerpo lleno de cortes sangrantes. Su cabeza estaba vendada con unas gasas de las que emanaba borbotones de sangre que no cesaban. Miraba a mis amigos, en concreto a Bruna. Reconocí quién podía ser, más aún cuando vi cómo la miraba con recelo al verla cogida del brazo de otro chico.

Por primera vez en mi vida, el espíritu que se manifestaba ante mis narices no era un ser desconocido. Apenas había pasado una hora desde que Bruna nos había hablado con pesar de su muerte. Supe por toda esa sangre y magulladuras que lo cubrían que era su novio fallecido. Probablemente, lo hubiera atraído al recordarlo en voz alta con dolor. Volvía a estar a su lado, pero nervioso y molesto porque ella no pudiera verlo. Nadie de los presentes en esa galería cruzaba contacto visual con él, ninguno menos yo. Ese chico muerto me miró fijamente y comenzó a caminar hacia mí al descubrir que yo sí podía verle.

Le di la espalda y comencé a caminar, no lo suficiente deprisa para no llamar la atención. Me hizo cambiar el rumbo, me dirigía hacia la puerta de salida cuando él me abordó. Fue hasta el interior de ese local y busqué los baños, encerrándome en uno de ellos. Sentí cómo mi corazón palpitaba endiablado. Él sabía que podía verlo, incluso puede que supiera que conocía a Bruna. Yo no quería relacionarme con él, saber más de su condición como muerto. Cerré el baño con pestiño y esperé a que se cansara cuando comenzó a golpear la puerta con furia. Él sabía que estaba dentro, quería hablar conmigo y parecía incesante.

Yo me senté sobre el retrete y tapé mis oídos con mis manos cuando me empezó a hablar. Me aterraba la forma que tienen de hablar, similares a como se escuchan en una psicofonía, esas voces tan guturales y de ultratumba. Su voz era rasgada, rota, tenebrosa. Aunque apreté con fuerza la palma de mis manos para no oírlo, pude escuchar un "*Dile a Bruna que la quiero*".

No, yo no quiero. Ni hablar, me niego a ser el mensajero de los muertos. Bruna debía ser feliz, olvidar a ese chico con el que irremediablemente no iba a poder volver a estar. Él también debía aceptarlo y, sobre todo, olvidarse de la idea de que yo iba a poder ayudarle. Él seguía hablando, gritando con esa voz espeluznante y golpeando la puerta como un loco. Tapar mis oídos no era suficiente, seguía oyéndole. Creo que decía algo sobre la carretera, el accidente. Comencé a tararear una de las canciones pegadizas que Tom me había hecho escuchar al mediodía y, con los ojos cerrados, supliqué que se

marchara.

Tres minutos y medio después, lo que duraba esa canción, abrí los ojos y comprobé asustado que el suelo del baño estaba cubierto de un manto de sangre. Probablemente, era debido a esas heridas sangrantes del chico, recuerdo cómo Bruna nos confesó que la causa de la muerte fue el desangramiento. Desconozco si alguien más podría ver esos charcos de sangre o sólo están reservados para mis ojos. Para nada es una virtud, sino más bien una condena.

Empecé a sentir claustrofobia en ese baño tan pequeño. Volví a mi técnica de cerrar los ojos y caminar hacia la puerta, como si estuviese en una habitación completamente a oscuras. Busqué el pomo de la puerta con intención de salir de allí sin querer verlo. Caminaría unos pasos a ciegas y me volvería a entremezclar con las personas que estaban en esa galería. Ese era mi plan hasta que sentí que alguien agarró mi camiseta por el pescuezo. Nunca antes habían intentado agarrarme, imaginaos mis índices de ansiedad en ese momento. Pude sentir su mano fría agarrarme para impedir que me fuera. Acorralado, no tuve más opción que abrir los ojos. Ahí estaba, más cerca que nunca de mí. Su aspecto era deplorable, el pelo de ese chico estaba teñido de sangre apelmazada, su cara llena de vendas también rojizas, todo su cuello lleno de magulladuras y cortes, así como su ropa hecha jirones. Pero lo que más me aterraba era su mirada. Eran unos ojos desencajados, fuera de órbita, como una persona con problemas de insomnio. Clamaba ayuda sólo con esa forma de mirar, desencajada y atormentada. No podía hacer nada, continuaba agarrándome con fuerza de la camisa. Asustado y con voz temblorosa, hice algo que no había hecho nunca antes, miré a esos ojos directamente y le pregunté qué quería de mí.

Él contestó, como os digo, con esa voz de muerto tan tenebrosa, aunque más estremecedoras fueron sus palabras: "*Tienes que ayudar a Bruna, ella también está a punto de morir*".

CAPITULO 2
“FUEGO”

La tercera cerveza siempre tiene un efecto hipnótico y un peligroso deseo de decir toda la verdad. Nunca me gustó beber demasiado junto a mis amigos, temía que bajo el efecto de aquel jugo de cebada me diera por hablar en exceso. Me daba miedo romper ese secretismo que siempre quise guardar sobre mi particular facilidad para ver fantasmas. Esa noche, era doble mi impulso de compartir.

Estaba cómodo en ese pub al que habíamos llevado a Violet, la artista ilustradora de la galería donde habíamos pasado la tarde. Por una extraña razón, esa chica se sentía genial a nuestro lado. Deduje que al igual que yo y el resto de mis nuevos amigos, ella tampoco terminaba de encajar con su entorno. Encontraba divertidas las anécdotas de Bruna, además de su manera de contarlo, ingeniosa y gesticulando mucho. Tom no tuvo reparos en hablarle abiertamente sobre su identidad, así como también algunas anécdotas sobre ser gay. Yo estaba muy a gusto con ellos, demasiado. Por un momento y bajo el influjo del alcohol, a punto estuve de hablarle sobre mi secreto. Pero no podía hacerlo y mucho menos después de que esa particularidad mía se hubiese complicado más aún al interactuar con uno de ellos, el novio muerto de Bruna. Me salí de la ecuación cuando sugirieron una cuarta ronda, dije que yo no quería más, debía estar consciente y ser cauto con ellos. Eran amigos demasiado nuevos para jugármela en hablarles de cosas que quizás no iban a entender.

–Sois geniales chicos, mi primer año en la universidad fue un auténtico rollo –se sinceró Violet, sonriendo de manera pletórica frente a nosotros–. Mis compis eran demasiado alternativos, muy *hippies* para mí y con pocas cosas en común.

Violet no era la típica artista *underground*, todo lo contrario, emanaba elitismo y sofisticación. Vestía un caro jersey de angora y su pelo planchado con mechas, como si hubiera ido a la peluquería esa misma mañana. Tenía un rostro dulce, fino, tez muy blanquecina y cuidada manicura. Se notaba que no solía beber a menudo, empezó a balbucear su discurso cuando le animaron a tomar una cuarta cerveza. Buscó su teléfono y fue pidiendo un taxi cuando empezamos a advertir que se nos había hecho algo tarde. Violet intercambió su número con los nuestros y prometimos volver a vernos muy pronto. Nosotros, de menor poder adquisitivo, caminamos con prisa hacia la parada de metro, apenas quedaban minutos para el último trayecto.

Mientras íbamos hacia allá, observé silenciosamente a Bruna. Las

palabras de su novio muerto me habían dejado muy preocupado. Presagiaban que iba a morir pronto, era horrible pensar que eso podía ser cierto. Jamás había vivido una situación igual, observar una joven de dieciocho años con el temor de que le quedasen pocos días de vida. Era joven, como yo, de mi misma edad, demasiado doloroso pensar que aquello podría suceder. Ningún muerto me había dado antes un mensaje y éste era devastador. *¿Por qué me lo dijo?, ¿significa que igual yo lo puedo evitar?*, comencé a preguntarme mientras subíamos al vagón del metro. Tom nos habló durante el trayecto sobre su devoción por las novelas de misterio y cuántas había leído durante el último año. Yo desconecté de la conversación, sumergido en esas preguntas sin respuesta. Lo malo de cuando guardas un secreto, es que sólo tú puedes darle respuestas a algo que no te atreves a preguntar en voz alta. No hay opiniones del resto, ni consejos. Es algo que has de deliberar tú solo.

Esa noche tuve un sueño terrible. Desperté empapado en mi propio sudor y con la respiración revolucionada. Puse mi mano sobre mi pecho y noté cómo el latir de mi corazón iba a un ritmo endiablado. Miré hacia mi derecha y comprobé que Tom dormía plácidamente. Por suerte, tenía un sueño profundo. Intenté relajarme, salí de la cama con sigilo y apoyé mi cara contra el cristal del gran ventanal que teníamos a nuestras espaldas. Teníamos unas inmejorables vistas. El edificio daba a la entrada del campus, a ese césped donde nos gustaba tumbarnos y que ahora estaba siendo regado por aspersores. El exterior sólo estaba iluminado de madrugada por la tenue luz de una hilera de farolas de poca intensidad. Me centré en el paisaje mientras mi cuerpo volvía a la normalidad. Mantuve mi mano en mi pecho y descansé al sentir que mi corazón también empezaba a serenarse. Había sido un sueño demasiado real, incluso me estaba cuestionando si sólo había sido eso. Tenía que ver con el accidente del novio de Bruna. Yo no aparecía en el sueño, era como si estuviese visionando una película. Pude ver la carretera mojada por la lluvia con apenas luz y visibilidad, varios coches pasando a demasiada velocidad. Vi la moto del chico, el casco azul que no fue suficiente para protegerse. Intentó adelantar cuando un coche lo embistió. El motorista salió lanzado contra una de las vallas, estampándose en un golpe mortal e irreversible. Varios de sus órganos empezaron a fallar tras la fuerte colisión, aparte de heridas que no dejaron de sangrar. Me desperté angustiado al volver a verlo así, empapado con su propia sangre, moviendo sus labios con poco aliento de vida, pronunciando el nombre de su chica.

¿Fue sólo un sueño o el muerto ha podido entrar en mis sueños?, me

pregunté mientras volvía a mi cama. Era desagradable haber sido testigo de algo así, pero no estoy seguro de si sólo es producto de mi imaginación. Todo parecía tan real que mi cuerpo reaccionó de esa manera, sudando y agitándose. Intenté relajarme y volver a conciliar el sueño.

El tono de llamada del teléfono de Tom me despertó aquella noche de sueños interrumpidos y poco descanso. Me desperecé antes de salir de la cama y le di los buenos días con una sonrisa cuando él pidió turno para ser el primero en ir al baño. Tenía obsesión por lavarse los dientes lo más pronto posible, tanto al despertar como nada más comer. Todos con una mínima higiene lo hacemos, pero él literalmente era tragar el último bocado de comida y tener que ir corriendo al baño para limpiarse la dentadura. Su hincapié por mantener siempre sus dientes blancos e impolutos rozaba la obsesión. Mientras esperaba a que el baño estuviera libre, aproveché la soledad para volver a pensar en el tema. Bruna podía estar en peligro y no sabía si yo era capaz de alterar el destino. Si no es así, no entendía que su novio muerto me lo dijese. No sabía qué hacer, sentía que el tiempo corría y yo era demasiado nuevo en estas cosas.

Paradójicamente, pensaba que mudarme a la universidad me haría desconectar de todo esto y, ahora, estaba más presente que nunca. Quedaban dos días para que comenzara las clases, así que decidí dedicarme en cuerpo y alma a ese asunto. Pero debía de saber hacerlo de manera disimulada, no quería que mis nuevos amigos supieran nada de lo que estaba pasando.

–¿Ya has pensado qué vas a hacer hoy? –me preguntó Tom al regresar del baño, abrir su armario y escoger qué ropa ponerse–. Podíamos aprovechar estos últimos días de libertad para seguir conociendo más la ciudad, ya tendremos días de no salir de este campus. ¿Qué te parece?

–¿Bruna también vendrá con nosotros? –pregunté a Tom mientras caminaba hacia el baño, me esforcé en decirlo con poco interés, como si me diese igual la respuesta.

–No, me dijo que quería darle una oportunidad a su compañera de habitación. Parece ser que no han empezado con buen pie, así que han decidido comer juntas en un intento de limar asperezas –me contó Tom mientras se abrochaba los botones de la camisa color ocre que había escogido ponerse–. Vaya, vaya, te veo algo interesado en mi amiguita, ¿es así?

Me giré sin saber qué decir. Tom me miraba con una mirada de

complicidad, travieso, convencido de que la chica me interesaba. Puede que al principio me hubiese fijado en ella, pero fue bastante *interruptus* tener una conversación con su novio muerto.

–Acabo de llegar aquí, paso de ataduras –contesté con cierta chulería impostada–. ¿Y tú qué?, ¿cuándo vamos a hacerte ese perfil de ligue?

Ahora era Tom quien se ruborizaba. No estaba acostumbrado a hablar de esas cosas con chicos hetero, incluso en general con nadie. Se juró a sí mismo que las cosas iban a ser diferentes cuando llegase al campus, eso le dio impulso para contárselo rápidamente tanto a Bruna como a mí. Y, aunque se sentía liberado por haberlo hecho, aún sentía vergüenza al verbalizar cosas respecto a su atracción hacia los chicos si yo estaba presente. Cuando era yo quien le preguntaba sobre el tema, sufría un transitorio y leve tartamudeo.

–Op..opino como tú… sin..sin.. presiones… tenemos todo el año por delante –respondió con dificultad y sin mucha convicción, se notaba que lo decía para salir del paso.

–Oye, ¿y si nos apuntamos al plan de Bruna y su compi?, puede ser divertido y así le echamos un cable, podemos hacerle ver a esa chica que Bruna tiene buen corazón debajo de ese alocado sarcasmo y atrevimiento. ¿Te apetece? –propuse dando falsas explicaciones, todo mi interés era no alejarme demasiado de Bruna por si realmente estaba en peligro de muerte.

Tom no tuvo problema en aceptar, seguía nervioso e inseguro al pensar en esa aplicación de citas con la que yo le insistía. Nunca había tenido una cita, ni siquiera se la planteaba a corto plazo, pero sólo pensar en ello le ponía muy nervioso, preocupado e inseguro. Aceptó mi plan. Bruna tampoco tuvo objeción en que nos añadiéramos.

La compañera de piso de Bruna era bastante singular. Se creó una curiosa situación. Nuestra amiga quería agradarle porque iba a ser mucho el tiempo que iban a compartir, pero realmente la chica era odiosa. Le gustaba hablar y hablar, apenas escuchaba y cuando lo hacía era para corregir o demostrar que ella sabía más. Era la típica *ratita* de biblioteca con pocas habilidades sociales y un exceso de confianza sobre su sabiduría. Bruna estaba preocupada en ser la causa de que no encajasen, admitía ser una chica excesiva, intensa, pero en esta ocasión no era su culpa. Fuimos a una hamburguesería barata por el centro de la ciudad. La *marisabidilla* compañera de Bruna, enumeraba orgullosa sus notas de acceso a la universidad y alardeando de que fue la que mejores resultados obtuvo de su promoción.

–He tenido suerte de compartir habitación con la chica más lista del campus –dijo Bruna en su agotador esfuerzo de ganarse su simpatía–. Espero que me eches una mano con los exámenes, a ver si se me contagia algo de ti.

La cansina chica negó rotundamente con la cabeza, apenas tenía espíritu de compañerismo, decía que iba a estar muy atareada con seguir siendo la mejor. Su excéntrica egolatría me saturaba, les dije que salía un momento a llamar a mis padres. Estábamos en el sótano de la hamburguesería y allí había poca cobertura. Era un enorme local de dos plantas. Subí las escaleras para salir del exterior cuando volví a notar la incómoda sensación. Otra vez no, esa mala sensación de que iba a ver algo que no quería ver.

Noté una fuerte punzada en el estómago, aunque también podía ser por esa doble *cheeseburger* de dudosa calidad. De repente, pensé en el novio de Bruna y a él sí me gustaría verlo de nuevo. Quería hacerle preguntas, descubrir qué podía hacer para ayudarle o si podía evitar que su vida corriera riesgo. Volví a bajar unos escalones e inspeccioné desde lo lejos la mesa donde estaban mis amigos. No había rastro de ningún fantasma cerca. Debía de ser otro. Era un local grande. Seguro que algún adolescente recién muerto había decidido volver a su restaurante favorito donde solía cenar los domingos con sus colegas. Subí las escaleras con temor, eran demasiadas las ocasiones en las que me había llevado un buen sobresalto con alguna imagen desagradable.

La parte de arriba era donde estaba el mostrador y algunas mesas. Cuando el aforo estaba completo, los empleados pedían cortésmente que ocuparan la parte de abajo. Miré las mesas y todo me pareció normal. Era un día entresemana, tampoco estaba especialmente concurrido. Giré mi cabeza y observé el mostrador, donde había dos jóvenes trabajadores con su habitual uniforme color mostaza. No ponían rostro de estar pasándolo muy bien. Seguramente, era un trabajo eventual para ellos mientras terminaban sus estudios, el típico empleo puente hacia algo mejor. Observé con mayor detenimiento y vi algo que debía ser el epicentro de esa manifestación paranormal que mis sensaciones habían presagiado.

Se trataba de la plancha donde cocinaban las hamburguesas, había un joven pidiendo auxilio y nadie parecía escucharle. Movía los brazos como aspas. Apenas veía más, así que disimulé y me acerqué más al mostrador para fijarme más en lo que estaba pasando. Los empleados hablaban entre ellos, ajenos a que un compañero suyo estaba sufriendo un percance con el fuego. Desde el mostrador, mientras fingía que veía los paneles luminosos con las ofertas, vi que ese chico estaba peleándose con el fuego. Una llamarada desbocada había

comenzado a trepar por su torso. Él intentaba espantar el fuego con sus propios manos, pero éste se propagaba rápido, cubriéndole al completo. El joven gritaba al estar quemándose, un agónico chillido que parecía ser inaudible para toda la plantilla que trabajaba detrás del mostrador.

Debía de no estar ocurriendo en ese momento, quizás sólo era una imagen para mis ojos. Estaba viendo lo sucedido como pude ver el accidente del novio de Bruna a través de mis sueños. Deduje eso cuando empecé a oler un intenso olor a carne quemada a mis espaldas. Me giré bruscamente y ahí estaba el responsable de aquella visión. Era él, el joven que había tenido una terrible muerte por quemarse en un accidente laboral. Era una de esas imágenes que desearías no ver, desagradable, de esas que se te encoge el corazón por ver algo así.

Ese chico estaba literalmente carbonizado, todo su cuerpo se componía de piel quemada que había adquirido un tono marrón. Su boca se había desfigurado, dando un aspecto monstruoso por carecer de labios que probablemente se habían abrasado. Apenas era poco más que ojos bien blancos en contaste del resto de su cuerpo chamuscado. Y ahí estaba, mirándome fijamente, sorprendido de que yo sí pudiera verle. Apenas nos separaba unos centímetros, yo estaba pegado al mostrador, no podía echar unos pasos hacia atrás. Era muy tenso e incómodo, no sabía qué poder hacer por él. Yo estaba ahí para disfrutar de mis amigos, comerme una buena hamburguesa y quizás un helado con sirope de caramelo como postre. No quería estar ahí para ver imágenes repulsivas como ese pobre carbonizado.

Me moví sutilmente hacia la derecha en un intento de evadirlo. Con suerte, pensé que él se quedaría ahí, cerca de donde tuvo su muerte. Ojalá, menudo iluso al creer que no me iba a seguir. Bajé las escaleras para ir a la planta de abajo y volver a donde estaban mis amigos. Él empezó a seguirme, bajó conmigo los escalones. No hizo falta volverme para saberlo, el rastro de su olor a quemado me iba guiando. Quise disimular, hacer como si no lo hubiera visto. Volví a la mesa donde estaban mis amigos y fingí que no pasaba nada. La amiga de Bruna seguía hablando, aburriendo a todos con algo poco interesante. Yo había regresado a mi sitio, fingí que no pasaba nada, me tuve que esforzar por sonreír y que ellos no se dieran cuenta de que había un chico quemado de pie, justo al lado de mi asiento, manteniéndome la mirada. No sabía si podía hacer algo más, empecé a ponerme muy nervioso. Me preocupaba que se dieran cuenta que algo me sucedía. En ocasiones, miraba sólo de reojo y ahí seguía, de pie, a mi lado. Quiso comunicarse conmigo, así como hizo el novio de Bruna, con esas voces guturales y tan desagradables. Me empezó a preguntar si

podía verle, que necesitaba que lo ayudase. Yo procuraba no mirarle, disimular y hacer como si no lo escuchase.

–Tom, ¿qué vas a hacer esta tarde? –le pregunté, era quien estaba sentado en frente mía y parecía estar algo aburrido, jugueteaba con su servilleta, cabizbajo y seguramente cansado de escuchar a la compañera de habitación de Bruna.

Yo hablé a mi amigo en un intento de evadir que tenía un espíritu tan cerca de mí, clamando mi atención. No quise mirar, pero sentí que arqueó su espalda para que su boca estuviese más cerca de mi oreja. Quiso hablarme más alto, insistir porque yo lo estaba ignorando. Tenerlo cerca era muy molesto, ese olor a carne humada chamuscada. Olía muy mal y ni siquiera podía hacer algún gesto con la cara. Ese olor nauseabundo a punto estaba de que me diesen arcadas, era insoportable.

–Bueno, he pensado que te voy a hacer caso –me respondió Tom–. Creo que voy a hacerme la app esa y ver qué pasa. ¿Me ayudas luego a escoger mis mejores fotos?

–Por supuesto –respondí en un sobreesfuerzo de que no se me notase tenso e intranquilo–. Encantado de poder ayudarte.

"*Ayúdame a mí*", vociferó el espíritu, cada vez más rabioso de que no le prestara atención. Probablemente, averiguó que sí podía hacerlo cuando miré asombrado la recreación de su muerte y también por haberle mirado a los ojos la primera vez. Era difícil que se creyera que ya no estaba siendo visible para mí. Miré la mesa y comprobé aliviado que todos se habían terminado sus hamburguesas.

–¿Pedimos helado? –propuso Bruna con una sonrisa golosa, después de dar el último bocado a su hamburguesa.

–Mejor en otro sitio, me han hablado de una heladería que te va a encantar y está a sólo unos pasos de aquí –me apresuré en proponer para que nos marchásemos de la hamburguesería lo más pronto posible.

Recordé cómo el novio de Bruna sí pudo agarrarme de la camiseta, temía que ese otro muerto también pudiera hacerlo. Eso sí sería difícil de esconder a mis amigos. Aceptaron la propuesta, se levantaron de la mesa y yo también los seguí, nervioso y preocupado de que él también nos siguiera fuera. Por suerte, parecía anclado a ese lugar. Es algo que ya sospechaba, me había pasado en alguna otra ocasión. Hay espíritus incapaces de alejarse del lugar donde murieron o de la que fue su vivienda, desarrollan una especie de apego territorial que les cuesta superar.

Fuera de la hamburguesería, resoplé abrumado. Lo había pasado mal. No sé si es porque este lugar es más grande y estábamos visitando diferentes sitios, pero me estaba encontrando más actividad paranormal que incluso la que había vivido hasta entonces. Me frustraba no poder disfrutar de una apacible conversación con mis colegas mientras llenaba de kétchup la hamburguesa. Son banalidades, lo típico que no le das valor, pero que echas de menos cuando dejas de hacerlo con la misma tranquilidad.

La tarde fue algo más tranquila. Tom y yo estábamos cansados de haber estado todo el día fuera y nos decidimos quedar en la habitación. Teníamos el plan de hacerle su perfil para la aplicación de citas y luego le propuse que viéramos una película. Le dije a Tom que él no era el único en ser distinto por ser gay, más minoría me sentía yo con mi particular colección de cintas de video. Sí, habéis oído bien, algo *retro* y bucólico me producía cuando veía una película en ese antiguo formato. Me había llevado un vídeo donde poder verlas. Eso me transportaba a cuando era muy pequeño e iba a casa de mi abuelo. Aunque ya se había implantado el DVD, él tenía cintas de dibujos que ponía a su nieto para que se distrajera mientras me preparaba leche con cacao para merendar. Ese recuerdo no lo olvidaré jamás, aún sigo merendando lo mismo siempre que puedo y me produce una mágica calma cuando me siento frente al televisor e introduzco una cinta de video en el reproductor. Los coleccionistas se estaban lucrando conmigo por tan caro fetiche, la verdad. Tom se quedó alucinado, creo que nunca antes había visto una cinta de video y mucho menos saber qué significaba el término VHS.

Así que pusimos una peli clásica de fondo mientras Tom descargaba la aplicación y yo le ayudaba a escoger sus mejores fotos. Estaba nervioso, nunca había hecho algo así y le preocupaba no saber "*venderse bien*".

–¿Qué pongo en la descripción?, es complicado hablar de uno mismo. Me considero buen chico, buena gente, pero igual suena pretencioso si yo mismo me lo digo, ¿no crees?

Yo simplemente sonreí, se ponía gracioso cuando le entraban los nervios. Comenzaba a mordisquearse las uñas y a mover sin descanso su pie derecho en un tembleque que podía durar largos minutos. Tampoco es que yo tuviera mucha experiencia en temas amorosos. Sí tuve una novia el año pasado, pero apenas duró unos meses. Entre que estaba obsesionada con las notas de clase, aunque sin llegar al punto enfermizo de la amiga de Bruna, y que era bastante familiar, apenas nos veíamos. Sí me gustaban los planes con ella, sobre todo íbamos al

cine o a tomar algo. Tenía una risa contagiosa y me encantaban sus tirabuzones de color castaño claro. Hubo muchos besos y cariño, pero no consumamos. No se lo dije a Tom, pero yo también era virgen. De hecho, tenía ganas de llegar a la universidad y poder relacionarme más. Sin embargo, por el momento, parecía que sólo estaba llamando la atención de aquellos que dormían a dos metros bajo tierra.

–Bueno, ya está, a ver qué te parece –me dijo Tom nervioso, dándome su teléfono móvil para que lo repasase todo y le diera mi veredicto–. Sé honesto, ¿darías *match* al perfil si fueses gay?

–Verás como tienes muchos pretendientes, eres un chico estupendo y guapete. Estoy convencido, venga, publícalo y ponlo en línea –le animé a hacerlo.

Tom terminó dar de alta su perfil y casi le da un ataque. Había acumulado demasiados nervios durante la redacción sobre sí mismo, elegir las fotos y qué es lo que buscaba. Ahora, sólo quedaba esperar y que llegase el primer mensaje. Alejó el móvil de sus manos y me propuso cambiar de película. Se quejó de que todas mis cintas eran algo anticuadas y me acabó convenciendo para ver algo más moderno en una plataforma de *streaming*. Hicimos palomitas, cenamos un par de sándwiches y nos acostamos. Mi bostezo fue el indicativo de que debíamos dormir. Me metí en mi cama, apagamos las luces y, justo cuando le estaba dando las buenas noches a Tom, volví a sentir que había alguien más en la habitación.

La misma sensación de siempre, mi cuerpo intranquilo al percibir que alguien me observaba desde un rincón del cuarto. Tom acababa de acostarse, probablemente aún estuviera despierto. Volvía a tener que actuar con silencio, sin llamar mucho la atención. Era una noche bastante oscura, apenas entraba luz por la ventana. Me costaba ver bien, pero estaba seguro de que había algo en un rincón del cuarto, justo en frente de mi cama.

Cogí mi teléfono, activé la linterna y enfoqué con cuidado para que Tom no se diera cuenta. Desconocía si ya había cerrado los ojos o no. Iba a ser muy extraño que viera ese fogonazo de luz y no preguntase qué estaba haciendo. Fingiría que se había activado sola, que sólo estaba revisando mis notificaciones. Aproveché que sólo la iba a tener activada poco tiempo y comprobé si realmente había alguien. No me equivocaba, nuevamente piernas fue lo primero que vi. Eran débiles, flacas, huesudas. Se trataba de una chica joven, vestía un corto camisón que dejaba entrever sus *piernecitas* pequeñas.

"*Maldita sea*", rechisté entre dientes por tener un espíritu dentro de nuestra habitación. Era molesto saber que estaba ahí, probablemente a

la espera de que yo le hiciera caso. Estaba francamente cansado, quería descansar, mañana era el último día libre antes de las clases. No quise volver a alumbrar con la linterna del móvil, así que salí de la cama y fui hasta el cuarto de baño. Estaba ubicado justo al lado del rincón donde esa chica permanecía de pie, pegada a la pared, era casi como una imagen estática. Intuí que se movería cuando yo fuera hasta el baño. Encendí la luz para poder ver mejor qué había fuera, valerme de la luz del aseo para fijarme más.

Aquello parecía distinto, diferente. Me acerqué un poco más y seguía sin hacer absolutamente nada. Ni siquiera movía sus ojos, ni abría la boca, ni esas piernas flacas se movían. Parecía una figura de cera. Era como una imagen congelada, como cuando das al "*pause*" a una película. Me fijé en sus facciones. Si se había manifestado en nuestro cuarto, tal vez tuviera que ver algo conmigo o con Tom. A mí, no me resultaba familiar. Tenía el pelo rubio, melena hasta los hombros, nariz tan huesuda como sus piernas, labios finos, ojos marrones almendrados y su expresión no me gustaba nada. Aunque no se moviera, expresaba mucho con su pose. Parecía una mirada de sorpresa, terror, como la que tal vez puso cuando le sobrevino la muerte. Llevaba un camisón celeste, fino, tal vez de seda. Observé la prenda cuando me sorprendió que, de repente, comenzara a aparecer una gran mancha de sangre a la altura del estómago. Era como si se dibujase en ese mismo momento. Empezó muy pequeña y se fue haciendo grande.

Aquello sí me asustó, casi grito. Seguía inmóvil, paralizada, pero comenzaba a emanar mucha sangre a la altura del estómago que tiñó de un rojo muy vivo esa prenda celeste. Me dio miedo, di unos pasos hacia atrás y me encerré en el baño. Quería quedarme allí hasta que se fuera. Apagué las luces para no despertar a Tom y me quedé sentado en el retrete durante creo que fueron horas. Estaba siendo demasiado intenso, ese chico quemado en la hamburguesería por la tarde y, ahora, esa pobre joven sangrando.

Tenía frío, no suelo llevarme mucha ropa a la cama, aunque sea invierno. Así que ahí estaba, en calzones y sentado en el frío wáter porque una muerta congelada estaba desangrándose en mi habitación. Menuda locura. Desde luego, este curso se viene fuerte.

CAPITULO 3
“DUELE DEMASIADO”

Era el último día libre antes del inicio de las clases, eso nos tenía a todos los alumnos algo revolucionados. Sabíamos que luego iban a venir muchos días con nuestras narices pegadas a los libros, pasando apuntes a limpio y correteando por los pasillos de los aularios por llegar tarde a la siguiente clase. Así que fue global consenso realizar una fiesta esa noche para escuchar música, beber y divertirnos antes de ponernos algo más serios. Me pareció buena idea cuando Bruna nos lo propuso en el desayuno.

Habíamos quedado en una cafetería, Tom también vino con nosotros. Los tres nos habíamos vuelto inseparables. Yo estaba siempre pendiente de Bruna, temeroso de que la profecía de su novio muerto se cumpliese, y Tom era siempre tan detallista y atento conmigo que era inevitable sentir un gran cariño por él.

–¿Os habéis enterado de lo de esa chica? –nos dijo Bruna ensombreciendo sus facciones, dándonos a entender que nos hablaba de algo nada bueno.

–No sé nada, ¿de quién nos hablas? –dijo Tom sin despegar su vista del teléfono móvil, el cual tecleaba compulsivamente desde que se levantó.

Ya tenía su primer *match*. Me lo mostró ilusionado nada más despertar. Se trataba de otro universitario que estudiaba allí y, según la aplicación, apenas había metros de separación entre ellos. Desde que vio ese primer mensaje, no se separaba de su móvil. Estaba tan absorto, que incluso me cedió el turno para ir primero al lavabo y eso que ya sabéis que su cepillado de dientes es sagrado, siendo siempre lo primero que hace. Me recitó cada detalle de ese chico, su nombre, su estatura, qué estaba estudiando y lo simpático que le estaba pareciendo.

–Ayer se suicidó una chica en el campus –reveló Bruna.

Fue como escuchar el estruendo de un meteorito colisionar con la tierra. Tom apartó su vista del móvil y comenzó a realizar una batería rápida de preguntas para querer saber más. Nos impactó mucho que alguien que quizás nos habíamos cruzado por los pasillos hubiera tomado tan drástica decisión. Costaba entender que esa aventura emocionante que nosotros estábamos viviendo hubiese sido diferente para esa chica. Su desasosiego, desaliento, lo que fuese que le hubiese arrastrado a hacer algo así.

Bruna había recibido la noticia por el móvil, así que buscó la conversación y nos mostró una fotografía de la chica. Mi impacto fue doble, no sólo por ver una sonriente joven de dieciocho años que tan feliz se veía en esa foto, sino porque la reconocí al instante. Era ella, la chica del rincón de nuestra habitación que había visto la noche anterior. Recordé su cara de sorpresa, quizás terror o desconcierto, así como esa gran mancha del camisón a la altura del estómago. Bruna relató el lamentable modo que había escogido la chica y coincidía con la sangre que yo vi.

Me quedé de piedra, sin palabras. Bajé la vista a la taza de café que tenía entre manos y no supe cómo seguir interactuando con ellos sin que se me notase nada. Hacía sólo unas semanas, esas apariciones eran personas anónimas sin yo saber la historia que había detrás. Esto estaba siendo diferente. Me dolía pensar en el novio de Bruna, en cuanto tuvo que sufrir al conocer la muerte tan repentina, pensar también en el chico que se quemó en la hamburguesería por un despiste y, ahora, se sumaba esa triste chica abrumada por haber tomado una rápida decisión.

–¿Se sabe el motivo? –preguntó Tom, afectado por la historia.

–No, eso es lo perturbador, su compañera de habitación dice que siempre estaba sonriendo, feliz, emocionada por el nuevo curso. Se comportó con naturalidad y aprovechó para hacerlo cuando la otra se fue con unas amigas a cenar fuera. A saber qué se le pasaría por la cabeza –narró Bruna con resignación–. Yo… bueno… digamos que entiendo esa sensación.

Bruna parecía querer contarnos algo, espaciaba sus palabras, como si esperara armarse de valor para hacer tal confesión. Tom se apresuró a cogerle la mano como muestra de ánimo. Eso le dio fuerza para contarnos su propia experiencia respecto al suicidio. Nos los contó bajando el tono de voz, algo avergonzada de haberlo intentado.

–Fue cuando Lucas murió, me sobrepasó, sólo pensaba en la idea de que quería ir con él –nos confesó con trémula voz–. Fueron días horribles, no podía dejar de llorar, no me apetecía hacer nada y no era capaz de aceptar que él ya no estaba vivo. No sé si existe el más allá, pero era fuerte el deseo de querer reunirme con él. Fue una locura, me avergüenzo de ello, pero dolía demasiado. Quería que ese dolor parase –era un relato demasiado duro, Bruna no pudo evitar que sus ojos se humedecieran, incluso le temblase el labio al verbalizar algo así que nunca había contado con nadie–. Esperé a quedarme a solas y busqué por Internet maneras de poder hacerlo. Estuve a punto, casi lo hago, pero no podía hacerle algo así a mis padres. Pensaba en ellos y en cómo los traumatizaría de por vida. Luego, me asusté mucho y me

puse a llorar sólo por haber sido capaz de haber tenido la idea de hacerlo.

–El suicidio nunca es la solución –añadió Tom–. Yo nunca lo he pensado, pero sí me he sentido en un callejón al pensar que nunca iba demostrar mis verdaderos sentimientos hacia los chicos. Vengo de un pueblo pequeño, una familia conservadora, he vivido mucho tiempo aterrado de que no pudiera ser como yo quería ser. Pero luego la vida te sorprende y hay un cambio que te otorga posibilidades para sí hacer lo que veías tan negro. Yo no me suicidaría, porque nunca se sabe qué vendrá al día siguiente que no has decidido vivir.

–Eso es cierto, pero nunca voy a volver a saber de Lucas –asumió Bruna con lágrimas descontroladas en sus ojos–. Lo mío es diferente, he de acostumbrarme a vivir con un dolor perpetuo.

Tom se levantó de su sitio y fue a abrazar a la chica para consolarla, ella rompió en lágrimas sobre su hombro. Yo la observé y me sentí increíblemente culpable. *¿Ayudaría a Bruna saber que había hablado con Lucas?*, *¿debía dejar de ser egoísta por mi temor a que lo supieran y aliviarle al decirle que él seguía a su lado?*. No sabía qué hacer, cuál era la decisión más oportuna. Tampoco sabía si era conveniente que Bruna supiera que su espíritu seguía rondándole, quizás era mejor que poco a poco fuera sanando y pasando página. Bruna se tomó su tiempo para recomponerse y, cuando lo hizo, volvió esa efusividad alocada suya que tan tierna nos parecía. Nos habló eufórica de lo mucho que le gustaba la idea de ir a su primera fiesta universitaria.

Tom regresó a su asiento cuando oyó una notificación de su teléfono. Era él, el chico con el que estaba hablando toda la mañana. Leyó el mensaje en voz alta, queriendo compartirlo con nosotros. Ese chico quería verle, él también iba a acudir a la fiesta. De repente, Tom se puso histérico. Le apetecía la idea de verlo en persona, pero le aterraba que sólo quedasen unas horas.

Durante la tarde, no dejé de pensar en esa chica suicida. Cuando regresamos a la habitación, mientras hablaba con Tom, miraba disimuladamente al rincón donde se apareció la noche anterior. Jamás he querido interactuar con ellos, es una idea que me aterra, pero creo que sería diferente si volviera a ver al novio de Bruna o a esa joven que se había quitado la vida. Mi miedo creo que se debe a que, si entablo una conversación con ellos, ya no se despeguen de mi lado. Me cuesta ignorar esta parte de mí, alejarme de estas cosas y centrarme en lo que quiero. No quería ser yo responsable de que estuvieran más presentes de lo que ya están.

Cuando un fantasma regresa, es terrorífica la idea de que haya vuelto para quedarse. Recuerdo unas navidades, yo tendría apenas trece años, cuando tuve una visita persistente. Casualmente, duró lo que quedaban de las fiestas. Supongo que son celebraciones que no sólo nos ponen tristes o cariñosos a los vivos, sino tal vez también a los muertos. Solía aparecerse junto a nuestro árbol de Navidad y eso hacía que su aparición fuera más siniestra e inquietante. Los muertos que dan más miedo son los que han tenido muertes violentas o desagradables. No sé qué le pasó a esa señora, pero estaba tuerta. Había perdido uno de sus ojos, en su lugar, había un hueco rojizo incluso amoratado. También había recibido un fuerte golpe en los labios, se veían inflamados y sangrantes. Su rostro también daba miedo, se quedaba mirando los adornos del árbol como alucinada, dándose su tiempo y mirándolos durante horas. El parpadeo de las luces rojas y verdes que se proyectaban también sobre su rostro le daban un aspecto mucho más inquietante, perturbador.

Yo la veía desde el sofá, estaba sentado junto a mis padres. Teníamos costumbre de ver películas familiares sobre esas fechas, tipo "*Qué bello es vivir*", lo cual creaba cierta ironía ante lo que yo estaba viendo por el rabillo del ojo, sin querer ver mucho y al detalle. No sé quién es esa señora, pero se apareció varias veces durante esas Navidades, siempre al lado de nuestro árbol. Se lo hubiese regalado, si con ello hubiera conseguido que nos dejara en paz.

Estaba nervioso, intranquilo, se me acumulaban las preguntas sin respuesta y eso me creaban lejanía a lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Tom estaba nervioso, pensando qué ropa ponerse en la fiesta, había pasado a ser más importante para él cuando se convirtió en punto de encuentro con ese misterioso chico al que iba a conocer.

Yo necesitaba hacer algo antes de que llegase la noche, no sabía bien el qué, pero no iba a disfrutar de la fiesta con tantas cosas en mi cabeza sobre esas almas en pena que estaban tan cerca de mí, rumiando mi atención. Tuve una idea, bueno varias en realidad, pero una tuvo más convicción en mi cabeza y decidí llevarla a cabo. Me inventé una excusa para Tom, no estoy seguro si se la creyó mucho, y me fui hacia la galería a la que habíamos ido el día anterior. Debía ir por orden, quería volver a ver a Lucas, nunca he intentado ser yo quien contactase con ellos, pero me preocupaba no saber más sobre el destino de Bruna. Quise volver allí, encerrarme en ese baño y esperar a que se apareciera de nuevo. No sabía si iba a funcionar, pero tenía que intentarlo.

Violet nos contó que la galería iba a contar con su exposición

durante toda la semana. Debía improvisar una mentira también para ella, no mostré tanto interés el día anterior en sus obras como para repetir tan rápido. Me entremezclé con la gente que estaba allí, maravillados con sus creaciones, intenté pasar desapercibido mientras iba acercándome al baño. Pero Violet fue audaz, me cazó enseguida. Me saludó muy efusiva, justo acababa de terminar una conversación con unos clientes potenciales. Vino hacia mí y me dijo que estaba sorprendida de que hubiera regresado. Yo, nervioso y algo colorado, improvisé qué responderle.

–Bueno, estaba cerca, he ido a buscar unos libros que nos han pedido para las clases y el otro día como estaba de charla con mis amigos no pude ver los cuadros con atención –mentí, me supo mal hacerlo, pero iba a sonar mejor a que le dijera que había ido sólo por encerrarme en el baño de ese local a la espera de que el novio muerto de mi amiga tuviera una segunda conversación conmigo.

–Vaya, gracias –dijo Violet, tomándoselo como un halago–. La verdad es que lo pasé bien con vosotros, me vino genial dar una vuelta y despejarme. Créeme que preparar todo esto me ha tenido histérica durante semanas.

Era una chica simpática, muy comunicativa, siempre decía todo lo que pasaba por su cabeza, eso le hacía cercana y que generaba confianza. Además, no negaré que estaba igual de guapa y radiante como el día anterior. Era viernes y había elegido una vestimenta algo más festiva, llevaba un vestido negro algo ceñido y su pelo moreno con mechas rubias recogido en un pasador.

–Supongo que tendrás planes, pero hoy tampoco me vendría mal una cerveza, ¿qué me dices? –me propuso Violet con una mirada que me descolocó, creo que estaba flirteando conmigo.

Su tono de voz era diferente al hablarme esta vez sólo a mí, lejos de mis amigos. Sonaba más sensual, seseante y observaba disimuladamente el resto de mi cuerpo. No lo había visto venir, le atraía a esa chica. ¿Y a mí?, honestamente, a mi edad cualquier mujer me parecía perfecta. No obstante, ella era una preciosidad. Me encantaba la idea de tomar algo a solas con ella, pero yo debía colarme en ese baño, intentar contactar con Lucas y también les había prometido a mis amigos que iba a ir a esa fiesta que daba una fraternidad por el inicio del curso.

–Vale, pero no puedo quedarme mucho, esta noche prometí a mis amigos ir a una fiesta con ellos. Perdona, ¿te importa que utilice el baño?

–Sí, claro, yo mientras voy a ver si esto se va despejando. Apenas

quedan quince minutos para que cerremos.

Estaba siendo extraño. Violet volvió a mirarme de esa manera, una mezcla entre dulzura y lujuria. No estaba acostumbrado a algo así. Caminé hacia el baño con una sonrisa entre mis labios, aunque me duró poco al recordar el por qué había ido realmente allí. Debía de esperar a que el espíritu de Lucas se manifestase.

No tenía claro si él se me había mostrado allí por algún motivo o simplemente iba siguiendo a Bruna fuese donde fuese. Tampoco estaba seguro de que fuese a pasar, era la primera vez que yo deseaba que se aparecieran. Me encerré de nuevo en ese baño y sólo pude que esperar. Las luces estaban programadas para que se apagasen al poco si no registraban movimiento. Yo estaba sentado sobre el retrete, cerré los ojos y, honestamente, no sabía qué debía hacer. Pensé que era buena idea repetir el nombre de "*Lucas*" varias veces, como si lo intentase atraer a mí. Lo hice y esperé un gran tiempo en penumbra.

Parecía haber funcionado. Me puse contento al escuchar cómo de nuevo golpeaban a la puerta de la misma manera que él lo había hecho el día anterior. Me puse en pie, las luces volvieron a encenderse y fui a abrirle la puerta. Tenía muchas cosas que preguntarle a ese difunto. Abrí y me llevé una gran sorpresa. No era Lucas, ni siquiera otro muerto, se trataba de Violet. Ahí estaba, mordisqueándose el labio inferior y con cierta indecisión sobre tomar la iniciativa. Creo que había visto segundas intenciones al ver que me había encerrado allí, como si estuviese esperando a que ella viniera y se reencontrara conmigo.

–Ya he cerrado la galería, se han ido todos –me dijo mientras volvía a bajar la mirada y repasaba mi cuerpo.

Era evidente lo que quería. No super qué decir, tampoco quise detener lo que vino a continuación. Violet entró dentro conmigo. Aunque había cerrado la galería, ésta contaba con un gran escaparate que daba a la calle, así que era mejor que permaneciéramos en el lavabo para que nadie nos viera desde fuera. Violet empezó a besarme y yo a poner mis manos sobre ese caro vestido que le ayudé a quitarse. Me gustaban sus besos, tenía una lengua pequeña pero juguetona. Apenas me dio tiempo a reaccionar, ser consciente de lo que estaba pasando. Violet me deseaba y yo también a ella. No me lo esperaba, pero era una grata sorpresa. Al menos, mejor plan que conversar con un muerto. Me dejé llevar, incluso cuando ella hizo una pausa para ir a por su bolso y volver con un preservativo. Preferí no decirle que era virgen, quizás eso le hiciera pensárselo, ser consciente de que estaba teniendo sexo con un chico seis años menor que ella y que había cumplido la mayoría de edad hacía sólo unos meses. Allí, en ese

apretado baño, donde extendía mis brazos y podía poner la palma de mi mano contra cada pared, tuve relaciones sexuales por primera vez. ¿Me gustó?, mucho, sentí esos fuegos artificiales que en ocasiones se asocian con el hacerlo. Violet gimoteó al terminar, sudorosa y excitada. Nada más terminar, llegó una molesta culpa por tu parte.

–¡Oh Dios!, ¿qué acabo de hacer? –se preguntó a sí misma en voz alta mientras recogía su vestido del suelo y volvía a ponérselo con cierta vergüenza–. Eres sólo un chiquillo. Perdona si he ido muy a saco. Me siento mal, perdona.

Violet entró en histeria, cuestionándose si había hecho lo correcto. Yo estaba más relajado, disfrutando de ese gran momento que acabábamos de tener.

–Espera, espera, está todo bien. A mí me ha encantado y creo que tú también lo has disfrutado, ¿verdad? –le dije en un intento de que se serenara.

–No suelo hacer estas cosas, perdona –dijo mientras me percaté en cómo sus mejillas se coloreaban al instante–. ¿Qué deberás pensar de mí?, ¡qué vergüenza!

–¿Quieres saber qué pienso realmente? –le pregunté, anticipando el tono de mi respuesta al decírselo con una sonrisa mientras yo también me vestía–. Por mi parte, no tiene que ser sólo un polvo, me gustaría conocerte más si tú quieres. Yo tampoco soy de hacer estas cosas, prefiero que haya algo más. Podemos quedar otro día para cena y conversación, ¿qué te parece?

Violet no supo qué decir, había entrado en modo pánico, pero parecía estar volviendo a la normalidad. Me miró, sonrió y volvió a acercarse a mí para besarme.

–Ryan, os mentí ayer con mi edad. Tengo unos cuantos más, acabo de cumplir treinta –me confesó–. Por eso, me siento una asaltacunas, tú tienes doce años menos que yo. Dije que tenía menos por hacerme la enrollada y que no hubiera tanta diferencia con vosotros. Pero esa es la verdad, treinta palos.

–Y muy bien llevados, por cierto –me limité a decir al respecto, lamentaba que estuviera confusa y dándole vueltas al verlo poco conveniente.

No veía que eso pudiera ser un problema en el caso de que hubiera algo más entre nosotros. Yo tampoco llevaba la vida normal de un chaval de dieciocho años. Llevar un secreto tan grande a mis espaldas me hacía sentir más maduro para mi edad. Violet tenía mi teléfono, nos lo habíamos intercambiado el día anterior. Le dije que lo pensase,

por mi parte, sí me gustaría verla más. Si la edad no era un impedimento para ella, mucho menos lo era para mí. Ella asintió con la cabeza y me abrió la puerta de la galería. No podía quedarme más, debía regresar al campus para asistir a la fiesta con mis amigos.

Le propuse a Violet que se viniera con nosotros, pero volvió a decir que "*ya no era una chiquilla*", que se sentiría rara en una fiesta así. Es triste, pero al final ganó el prejuicio. Nunca más supe de Violet. No llegó a llamar y, aunque yo pensé varias veces en llamarle, sabía que si no lo hacía era porque no se veía capaz de estar con un chico tan joven. Me dolió, la verdad, no volver a ver a la persona con la que había perdido mi virginidad. Aunque fue maravilloso, no terminó siendo un buen recuerdo para mí.

La fiesta era similar a como tantas veces las había visto en las películas de adolescentes, incluso con esos famosos vasos de plástico rojo donde servían las bebidas. Se celebraba en una fraternidad, tópico también que tuviese letras griegas en su nombre. Era un edificio grande, pero estaba abarrotado de gente. Toda la universidad se había concentrado allí. Apenas nos podíamos escuchar los unos a los otros, todos gritando a la vez, risas ruidosas y sin dejar de beber. Yo es cierto que nunca he sido mucho de ese tipo de fiestas, me gusta mucho más algo tranquilo, lo pasé mucho mejor el día anterior tomando cervezas en el centro. Miré varias veces el móvil, comprobando si tenía algún mensaje de Violet.

Durante unas horas, dejaron de haber muertos en mi vida. El recuerdo sudoroso de pasión con esa chica fue como un recuerdo que paladeé durante el resto de la noche. Tenía ganas de volver a verla, de conocerla más, admiraba que hubiese conseguido exponer sus obras. No era un problema para mí que fuese más mayor, pensé que más cosas podía aprender y halagar de ella. Desconocía en ese momento que no iba a tener mensaje suyo o llamada, por mucho que mirase mi teléfono compulsivamente cada quince minutos.

Bruna parecía estar pasándolo muy bien. Bailaba y se divertía, incluso hizo amigas nuevas. Ella siempre temía ser rechazada por las chicas por su personalidad algo extravagante, decía que siempre la veían como una amenaza. Esa noche fue distinto, supongo que también por ese ponche que hacía que todos estuvieran con mayor fraternidad. Tom se ausentó para ir a conocer a su cita. Bebió un par de vasos antes de ir hasta allí, esperando sentir más valor para algo que tanto le imponía. Yo le dije que fuera él mismo, que era un encanto de persona y que todo iba a ir bien. Yo me quedé a solas, en un rincón de esa voluminosa fiesta, escuchando la música que estaba

bien alta y siendo espectador de cómo todo el mundo se divertía. Sólo el hecho de estar allí, aunque no hiciera más, ya era disfrutar. Volví a mirar el móvil, ningún mensaje de Violet.

Tom regresó a donde yo estaba antes de lo esperado. Pensé que no lo iba a volver a ver durante el resto de la noche, incluso que tuviera un escarceo como el que yo había tenido en ese reducido baño de la galería. Al fin y al cabo, éramos jóvenes y libres. Sin embargo, por su rostro y cómo me robó mi vaso para dar un buen sorbo sin importarle saber qué estaba bebiendo, no parecía ser un buen augurio de cómo había ido el encuentro. Quise preguntarle cómo había ido, aunque su mirada desencajada ya lo decía todo. Además, dentro de la fraternidad había demasiado ruido para que me lo contase bien. Le cogí la mano y le dije que me siguiera, sabía que le vendría bien salir y que hablásemos.

Tom era un chico sensible, lo pude ver en su mirada nada más conocerlo. Es de esas personas que si están bien son todo amor, pero con muy poquito son fáciles de romper. Quiso ser fuerte delante de mí, pero no pudo evitar que unas pequeñas lágrimas resbalasen por su mejilla. Nos sentamos en un banco que había junto a una fuente y, de nuevo, con mucho césped cubriendo donde estábamos.

–No ha ido bien –dijo en voz baja, mascullando entre dientes, sentándose casi de manera enroscada, hundiendo su cabeza contra su propio pecho–. Mi cita apenas duró quince segundos.

–¡Vaya!, ¿y eso?, ¿no era el de las fotos?, he oído que eso pasa mucho en Internet, ¿ha sido eso? –le pregunté algo nervioso, estaba molesto de ver a mi amigo así, tan abatido.

Tom negó con la cabeza, ladeándola de un lado a otro. Se tomó un tiempo en contestar, alzó la mirada y sintió envidia de ver cómo había tanta gente divirtiéndose alrededor nuestra, incluso fuera del edificio donde se hacía la fiesta. Había una pareja de enamorados justo en el banco de enfrente, lo cual apenó más a Tom, verlos tan acaramelados.

–Él era guapísimo, me encantó, pero yo se ve que no le gusté. Se acercó a mí, me dio la mano, me analizó bien de arriba a abajo y no tuvo reparos en decir que no le molaba. Antes de que yo dijera algo, ya se había ido –me narró con pesar, se había ilusionado mucho con ese chico, estaba emocionado de tener su primera cita gay.

–Eso es horrible, debería de haber esperado unos minutos y conocerte más. Creo que somos algo más que cuerpos, aunque el tuyo sea también bonito y atractivo.

–Lo dices para animarme –se quejó, quitándole importancia.

Tom sacó su teléfono móvil que guardaba en el bolsillo de su pantalón y abrió la aplicación. No sabía qué iba a hacer, me extrañaba que se pusiera a hacer *matchs* en un momento así, no le veía con ganas de volver enseguida a hablar con otro. No era eso, abrió la *app* para mostrarme algo.

–Mira todos esos chicos, fíjate en sus cuerpos, todos de gimnasio y luciendo su buen tipo. Yo no soy así Ryan y ese chico quizás le impresione más unos buenos bíceps que mi sentido del humor o lo que sea en lo que yo soy bueno –rechistó decepcionado–. Yo no puedo competir con tanta gente en línea, todos esos que escriben a la vez y que están más buenos que yo.

–Eso es absurdo, Tom, tonterías, y quien le de tanta importancia a esas cosas, no es el chico correcto. Ha sido tu primer intento, ha ido mal, vale, pues como todo. ¿Sabes cómo fue la primera vez que intenté cocinar? –le dije entre risas, buscando una comparación que alegrase ese rostro triste que tenía delante de mí–. Quise preparar unos deliciosos gofres, justamente para una chica que me gustaba en el instituto, quería llevárselos e impresionarla. ¡Oh, la cocina!, aún recuerdo los gritos de mi madre cuando la mantequilla empezó a quemarse y formé todo un estropicio.

Misión conseguida, Tom dibujó una sonrisa en sus labios al contarle anécdotas de lo desastre que fui en mis primeros pasos en la cocina. Ahora, sin embargo, puedo decir con orgullo que la repostería se me da genial. Tom le quitó peso al asunto, me abrazó con fuerza y me dio las gracias por los ánimos.

Decidimos volver dentro, reunirnos con Bruna y pegar un par de bailes al ritmo de aquella música estridente. Los altavoces no eran muy buenos, así que los graves no sonaban muy bien. Supongo que a la mayoría les daba igual eso, sobre todo con todo el alcohol ingerido. El suelo estaba plagado de aquellos vasos de plástico, desperdigados y algunos aplastados. Tenía que ir al baño, le pregunté a Bruna dónde estaba y, como siempre suele ser, me señaló con su mano que era al fondo y a la derecha. Tuve que ir esquivando a toda esa gente bailando, animada, dando saltos y extasiada. Me acerqué a los baños, pero había una cola enorme. Eran muchos los que esperaban su turno. Una simpática chica me dijo que había otros baños en el piso de arriba, junto a las habitaciones. Decidí ir arriba, mi vejiga estaba a punto de estallar.

Por suerte, ahí tuve que esperar menos tiempo. Cuando entré en el

baño, inevitablemente me acordé de mi momento con Violet en ese aseo de la galería. Volví a mirar el teléfono, pero no me había escrito. Empecé a dudar de que lo hiciera, quizás le frenaba demasiado esos doce años de diferencia. Salí del baño y recorrí el pasillo de las habitaciones hacia la escalera para volver abajo. Algo me detuvo, de nuevo esa sensación. Ya tenía una mano en la barandilla de la escalera, cuando algo me hizo darme la vuelta. Sentí de nuevo algo, la inquietud de estar próximo a una aparición fantasmal.

Frente a mí había una hilera de habitaciones, casi todas idénticas. Algunas estaban ocupadas por estudiantes que buscaban un buen escondite donde enrollarse. En una de ellas, había un chico descansando con rostro de malestar, seguramente mareado por haber bebido demasiado. Fui repasando las habitaciones que tenían las puertas abiertas con disimulo, intentando que nadie se percatase de mi extraña acción.

En una de ellas, esa sensación se hizo más fuerte. Todo mi cuerpo reaccionó a lo que allí había. Di unos pasos hacia su interior y revisé sobre todo las esquinas donde suelen tener predilección. Efectivamente, ahí estaba, casi agazapada entre el armario y un escritorio. Era la misma chica que se había aparecido la noche anterior en nuestra habitación, la joven suicida. Volvía a estar quieta, con los ojos bien abiertos como si estuviese siendo víctima de sobredosis, desencajada. Vestía ese camisón que tenía todo el estómago manchado de sangre. Me puse frente a ella y, por primera vez en mi vida, quise interactuar con un espíritu.

"*¿En qué puedo ayudarte?*", me atreví a preguntar. No me creía estar haciendo eso. Siempre estaba deseando que el molesto don de poder verlos desapareciera, fuese quedándose atrás como un recuerdo vago que esperas a que se esfume. Sin embargo, era diferente con ella y el novio de Bruna. Conocía la historia de ambos, deseaba volver a verlos y ver si yo era capaz de hacer algo por ellos. Esa chica seguía estática, sin hacer ningún tipo de movimiento. Dudé incluso de que ella me estuviera viendo a mí. Sus ojos parecían mirar hacia la ventana que tenía detrás de mí, esos grandes ventanales que tanta vida daban a los cuartos. Aunque estaba en frente de ella, no causaba ninguna reacción, ni movimiento. Volví a hacerle la pregunta, nada, sin respuesta.

De repente, hubo algo de vida en ella, por muy paradójico que eso suene. Empezó a mover el brazo derecho, alzarlo y extender su mano en busca de la mía. No entendía qué quería hacer, supuse que a lo mejor quería que le cogiera la mano, tal vez por sentirse sola en ese otro mundo. Acepté coger su mano con la mía y, entonces, ella apretó

con mucha fuerza. Aquello era muy raro, incluso algo doloroso. No sé qué pretendía. Por suerte, tolero bien el dolor y esperé a ver si eso era positivo en ella. Pero empezó a ocurrir algo rarísimo, que incluso me cuesta explicar con palabras. Coger la mano de esa chica con esa intensidad empezó a trasmitirme ciertas emociones. Empecé a sentirme distinto, diferente. Me considero un tío fuerte emocionalmente, positivo y alegre. Todo eso cambió drásticamente cuando ese espíritu me cogió la mano. Recordé que se había suicidado y comencé a pensar que me estaba transfiriendo sus emociones cuando lo hizo. No estoy seguro si eso es posible, pero empecé a sentirme tremendamente triste y desamparado. Solté mi mano con brusquedad, incluso me costó porque me agarraba con fuerza e intenté recuperarme. No estaba igual por dentro. Me sentía vacío, melancólico, como si todo pesase demasiado. Unas emociones gobernaron todo mi cuerpo sin sentir que fuesen realmente mías. Jamás me había sentido tan mal. Di unos pasos hacia atrás cuando la chica desapareció. Había dejado de estar allí, pero yo seguía sintiéndome muy mal. Me apetecía llorar, tumbarme sobre esa cama que tenía a mi lado y no salir de ella en días. Era sobrecogedor cómo me sentía, me ahogaba en la tristeza que me invadía. Empecé a llorar rabioso, no sé si por los nervios de no saber qué hacer o por esas emociones contagiadas.

Alguien empezó a llamarme desde la puerta, quizás una chica que regresaba del baño y me había oído llorar. No había cerrado la puerta de la habitación, gran despiste por mi parte. Podía oír a mis espaldas cómo se preocupaba por mí, que si me encontraba bien. Yo no podía dejar de llorar y todo mi cuerpo pesaba demasiado. No tenía fuerzas, estaba hundido y destrozado. Miré al frente y vi esa gran ventana que el espíritu estuvo mirando fijamente durante aquel largo tiempo. Como si de un sonámbulo me tratase, empecé a caminar hacia allí. No sentía míos mis pasos, era una energía oscura y destructora que me hacía querer abrirla y asomarse a ella, incluso no sólo eso. La chica que había en el quicio de la puerta comenzó a gritar para llamar a más gente cuando vio que abrí la ventana y me asomé demasiado al exterior. No era yo, era como si estuviese drogado, miraba el vacío y sentía que era como un imán. Había una fuerza magnética que me impulsaba a querer lanzarme. Alcé una pierna y la saqué fuera. Sólo quedaba la otra. Era terrible la emoción que dirigía mi cuerpo, persistente en que era lo mejor que podía hacer.

Creo que ese espíritu me había contagiado su pesar, los sentimientos que le llevaron a hacer algo así. Quise frenarme, pero no podía. Era más fuerte esa energía y ya quedaba poco para que lo hiciera. Sólo una voz familiar a mis espaldas hizo que no cometiera una locura.

Alguien avisó a Bruna, sabiendo que yo era amigo suyo. Corrió hacia a mí enloquecida, chillando. Aún recuerdo su cara, atónita a lo que estaba intentando y horrorizada por la idea de no ser capaz de detenerme. Me agarró con fuerza para que regresara todo mi cuerpo a la habitación, aunque yo seguía mirando insistentemente aquella ventana, una mirada fija y estática como la de aquel espíritu.

CAPITULO 4
“CONFRONTACIÓN”

Tardé alrededor de una hora en volver a ser completamente yo. Bruna y Tom no cesaron en hacerme miles de preguntas sin comprender bien lo que había sucedido. La he liado, mucho. Mis intentos de ser sutil y discreto se han ido por la borda después de que me vieran estar a punto de saltar por una ventana por una especie de manipulación de un espíritu suicida. Era algo imposible de contarles, no tenía más remedio que mentir. Por suerte, no tuve que hablar hasta que no llegamos a la habitación. Les dije que estaba mareado, que no me encontraba bien y que luego hablábamos.

Llegué a casa, me cambié de ropa y me senté sobre la cama. Ellos se sentaron en el borde de la otra, en frente mía. Era demasiado fuerte para dejarlo pasar. Los entiendo, querían saber qué había sucedido. Lo curioso es que yo tampoco lo sabía y, lo peor, es que debía inventarme una historia para ellos.

–Creo que alguien echó algo en mi bebida –mentí con asombrosa veracidad, mostrando un rostro de preocupación y desconcierto–. Empecé a sentirme muy mal, estaba como drogado y no veía la ventana como tal, fue una especie de puerta en mi imaginación o alucinación. No sé, es todo muy confuso.

Observé el rostro de ambos con extrañeza e imagino que lamentando haberme llevado a esa fiesta, pues fue idea de ellos. Bruna dibujó con sus facciones un gesto de empatía, molesta de que hubiera tenido que vivir tal experiencia, pero Tom me mostró un rostro nuevo para mí, nunca antes lo había visto mirarme de esa manera.

–Yo bebí de tu vaso, ¿recuerdas?, cuando volví de mi cita desastrosa, incluso me apoderé de él sin pedirte permiso y me terminé lo que estabas bebiendo –recapituló con sospecha, sí, esa era la expresión, me miraba con cara de no estar creyéndoselo.

Estaban pasando demasiadas cosas, las suficientes como para que esto colapsase. Intenté de todas las maneras que ellos no supieran nada, mantenerlos al margen, pero esa mirada de desconfianza de Tom me hacía ver que estaba empezando a resultar extraño. Honestamente, me dolió mucho que eso pasase, además con Tom había creado un muy buen vinculo. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, no haber buscado a ese espíritu suicida antes de caer en su trampa. No sé qué hacer, los conozco de poco tiempo, pero empiezan a importarme, no quiero cargarme lo que se está construyendo entre

nosotros.

–Ojalá solo hubiera bebido un solo vaso –respondí con astucia, intentando persuadirle –. Pudo ser el anterior. No lo sé, empecé a tener alucinaciones. Ni siquiera creía estar allí y la ventana parecía una puerta, no era capaz de ver el vacío si salía fuera.

–Ryan, si es otra cosa, puedes contárnoslo –intervino Bruna, preocupada, levantándose de una cama para ir a la otra, sentándose a mi lado, incluso cogiéndome la mano–. Yo os conté mi intento de suicidio, si ha pasado o si lo has intentado, quiero que sepas que puedes hablar de ello.

–Te juro que no es eso, Bruna –le dije como media verdad, sin ser del todo cierto, detesto jurar una mentira–. Pero estoy bien, solo necesito dormir, de veras.

Bruna asintió con la cabeza, respetando que quisiera finalizar la conversación. Me dio un efusivo abrazo, se despidió de Tom y marchó a su habitación. Tom y yo nos quedamos a solas. Busqué su mirada, su complicidad, pero seguía estando extraño conmigo. Tal vez había subestimado su inteligencia o me estaba conociendo demasiado para empezar a detectar cuando decía mentiras. Ojalá pueda enmendar esto, dije para mis adentros mientras me metía dentro de la cama y le daba las buenas noches. Tom tardó en dormirse, pude sentirlo al no oír su respiración más profunda. Cuando conseguía dormirse, emitía un gracioso pequeño ronquido al hinchar sus pulmones por completo. Era mi señal para saber que descansaba. Me preguntaba si estaba dándole vueltas a sus dudas respecto a mí.

No os imagináis la ilusión que me hacía asistir a mi primera clase universitaria. Estaba embobado, jamás había prestado tanta atención a algo. No se parecía en nada a una clase de instituto, aquello era como ver una peli en televisor y esto, como si fuese el cine. El aula era cinco veces más grande que cualquiera del instituto donde cursé la secundaria. Los profesores sí parecían dominar completamente la materia, no como aquella vieja profesora de Geografía que descaradamente se ponía a leer revistas del corazón mientras nos inflaba a hacer ejercicios del libro sin apenas explicarnos nada. Lo único malo de esa primera clase, es que me di cuenta de que estaba desentrenado en coger apuntes.

Todo lo que decía el profesor de *Psicología de la Comunicación* me parecía tan interesante que intentaba anotar todo lo posible, yendo muy veloz pero mi mano se cansaba al darle tanto ritmo. Apenas me fijé en el resto de mis compañeros, estaba absorto en la tribuna desde

la que nos hablaba ese señor y en la enorme pizarra donde no dejaba de apuntarnos cosas que parecían importantes. Disfruté mucho de esa primera clase, sé que ya vendrán otras más muermo, pero por el momento estaba teniendo buena mañana.

Tom se sentó a mi lado. No sé si eran cosas mías, pero lo notaba más callado y reservado conmigo. Me preocupaba que no le hubiera parecido convincente mi mentira sobre que alguien puso una pastilla en mi vaso. Sentí que debíamos reconectar, volver a ganarme su confianza. La siguiente clase era en otro pabellón, así que tuvimos que ir hasta allí en el cambio de clases. Mientras caminábamos casi en zigzag para no chocar con todos los estudiantes que iban correteando de un lugar a otro, decidí sacarle conversación.

–Oye, ¿cómo llevas el tema del chico ese idiota que conociste?

No habíamos vuelto a hablar del tema. Sé que Tom se sintió muy afectado ante un rechazo tan rápido y radical por parte de aquel otro tío. Quería que supiera que podíamos hablar de ello todas las veces que lo necesitase. Yo tampoco había tenido novedades de Violet, así que también compartía esa sensación de desencanto.

–Bueno, bien, lo llevo –dijo con desgana, distrayéndose con los carteles que veía en paneles de corcho por los pasillos de camino al aula–. Seguramente me desinstale la aplicación. Creo que no encajo en un lugar así, todo acaba siendo la imagen.

–Ni que tú fueras *Quasimodo* –bromeé–. Yo te considero un chico guapo, interesante y atractivo. Que ese chico sea un idiota, no significa que la mayoría que haya ahí lo sea. Venga, dale otra oportunidad.

–Bueno, ya veremos –contestó Tom algo seco y algo serio.

No sé si eran imaginaciones mías o se mostraba distante, poco receptivo. Todas las conversaciones que habíamos tenido durante la mañana habían sido iniciadas por mí. Quizás era por ese chico, también pensé en un intento de no emparanoiarme en exceso.

Después de las clases, fuimos a comer a la cafetería de la facultad, donde también servían bocadillos y cualquier cosa que se pudiera preparar en menos de un minuto. Buscaban ser rápidos, a veces se agolpaban grandes colas de universitarios hambrientos que iban allí porque todo era barato y servían rápido. Tom se marchó pronto, dijo que iba a pasar la tarde en la biblioteca, así que me dejó a solas con Bruna mientras nos tomábamos un café después de comer.

Quería saber más sobre la chica suicida, sentía esa necesidad después de que su espíritu me hubiese puesto en peligro de muerte. Bruna fue la que nos dio la noticia, así que intenté sonsacarle un poco más de información. Lo hice después de que Tom se marchase, no quería que viera más comportamiento extraño en mí al hacerle esas preguntas. Bruna me dio una buena pista hacia donde poder investigar. Yo le dije que aún estaba impactado, que no dejaba de pensar en la noticia. Ella me dijo que también pensaba en ello, sobre todo porque la joven había residido sólo cinco puertas de la suya. Gran pista, pensé con astucia, planeando ir hasta allí e intentar conversar con la que fue su compañera de cuarto durante sólo unos días. Quería que me dejase entrar, poner mis pies dentro y ver si aún la sentía allí.

Planeé una excusa que darle a Bruna si me encontraba en el pabellón de dormitorios para chicas. Estudié qué poder decirle mientras tentaba a la suerte, había dos puertas posibles. Sabía el número de la habitación donde estaba Bruna, así que decidí empezar cinco después de la suya. Toqué a la puerta y esperé a que me abriera alguien. No sabía a quién me iba a encontrar y cuan crédula iba a ser sobre la otra historia que había preparado para ella, intentando conseguir que me dejase entrar.

–Hola, sé que esto va a parecer raro –empecé a decir cuando una chica con trenzas y mono vaquero me abrió la puerta, quedándose en silencio hasta que yo me identificase–. ¿Tú eras la compañera de Stephanie?

No tenía rostro afable, la verdad. Tardó en contestar como si siguiera esperando algo más de información. Apenas abrió la puerta del todo, algo recelosa de su privacidad. Yo intenté mostrarme cercano, accesible, buscando que empatizase con la historia que iba a decirle.

–Sí, pero ella se ha… bueno, ya no está aquí –dijo con brusquedad, parándose a sí misma antes de dar demasiada información–. Lo siento, tengo faena.

Esa chica estuvo a punto de darme con la puerta con las narices, así que me adelanté poniendo mi pie como obstáculo, impidiendo que la cerrase. Ella me miró con pocos amigos y miró molesta mi pierna, no le gustaba lo que acababa de hacer.

–Dame sólo un segundo, es importante que me dejes entrar si esta fue la habitación de Stephanie –le dije con la sensación de que no me lo estaba poniendo nada fácil.

– ¿Por qué debería hacerlo?, oye, estoy ocupada –dijo haciendo

fuerza con la puerta para que yo me viese forzado a retirar mi pie, aunque yo tampoco estaba dispuesto a desistir.

Pensé en cosas tristes para que mi rostro fuera más afable, buscaba su compasión y que no me viera como una amenaza. Deberéis estar asombrados conmigo, mi capacidad inventiva o que estuviera intentando manipular a esa chica, pero peor sería si le dijera la verdad. No me iba a dejar nadie en su sano juicio que entrase en esa habitación a ver si notaba la presencia fantasmal de una chica suicida que había intentado que yo también me quitase la vida. Conozco gente que acaba con camisa de fuerza con historias menos rocambolescas. No me sentía orgulloso de mentir, incluso ya estaba deteriorando mi amistad con Tom. No me gustaba lo que estaba pasando, pero sentía que todo se estaba haciendo una bola más grande y cada vez poseía menos control de todo.

–Conocí a Stephanie por una aplicación –mentí, consiguiendo que mis ojos se humedecieran, fingiendo tristeza al pensar en esa historia como si fuese verdad–. Estuvimos hablando más de dos semanas, no te niego que me ilusioné mucho con ella. Era una chica excepcional, nos tirábamos largas horas chateando. De repente, un día, dejó de responder. Pensé que estaba ocupada, no le di importancia, pero me empecé a preocupar cuando durante todo el día siguiente, no hubo mensaje para mí. Y ahora, me entero horrorizado que se ha quitado la vida. Ella me dijo que le gustaba, imagínate cómo me siento.

Conseguí que una lágrima adornase aún más mi discurso. Esperaba emocionarla. Quería decirle que me dejase entrar porque ver esa habitación, sus cosas, era lo más cercano a sentir algo de ella ahora que había muerto. Sonaba convincente en mi cabeza, esperaba que esa arisca chica aceptase.

–Creo que es lo más cercano que puedo estar a ella, ya que jamás voy a poder conocerla –apostillé con pesar.

–Stephanie era lesbiana, subnormal.

Esa chica dio una patada a mi pie para que dejase de poner oposición y, esta vez, sí me llevé un sonoro portazo. Menudo desastre, había quedado como un charlatán mentiroso. Mi historia era buena, creo que persuasiva, pero no había valorado todos los riesgos. Nada sonaba real si esa chica muerta nunca tuvo interés en relacionarse amorosamente con el sexo contrario. En fin, patético por mi parte.

Esa puerta sonó como un estruendo, tanto de manera física como mentalmente para mí. Estaba agotado, ni pude volver a contactar con el novio de Bruna, ni he podido interactuar de nuevo con ella. Al menos mi intento frustrado en la galería tuvo un buen premio de

consolación, pensé con una sonrisilla mientras salía de ese edificio, intentando animarme a mí mismo.

Decidí ir a la biblioteca donde Tom nos dijo que iba a pasar toda la tarde. Tampoco me lo quitaba a él de la cabeza. Me preocupaba haber creado una fisura en la confianza que teníamos. Como se suele decir, la confianza cuesta mucho en conseguir, pero muy poco en perderla. Quiero que volvamos a estar como antes. En poco tiempo, se había convertido en una compañía inigualable. Era capaz de estar horas y horas hablando con él, riéndonos de cualquier tontería. No quería perder eso. Entré con sigilo en la biblioteca donde gobernaba el silencio. Varios compañeros estaban recorriendo esas largas hileras de libro sin crear ningún tipo de ruido. Miré las mesas, pero no vi a mi amigo, así que me entremezclé yo también entre esos libros para ver si lo encontraba. Mientras lo hacía, observaba con curiosidad cómo todas las estanterías estaban catalogadas por temáticas o géneros, todo esto a su vez por orden alfabético. Me vino una extraña idea justo en ese momento, viendo todos esos libros. Me deslicé unos pasillos abajo hasta encontrar una peculiar categoría. Alcé la vista y descubrí que sí, existía. Las etiquetas que clasificaban cada pasillo eran amarillas y plastificadas. Me sorprendió ver un rotulo con esa denominación, "*Ciencias Ocultas*". Era una categoría pequeña, sólo ocupaba media estantería, pero ya me sorprendía simplemente que existiese.

Pese a que mi don ha estado siempre tan presente, nunca quise documentarme al respecto. Toda mi vida he estado esperando a que se me pasase, como cuando tuve la varicela con seis años y rezaba cada noche para despertar al día siguiente sin esos molestos picores. Todo esto era algo molesto, incómodo y que sólo quería que se fuese. Nunca quise saber más, y mucho menos, instruirme en lo que me ocurre. Repasé los títulos de aquellos libros con cierto pudor, algo nervioso de que alguien me viese en tan peculiar sección. Quise saber más, no por mí, sino por ellos. Me apenaba recordar a ese chico envuelto en llamas de la hamburguesería al que no había podido ayudar, las heridas aún sangrantes del novio de Bruna y esa chica suicida. Si estaba condenado a seguir viéndolos, debía intentar hacer algo por ellos.

No sabía qué libro coger, algunos llevaban por títulos términos que desconocía. "*¿Nigromancia?*", jamás había escuchado esa palabra antes. Era todo un mundo desconocido para mí. Tenía la esperanza de que algún libro fuese útil y del que poder ayudarme. Había uno de lomo grueso, bastante pesado, de tapas oscuras y denominado "*Enciclopedia de lo Paranormal*". Parecía bastante completo, con ilustraciones, aunque algunas algo macabras. Cogí ese libro con mis

manos con cierto respeto, como si de un objeto maldito se tratase. Lo separé del resto de los libros y caminé hacia el mostrador para pedir que me lo prestasen.

Os prometo que sentí vergüenza al ponerlo sobre la mesa donde estaba la bibliotecaria. Era una chica joven, poco más mayor que nosotros. Creo que ni miró el título al registrarlo en su base de datos, pero yo sentí mucho pudor al no saber qué podía estar pensando de mí. Me recordó a cuando tenía catorce años y me atreví una vez a comprar una revista para adultos. Fui al kiosko más lejano de mi casa, yo con la cara como un tomate de avergonzado, ocultándola rápidamente en mi mochila y buscando el mejor escondite posible en mi habitación para que nadie la encontrase. Sentí lo mismo con ese libro, también lo metí rápido en mi mochila y salí de allí sin querer volver a tener contacto visual con esa chica. Temía que me considerara un tipo raro y siniestro por tener curiosidad en esos temas.

Parece una tontería, pero llevar un libro de ocultismo a mis espaldas, dentro de mi mochila, volvía a distanciarme del resto de estudiantes que me cruzaba por los pasillos de regreso a mi habitación. Me recordaba una vez más que mi vida no era como la del resto y era molesto el pensamiento de pudor si alguno de ellos supiera lo que soy o todos esos temas que me rodean. Coger ese libro, querer tener más información, me adentraba aún más en esa idea. Llegué a la habitación y me sorprendió no encontrar tampoco allí a Tom. Comenzaba a preocuparme, no lo había encontrado en la biblioteca, ni tampoco estaba allí. Además, lo estaba echando de menos. Aproveché la soledad para sentarme sobre mi cama y sacar ese libro de mi mochila.

Me preparé antes un café con el que calentar mis manos mientras me lo tomaba, pasando las páginas de ese extraño manuscrito. Volvían a aparecer temas que desconocía, nombres raros. Fui paseando mi vista por todos esos conceptos, deteniéndome en el tema que más me interesaba, "*Contactar con los muertos*". Eran alrededor de veinte páginas dedicadas a ello, a cómo iniciar una sesión de espiritismo y cómo favorecer a que establezcamos contacto con un fallecido en concreto. No se recomendaba hacerlo a solas, pero por el momento no quería implicar a nadie más. Miré la habitación vacía y pensé que era un buen momento para probarlo. Luego pensé en Tom y en que podía regresar en cualquier momento inesperado, encontrarme en medio de ese ritual de invocación. Demasiado riesgo, pensé volviendo a meter ese pesado libro en mi mochila, ponerme de nuevo las zapatillas y

pensar otro lugar donde llevar eso a cabo.

Se estaba empezando a gestar una buena tormenta. No había cogido paraguas, así que empecé a mojarme mientras corría por el campus sin saber muy bien a dónde ir. Recordé el primer día que Tom me hizo de guía turístico, mostrándome todo el recinto. Necesitaba un lugar lo menos concurrido posible, donde estar a solas y concentrarme en algo que no sabía muy bien cómo iba a ser. Quise pensar rápido, la lluvia empezaba a caer con más intensidad y escuché un fuerte trueno a mis espaldas. Por suerte, recordé el que podía ser el lugar idóneo. Se trataba de una capilla. Creo que era el sitio menos transitado por los alumnos. No había una fuerte convicción religiosa, así que casi siempre permanecía vacía. Yo tampoco solía rezar, sólo de pequeño y cuando estaba agobiado por algo, como el episodio de la varicela que os comenté antes. También lo hice y mucho cuando mi perro *Scott* se puso enfermo. Negaría la verdad si no os digo que era el ser más querido de nuestra casa. Todos adorábamos a ese perro, siempre tan dócil y cariñoso con nosotros. Cuando el veterinario nos dio un mal pronóstico, decidí rezar cada noche, suplicando que no se nos fuera tan pronto. Tristemente, así fue y yo dejé de rezar hasta unos años más tardes las matemáticas se me atragantaron un poco.

La capilla era como una pequeña iglesia en miniatura. Había pequeños bancos de madera enfocados a un altar también de comedidas proporciones. La puerta era gruesa, tal vez para insonorizar el ruido del exterior, ya que justo al lado estaba el pabellón deportivo. Entré dentro y agradecí el profundo silencio que allí albergaba. Además, la iluminación era tenue, apenas algunas velas encendidas. Olía al característico olor de un lugar sagrado, esa mezcla a cirio quemado y algo bendito que no se puede explicar con palabras. Entré y me senté en el primer banco, dejando la mochila a mi lado, sacando de nuevo ese libro y volviendo al tema sobre el espiritismo. Sólo el fuerte ruido de los truenos penetraba dentro de la capilla. Había sido una buena idea, pensé mientras repasaba un ritual que había encontrado idóneo si sólo es una persona quien lo practica.

Debía cerrar los ojos y extender uno de mis brazos hacia el horizonte, abriendo la palma de mi mano y esperando a que el difunto invocado la tocase. Pensé por un momento en el espíritu suicida, me preocupó que un espíritu volviera a trasmitirme emociones a través del contacto. Por lo que estuve leyendo en ese libro, las manos son grandes fuentes de canalización, por eso hay quienes pueden sanar con ellas o se trasmite tanto cuando hay un choque de manos. El roce de una palma de la mano con la otra emite una energía de la vibración

de esa persona. Son de las partes de nuestro cuerpo que más pueden trasmitir, por eso también se suelen coger de la mano en sesiones de espiritismo. Me pareció muy curioso, saber que esa entidad pudo darme más información sobre ella a través de conectar la palma de su mano con la mía. Aunque en aquel caso hubiera sido trágico, ya que me transfirió sus emociones suicidas. Esperaba tener mejor suerte en esa capilla. Pensé en el novio de Bruna, cerré los ojos e intenté visualizar nuestro encuentro. Tenía mucho interés en volverlo a ver, saber por qué aseguraba que a Bruna le quedaba poco tiempo.

Ahí estaba, casi a oscuras, con el brazo tendido hacia adelante y esperando a que algo sucediera. El libro no decía nada del tiempo necesario, a fin de cuentas, aquello no era una receta. Así que me armé de paciencia y estuve un largo tiempo así. Esperaba sentir algo, notar como me cogían de la mano. No pasó. Después de un largo tiempo, decidí abrir los ojos. Volví al libro y releí por si había hecho algo mal. Era demasiado nuevo en ello, quizás había pasado algún detalle por alto. Me centré en comprenderlo mejor y estaba dispuesto a repetir cuando noté algo a mis espaldas. Puede que no hubieran cogido mi mano, pero sí parecía haber convocado a alguien en esa reducida capilla. Lo noté justo detrás de mí, seguramente sentado en el segundo banco, lo percibía muy cerca de mí. Fui girando mi cabeza con lentitud, algo temeroso de lo que me fuese a encontrar. Temía que volviera a ser una visión desagradable.

Recuerdo una vez que me pasó algo parecido en el cine. Había ido con Robin, mi mejor amigo. Él es fanático de todas las películas de superhéroes, así que siempre que podía le gustaba verlas el mismo día del estreno. Ahí estábamos, viendo los tráileres de las películas mientras devorábamos palomitas con mantequilla como si no hubiese un mañana. La película estaba a punto de comenzar cuando yo tuve una sensación similar, la certeza de que alguien estaba en la fila de detrás y que no pertenecía al mismo plano de existencia que nosotros. No supe qué hacer, si Robin se extrañaría de que me girase y quien sabe si me pusiera a mirar lo que para él sólo era una butaca vacía. Intenté dejarlo estar, pero la cosa fue a más, pude notar una respiración fuerte, como si tuviese problemas para respirar con normalidad. Parecía alguien aquejado de bronquitis. Le dije a Robin que enseguida regresaba, que tenía que ir al baño. Él como fanático de sus películas, veía un crimen que me fuera a perder los primeros fotogramas. Le dije que no tardaría y me puse en pie, saliendo de la fila en la que estábamos. El cine estaba a oscuras, pero el reflejo de las imágenes de esa gran pantalla era el suficiente para ver desde las escaleras qué tenía en el asiento de detrás. Estaba en lo correcto, era un fantasma.

Se trataba de una señora mayor de piel muy arrugada, mucho, casi como una pasa. Su rostro era demacrado, apenas era más que unos saltones ojos que no despegaba de la pantalla. Vestía con ropa de otra época, algo anticuada y que daba a entender que había pasado mucho tiempo desde su muerte. ¿Sabéis que es lo peor?, no era la primera vez que me sucedía. Me ocurre mucho cuando voy al cine, raro es la sala donde no me encuentro a alguno. Probablemente el más allá no sea tan interesante, por lo que suelen regresar a menudo a sus lugares favoritos. Quizás disfruten de la peli y, por un momento, se olviden de sus pesares *postmortem*. Hubo una vez que llegué a contar hasta siete esparcidos por una gran sala. Por suerte, suelen estar en silencio, abstraídos por las imágenes proyectadas. Con resignación, regresé a mi butaca e intenté no pensar mucho en el tema mientras me contagiaba de la emoción de Robin por aquella película de héroe arácnido.

Esta vez, dentro de esa capilla, la historia fue diferente. Diría que lo que vi, me cambió para siempre. Hubo un antes y después tras esa tormentosa tarde al girar la cabeza y ver a quién tenía a mis espaldas.

Justo un estruendo acompañó tan horripilante momento. No era una señora de arrugada piel, tampoco un jovencito en llamas. No se trataba de una imagen desagradable, pero sí tuve ganas de vomitar al ver de quién se trataba. Era una joven de pelo corto, ojos claros y una sonrisa robada que enmudeció para siempre. Se trataba de Bruna. Sí, ella estaba ahí y me dio pánico pensar lo que eso significaba. Toda una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo al verla sentada y con la mirada ida. Sus ojos estaban clavados en ese altar donde había una figura religiosa. Y en ese rostro serio y sin expresión, brotó una lágrima que se deslizó lentamente por su mejilla derecha.

Mi teléfono móvil empezó a sonar, rompiendo un terror paralizante que estaba sufriendo al descubrir que Bruna estaba allí. No había escuchado la puerta y había tenido mi siempre alarmante sensación, además su piel estaba como amoratada. Era obvio que no estaba viva. Me dolía creerlo, asumirlo, pero era evidente. Miré la pantalla de mi teléfono y vi que era Tom. Descolgué y sólo pude asentir nervioso cuando me comunicó la mala noticia. Bruna había muerto.

CAPITULO 5
“DUELO”

Cuando tenía cuatro años, siempre estaba revoloteando alrededor de mi madre. Era mi compañera, mi amiga, mi todo. Mi madre me tuvo joven, por lo que tuve la suerte de que tuviese la energía suficiente para no agotarse con ese niño revoltoso que siempre estaba moviéndose y queriendo jugar a todo. Recuerdo una tarde en el campo, correteando, mi madre junto a mí. Estábamos recolectando margaritas que llevarle a mi abuela más tarde. Aún me viene el olor profundo a pino de esa arboleda tan poblada de naturaleza y donde se respiraba aire tan fresco. Aún puedo sentir esas hojas abofetear suavemente mis mejillas rosadas cuando corría sin rumbo, algo torpe y golpeándome con los arbustos. Mi madre aprovechaba los pequeños descansos que le otorgaba para tomar el sol, hacía un día radiante. Le gustaba sentir cómo su cuerpo se iba bronceando al descender los días fríos de invierno. Ella cerraba los ojos y elevaba su barbilla, disfrutando de ese pequeño calorcito que sentía al ponerse frente al sol. La calma le duró poco, yo empecé a llamarla con mi vocecilla aún demasiado aguda y pueril. “*Mamá, mamá, mamá*”, le dije sin cesar hasta que ella viniera hacia allí. Había encontrado algo y, a esa edad, mi madre era mi enciclopedia. Cualquier cosa que no sabía, ahí estaba ella. Era todopoderosa para mí y mi particular sabio. Le miré preocupado y le señalé con un pequeño palo de madera lo que había visto en el suelo en una zona algo más despoblada de matorrales. Era una visión triste, difícil de entender a mi corta edad. Se trataba de un pajarito agonizando. Estaba echado en el suelo, con los ojos cerrados y con unos pequeños espasmos que a mí me resultaban aterradores. Mi madre puso un rostro serio y preparó la que fue mi primera conversación respecto a la muerte.

Algo de mi infancia se perdió allí cuando fui testigo del último movimiento de ese pequeño animal, quedándose ya quieto para siempre y sin vida. Mi madre me pidió que jugase en otro lado y que le prometiera que no iba a tocarlo. Yo era muy inquieto, curioso y siempre ponía mis manos sobre cualquier cosa que me pareciera inquietante. No lo hice, mantuve mi mirada con una profunda tristeza que no había experimentado antes. Era la primera vez que me enfrentaba a la muerte.

Catorce años después, esa lluviosa tarde en el interior de la capilla, volvía a tener la misma emoción. Sentí congoja, frustración y mucha tristeza al ver allí sentada a mi amiga. Lo que veía ya no era ella, su vida había terminado. Era su espíritu perdido y desorientado. Me

costó mantenerme firme cuando Tom me habló por teléfono y me dijo que estaba en el hospital. Le dije que iría hasta allí lo más pronto posible, pero no lo hice. Quise darme mi tiempo y estar con ella.

Bruna lloraba. No era un llanto potente, sino más bien como un goteo. De vez en cuando, iban cayendo lágrimas por su rostro mientras no dejaba de ver esa figura religiosa. Imagino qué podía sentir o qué pensar al verse allí, sintiendo que su partida había terminado demasiado rápido. Yo seguía de pie, frente a ella, paralizado. La peor emoción de las muchas que golpeaban mi pecho desde dentro era la culpa. Tres días antes, yo ya sabía que eso iba a pasar y no había podido evitarlo. Pensé en Lucas y en cómo me advirtió que le quedaba poco tiempo a Bruna. ¿Hubiera podido evitarlo?, probablemente no. Tom me explicó después que había sido de un grave problema cardíaco que nosotros desconocíamos. La madre de Bruna le explicó en el hospital a mi amigo que de pequeña había tenido varios soplos en el corazón, que incluso había nacido ya con ciertas anomalías cardíacas. Quizás estaba predestinado que Bruna siempre hubiera estado condenada a una muerte prematura, pero eso no sofocaba mi sensación de culpa por no haber hecho nada.

Su novio me advirtió de lo que iba a pasar, tuve días para ver qué podía hacer, incluso intentar detenerlo. Tenía la amarga sensación de haber desperdiciado el tiempo teniendo sexo con una desconocida en un baño, divirtiéndome y tomando ponche en una fiesta universitaria, incluso asistiendo a mis primeras clases con total normalidad. Una vida corría peligro, eso debería haber sido prioritario para mí durante todo este tiempo.

Miré a Bruna y lamenté mucho no impedirlo. No sé si me escuchaba, dije su nombre varias veces, pero parecía estar en trance. Hay espíritus que se bloquean si acaban de morir, se toman su tiempo para asimilarlo y querer volver a interactuar con su entorno. Ella no hacía nada, sólo era una triste fuente de lágrimas que era incapaz de cesar con desamparo. Me acerqué a ella, me senté a su lado y pensé por un momento en cogerle la mano. No sabía si debía hacerlo o si estaba preparado para sentir dentro de mí todas las emociones que podía estar teniendo Bruna en ese momento. No la toqué, permanecí a su lado sin decir nada, mirando como ella ese altar. Tardaron poco en brotar también lágrimas de mis ojos, aunque en mi caso sí fue una gran tormenta. Rompí a llorar, incluso gimotear con rabia, molestia y profunda tristeza. Era injusto que hubiera muerto esa chica de dieciocho años que nos había cautivado con su torrente de vitalidad, su vocabulario siempre mordaz, alegraba mucho cualquier lugar si estaba ella en él. No me imaginaba cómo iba a ser todo esto sin Bruna.

Me llevé las manos a los ojos para secarme tanta lágrima que hizo borrosa mi visión. Intenté secarme, ignorando que la aparición comenzaba a desaparecer. Miré a mi lado y ya no estaba Bruna conmigo. Volvía a estar a solas en esa capilla. No sé si ella había venido a ese lugar por mí, por saber después de muerta que yo podía verla, o por ser un lugar sagrado. No habíamos hablado de religión, eran demasiadas las conversaciones que Bruna y yo aún teníamos pendientes. "*Demasiado pronto*", dije para mis adentros mientras hundía mi cabeza casi hasta mis rodillas, abatido. No recuerdo bien las horas que pude estar allí, casi en penumbra y a solas. Salí de la capilla y comencé a caminar hasta el pabellón de las habitaciones. Le había prometido a Tom que iba a ir al hospital, pero no tenía fuerzas. Mi caminar era lento y pesado, sentía que mi cuerpo estaba destruido. Entré en la habitación, me desvestí, me metí en mi cama y continué llorando. Estaba en shock, incapaz de asumir que Bruna había muerto.

Lo primero que hice nada más abrir los ojos al día siguiente fue mirar hacia la cama de Tom, seguía sin haber vuelto. Supuse que igual continuaba junto a la familia de Bruna, que al parecer fue hasta allí lo más pronto posible. Salí de la cama y empecé a vestirme cuando él vino. Ya podéis imaginar el rostro de mi amigo, totalmente roto y descompuesto. Me acerqué rápido a saludarle, quise abrazarle, pero Tom se mostró esquivo conmigo como la última vez que lo vi. Dijo que necesitaba una ducha. Empezó a recopilar la ropa y la toalla mientras yo le abatía a preguntas.

–Te lo cuento luego, ¿vale?, ha sido una noche muy larga –me contestó con aspereza, dándome la espalda y encerrándose en el baño.

Desde que supe la noticia, había pensado mucho en él. Quería consolarlo, llorar juntos y hacerle ver que podía desahogarse conmigo siempre que lo necesitase. Pero Tom apenas me habló, echó unos pasos atrás cuando hice un amago de abrazarlo y se escabulló rápido en la ducha. Me quedé de pie frente a la puerta del baño hasta que terminase, necesitábamos hablar.

–Tom, ¿te pasa algo conmigo? –le pregunté sin rodeos cuando abrió la puerta, aún con el pelo húmedo y terminando de abrocharse los pantalones.

Él volvió a mirarme de una manera distinta a como habían sido nuestros primeros días. Una mezcla entre indiferencia y seriedad. Esperaba que habláramos, era obvio que las cosas no estaban igual.

–Ryan, acaba de morir mi amiga. ¿Te crees tan importante como para estar yo ahora pensando en eso? –me respondió con cierto

sarcasmo en sus palabras sin dejar de moverse por la habitación, sin detenerse para que habláramos.

–Yo también estoy roto con esto, no te imaginas cuánto. Justo por eso, creo que deberíamos estar más unidos que nunca.

Mis palabras no hacían más que ponerlo incluso de peor humor. Volvió a mirarme con rostro poco conciliador, cruzándose de brazos y dispuesto a que discutiéramos si hacía falta.

–Bruna te llamó, ¿sabes?, ocurrió poco después de que vosotros comierais juntos. Empezó a tener molestias y quería que la acompañases al hospital. No quería ir sola.

Enmudecí al oír aquello, saqué rápido mi teléfono móvil de mi bolsillo y comprobé si era cierto. Efectivamente, tenía dos llamadas perdidas de Bruna que se habían escabullido entre mensajes de texto y mails con propaganda. Puse el teléfono en modo silencio cuando me encerré en aquella capilla, no quería que nada me distrajera si intentaba realizar una sesión de espiritismo.

–De verdad que lo siento, no vi las llamadas. Tuve el móvil silenciado toda la tarde –dije avergonzado, mirando con pesar el nombre de Bruna en mi teléfono, rabioso de no haber cogido sus llamadas.

–¿Dónde estuviste toda la tarde?, ¿otra vez alguien echó algo en tu bebida? –me espetó con sarcasmo–. Como no se hizo contigo, vino como pudo hasta la biblioteca para que fuera con ella. Por poco, muere en mis brazos.

Sus palabras me dolían. Ya me sentía culpable por haber sido advertido por el espíritu de su novio de que Bruna estaba en peligro, peor me sentía ahora de saber que fue al primero que llamó para que le ayudase. Aun así, las palabras de Tom eran demasiado duras. Entiendo que era un momento delicado, pero tampoco era cuestión de descargarse conmigo. Es cierto que silencié el teléfono en la capilla, pero probablemente él también lo hiciera al estar en la biblioteca. Creo que estaba siendo demoledor conmigo. Pensé que era mejor no seguir con la conversación.

–Mañana pediré un cambio de habitación en secretaria, supongo que será lo mejor –dije yo también con un tono molesto, dejando de ver lógica su postura hacia mí.

–Haz lo que quieras –sentenció Tom antes de volver a irse, no sin antes cerrar la puerta con fuerza, dando un sonoro portazo.

Necesitaba salir, notaba cómo me ahogaba en aquella habitación. Fuera, seguía haciendo mal tiempo, pero me daba igual. Me importaba lo más mínimo si terminaba con un catarro, quería exhalar aire y conseguir que mi pulso volviera a tranquilizarse. La discusión con Tom había agitado todo mi cuerpo. Salí y fui hasta unas pistas deportivas donde empecé a correr con furia. Necesitaba descargar toda esa adrenalina contenida. Aunque estuviera lloviendo intensamente, tenía que hacerlo y soltar. Incluso grité rabioso cuando nadie me vio. El mal tiempo hizo que todos estuvieran a cubierto. Sólo yo estaba allí, o eso creía. Cuando mi cuerpo no pudo más, habiendo gastado toda mi energía, me senté en un banco que había cerca y vi algo a lo lejos que pronto sentí que no era de este mundo.

Fue como aquella señora del cine, su vestimenta pronto me hizo sentir que no era de esta época. Parecía un chico de mi edad, quizás también había hecho deporte como yo en ese lugar. Vestía ropa veraniega, pantalones cortos y camiseta colorida. Su corte de pelo a media melena rubia también le otorgaba un *look* quizás ochentero o setentero. Ahí estaba, inmóvil y mirando hacia la pista deportiva donde yo estaba desfogándome. Es recurrente que los vea con un rostro melancólico o reflexivo, muchos no asumen su nueva realidad por mucho tiempo que haya pasado. Me detuve, le observé y creo que él se dio cuenta que yo sí podía verlo. Decidí acercarme, caminar decidido hasta él.

Estaba cansado de tantas apariciones que luego no sabía qué poder hacer y el recuerdo de no haber hecho lo suficiente por Bruna pesaba demasiado. Me puse frente a él y pude ver mejor al detalle algunos rasgos que delataron el motivo de su muerte. Tenía varios arañazos en la cara, como si hubieran forcejeado, y su grueso cuello aún tenía las marcas moradas de unas manos que apretaron demasiado hasta ahogarle. Fue una muerte violenta. Revisé más abajo y los pequeños pantalones deportivos estaban manchados de sangre seca. Su rostro era asustado, pensativo, mirada extraviada y apretaba los labios con fuerza como si aún algo le doliese. Me miraba fijamente, una mezcla entre sorprendido por ver que lo podía ver y asustado. Esta vez, debía ser diferente. Se lo debía a Bruna, era momento de pasar a la acción. Le pedí que me diera su mano. Al principio, parecía no reaccionar, así que se lo repetí varias veces, incluso subiendo el tono de mi voz y usando un modo más imperativo. Ese joven movió su brazo con rigidez, como si le costase.

Antes de darme su mano, vi que también había lesiones en sus muñecas. Tenía una marca de piel amoratada, como si le hubiesen retenido contra su voluntad con unas cuerdas. Me asustaba lo que fuera a sentir cuando tocase su mano, temía una emoción

desagradable como la de la chica suicida. Pero debía hacerlo, pensé para mis adentros, buscando su mano y estrechándola con la mía.

Esta vez, fue diferente. Os diría que de las peores hasta el momento. Ese espíritu no me trasmitió su dolor o desconcierto, sino que empezó a proyectar unas imágenes en mi mente. No me había pasado antes, pero era como ver una película con mis ojos. Se trataba de un metraje con cortes, escenas cortas que me iban contando una historia incómoda de conocer. Por un momento, no era su rostro perdido el que veía, sino una especie de alucinación donde veía lo que le había sucedido.

Era horrible. No imaginaba que ese chico guardase una historia tan lúgubre, trágica y desesperanzadora. Lo primero que vi fueron pequeños *flashes* de su infancia y adolescencia. Pude ver a un chico feliz, con brillo en los ojos, devorando el flan casero que le preparaba su madre todos los domingos. Pude verlo también junto a sus amigos, charlando y sin dejar de reír mientras esperaban en la puerta del colegio, con sus mochilas y unos juguetes que le habían traído por Navidades. Era asombroso, no sólo veía esas imágenes, incluso me sabía el nombre de cada uno de sus amigos. Por unos minutos, fue como si estuviera dentro de su cabeza. Esa película que dicen que ves rápidamente sobre cómo ha sido tu vida antes de morir estaba siendo proyectada en mis ojos. Pero no era la mía, sino la de ese chico.

De repente, vi a ese chico salir a correr en una calurosa tarde de agosto. Llevaba la ropa con la que se mostró ante mí. Lo vi sudado, haciendo ejercicio, bajando la mirada porque el sol impera y le molesta la exposición directa. Vi que era un lugar cerca de esta universidad, próximo a una carretera. Él se detuvo cuando vio una furgoneta parada a mitad trayecto y su conductor estaba haciendo aspavientos con sus manos para que alguien le ayudase. Se trataba de un hombre alrededor de unos cincuenta años, con sobrepeso, poco agraciado. Él también estaba sudado, pero por el calor extremo que hace en esa sobremesa de sábado. El chico joven se acercó a él con inocencia, escuchó su mentira sobre una avería por la que le pidió ayuda. El conductor fingió entrar en el coche para poner el coche en marcha, pero regresó realmente a por una barra de hierro con la que golpeó al joven en la cabeza. Este se desplomó y cayó sobre el asfalto recalentado. El agresor miró a ambos lados de la carretera, nadie lo vio cuando levantó el cuerpo con sus manos y lo introdujo en su furgoneta.

Hay un fundido a negro y, de repente, pequeñas secuencias que agradezco que pasen rápido. No me quiero detener en ellas, son desagradables. Ese cerdo maníaco utilizó el cuerpo del chico para su

disfrute y haciendo realidad sus oscuras fantasías. Todo ocurrió en el interior de ese vehículo que además emitía un hedor apestoso, fue una información que también me llegó. Olía a algo mugriento, mezclado con el olor corporal de ese depredador sexual. Hubo un momento en el que el chico intentó escapar, pero ese señor lo golpeó. Se inició una pelea entre ambos, pero todo acabó cuando fue apresado por el propio peso del hombre, quien se puso encima suya, inmovilizándole y agarrándole con fuerza de su cuello con ambas manos. El joven empezó a sentir que se ahogaba, que no podía respirar, siguió moviendo sus brazos para intentar escapar hasta que sintió que sus fuerzas se iban debilitando poco a poco. No pudo más, se agotó, se apagó. Cuando perdió la vida, su asesino condujo unos metros más adelante, lanzándolo a una cuneta sin ningún tipo de miramiento, ni culpa. Las imágenes terminaron ahí, mi vista volvió a centrarse en él, en cómo me miraba aterrado como sabiendo que pude ver por todo lo que sufrió. Poco a poco, fui soltándole la mano y recuperé el aliento después de un momento tan tenso.

"*¿Qué puedo hacer por ti?*", me atreví a preguntarle. No pude ver la matrícula de esa furgoneta, ni tampoco sabía cómo encontrar a ese señor si aún estaba vivo. Sus vestimentas me hacían pensar que pasó hace tiempo. Sus finos labios empezaron a moverse, pero le costaba verbalizar una palabra. Sentía su esfuerzo, lo difícil que es para ellos comunicarse con nosotros. Vi que le costaba, intentaba hablar, pero le era muy difícil. Cuando lo consiguió, volvía a ser una voz enlatada, gutural y que sonaba como lejana. "*Ya nada importa*", me respondió con gran peso emocional en cada una de sus palabras, que sonaron y cayeron como una losa. Vi su mirada triste, desconsolada, torturado por su abrupto final. "*Lo siento mucho, de verdad, es terrible lo que te sucedió*", le dije incapaz de contener una lágrima. "*Gracias*", me respondió él antes de darse la vuelta y empezar a caminar en dirección contraria a donde yo estoy. Decidí quedarme allí, no hubo más que pudiera hacer por él. Me dio una terrible pena, verle alejarse con los hombros caídos, desalentado, apenado por ser incapaz de tener descanso con la muerte.

Fue una aparición que me afectó especialmente, no pude evitar un ataque de ansiedad cuando se alejó con ese caminar triste, angustiado. Me llevé la mano al corazón y sentí que latía alocado. Mi respiración también se agitó, demasiado nervioso después de haber sido capaz de ver con mis ojos sus terribles recuerdos. Hubiese deseado hacer algo más por él, pero no sabía cómo. Tampoco supe remediar la muerte de Bruna. Esto se me hacía grande. No era capaz de saber gestionarlo. Yo también caminé de regreso a mi habitación con desaliento, desanimado y como alma en pena por lo que me acababa de suceder.

Recuerdo una ocasión que también me impactó mucho cuando aún iba al instituto. Se trataba también de una muerte violenta. Yo estaba almorzando en el patio mientras leía un libro que había sacado de la biblioteca. En ocasiones, me apetecía estar solo y, en otras, directamente no tenía con quien pasar un buen rato. Cada vez, me sentía más desconectado de mis compañeros y amigos. Centraba mi interés en aquel libro cuando escuché sollozar a una niña a mis espaldas. Cerré el libro de golpe y miré a mi alrededor. Creía estar seguro de que era detrás de mí, pero no lograba verla. Oía un llanto desgarrador y que asociaba a una niña pequeña. El instituto tenía un gran patio que estaba bastante concurrido a esa hora, el momento del recreo. Todos hablaban alto, jugaban y se divertían. No había rastro de esa pequeña que lloraba. Así que empecé a moverme rastreando cada rincón donde se hubiera podido esconder. Quise guiarme por su llanto para poder encontrarla, la escuchaba muy cerca de mí.

Me costó encontrarla, estaba agazapada junto a uno de los árboles que rodeaban el patio del instituto. Tenía la espalda apoyada contra el tronco, sentada en el suelo, con sus pequeñas manitas contra los ojos, tapándolos y sin dejar de llorar. Yo aún no me atrevía a interactuar con ellos, así que sólo estuve un largo tiempo observándola. En medio de aquel desconsolado lloro, balbuceó la palabra "*Mamá*". Justo después, escuché el sonido de una ambulancia que estacionó a las puertas del centro. Una auténtica estampida de estudiantes curiosos corrió hacia allá, para ver qué había pasado justo frente a nuestro instituto.

Estaba en muy mala ubicación, justo al lado de una concurrida carretera con mala señalización. No era la primera vez que eso había propiciado un accidente. Me acerqué a la puerta y pude ver que, efectivamente, había un aparatoso accidente donde estaban intentando socorrer a las víctimas. Escuché otro llanto más intenso, casi un rugido de dolor. Provenía del interior de uno de los coches. Pude ver a través de la ventanilla que era una mujer con sangre en su cabeza, suplicando que alguien ayudase a su hija, que no se movía. Di unos pasos más hacia adelante, intentando pasar entre la muchedumbre morbosa y comprobé que la niña que no se movía, probablemente fallecida, era la misma que yo había visto en nuestro patio. Acababa de morir, estaba perdida y asustada, echando de menos a mamá.

Regresé a la habitación casi al anochecer, no quería discutir más con Tom. Me quedé sentado en un banco durante un par de horas hasta que conseguí que mi respiración volviera a su estado normal. Estaba

siendo un día muy intenso, entre la terrible noticia del fallecimiento de Bruna y la agotadora experiencia de ese espíritu que había sido capaz que viese con imágenes su crudo desenlace.

Sólo quería llegar a mi cama y descansar. Tom ya estaba metido en la cama, pero no dormía. Pude ver de refilón cómo miraba al techo, absorto, seguramente sin ser capaz de digerir que Bruna ya no estaba con nosotros. Yo vacié mis bolsillos y empecé a ponerme el pijama. Pensé en decirle algo, hablar con él, esta situación me estaba matando. Se había ganado mi cariño en muy poco tiempo y me dolía mucho que toda nuestra comunicación se hubiese ido al traste.

–¿Dónde has estado? –se atrevió a preguntarme con voz endeble, se notaba que había estado llorando.

Tardé en contestar, no quería más mentiras entre nosotros. En vez de meterme en mi cama, me senté en el borde de la suya, quería tenerlo cerca cuando le diera mi contestación.

–Tom, hay cosas de mí que estoy deseando compartir contigo, pero aún no puedo hacerlo. Sé que queda sospechoso, mis ausencias, mis mentiras que sé que has captado, pero lo hago porque no estoy preparado. Créeme que, si pudiera, ibas a ser la primera persona en saberlo –le dije buscando el contacto visual, mirando esos ojos llorosos que estaban bien abiertos y escuchándome con atención–. En apenas días, te has convertido en alguien tan especial para mí que no veas lo que me duele perderte. No quiero y, a la vez, no puedo serte todo lo sincero que querría.

Desnudé por completo mis sentimientos. Aún no estaba preparado para hablarle de todos esos horrores en los que yo convivía a diario, esas caras desconcertadas de muertos sorprendidos porque yo si los podía ver. Tampoco podía hablarle de Bruna, no sabía cómo iba a reaccionar cuando le dijera que yo sabía unos días antes que su vida corría peligro. Era demasiado y no tenía valentía para ser del todo honesto con él.

–Yo sí fui sincero contigo desde que apenas nos conocimos, Ryan. No creas que voy contando lo mío a cualquiera con quien me cruce –me reprochó, molesto, pero con un tono algo más conciliador–. Si lo hice es porque pronto supe que se podía confiar en ti, ojalá yo significara lo mismo para ti.

Por un instante, valoré el contárselo todo. Quería hacerlo si con eso era capaz de recuperarlo. Echaba de menos sus risas, sus confidencias, sus abrazos. Me había acostumbrado a él y detestaba que nuestra amistad estuviera en una cuerda floja. Miré yo también hacia arriba al techo donde Tom había clavado su mirada hasta que nos pusimos a

hablar y recapitulé rápido las posibles consecuencias. No sabía cuál podría ser su reacción si le explicaba todo de golpe. Estábamos pasando un momento terrible con la inesperada muerte de Bruna, tenía demasiadas dudas de que Tom colapsara si yo también le hacía participe de todo lo que había en mi vida.

–¿Te importa si te abrazo? –le pedí sin atreverme a mirarle a la cara, algo ruborizado por necesitarle tanto pero no poder ser todo lo sincero que él me pedía.

Tom, que estaba tumbado en su cama, se reincorporó para poder abrazarme mejor. Alzó sus brazos y me cobijé en su hombro. Echaba de menos esa sensación, lo a gusto y calmado que me sentía cuando él se apretaba a mí. Deseé que ese abrazo no terminase nunca, más que nunca debíamos estar unidos. Tom y Bruna era lo más parecido a una familia que tenía en esa universidad y ya había perdido a uno de ellos.

–Dímelo por favor, no quiero perderte como a Bruna, ¿qué te ocurre y no me puedes contar? –me suplicó mientras yo le pedía que no dejase de abrazarme.

Me rompí, me puse a llorar sobre su hombro. Fue un llanto desconsolado y que tardé minutos en recomponerme. Tom no se separó de mí. Aunque él no supiera por lo que estaba pasando, me consolaba tanto su compañía.

–Prométeme que no te vas a alejar de mí, te aseguro que te lo contaré todo en cuanto pueda, no será tarde, de verdad, te lo juro –le pedí entre sollozos, agarrándome con fuerza a él, agradecido por su cobijo–. Significas mucho para mí, lo he pasado mal sintiendo que nos estábamos distanciando.

–Está todo bien, no te preocupes –dijo Tom con voz serena, tranquilizándome–. Ve a dormir, ha sido un día duro para todos.

Las palabras de Tom fueron el mejor calmante, necesitaba oírlo, saber que no era irreparable lo sucedido entre nosotros. Me metí en mi cama y conseguí descansar durmiendo de un tirón.

Me despertó el sonido de la puerta. Aunque Tom intentó no hacer ruido y cerrarla con cuidado, yo tenía un oído muy fino. Era capaz de despertarme incluso con el aleteo de una mariposa. Tampoco ayudaba que en algunas ocasiones hubiera tenido visitas de dormitorio. Imaginaos lo que es despertar entre sueños y encontrarte a uno de ellos ahí, a los pies de la cama, observándote. He padecido insomnio durante largas temporadas de mi vida. Pese a que esa noche había dormido fenomenal, tuve un amargo despertar.

Abrí los ojos con el ruido de la puerta, bostecé y miré rápidamente hacia la cama de mi amigo. No estaba, incluso la cama estaba hecha. Miré con más atención y vi que había un sobre encima. Di un bote para salir de la cama y corrí hacia ella. Se trataba de una carta y había sido escrita para mí.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo cuando desplegué esas hojas y comencé a leer. Era de Tom, reconocía su letra, y el texto era un largo discurso de despedida. No había sido capaz de superar la presión, la vida se le había hecho grande tras vivir con sólo dieciocho años la inesperada muerte de Bruna. Me daba mil excusas, sobre todo por irse sin despedirse. Pero no quería que lo convenciera, sentía que era lo mejor. Decía que aún estaba a tiempo de poder reengancharse en otro curso, otra universidad. Estaba alucinando, me quedé sin palabras, bloqueado y tremendamente triste al sentir que volvía a estar solo.

CAPITULO 6
“OSCURIDAD”

Cuando tenía nueve años, escuché la palabra “depresión” por primera vez. Era difícil digerir desde la perspectiva de un niño, sentir que alguien era atrapado por una emoción negativa de la que podía tardar mucho tiempo en despegarse. Me la dijo mi madre sobre una de mis tías, la hermana de mi padre. Ella no solía venir a mis cumpleaños porque no se encontraba bien, tenía depresión. Recuerdo una vez que sí hizo un esfuerzo para venir y yo no dejé de observarla sin entender muy bien qué era y por qué no le permitía librarse de ello. Ahí estaba, todos cantando cumpleaños feliz, pero ella miraba las velas como en trance y con rostro de no estar pasándolo muy bien. Era como si hubiera estado llorando toda la tarde antes de venir a nuestra casa. Yo era pequeño y creía que las cosas eran más fáciles de solucionar.

Me acuerdo de que me acerqué a ella y le entregué unas entradas para el circo que me habían regalado por mi cumpleaños. Eran para el domingo y yo era capaz de sacrificar el ir si ella iba y así se animaba. “*Te gustará, hay animales muy bonitos, seguro que te pone feliz*”, le dije con la inocencia de un niño que no entiende sobre estados emocionales que pueden apresarte y no liberarte durante mucho tiempo.

Recordé esa vivencia mientras estaba metido en la cama sin intención de salir de ella hasta el mediodía. Eran más de las once. Apretaba mi cabeza contra la almohada y sólo ansiaba seguir durmiendo. Había pasado una semana y media desde la muerte de Bruna y la marcha de Tom. Ambos sucesos me habían destronado a un lugar oscuro, melancólico y desalentador. Eran amistades por explorar, había soñado vivir muchas anécdotas al lado de ellos. No me imaginaba que todo terminase tan rápido. Además, estaba empezando a desarrollar un preocupante rencor hacia Tom. No le perdonaba que se hubiera marchado así, dejando una carta y sin darme la posibilidad de que lo habláramos. No me parecía una decisión acertada.

En medio de ese maremágnum de emociones, entró Eric en escena. Se trataba de mi nuevo compañero de habitación. No era el mejor momento para presentarme, empezar de cero, y mucho menos si llegaba a la habitación cuando yo estaba depresivo, metido en la cama y sin ganas de nada.

Él venía cargado con sus cosas, fue como verme a mí mismo hacía unas semanas. Sentía que había pasado en unos días lo que en ocasiones nos ocurre en años. Salí de la cama y, pese a mis legañas y

pelo despeinado, me presenté dándole la mano. Me disculpé por recibirle en pijama y fingí que no me encontraba bien, que igual había cogido frío. Mentiras, mal empezaba, pensé avergonzado. Eric parecía un tipo simpático, era más alto que yo, bastante delgado, pelo oscuro y, cuando sonreía, sus dientes ligeramente apartados le daban cierta peculiaridad. Siempre vestía con ropa deportiva y le encantaban esas sudaderas con capuchas. Me pareció que tenía buena energía.

Era algo que estaba pasando en mí, muy curioso como todo lo que tiene que ver con ese mundo intangible que tan secreto llevaba. Ya no sólo era capaz de sentir la energía de un muerto, sino que empezaba a creer en mi intuición o sensaciones sobre las personas vivas. Creía sentir una vibración diferente a los que empezaba a considerar "*un alma pura*" o alguien con mucha luz interior. Igual es sólo una gran sugestión por mi parte, pero tengo la sensación de recibir más información de la que recibo de esa persona cuando la tengo en frente. Lo curioso es que todo esto dio un paso más cuando conocí a mi nuevo compañero. Eric me hablaba de su ciudad, de lo emocionado que estaba por estar allí. Yo lo escuchaba y, de repente, me vino una imagen de un lugar. No sé por qué, pero sentía que estaba relacionado con él. Veía una pequeña casa a pocos metros de la playa, una cocina también de reducidas dimensiones donde se acababan de hornear galletas de mantequilla. Pude ver también unas cortinas blancas muy finas, como de algodón y sólo un ventilador antiguo donde paliar el caluroso agosto. Era como si estuviera allí e intenté recordar todos los detalles posibles.

Durante ese primer día conociendo a Eric, estaba sorprendido por haber conseguido visualizar en mi mente un recuerdo suyo. Esto jamás me había pasado o, al menos, de manera tan fuerte.

Eric me hizo un largo repaso a su vida mientras comíamos cerca del centro de la ciudad, un lugar donde hacían unos sándwiches riquísimos y bien repletos de ingredientes. Me contó que antes de empezar la universidad, había vivido durante aquel último verano en una casita preciosa cerca de la playa que pertenecía a sus abuelos.

–¡Qué guay!, preparar una cena allí, cerca de la playa, a mí me gusta mucho cocinar y ha de ser genial hacerlo con el ruido de las olas tan cerca –le dije para sonsacar más detalles de la casa y saber si estaba en lo cierto respecto a lo de mi visión.

–Es fenomenal, yo me aficioné sobre todo a la repostería. Me encantaba hacer magdalenas artesanas, pasteles fríos o galletas de mantequilla –me contó Eric con una sonrisa, recordando esos buenos meses, ignorando que mi también sonriente rostro era por haber confirmado mi visión.

Aquello me aterraba menos que los muertos, me parecía interesante poder saber una información extra cuando hablaba con alguien, y más siendo alguien nuevo. Eric me pareció un chico comunicativo, se le veía muy extrovertido y sociable.

–Oye, me han invitado a una fiesta en el campus para esta noche –me dijo mientras íbamos hacia la barra para pagar la comida e insistía en invitarme–. ¿Te apuntas?, así te presento a mis amigos.

Acepté, me vendría bien salir y despejarme. Me sorprendió su facilidad para sociabilizar. Yo desde la muerte de Bruna y la marcha de Tom apenas había levantado mis narices de los libros, además del gran bajón anímico que padecía. Se me hacía raro acudir a una fiesta sin ellos, era extraño. Aún recordaba aquella fiesta con la aparición del espíritu suicida, crucé los dedos para que esa noche fuese una velada pacífica.

De regreso a la habitación, Eric hizo la incómoda pregunta. Él sabía que un alumno debía haber renunciado para que le asignaran una habitación libre. Me contó que estuvo en una especie de lista de espera porque el campus estaba al completo, así que los primeros días de clase tenía que hacer un largo trayecto y regresar cada noche a su casa. Era inevitable, daba mucha curiosidad saber por qué alguien con las mismas ilusiones que nosotros se hubiera ido de manera tan repentina.

–Tom y yo nos hicimos muy amigos de una chica, Bruna, era fenomenal, de esas personas que siempre te sacan una sonrisa –recordé bajando la mirada, distrayéndome en las pequeñas piedrecitas de ese camino que conducía de regreso a las habitaciones, me costaba no emocionarme–. Tuvo una muerte natural, repentina, nada esperada. Ni yo, ni Tom fuimos capaz de aceptarlo. Él decidió irse y yo, bueno, lo voy llevando.

–Joder, tío, lo siento mucho –me dijo con lenguaje coloquial, pero sincero, detuvo su caminar y puso su mano sobre mi hombro como muestra de apoyo–. Sé bien cómo te sientes. El año pasado, perdí a mi madre. Fue horrible, imagínate, vivir algo así con solo dieciocho años.

Eric también entristeció su mirada al hablar de ella, de ahí que se fuera una temporada a vivir a la casa de sus abuelos. Dijo que vivir en su casa, ver las cosas de su madre, le ponía enfermo. No pudo evitar humedecer sus ojos al recordar graciosos recuerdos sobre ella, era una herida aún abierta.

–Vaya, lo siento mucho. Nadie se repone de algo así –le dije.

–Oye, igual me vas a tomar por loco, pero hay algo que quiero

contarte –me dijo Eric, bajando el tono de su voz y mirando a su alrededor con cierta paranoia de que lo pudieran escuchar, eso captó toda mi atención–. Una de mis amigas, de esta gente que quiero presentarte esta noche, dice que es capaz de comunicarse con los muertos. Pensarás que estoy chalado, pero quiero ver si puedo volver a comunicarme con mi madre.

Ya podéis imaginar mi reacción en ese momento. No sabía ni qué rostro poner al escuchar eso, saber que mi nuevo compañero se relacionaba con alguien que establecía contacto con los muertos. Por un momento, quise serle sincero y hablarle de mis cosas. No quería que fuera incómodo como con Tom, teniendo que ocultarle tantas cosas. Por otra parte, pensaba que acababa de conocerle y que no estaba preparado a tener una mala reacción por su parte. Puse cara de sorpresa y esperé impaciente a que me presentase a esa chica.

La fiesta en el campus era algo más relajada comparada con la primera y única a la que había acudido. Aunque ya estábamos en otoño, aún hacía buena temperatura, así que se había hecho en el exterior. Habían puesto una gran carpa, varias mesas juntas a modo de barra y unos enormes altavoces donde esta vez se agradecía que no sonase música a tantos decibelios. Era una fiesta algo más relajada, la gente tomaba cerveza de nuevo en esos característicos vasos de plástico y charlaba entre ellos. Seguí a Eric, quien se reunió con un grupo de jóvenes que resultaron ser sus amigos. Tampoco hacía mucho que los conocía, quizás lo mismo que yo cuando conocí a Bruna y Tom. Espero que este grupo corriera mejor suerte.

Bebían y hablaban al lado de una de las mesas, donde había algunos aperitivos no muy suculentos a modo de cena. Eric dijo mi nombre a todos ellos y, uno a uno, fueron saludándome. Se trataba de Carla, Estela, Austin y Esteve. Después de las presentaciones, sentí cierta timidez cuando ellos retomaron las conversaciones que tenían antes de que hubiésemos llegado. Además, Eric fue a por bebidas, dejándome a mí a solas con ellos. Carla, una chica guapa de ojos almendrados, nariz algo respingona y pelo castaño, se me quedó mirando. Creo que empatizó conmigo al verme ahí, callado, en plan “tierra trágame”, incluso creo que mis mejillas se enrojecieron. Nunca había llevado bien el estar rodeado de tanta gente que no conocía. Ella detuvo su conversación con la otra chica, Estela, y me preguntó qué estudiaba. Se impartían varias carreras en aquel gran complejo universitario, así que no dio la casualidad como con mis anteriores amigos de estar estudiando lo mismo. Carla me dijo que estudiaba Derecho, estaba algo preocupada porque era mucho lo que sentía que debía

memorizar. Yo le hablé de Psicología y cómo me estaba pareciendo hasta el momento.

–Seguro que te vas a llevar bien con Eric, tiene apariencia de chico duro, pero es todo corazón –dijo Carla con una sonrisa, mientras daba sorbos a su bebida.

Estela, la otra chica, se acercó a nosotros queriendo integrarse en la conversación. Me pasó algo muy extraño con ella. Esa sensación que estaba empezando a tener sobre las personas vivas, la presunción de que era capaz de sentir sus energías me volvió fuerte cuando esa chica empezó a hablar conmigo. Jamás me había pasado algo así. Empecé a sentirme mal al tenerla cerca, noté como punzadas en el estómago y un cierto mareo. Mi instinto era dar unos pasos atrás, crear distancia con ella. Era lo contrario a sentir una buena energía, justo al revés, noté una energía fea que me enfermaba.

Su apariencia no coincidía a lo que estaba sintiendo. Era una chica normal, de aspecto saludable e incluso de buenos gestos hacia mí. Ella también me preguntó sobre lo que estudiaba y asintió cuando le contesté, con interés en escucharme. Su aspecto era normal, pelo oscuro, tez blanca, ojos claros. Todo era normal, pero sentía que había algo que me repelía de ella. Empecé incluso a encontrarme algo mal, así que me excusé para ir al baño.

¿Qué me estaba pasando?, me pregunté preocupado cuando nuevamente me encerraba en un baño para estar a solas e intentar calmarme. Notaba mi estomago inflamado, como cuando tienes una discusión y sientes que los nervios se te meten dentro. Esto no me había pasado antes. Es cierto que era nuevo el sentir cosas sobre las personas, algo muy reciente y que me desconcertaba. Seguía sorprendido de haber sido capaz de visualizar la casa en la playa donde Eric había vivido unos meses. También tuve algo similar unos días atrás cuando me crucé con una señora que me pidió la hora en uno de mis solitarios paseos al atardecer. Cuando se acercó a mí, noté que desprendía paz y buena energía. No la conocía de nada y sentía ganas de abrazarla. No sé si todo esto tiene algún sentido, pero Estela me había producido el efecto contrario. Me quedé en el baño a solas hasta que consiguiera recuperarme, busqué mi reflejo en el espejo y vi que toda mi frente estaba con sudor. Mi cuerpo se había revuelto de repente.

Dos chicos entraron al baño por no saber que estaba ocupado. Lo hicieron con prisas y sin mirar mucho, estaban demasiado entretenidos entre ellos. Uno tenía rodeado por la cintura al otro y no dejaban de besarse. Estaban tan entregados al asunto, que ni siquiera se dieron cuenta que yo estaba ahí, frente al espejo. Se cortaron

mucho al darse cuenta de mi presencia, además eran los otros dos amigos que Eric me había presentado, Austin y Esteve. Al parecer, eran pareja y se veían muy acaramelados. Se pusieron nerviosos y se disculparon por haber entrado así, sin fijarse en que ya había alguien. Yo les dije que no pasaba nada, sonreí y salí del baño.

Ver a esa pareja gay disfrutando de su pasión me recordó inevitablemente a Tom. Lo hice con tristeza y nostalgia. Recordé sus nervios en aquella cita que no había salido bien y yo estaba impaciente por descubrir cómo le hubiera ido durante el curso. Me imaginaba verlo regresar de nuevo a la aplicación, atreverse a conocer y conocer hasta dar con un chico que valiese la pena. Estoy seguro de que hubiera pasado y yo, como gran amigo suyo y compañero de habitación, estaría muy contento por él. También lo mismo con Bruna, quería haberla visto dejar atrás su trágica historia del novio muerto y permitirse sentir de nuevo, quién sabe si incluso conmigo. Era desastroso saber que esas historias no iban a pasar, pensé desolado mientras regresaba a donde estaba Eric con sus amigos. Todo era muy raro. Me sentía como cuando una película funciona y hacen una secuela, pero cambian a todo el reparto menos al protagonista. Ese era yo, de repente rodeado de caras nuevas y desconocidas. Daba la sensación de empezar de nuevo.

Eric se acercó a mí y me preguntó si ya conocía a Estela. Estuve a punto de decirle que sí, que casi tuve arcadas cuando se presentó, pero creo que eso no sonaba nada bien. Volvió a bajar el tono de su voz para hablarme de esas cosas, "*esa es la chica de la que te hablé, la que hace espiritismo*".

Me sorprendió averiguar que se trataba de ella. ¿Tendría que ver esa energía negativa porque estuviera invocando muertos?, me pregunté mientras Eric me insistía en que fuéramos hacia ella. Volvía a pasar, esas sensaciones molestas en mi estómago al tenerla cerca. No estaba seguro de aguantarlo, me producía muy mala reacción.

–Le he contado a Ryan sobre lo tuyo, sabe que quiero intentar comunicarme con mi madre –le dijo a Estela, aprovechando que ella estaba a solas, continuaba allí, cerca de las bebidas.

La joven buscó rápidamente mi mirada, imagino que para leerla y saber si tenía algún conflicto al respecto. Me sentí identificado con ella, era como yo reaccionaría si Eric supiera lo mío y hablase de ello con algún desconocido. Intenté mostrarme afable con ella, darle a entender que me parecía bien, aunque mi mueca de desagrado fuese inevitable al no estar encontrándome bien físicamente.

–Yo creo en estas cosas, siempre lo he creído –me atreví a decirle,

sorprendido por estar hablando por primera vez con alguien sobre estos temas que tan tabú me parecían–. ¿Tú eres capaz de ver a los fantasmas?

Estela lo negó con la cabeza. Hubiera sido increíble encontrar a alguien semejante a mí. Creo que sería un alivio conversar con otra persona a la que le pasasen cosas similares a mí. Sin embargo, Estela no los veía, pero sí era capaz de establecer contacto con ellos. Escuché con atención sus prácticas, pese a mi malestar.

–Una prima mía y yo empezamos a hacer espiritismo digamos por diversión, nos lo tomamos más como un juego, pero he seguido haciéndolo y me es fácil comunicarme con ellos –me explicó mientras Eric asentía al escucharla.

–La semana pasada, me dejó que yo estuviera presente –añadió Eric, alucinando, como si te contase una película que le hubiese encantado–. Es increíble, el espíritu de una chica que se había suicidado en el campus se comunicó con nosotros, nos dio todos los detalles de su muerte. Es una locura.

Pensé rápidamente en el espíritu de la joven suicida que casi me hace cometer una locura. Me cuestioné si se podía tratar de ella. Estaba yo también alucinando como Eric. Durante estas semanas atrás, se habían intensificado mis avistamientos y tenía la impotente sensación de no haber podido hacer nada por ellos. Me entusiasmaba conocer cómo Estela era capaz de hacerlo.

–¿Y cómo lo haces? –le pregunté–. ¿Ellos hablan a través de ti?

–No, utilizo mi tablero. Se comunican a través de él, nosotros decimos las preguntas en voz alta y ellos nos contestan a través de las letras de la Ouija –me explicó Estela.

Intenté disimular mi preocupación al escuchar que esa chica utilizaba el tablero de Ouija como instrumento de comunicación. No es que yo tuviera muchas nociones sobre espiritismo, pero nunca había oído cosas buenas sobre ese método. Yo había estado continuando con el libro que saqué de la biblioteca sobre el espiritismo y recalcaban mucho que era una práctica que desaconsejaban. Tenía entendido que era peligroso.

Recuerdo además una vez que escuché una historia en mi instituto sobre una chica que se suicidó después de hacer sesiones junto a su hermanastro y la novia de este. Se rumoreaba que había decidido quitarse la vida por estar siendo alentada por una entidad negativa que se había pegado a ella. No consideraba que fuese un método seguro, sino más bien todo lo contrario.

–Esta noche, vamos a intentar contactar con su madre, ¿te apuntas?, rubito –me dijo Estela, guiñándome el ojo.

Dije que sí, pero con cierto temor y reservas. A mi nuevo compañero de habitación se le veía emocionado por hacerlo, esperanzado de hablar con su madre. Yo no estaba tan seguro de que fuera a ser una experiencia bonita y para recordar. Aun así, decidí apuntarme. Dijeron de hacer la sesión fuera, en un lugar apartado y fuera del campus. Que después de la fiesta, iríamos hacia allá.

Aquello parecía una auténtica película de terror, empecé a dudar si había hecho bien en decirles que sí. Dimos un gran paseo después de la fiesta y, cuando digo largo, me refiero a casi una hora alejándonos del recinto universitario y entrando en una zona cada vez más despoblada y oscura. Ni siquiera conocía dónde estábamos y seguramente no sabría volver si tuviese que regresar solo. Eric me dijo que iban a construir viviendas allí, pero que por el momento era sólo una zona despoblada llena de hierbajos y matorrales. Antes de comenzar la sesión de espiritismo, nos sentamos en el suelo haciendo un círculo. Estuvimos conversando antes. Vinieron todos los amigos de Eric. Los chicos que eran pareja seguían acaramelados, hablando y tonteando entre ellos. Carla seguía siendo muy amable conmigo, dándome conversación durante el trayecto. Estela parecía simpática también, pero seguía teniendo ese molesto dolor en el estómago cuando me acercaba mucho a ella.

–¿Tú crees en estas cosas? –me preguntó Carla mientras yo observaba cómo Estela sacaba un tablero de ouija de una mochila y la puso en medio de todos nosotros.

Me hizo gracia la pregunta de la chica, me hubiese gustado responderle "*Yo soy esas cosas*". Seguía perplejo de estar rodeado de personas a las que no sólo le gustaban esos temas que para mí habían sido casi como una paria, algo que esconder, sino que además solían realizar prácticas. Carla me contó que le daba bastante miedo, que no le habían pasado grandes cosas hasta que conoció a Estela.

Carla estaba sentada mi lado y me hablaba en voz baja para no descentrar a Estela, quien cerraba los ojos y parecía estar haciendo algún tipo de ejercicio de concentración previo.

No estaba convencido de querer participar en una sesión de Ouija. Cuando Estela nos pidió que pusiéramos todos los dedos sobre la *planchette*, fui el último en hacerlo. Eric estaba emocionado, tenía los ojos bien abiertos y muy expectante por lo que pudiera pasar. El resto también guardaba silencio. Estela dijo en voz alta el nombre de la

madre del chico. Como si de una invocación se tratase, le pidió que hablase con nosotros. Estela miró a su amigo y le ordenó que preguntase algo en voz alta a su madre cuando el puntero empezó a moverse sobre la tabla.

Yo nunca había hecho algo así. Aunque eran muchos dedos sobre aquel objeto, sí parecía tener vida propia. Su movimiento no era normal, sino que se deslizaba como a pequeños golpes de fuerza. Empezó a hacer un movimiento circular que me asombró.

"*Mamá, ¿eres tú?*", preguntó Eric en voz alta, casi vociferando. La *planchette* tardó en dar un mensaje, continuaba dando vueltas en circulo. Sin detenerse, pero tampoco sin moverse hasta el "SI" o el "NO" que estaban serigrafiados en aquel tablero de madera. Observé a Estela, quien miraba fijamente al tablero casi con obsesión, muy pendiente de que diera rápido una respuesta. No le dejé de mirar cuando percibí algo extraño en ella, algo espantoso.

Estela tenía el pelo muy oscuro y ondulado. Hacía viento, así que su pelo estaba alborotado y sin dejar de moverse. Sin embargo, me pareció ver algo detrás de su cabellera. Era algo oscuro, incluso más que su pelo. Fue rápido, casi un reflejo, pero me dio la sensación de que algo estaba detrás de esa chica. Era como si alguien se hubiese puesto justo detrás de ella para no ser visto. La miré fijamente sin que ella se diese cuenta, quien seguía pendiente en absoluto de su Ouija. Quise observar al detalle, fijándome en cómo algo sobresalía a ambos lados de ella, percibiendo su relieve justo a la altura de su cabeza.

Lo que había detrás creo que supo que podía verle, como tantas veces me había ocurrido con los muertos. Esa noche, tuve la sensación nada recomendable de estar ante algo diferente, mucho peor. Ese ser empezó a moverse y despegarse de la chica a quien estaba pegado. Tenía silueta humana, pero estaba convencido de que no lo era. Su cuerpo estaba compuesto por una masa viscosa de color negro y de la cual desprendía ese olor nauseabundo que había estado oliendo desde que conocí a Estela.

No se trataba de un mal presentimiento de esa chica, ni siquiera había captado sus energías, sino que mi malestar me lo producía algo que iba pegado a ella, adherido, incluso creo que había permanecido dentro de ella durante la fiesta. Ese ser se hizo a un lado, mostrándose por completo. Tenía los ojos pequeños, pero de color rojizo, y de boca grande, demasiado. Me aterró cuando sentí que se me quedó mirando, quizás conocedor de que yo podía verlos. Ese ser se puso de rodillas, justo al lado de Estela, y empezó a gatear hasta el tablero.

Yo quise quitar mi dedo sobre la *planchette*, salir huyendo de allí

como alma que le persigue el diablo, nunca mejor dicho. Esa viscosa criatura puso también su mano sobre ese objeto. En vez de manos, daba la impresión de que eran pezuñas. Cogió y movió con fuerza el puntero hasta la palabra “SI”.

Eric sonrió emocionado al creer que habían establecido contacto con el espíritu de su madre. Todos eran ajenos a cómo ese ser del inframundo era quien daba los mensajes de esa sesión. No pude más, aparté mi dedo rápidamente como si el objeto ardiese y salí corriendo de allí. Sin decir nada, horrorizado por lo que acababa de presenciar.

CAPITULO 7
“Revelación”

Pocas cosas eran tan reconfortantes como encontrar la salida de ese bosque. Me costó hacerlo, sentí mareos al tener la sensación de haber estado corriendo en círculos. No quise dejar de caminar deprisa con deseos de salir de allí lo más pronto posible. Aún tenía esa imagen repulsiva de ese ser oscuro en mi mente, como si fuera un recuerdo pegado con un *post-it* en mi cabeza. Era incapaz de quitármelo y pensar en otras cosas. Creo que nunca había visto algo tan amenazante como ese ser no humano de piel negra como la de una pantera y aterradores ojos rojos.

No estaba acostumbrado a correr, así que regresé sofocado al campus, sudoroso y aún sintiendo todo el terror recorrer mi cuerpo. Sólo quería llegar a mi habitación y ocultarme debajo de las sábanas.

Empecé a desvestirme cuando Eric no tardó en regresar a la habitación. Había estado buscándome desde que salí pavoroso en mitad de esa desacertada sesión de Ouija.

–Oye, ¿estás bien? –me preguntó preocupado, también hiperventilando de haber estado corriendo detrás de mí.

Vi a ese chico nervioso, agitado y preocupado de veras por lo que me hubiera pasado. Yo además estaba demasiado asustado para pensar alguna mentira. No quería hacerlo más, sentí que había llegado el momento de actuar con honestidad y naturalidad sobre las cosas que me pasaban. Ellos no me habían ocultado sus prácticas, crearon para mí un espacio seguro para mostrarme tal como soy. Miré a Eric fijamente a los ojos y le conté la verdad.

–He visto algo cuando esa sesión ha empezado. Eric, esos mensajes no los estaba dando tu madre –empecé a decirle mientras él estaba parado frente a mí y sin entender muy bien cómo podía decírselo con tanta certeza–. He visto algo muy feo allí, un ser que no es de este mundo. Era negro, más parecido a un animal, no me trasmitía buena vibración.

Eric se tomó su tiempo en decir algo, me miró muy serio y creo que sin estar seguro del todo sobre si debía creerme. Sé que era muy importante saber de nuevo sobre su madre, había tomado ese “SI” como cierto. Tenía la creencia o esperanza de que fuese su madre quien daba contestación a través del tablero. Le costó dar por cierto lo que le estaba diciendo, necesitaba decirle algo más, ganar veracidad.

–Veo cosas –le confesé–. Cuando nos conocimos, pude ver esa casita

cerca de la playa de casa de tus abuelos donde viviste unos meses. Hay un ventilador muy viejo, con aspas de hierro y que hace que la página de un calendario que tiene en frente no deje de moverse, elevándose y bajando una y otra vez.

Le relaté detalles muy gráficos sobre ese lugar. Sé que, si estuviese relajado, jamás lo hubiera hecho. Pero estaba demasiado nervioso aún por la criatura que había visto en el bosque junto a ellos. Eric me miró como si estuviese viendo un fantasma. Estaba tan paralizado, que ni siquiera podía distinguir una actitud en su rostro desencajado.

–Sigue, ¿ves algo más? –me dijo con tono seco, bastante serio.

–Tienes una bicicleta pegada a la puerta. No te preocupa dejarla fuera por las noches, casi nadie suele pasar por allí. Te veo en ese sitio, estuviste bien allí –continué.

–¿Puedes ver también a mi madre? –me preguntó con un tono de voz más tierno, melancólico, casi tembloroso.

–No, a ella no la he visto. Pero sí que te digo que la criatura que había junto a tu amiga no es nada buena. Se movió, fue hasta el tablero y con sus propias manos era quien desplazaba la *planchette*. Es algo aterrador, por eso salí huyendo.

Eric fue hasta la ventana que teníamos a nuestras espaldas y la abrió para coger aire. Estaba demasiado nervioso, mucha información de repente y nada fácil de digerir. Miró al cielo e hizo sonoras respiraciones mientras intentaba recomponerse. Yo pensé que si había asumido tener una amiga como Estela que decía comunicarse con los muertos, también podría entenderme a mí. Me puse a su lado, también mirando por la ventana, y a la espera nervioso de que dijera algo, saber su opinión sobre mí. Nunca antes había verbalizado mis cosas, me aterraba ser rechazado. Hacía sólo un día que nos conocíamos, no sabía si eso le iba a replantearse el querer compartir habitación conmigo.

–Debe de ser jodido ver esas cosas –me dijo sin mirarme a la cara, pero con un tono conciliador y empático–. ¿Te ocurre desde siempre?

–Sí, y no es nada deseable. Desde pequeño, he podido ver cosas que no parecen estar a la vista del resto, o al menos de la mayoría. Además, últimamente es como que me viene información de la gente que tengo delante. La tuya fue buena, me diste confianza, pero Estela me pareció que tenía una energía oscura. Sin embargo, me confundí. No era ella, sino esa cosa que parece que le sigue a todas partes.

–¿Y qué podemos hacer? –preguntó girándose y buscando mi cara, preocupado de sentir que su amiga estaba en peligro.

–No lo sé –contesté yo rápidamente con resignación–. Me encantaría saberlo, pero ando bastante perdido sobre todas estas cosas.

Fui hasta mi cama, levanté el colchón y saqué de allí ese voluminoso libro sobre espiritismo que guardaba con recelo y pudor. Se lo llevé a Eric, lo puse en sus manos y no tardó en hojearlo.

–Digamos que yo en estas cosas también soy estudiante.

Ya está, lo había hecho. Me había atrevido a compartir mi mayor secreto con alguien más. Eric no dejó de mirar ese libro con curiosidad, sorprendido como yo con algunas ilustraciones algo tenebrosas y llamativas. Lo empecé a notar más relajado, confiado. Creo que sentí su aprobación y respeto.

–Yo no creía en todo esto hasta que conocí a Estela. Cuando murió mi madre, sí que tuve un par de veces la sensación de sentirla en mi habitación, sobre todo cuando lloraba, pero no estoy seguro. Puede que sólo fuera mi deseo de que así fuese –me confió Eric mientras seguía curioseando el libro.

–Es algo extraño, yo nunca he sabido darle una explicación. Sé que hay fantasmas que son visibles para todos o que tienen fuerza suficiente para exponerse a la vista de cualquiera, pero luego está mi caso. Siento que los veo con más facilidad que el resto y, créeme, no siempre es algo agradable o un don –le expliqué mientras quitaba algunos trastos que tenía sobre la cama, con intención de acostarme–. He visto muertos con aspectos muy desagradables, sobre todo los que han tenido muertes violentas.

–Lo de mi madre fue una muerte accidental, te diría que incluso absurda –me relató, de nuevo con tono apagado y melancólico mientras él también se metía en su cama–. Nuestro comedor es grande, con cocina abierta y de techos altos. Mi madre tenía la mala costumbre de usar un taburete endeble para subir a él y limpiar las lámparas. Era una obsesiva de la limpieza y el orden. Al parecer, perdió el equilibrio, el taburete tambaleó y tuvo la mala suerte de golpearse entre el cuello y la nuca con el borde de la encimera de la cocina, que estaba justo al lado. Fue un golpe seco, brusco, murió al instante.

Guardé un silencio respetuoso cuando Eric me confió la desgracia que le había arrebatado a su madre. Sentí su pena en cada palabra, costándole terminar de explicármelo. Yo, ya metido en la cama, miraba hacia la suya mientras prestaba atención.

De repente, un aroma de mujer empezó a impregnar la habitación. Olía como a rosas, como a una colonia fresca femenina. No le dije

nada a Eric porque justo ocurrió cuando me daba las buenas noches, dándome la espalda y apretando su mejilla izquierda contra la almohada. Yo permanecí en silencio mientras aspiraba esa fragancia.

No era la primera vez que me ocurría algo así. Era recurrente que un aroma pudiera preceder a una aparición. Así fue como sentí que mi abuelo nunca se despegó de mí. Recuerdo estar en mi habitación, sentado en el suelo frente al televisor y visionando una de sus múltiples cintas de video que me dejó como legado. Estaba a solas, mis padres se habían ido a un supermercado, apenas quedaba unos días para Nochebuena y debían hacer ya la compra grande. Las ventanas de toda la casa estaban cerradas porque era una fría y húmeda tarde de invierno. No hubo lógica que darle cuando empezó a oler a tabaco en mi habitación.

No tuve ninguna duda, olía a su inconfundible marca de cigarrillos favoritos. Tenía ese característico olor a tostado. Impregnó toda mi habitación y yo sentí paz, mucha seguridad de que él estaba a mi lado. Apenas había pasado ocho meses de su fallecimiento. Yo no había día que no me acordase de él. Echaba de menos su poblada barba blanquecina y esas chaquetas marrones con las que se resguardaba del frío.

Solté una lagrima al recordar aquella vivencia, ya nunca más volví a oler su tabaco. La colonia a rosas que sentía en la habitación no me evocaba a ningún familiar. Pronto, supe a quien pertenecía. La habitación estaba a oscuras, pero algo de claridad penetraba a través de la ventana, la suficiente para distinguir que alguien se acababa de manifestar allí. Estaba sentada en el borde la cama de Eric, de espaldas a mí, parecía estar observando fijamente al chico. Pude distinguir una larga melena y vestía ropa de verano. No tardé en imaginar quien podía ser, con mayor certeza cuando vi cómo pasaba su mano por los cabellos del chico con un gesto cariñoso, maternal. Era la madre de Eric, en silencio y contemplando a su niño.

Yo salí de mi cama con silencio, no quería despertar al chico, y me acerqué a ella. Entonces me miró. Aunque era una mujer increíblemente guapa, sus ojos eran tremendamente tristes. Me miró con mucha lástima, seguramente por haber perdido la vida de manera tan precoz. No debía de tener más de cuarenta años. Yo no le dije nada, pero extendí mi mano, acercándola a la suya. Quería comunicarme con ella a través de sentir sus emociones y recuerdos. Ella cogió mi mano y, nuevamente, se proyectó una película antes mis ojos. Pude ver ese espacioso salón con cocina integrada del que Eric me hablaba. La vi también a ella, con un rostro mucho más animado y enérgico del que ahora poseía. Caminaba nerviosa por el salón,

parecía estar buscando algo. No vi plumero, ni taburete. Más bien, una mujer desesperada, rebuscando entre los cajones.

Era extraño, parecía una versión alternativa a la que su hijo daba por cierta. No estaba sola, pude ver también a un señor trajeado que entraba en el salón. Su rostro no era afable, entró vociferando y de muy malas maneras. Ella se apresuró más en buscar, estaba intrigado por saber qué quería encontrar. El hombre enfadado fue hasta ella y le cogió del brazo con fuerza. Ella intentó soltarse, hizo una mueca de desagrado cuando él ejerció violencia. Ambos se pusieron a gritar, pero era una secuencia muda para mí. Sólo eran imágenes como aquel joven asesinado que vi cerca de las gradas. Esa discusión tuvo un mal final. El hombre empujó con hastío a la madre de Eric contra la encimera. Ella tropezó y se golpeó en el borde. Fue un desafortunado golpe propiciado por el empujón de ese señor. Ella estaba en el suelo, muerta, con los ojos aún abiertos. Él, con mucha frialdad, se quedó un buen tiempo observándola mientras pensaba qué hacer. Parecía no haber nadie más en la casa. Caminó por ella nervioso hasta que decidió ir al cuarto de la lavandería y volver con un taburete colgado de su brazo. Lo puso justo debajo de la lampara del techo que había más cerca de la cocina, justo al lado de los pies de ella. Quise memorizar el rostro de ese señor. Eric estaba equivocado, la muerte de su madre no había sido un accidente doméstico.

Hubo una secuencia más que me terminó por aclarar todo. Se trataba de su entierro. Pude ver a Eric con traje oscuro y un *kleenex* en su mano, secándose las lágrimas mientras metían el ataúd de su madre en el nicho del cementerio. Había mucha gente allí, dándole la despedida a su madre. Él también estaba, además al lado de mi amigo. Lo tenía cogido del brazo. Estaban en primera línea, no había duda de que era la familia más directa de la fallecida. Ese señor era el padre de Eric. La visión me había dado una terrible revelación, él ocultó a su propio hijo que ella había muerto por su culpa. Su padre era un asesino.

Las imágenes fueron siendo borrosas hasta dejar de mostrarse, volviendo la mirada a esos ojos tristes, rotos de dolor. Solté su mano cuando ella se puso en pie y comenzó a caminar. Lo hizo de manera lenta, dando pequeños pasos hacia uno de los rincones de nuestra habitación. Allí donde menos daba la luz, el rincón más oscuro donde ella terminó por desvanecerse. Sentí un escalofrío al pensar en lo que acababa de ver y, aunque me había decidido a contarle mis cosas al chico, esto era demasiado fuerte para contárselo enseguida.

"*Secretos y más secretos*", rumié nervioso mientras tomaba apuntes en clase. El alivio de ser honesto con Eric sobre mi don había sido

efímero, apenas había durado. Decidí ocultarle la visita de su madre muerta a nuestra habitación, al menos por el momento. Intenté centrarme en la clase de *Psicobiología*, aunque he de confesar que es la asignatura más densa para mí. Nunca fui mucho de ciencias y sus clases van más de anatomía y medicina. Digamos que es la parte más científica de mi carrera. Tomé todos los apuntes posibles, guardé los folios cuando acabó la clase y me sorprendió tener a alguien en mi puerta esperándome.

Se trataba de Estela, una de las amigas de Eric, esa que me había dado un gran malestar al tenerla cerca y que fue la anfitriona en aquella sesión de Ouija. Ella no estudiaba en aquel pabellón, así que había ido aposta hasta allí para hablar conmigo. Le saludé con una sonrisa mientras metía el resto de mis cosas en mi mochila. Me preocupé al ver que me esperaba con rostro serio y cara de pocos amigos.

–Vengo a hablar contigo si tu cuerpo te lo permite –me dijo con cierto sarcasmo, parece ser que Eric le había contado algo sobre lo que me sucedió con ella–. Así que trasmito muy malas vibraciones, ¿no?

Estela se mostraba molesta, incluso ofendida por mis palabras. No sé cómo Eric se lo había contado, pero aquello parecía más un ajuste de cuentas. Nos hicimos a un lado para que el resto de mis compañeros abandonaran la clase y pensé cómo explicárselo mejor para que me entendiera. Antes de hacerlo, me mantuve unos segundos en silencio, intentando concentrarme en lo que sentía. No experimentaba las mismas sensaciones que la noche anterior, mi cuerpo no reaccionó al volver a tenerla tan cerca.

–Creo que ha habido una confusión –le dije mientras me rascaba la barbilla, buscando velozmente palabras mejores con las que continuar mi intervención–. No es que me dieras mala impresión, ni mucho menos, todos los amigos de Eric habéis sido muy amables conmigo. Se trata de otra cosa, creo que tiene que ver por tus prácticas de espiritismo.

Estela miró a ambos lados, algo molesta de que hablara de eso delante de tantos jóvenes de nuestra misma edad. No le apetecía que se corriera la voz de que era una experta en comunicarse con los muertos. Se atusó su pelo oscuro con su propia mano y miró avergonzada a su alrededor.

–Eric también me ha dicho que desconfías de la Ouija. Según tú, sólo son seres del averno que se hacen pasar por familiares, ¿es así? –me dijo sin abandonar el sarcasmo, hablando con tono bajo para que nadie más nos escuchara.

–No sé si son seres del averno como tú dices, pero sí te digo que lo que tenías ayer pegado no inspira mucha confianza –le dije con honestidad, intentando que fuese consciente de los peligros a los que se exponía–. Mi percepción negativa no fue sobre ti, sino de una energía muy oscura que te acompañaba anoche. Tenías algo pegado a ti, probablemente de alguna sesión de las tuyas.

–Ves demasiadas películas de terror –espetó con una sonrisa burlona–. Te desafío a una sesión tú y yo a solas, esta noche, así te demostraré que sólo son prejuicios tuyos.

–Venga, acepto –acepté.

–Iremos al cementerio, allí contactaremos con alguien seguro –me dijo sacando su teléfono móvil para que intercambiásemos los números–. Te espero allí a las ocho, luego te envío la ubicación.

No estaba seguro de si era buena idea volver a estar presente en una sesión de espiritismo, incluso participar en ella. Pero quería estar a solas con Estela, hablar e insistir en que debía de tener cuidado con aquellas prácticas. Nos dimos los teléfonos y quedamos así, en vernos dentro de unas horas. Casualmente, me encontré con otra amiga de Eric cuando fui a la sala de reprografía. Tenía que hacer unas fotocopias de un libro que había tomado prestado en la biblioteca. Se trataba de Carla, quien estaba literalmente peleando con una de las fotocopiadoras. Al parecer, había metido la moneda y no funcionaba. Así que empezó a golpear y mover la máquina a la espera de que empezase a fotocopiar. Le saludé sin evitar sonreír al ver cómo no escatimó en golpes sin que la máquina reaccionase.

–Tendrás que dar por perdida esa moneda –le dije acercándome a ella y cediéndole el turno cuando se puso en la fotocopiadora que había justo a mi lado.

–Prometo no ser tan violenta, te lo aseguro, pero estoy algo desquiciada hoy. Nos han puesto un examen para este viernes, sí, ya el primero, y estoy algo insegura de que me vaya a salir bien –me contó mientras se secaba el sudor de su frente tras acalorarse.

–Seguro que va a salir bien, tienes cara de chica aplicada.

–Vaya, gracias –dijo Carla con una mirada distinta hacia mí, me atrevería a decir que con interés–. ¿Tú qué tal todo?, nos dejaste preocupado cuando saliste corriendo de esa manera.

–Sentí miedo, no me gustan mucho esas cosas.

–Bueno, si te apetece, igual podríamos algún día quedar para hacer algo que no tenga que ver con espíritus –dijo Carla con sutileza mientras fotocopiaba unos apuntes, bajando la mirada algo nerviosa y ruborizada.

Era obvio, parece ser que a esa chica le gustaba. La noche anterior lo había interpretado como simple amabilidad, pensé que me dio conversación para integrarme, pero en reprografía, sentí que sus ojos bailoteaban nerviosos, incapaz de mirar fijamente los míos. Era recíproco, también me parecía una chica interesante y me apetecía conocerla más. Me gustaba el tono de su voz, era cálido, cercano, de estos que son capaces de serenarte. Su mirada también trasmitía la misma sensación y no negaré que el resto de su cuerpo también me parecía atractivo.

–¿Quieres que te ayude? –le dije al verla cargada con varios libros, apuntes y un bolso enorme que tenía colgado sobre su hombro derecho.

Carla aceptó que le liberarse de tanta carga, quedándose sólo con los apuntes que estaba fotocopiando. Me propuso vernos el mismo viernes, a la tarde, cuando hubiese terminado aquel examen. Me pareció bien, asentí con la cabeza.

–¿Puedo atreverme a preguntar si se trata de una cita? –le pregunté con osadía y mordisqueándome el labio inferior con cierta mirada pícara.

La pobre chica se puso roja como un tomate, sus mejillas se colorearon y noté cierto temblor en su voz al contestar.

–Tal vez… bueno, no sé… conocernos –respondió con timidez.

Su inseguridad me pareció adorable. No es que yo tuviera gran seguridad en mí, qué va, nunca la he tenido. Sin embargo, me gustan más las chicas tímidas como Carla que esas que tienen una excesiva seguridad de que gustan a todo el mundo. Yo tampoco soy así, incluso me sorprendo cuando una chica me mira de esa manera. Durante el instituto, apenas tuve tiempo para esas cosas. Además, mi secreto creaba también cierta distancia en mí a intimar algo más con una chica. Siempre pensé que sería complicado crear un vínculo estrecho con alguien y ocultarle mis habilidades.

Pero las cosas estaban cambiando. Estaba sorprendido de haberle hablado a Eric sobre lo mío. Fue rápido, sin pensar mucho y creo que había ido bien. Decidí hacer lo mismo con Carla, planeé contarle la verdad ese viernes durante la cita.

Tuve una gran sorpresa al regresar a mi habitación después de las clases. No encontré a Eric solo al entrar, sino que había recibido visita. Se alegró al verme y me presentó a Richard, su padre. Era un señor de alrededor de unos cincuenta años, pelo canoso y con gafas gruesas. Ese hombre se acercó a mí y me chocó la mano. Imaginaos cómo me sentí al conocer al padre de mi amigo después del recuerdo transferido de su madre muerta, quien señalaba a ese hombre como culpable de su asesinato. Era una situación incómoda, molesta, deseoso de que terminara lo más pronto posible.

–Mi padre quiso venir a que le mostrase el campus, me alegro de que estés por aquí. ¿Te apetece venir a cenar con nosotros? –me propuso Eric mientras su padre se entretenía viendo los posters que su hijo había colgado junto a su cama.

Empecé a ponerme nervioso. Esa mala sensación volvió a mi cuerpo. Pude notar la energía de ese hombre y no era buena. En esta ocasión, no era una entidad siniestra pegada, sino sus propias vibraciones. Sentí ferocidad, violencia y agresividad bien disimulada en un rostro bonachón. Recordé lo mucho que Eric quería y echaba de menos a su madre. Sería terrible decirle que su padre había sido el culpable. Tampoco podía hacerlo sin pruebas, sólo tenía el testimonio poco creíble de haber visto el espíritu de su madre.

–No puedo, he quedado con tu amiga Estela sobre las ocho –rechacé mientras consultaba el reloj de pulsera que llevaba y comprobando que era dentro de una hora.

Tampoco me apetecía estar con ellos, era molesto compartir incluso la habitación con ese asesino. Sólo pensarlo, disparaba los latidos de mi corazón. Me excusé y me metí en el baño hasta que lograra tranquilizarme. Qué situación más tensa, pensé mientras estaba teniendo un ataque de ansiedad. Podía escuchar desde el baño cómo Eric hablaba y reía de manera amigable con su padre, ajeno al mordaz secreto que desconocía. Quería decírselo, desenmascarar al cretino de su padre. Me eché agua en la cara y cerré los ojos, mientras intentaba hacer largas respiraciones para intentar tranquilizarme. Cuando volví a mirar, pude comprobar que ya no estaba sólo en ese reducido espacio.

Se trataba de ella, la portadora de aquella revelación que ahora era como una patata caliente entre mis manos. La madre de Eric volvía a estar cerca de mí, justo a mis espaldas. Pude ver su rostro desde el espejo del baño, donde yo estaba esperando a que mi ansiedad se redujera. Sus ojos eran distintos a los de la noche anterior, se veía colérica, una mirada tensa e irritante por tenerlo de nuevo cerca.

Yo no me encontraba bien, llevé mi mano a mi corazón mientras sentía que latía a un ritmo endiablado. No tranquilizaba tampoco que tuviera un espíritu detrás de mí, tan cerca. Ella movió lentamente su cabeza hasta acercar sus labios a mi oído izquierdo. Quería hablar, sentí que le costó hacerlo y, como siempre, con esas voces de ultratumba que me ponía la piel de gallina cada vez que los oía. "*Ayúdame a matar a ese bastardo*", me susurró mientras podía ver su reflejo en el cristal, esos ojos rabiosos que clamaban venganza.

CAPITULO 8
“colapso”

Lo que sucedió después de encerrarme en el baño y que se manifestara de nuevo la madre de Eric detrás de mí es uno de los episodios más oscuros que he tenido que vivir. Aún guardo un recuerdo borroso, torpe, sin mucha definición de cómo ocurrió cada acto. Yo estaba en el baño, agitado, incluso preocupado porque el latir de mi corazón estaba revolucionado. Tenía mi mano derecha sobre mi pecho mientras intentaba hacer largas respiraciones. Ella se apareció detrás de mí, pude ver su reflejo a través del espejo.

Sus ojos eran coléricos, clamaban venganza. Ese espíritu estaba agitado por la visita del padre de su hijo al campus. Él era el autor de su muerte y, no sólo eso, había engatusado a su hijo para que creyese que fue un accidente. Me fijé más en su reflejo y pude ver que tenía el labio partido. No era una herida reciente, sino un corte encostrado. A través de tantos avistamientos de espíritus en mi vida, he aprendido que si una herida es sangrante es porque se efectuó en el momento de su muerte. Siguen ahí, como una impronta de lo que sucedió. No era así con esos labios blanquecinos, estrechos y machacados. Deduje que ese bastardo le había pegado en más ocasiones. Era obvio que su muerte era el culmen de una serie de maltratos continuados. Ella se acercó más a mí y me susurró una petición, quería que le ayudase a matarlo. No podía hacer eso. Debía desactivar su furia, era incapaz de ser cómplice de algo así por mucho que ese mal hombre se lo mereciese. No sé si supo ver negación en mi rostro, pero ese espíritu cambió de opinión. No buscó mi ayuda, sino que decidió usarme.

Lo que pasó después es confuso y doloroso. Recuerdo que ella alzó una de sus manos y la puso detrás de mi nuca. No entendía qué iba a hacer, sentí escalofríos al sentir esa mano fría tocar mi cabeza. A continuación, empujó con fuerza y sin miramientos hasta que mi frente golpeó el cristal del espejo. Fue un duro golpe. Sentí como si hubiese habido un estruendo dentro de mi cabeza. Empecé a sentirme mareado y, lo que es más raro, a perder mi conciencia. Fue horrible, como si estuviera padeciendo la peor de mis borracheras. Todo me daba vueltas y me costaba mantenerme en pie. Mi visión era borrosa y con saltos de tiempo que aún sigo sin saber bien cómo ordenarlos. Me vi frente a ese espejo, con rostro desencajado. Parpadeé y ya no estaba allí. Estaba en la habitación, fuera del baño, frente a Eric y su padre. Eso duró un segundo. Al siguiente, ahí estaba yo abalanzándome sobre su padre y queriendo agarrar su grueso cuello con mis manos. Estaba fuera de mí, incluso diría que no era yo. No sé si fue como aquello del espíritu suicida y la ventana, pero yo no quería hacer eso. Empujé a

ese hombre hasta tumbarlo sobre mi cama, me puse encima de él para impedir que se moviera y apreté con toda la fuerza posible mis manos contra su cuello con la intención de estrangularle. Eric no tardó en reaccionar, me agarró por la espalda y empezó a golpearme para que me apartara. Estaba fuera de mí. Recuerdo otra secuencia en la que yo grité con furia mientras abofeteaba a ese señor. Eric consiguió apartarme y me tiró al suelo. Me dio una fuerte patada en el estómago. Yo me quejé y volví a cerrar los ojos. Los volví a abrir y ellos ya no estaban en la habitación. No sé qué más pasó, cogí mi teléfono móvil y salí corriendo antes de que regresasen.

Me cobijé en esa capilla que se acabó convirtiendo en mi particular guarida. Nadie iba a allí, era la mejor forma de estar a solas y sin que nadie me preguntase qué me pasaba si decidía llorar. Eso hice. Lloré como un niño, aterrado por no saber qué acababa de pasar. Creo que el espíritu de la madre de Eric me utilizó. No sé si fue capaz de poseerme o qué hizo, pero yo estuve a punto de cargarme a su verdugo. Me senté en uno de los banquitos y tardé un largo tiempo en recuperarme.

Había vuelto a pasar. Sabía qué venía después. Eric no iba a perdonarme ese brote que calificaría como demente, estoy seguro de que he vuelto a perder a mi compañero de habitación. Esto es un desastre, dije para mis adentros mientras me compadecía de mí mismo. La universidad estaba siendo una locura, demasiadas cosas e incapaz de controlar ninguna. Creía que lo estaba haciendo bien al contarle a ese chico mis cosas, incluso estaba feliz porque me hubiese presentado a sus amigos. Yo sólo quería ser uno más, un chico normal. Sólo quiero estudiar, beber cerveza fría en un vaso de plástico rojo y tal vez enrollarme con una guapa chica. No quiero ver espíritus, esto me estaba atormentando demasiado.

Consulté mi móvil para saber si me había llamado. No tenía ningún mensaje. Temía que pronto iba a recibir a mi tercer compañero de celda, perdón, de habitación. Menudo desastre. Miré la hora en el teléfono y eran casi las ocho. Recordé que había quedado con Estela, me esperaba en el cementerio para una curiosa actividad. Dudé seriamente en acudir, quería encontrar a Eric e intentar a hablar con él. Pero apenas lo conocía para averiguar qué actitud iba a tener conmigo después de que hubiera atacado a su padre. Decidí ir hasta el cementerio. Me vendría bien conversar con alguien.

Era algo siniestro haberme citado con esa chica a las puertas de un

cementerio a las ocho. Ya había oscurecido, las tardes iban acortándose a medida que nos acercábamos al invierno. El cementerio se encontraba relativamente cerca del campus, pude ir caminando, a unos quince minutos a pie. Estela fue puntual. Tenía su espalda apoyada contra uno de los muros que cercaban el cementerio. Escuchaba música mientras me esperaba y se distraía viendo notificaciones en el móvil. Nuevamente, iba toda vestida de negro, curioso contraste con sus ojos de color celestial y un rostro aún aniñado. Parecía sentirse más cómoda con vestimentas oscuras, así como teñirse el pelo todo lo negro posible. Me acerqué a ella y le saludé junto a una costosa sonrisa que me produjo esfuerzo producir. Seguía atormentado por lo sucedido con el padre de Eric y cuál iba a ser la reacción de mi amigo. Estela guardó los auriculares en un estuche también negro que llevaba en el bolsillo y me explicó por dónde debíamos de trepar para colarnos. No sé muy bien qué hacía allí y en qué momento me había parecido una buena idea.

–Es curioso, siempre he pensado que los espíritus tienen sitios más interesantes donde estar que en un cementerio, ¿no crees? –le dije mientras hacíamos el esfuerzo de trepar y colarnos dentro.

–Algunos sienten gran apego emocional por el que ha sido su cuerpo, su envase, durante tanto tiempo. Llevan mal el sentir que se está descomponiendo y eso les hace no querer alejarse mucho de él –respondió Estela mientras yo estaba abismado con comprobar cuán tétrico es un cementerio de noche.

Gobernaba una oscuridad que sólo solventaba una luna tímida, no muy crecida. Apenas teníamos iluminación allí dentro, no estaba previsto que nadie lo visitara por la noche. Saqué mi teléfono y activé la linterna para que nos pudiéramos ver un poco mejor. El cementerio estaba compuesto de larguísimos pasillos y esos característicos árboles ya asociados con ese lugar, los cipreses. Alumbré varias lápidas con curiosidad de leer las inscripciones. Todo estaba en sepulcral silencio, sólo se escuchaba el ruido de nuestros pasos al caminar. Estela se detuvo para sacar de su mochila aquel objeto al que yo tenía mis reservas, el tablero de Ouija.

–No, espera, no me siento cómodo con ese tablero, ¿te parece si primero probamos a mi manera? –le propuse cogiéndole del brazo con el que estaba sacando el tablero de su mochila.

Estela pareció obedecer, volvió a guardarlo y me preguntó dónde quería que probásemos a realizar la sesión de espiritismo. Antes de realizar la prueba, había algo que quería hablar con ella. Había leído que se debía hacer con total concentración y, sin embargo, había algo en mi cabeza que no dejaba de perturbarme, revoloteaba dentro de mí

de manera insidiosa.

–Ha pasado algo con tu amigo Eric, esta tarde, quiero hablarte de ello –le dije parándome en seco al encontrar un banco de piedra donde le pedí que nos sentáramos–. He visto a su madre. Y no, no fue en tu sesión de Ouija. Se apareció en nuestra habitación, sentada en el borde de la cama de su hijo. Pude interactuar con ella. A veces, soy capaz de recibir información que ellos contienen dentro –me atreví a contarle, algo nervioso y sin ser capaz de establecer contacto visual con ella mientras lo hacía–. Eric está equivocado sobre la muerte de su madre, no fue un accidente. Pude verlo, fue como una visión, fue su padre quien la mató y fingió que había sido un infortunio doméstico.

Estela permanecía en silencio, atenta y muy pendiente de mis palabras. Ni siquiera se atrevía a intervenir, ni reaccionar. Estaba escuchando y sólo me pidió que siguiera cuando yo me tomé una pausa antes de hablarle sobre lo que había sucedido hacía unas escasas horas.

–Su madre me pidió que la ayudase a vengar su muerte, quiere que el que fue su marido pague por lo que ha hecho… lo pague con su muerte. Es fuerte lo que te voy a contar, pero creo que me poseyó temporalmente –tragué saliva al verbalizar algo así, no me creía estar hablando abiertamente de esto con alguien, pero necesitaba hacerlo–. Dejé de tener dominio sobre mi cuerpo, me he lanzado contra el padre de Eric y he estado a punto de estrangularle. Imagínate la situación, Eric no entendía nada, seguro que ha pensado que estoy loco. Me ha empezado a pegar para apartarme de su padre, el cual he estado a punto de cargarme. Sé que suena de locos, pero me ocurren cosas muy fuertes por tener una especie de habilidad para verlos con más frecuencia que el resto.

–Estoy alucinada, ni siquiera sé que decirte, Ryan. A ver, me encantan estos temas y siempre he tenido el gusanillo de saber qué más hay, pero nunca me han pasado cosas así.

–No te las recomiendo –respondí con pesar, preocupado de cómo todo estaba yendo a más y viéndome en situaciones que estaban siendo cada vez más difíciles de gestionar–. Tengo miedo a que Eric piense que estoy trastornado, que no quiera volver a verme más. No va a creerme, lo sé.

–Entonces, no seas tú quien se lo diga. Pide a su madre que lo haga –me propuso Estela para mi sorpresa, no había pensado un remedio así–. Por lo que entiendo, eres una persona sensitiva, ellos se pueden mostrar ante ti sin apenas esfuerzo. Necesitan más energía para hacerlo a los demás y no todos pueden hacerlo, pero inténtalo,

negocia con ese espíritu. Ella te ha metido en este lío, fuerza a que sea capaz de comunicarse con su hijo. Yo te ayudaré –me propuso Estela, buscando mi mano y cogiéndomela como muestra de apoyo.

Rompí a llorar. Me he sentido tan sólo durante tanto tiempo que sentir que alguien me iba a ayudar con lo que consideraba mi gran problema fue algo que me desbordó emocionalmente. Estela me abrazó para consolarme, pidiendo que dejara de llorar. Eran tantas las situaciones en las que había sentido miedo, confusión y soledad ante un secreto que pensaba que jamás iba a ser capaz de decir en voz alta. Me sentí a gusto entre sus brazos, demasiado. Percibí en ella también cierta atracción al tenerme tan cerca, pude sentirlo. El abrazo pasó a un beso bastante pasional y que condujo a que necesitáramos mayor contacto. Era una locura lo que pasó sobre ese banco de piedra. Aprovechando que estábamos a solas y, aunque el lugar era tétrico y perturbador, hubo una pasión que no pudimos controlar. Ayudé a Estela a deshacerse de esas prendas oscuras, mostrando un cuerpo blanquecino y precioso. Yo también me quité la ropa y, casi en un pestañeo y sin pensarlo mucho, estábamos teniendo sexo dentro del cementerio.

Sentí que Estela estaba ruborizada cuando terminamos, completamente desnuda, sentada encima de mí y en aquel frío banco de piedra. Me miró fijamente y la vi aturdida, sin saber qué decir, así que desembocó en una sonora carcajada. Dijo que había sido una locura hacerlo allí, rodeados de todas esas tumbas, y se levantó a buscar su ropa que yacía en el suelo. Yo también empecé a vestirme cuando vi que teníamos visita.

Había estado demasiado concentrado en darnos placer para percatarme si también había estado presente durante nuestra sesión de sexo. No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero nos miraba con rostro de cierta desaprobación. Se trataba del espíritu de un señor mayor, de avanzada edad. Vestía un abrigo oscuro, tenía un sombrero y un garrote con el que se apoyaba. Estaba justo en la entrada de una de esas largas hileras de tumbas que nos rodeaban. Nos miraba muy serio, unas espesas cejas descendían casi a la altura de los ojos. Tenía el ceño fruncido. Supuse que no le había gustado vernos hacer esas cosas en un camposanto.

–Estela, a tu derecha, al final de ese pasillo de tumbas, dime si tú también lo ves –le pedí mientras ella se abrochaba sus pantalones.

Estela giró su cabeza y no vio nada. Me lo temía. Rara vez había coincidido con una entidad que sí se mostrase a más personas aparte

de mí. Ese viejo permanecía inmóvil, mirándonos fijamente y sin hacer nada. Su rostro no me gustaba nada, nos miraba con cierto desprecio. Tal vez fuera una entidad con cierto instinto de territorialidad, empecinado en cuidar de aquel cementerio.

–Tal vez podamos realizar una sesión de espiritismo y comunicarnos con él, igual necesita ayuda –propuso Estela con optimismo, ya vestida y mirando hacia el pasillo, aunque ella no veía nada.

–Creo que mejor nos vamos –le dije al ver que ese hombre empezó a caminar, moverse hacia nosotros.

Estela me pidió que esperase, estaba atándose los cordones de sus zapatillas. Yo mientras recogía las cosas que ella había sacado de su mochila. Quise hacerlo rápido, no me gustaba cómo él caminaba velozmente hacia nosotros. Le pedí a Estela que se diese prisa. Debíamos irnos de allí lo más pronto posible. El anciano, pese a valerse de su garrote para evitar cierta cojera, iba rápido y su rostro seguía siendo de enfurecido. Estela seguía agachada, en el suelo, atándose los cordones. Le volví a gritar que nos fuéramos ya, apenas estaba a unos pasos de nosotros. Aquel espíritu cogió el garrote que llevaba consigo y lo elevó, mostrándomelo de manera amenazante. Yo cogí a Estela del brazo para que echara a correr junto a mí. Ese anciano estaba justo a su lado y usó el garrote para golpearle con fuerza en la espalda. Estela seguía sin poder verle, pero sí sintió el dolor de aquel golpe. Chilló dolida y asustada al notar cómo le habían atizado con fuerza. Con la mano que tenía libre, se tocó la espalda dolorida. Yo le cogía de la otra mano mientras corría hacia el muro por donde habíamos entrado.

Aquel ser volvió a golpearle a Estela, esta vez con fuerza y violencia en la cabeza. Gritó aterrada al recibir un golpe que incluso le dejó mareada. Ya estábamos en el muro, le ayudé a que se agarrase para ser ella la primera en salir de allí, antes de que ese ser la volviese a golpear. Sin Estela, fui yo el receptor de sus golpes. Empezó a pegarme con el garrote con furia mientras yo escalaba por ese muro. Estela ya había conseguido pasar al otro lado. Sentía un fuerte escozor con cada golpe. Era la primera vez que un espíritu me estaban infringiendo daño. Conseguí saltar el muro y abracé sofocado a Estela cuando conseguimos estar fuera de peligro.

–No doy crédito a lo que ha pasado ahí dentro –dijo Estela, volviéndose a quitar el suéter para que le mirase la espalda, que estaba enrojecida tras aquellos golpes–. Nunca pensé que iba a ser atacada por un espíritu.

–Estela, el ser que llevabas pegado el otro día es mucho peor que ese

viejo cascarrabias con el garrote. Te expones mucho al jugar con la Ouija, eso sólo atrae cosas malas –volví a insistirle, no me gustaba que hiciera prácticas con ese mal llamado juego.

–Vaya, ¿vas ahora a cuidar de mí? –me preguntó en un tono juguetón, volviendo a tontear conmigo–. Tranquilo, después de lo de esta noche, creo que el dolor de espalda me hará apartarme un tiempo de estas cosas.

–Ojalá yo también pudiese hacerlo –le dije con resignación, abrumado por no poder hacer como ella, poder apartarme voluntariamente de todo esto–. Es abrumador que para mí sea algo diario, verlos con tanta facilidad y no ser una elección mía. No ser yo quien elija cuando o decidir no verlos una temporada.

Estela se mantuvo en silencio mientras yo me permitía quejarme delante de otra persona. Nunca antes había compartido lo angustioso que en ocasiones era todo eso para mí. No pude evitarlo, me puse triste al pensar que esa chica sólo tenía que apartarse de aquel tablero, esconderlo y dejarlo estar por un tiempo. En su vida, ellos no estaban ahí, incordiándole, mostrándose tan a menudo. Me apenaba que las cosas fuesen distintas para mí y ser algo que yo no había elegido.

–Me lo he pasado muy bien –le dije a Estela tras acompañarle al pabellón de habitaciones femenino–. Ha sido una curiosa experiencia en el cementerio.

No sabía qué hacer, si besarle de nuevo o no. Sólo habíamos tenido contacto estrecho durante el sexo. Mientras estábamos en ello, no habíamos escatimado en besos, abrazos y mimos. Pero no sabía qué había sido para ella, no había vuelto a haber ningún flirteo después. Si es cierto que el viejo del garrote había sido muy *coitus interruptus* para nosotros, pero no sabía cómo actuar después. Todo había surgido espontáneo, sin pensar y no sabía si iba a haber continuidad. Estela tampoco hizo nada, sonrió al llegar a la puerta y me dio las buenas noches con cierta lejanía.

Regresé a la habitación y Eric ya estaba durmiendo. Entré con cierto temor de encontrármelo de malas maneras conmigo. Había decidido gracias al consejo de Estela que iba a ser sincero con él, hablarle de las apariciones que había tenido de su madre. Sé que debía de pensar que estaba loco, que había tenido un extraño brote al querer estrangular a su padre. Me preocupaba su actitud respecto a mí, apenas hacía nada que nos conocíamos. Decidí meterme en mi cama e intentar no pensar mucho para poder coger el sueño. Al despertar, hablaría con él y le diría toda la verdad.

Me costó dormir. Quería hacer las cosas bien con Eric y ojalá saber facilitar un encuentro espiritual entre él y su madre como había propuesto también Estela. Sería fenomenal si yo era capaz de conseguirlo, pero me consideraba aún muy verde en eso. Como no podía dormir, saqué el grueso libro que estaba leyendo sobre Espiritismo que guardaba debajo de mi colchón y estuve leyendo hasta tarde. Lo hice alumbrándome sólo con la endeble luz de mi teléfono, enfocando a cada página y devorando toda la información posible para animarme a presidir yo una sesión de espiritismo.

Mi despertar al día siguiente fue tan amargo como el café solo que tomaba Eric cuando me despertó a voces. Esos fueron mis buenos días, entreabrí los ojos y vi un rostro cargado de resentimiento y furia. Tampoco lo culpaba, imagino cómo debía de sentirse después de que hubiera intentado estrangular a su padre. Bostecé, me froté los ojos con las manos y salí de la cama mientras él vociferaba que me quería fuera de la habitación.

–Voy ahora mismo a pedir que me cambien, pero ¿tú estás loco?, ¡casi matas a mi padre! –gritó mientras me veía salir de la cama con una tranquilidad que más le encolerizaba.

Sabía que era una difícil situación y que debía rápidamente aplacarle, no quería conocer a un nuevo compañero de cuarto, pero acababa de despertar. Quería ordenar mis ideas, explicarle lo mejor posible que ese plan para acabar con su padre había sido idea de su difunta madre. Eric no escatimó en improperios mientras daba sorbos a su café.

–Escucha, sé que hay muchas posibilidades de que no me creas, pero todo tiene una explicación –le respondí con seriedad mientras me terminaba de vestir–. Eric, esto ha sido cosa de tu madre.

–Mira, subnormal, por ahí no. No menciones a ella, no me creo tus idioteces de que ves muertos. ¿Sabes?, mejor voy a pedir ya un cambio de habitación –dijo con aspereza, dándome la espalda y caminando con decisión hacia la puerta.

Corrí hasta él y le agarré de la camiseta, impidiendo que saliera de la habitación. Eric casi da un salto cuando le toqué, tal vez temeroso de que fuera a agredirle como hice con su padre. Está claro que no iba a tener un desayuno relajado. Debía de ser más convincente con mis palabras, decirle algo que lo retuviera y estuviera más receptivo a escucharme.

–Anoche, lo hablé con Estela –le dije, pensé que mencionarle a

alguien en quien confiase más que en mí podría ayudarme–. Le conté que he visto a tu madre en dos ocasiones y que quiero que sea ella quien pueda interactuar contigo.

Eric permaneció en silencio, sentí cómo examinaba mi mirada con ciertas reservas, no muy seguro de si debía creerme. No dijo nada, se quedó callada a la espera de que yo le diera más detalles.

–Sigue –se limitó a decirme con brusquedad.

Yo fui hasta mi cama, alcé el colchón y volví a sacar ese libro gordo que se estaba convirtiendo en mi guía dentro de ese extraño mundo. Puse un marcapáginas en un capítulo en concreto que hablaba sobre cómo contactar con los difuntos. Quería hacerlo, no estaba seguro de estar preparado del todo, pero se lo debía a Eric si quería recuperar su amistad.

–Olvídate de ouijas, eso sólo trae cosas malas, haremos una sesión clásica de espiritismo, pediremos hablar con tu madre y ella misma te dirá por qué quiso que atacara a tu padre.

–¿Te lo pidió a ella? –me preguntó aún con tono serio y poco amigable mientras leía el texto que le estaba mostrando sobre el espiritismo.

No supe, sin avanzarle algo sobre lo que sabía, confesarle que la muerte accidental de su madre había sido una farsa perpetrada por su propio padre. Temía su reacción, cuánto dolor le iba a provocar saber la verdad. Sabía que Eric había estrechado su relación con su padre tras la muerte de su madre. Era una bomba que prefería yo no estallar. Quería que lo hiciera ella, hacer que hablase con su hijo y le contase toda la verdad. Aún no sabía bien cómo o si iba a saber hacerlo, pero debía intentarlo.

–Tu madre está cerca tuya, te protege, pero también se ha quedado en nuestro mundo porque aún hay cosas que resolver –le dije con cierta ambigüedad, sin ganas de desvelarle más–. Necesito que reúnas a todos tus amigos, cuantos más seamos, mayor energía para invocar. ¿Haces algo esta noche?

Eric asintió con la cabeza, aceptó mi propuesta. Me libré de volver a perder a un compañero de habitación, parecía estar algo más calmado. Buscó sus libros y se fue para las clases. Yo me quedé a solas, volví a mi cama y me tumbé exhausto tras ese momento tan tenso. Me estaba metiendo en un buen embrollo, esperaba estar a la altura. Jamás había dirigido una sesión de espiritismo.

"*¿Se puede?*", escuché desde la cama cuando tenía los ojos cerrados e intentaba relajarme. Me reincorporé y vi que se trataba de Estela. No

sé si buscaba a Eric o si había venido para ayudarme a hablar con él, pero llegaba tarde.

–Acabo de hablar con tu amigo –le dije mientras le invitaba a pasar y se sentaba en el borde de mi cama–, voy a atreverme, necesito que me ayudes a realizar la sesión de espiritismo.

–Claro, encantada. Pero, Ryan, necesito que tú también me ayudes con algo.

Busqué su mirada tras peculiar petición. Me fijé que tenía los ojos asustados, su rostro evidenciaba preocupación. No era la misma chica valiente de la noche anterior, trepando muros y teniendo sexo salvaje sobre un banco. Vi a una niña asustada, temerosa de algo en lo que había ido hasta mí para que le ayudase.

–Ese ser demoníaco que me dijiste que viste en la sesión de Ouija y que dices que viste pegado a mí –me recordó con trémula voz, asustada–, ¡ay, Ryan, yo también lo he visto!

CAPITULO 9
“MAMÁ”

Los espíritus de gente fallecida son siempre aterradores por dos causas: aparecen cuando menos te lo esperas y su aspecto demacrado y sin vida, tan diferente a como los veías en vida. Sin embargo, bajo mis pequeños conocimientos, hay otro tipo de seres dentro del mundo sobrenatural que no sólo provocan miedo, sino un auténtico pánico. Es lo que sentí durante aquella sesión de Ouija que organizó Estela en el bosque, mi reacción al ver esa criatura de negro pelaje y ojos rojos. Me atrevería a decir que es un demonio y que, probablemente, se le había pegado a esa chica por sus prácticas con el tablero.

Estela quiso que fuese a su habitación. Me contó asustada que lo había visto allí, que jamás antes se le había aparecido y que necesitaba mi ayuda. Mientras caminábamos hacia el pabellón femenino, pensaba qué poder hacer. Sentía que era una amenaza mucho mayor e incluso que la vida de esa chica corría peligro si esa entidad se había aferrado a ella. Entramos a la habitación y tuve esa misma desagradable sensación que tuve al conocer a Estela, cuando esa entidad estaba pegada a ella. Fue lo mismo, me llevé mi mano a mi estómago al sentir que comenzaban las náuseas.

Además, la habitación emitía un hedor muy desagradable. Le pregunté a Estela si ella también era capaz de percibir ese olor, me dijo que sí y que le preocupaba ya no saber dar más excusas a su compañera de cuarto.

–Me pasa como a ti –me dijo mientras yo estaba en el medio de esa habitación, repasando cada rincón–. No es algo que me apetezca que se sepa por todo el campus, así que mi compañera de cuarto no sabe nada de que hago la ouija. Lo más vergonzoso es que ya me ha llamado la atención porque cree que son ventosidades mías.

Solté una carcajada, no pude evitarlo. Olía fatal, debía tener alguien el estómago demasiado podrido para tirarse semejantes pedos. Estela, sin embargo, se ruborizó. Se puso colorada e intentó evadir el tema.

–¿Dónde lo has visto? –le pregunté mientras inspeccionaba la habitación al detalle.

Era un bonito cuarto. Tanto ella como su compañera, habían dotado de personalidad ese lugar. Estela había colocado unas bonitas guirnaldas de luz sobre su cama y su compañera había puesto algunas plantas para darle algo más de color y vida a esa habitación inerte. Todas eran exactamente iguales, con las de chicos pasaba lo mismo.

–Mira, lo de las plantas es curioso también –me dijo al ver que había detenido mi mirada en una de ellas–. Ninguna le dura más de una semana. Es otra cosa en la que siento que me echa la culpa, cree que las riego con alcohol o a saber.

Sabía que el asunto era serio, pero se me volvió a escapar una risilla al escuchar algo así. Era una situación incómoda, pero muy divertida de imaginar a través de la versión de su compañera.

–Es normal, esa entidad se alimenta de vuestra energía, así como la de cualquier ser con vida, como por ejemplo las plantas. No me extrañaría que enfermarais más al vivir aquí con esa entidad junto a vosotras. Tenemos que hacer algo.

–Fue anoche, cuando regresé del cementerio. Yo me estaba quitando la ropa y, aunque apenas había luz porque no quería despertar a mi compañera, vi a esa cosa agazapada junto a mi cama. Estaba como de cuclillas, escondida, con esos ojos rojos brillantes que parecen tener luz propia. Me dio mucho miedo, Ryan, parece más un animal que un humano.

–Estoy convencido que ha sido por la ouija –volví a decirle, lamentando que Estela tuviese aquella incómoda situación–. Ese objeto es como una ruleta rusa, tú no controlas quién puede colarse y, generalmente, ese tipo de entidades usan eso para meterse en nuestro mundo.

–¿Y qué podemos hacer? –me preguntó con rostro de preocupación, cruzándose de brazos al no saber ella cómo gestionar aquello.

–Probaremos con salvia, es efectiva para espantarlos. Al menos, eso he leído. Aprovecharemos cuando tu compañera no esté, para abrir la ventana y quemar salvia. Hay que dejar espacios abiertos para que los demonios puedan salir, haremos incidencia sobre todo por los rincones, son sus lugares favoritos. El humo de la salvia limpia la energía negativa. Si eso no funciona, probaremos con agua bendita o con algún ritual de purificación. Si bendecimos esto, esa entidad ya no estará cómoda aquí. La salvia es como el insecticida para los bichos.

–Ojalá funcione, estoy desesperada. Gracias, Ryan– me dijo acercándose de nuevo a mí, dándome un abrazo por haber ido enseguida allí con ella e intentar buscar una solución.

Era curioso lo que sentía con Estela cuando nuestros cuerpos se acercaban. Podía sentir como una electricidad recorriendo todo mi cuerpo, así como una sensación de estar increíblemente a gusto así. Ella también mantuvo ese abrazo y dejó descansar su cabeza sobre mi hombro. Dios, ¡qué buena sensación!

–Mi compañera no vendrá hasta dentro de una hora –me susurró Estela en el oído que tan cercano tenía en ese momento.

Se estaba creando una situación muy particular entre nosotros. Nos gustaba estar pegados, tocándonos, juntos, pero sólo cuando surgían momentos así. El resto del tiempo, interactuábamos más como amigos, sin nada de cercanía o flirteo. No tenía claro si sólo era eso lo que había surgido entre nosotros, pero me gustaba y pensé que mejor no hacernos grandes preguntas. Empecé a besarle mientras ella bajaba sus manos y me desabrochaba el botón del pantalón. Sin despegarnos, fuimos moviéndonos hasta su cama, dejándonos caer sobre ella y retozar con ferviente intensidad. Aunque ese lugar me ponía enfermo, el sexo era capaz de paliarlo. Me gustaba Estela, recorrer todo su cuerpo y, mientras lo hacíamos, no existían espíritus ni demonios que me preocupasen. Era como una droga, una deliciosa evasión a todo lo que me acontecía día a día, sin descanso. Estela sonreía y ponía mirada de también estar pasándoselo muy bien.

Tuve que salir apresurado de la habitación de Estela después de que jugueteáramos sobre su cama. Tenía clase a las doce y no me la podía perder. En breve, tenía mi primer examen universitario y era sobre esa asignatura. Casualmente, la que menos me estaba gustando. Se trataba de estadística y las matemáticas nunca se me han dado especialmente bien. Llegué a correr por los pasillos de la universidad para llegar a tiempo. La profesora Smith era bastante estricta con la puntualidad y no permitía que ningún alumno entrase a la clase después de ella. Por suerte, llegué a tiempo y busqué una mesa libre. Saqué mis cosas, los folios en blanco y me puse a tomar apuntes.

La profesora propuso un ejercicio por parejas, quería que de manera cooperativa cuantificáramos los resultados de un test. Alcé mi vista y miré quien estaba más cerca de mí. Había entrado tan rápido que ni siquiera me fijé en mi alrededor. Últimamente, estaba poco sociable respecto a mis compañeros de carrera. Me limitaba a prestar atención a las clases y tal vez me había centrado algo más en el grupo de amigos de Eric. Ladeé mi cabeza a mi derecha y vi un chico que también buscaba con quien emparejarse. Extendió su mano y se presentó, su nombre era Andrew. Yo cogí su mano al presentarme y volvió a pasar. Al igual que Eric y esas imágenes sobre su casa de verano cerca de la playa, empecé a ver imágenes sobre ese chico de pelo muy rizado rubio, gafas y sonrisa afable.

Pude ver una emoción estancada. Me explico, es algo que yo mismo he nombrado así. Creo que hay sucesos que nos marcan y se quedan como fijados en nosotros durante un tiempo, como si estuviesen

guardados en un portapapeles mental, como cuando a un archivo digital le das a "*Copiar*" en el ordenador y se queda ahí hasta que le des a "*Pegar*". Me he dado cuenta de que muchos guardan algo por un tiempo, a veces muy a su pesar. Generalmente son emociones negativas, malos recuerdos, algo que deja una impronta que tarda tiempo en irse, como una mancha resistente que sigue ahí por mucho que frotes.

Andrew tenía un recuerdo así. Iba consigo, aunque él no quisiera. Por suerte, solo era descifrable para personas como yo. Cuando cogí su mano, vi una secuencia de imágenes que se mostraron en mi mente de manera fugar y resplandeciente, como un relámpago. Vi un plato de suculenta pasta sobre la mesa y una copa de vino caer. A veces, sólo veo eso. Una imagen corta, en primer plano y difícil de entender. En otras ocasiones, puedo ver algo más de información. Con Andrew, fue lo primero que vi. Una copa con vino tinto en su interior y que vuelca su contenido sobre ese plato de comida. La rojiza bebida tiñe aquel plato de espaguetis a la carbonara. Quiero ver más, extender el campo de visión. Aunque fuese extraño, mantuve un poco más el roce de mi mano con la suya para obtener más información. Alguien ha dado un golpe sobre la mesa, eso ha hecho que la copa se derramase. Es Andrew quien está frente a ese plato, ya incomible después de que el vino caiga sobre él. Veo la silueta de una mujer, marchándose de la mesa malhumorada. Tuve que soltar la mano, temía que él percibiese como extraño que me quedase anonadado sin soltarle.

–Yo Ryan, espero que se te de mejor la estadística que a mí –le dije, acompañándolo de una sonrisa y escurriendo mi mano con agilidad.

Andrew se levantó de su sitio y ocupó la silla vacía que nos separaba. Se sentó a mi lado y consultó sus apuntes antes de que empezáramos a realizar el ejercicio. Intuí que ese chico estaba aún resentido por una ruptura. Al tenerlo más cerca y por el tono de su voz, lo noté apagado, con un sentimiento de desconsuelo que cual virus lo había elegido como su huésped. Estaba aprendiendo a contextualizar las imágenes que llegaban a mí, no sólo con lo que veía, sino también con la energía que sentía al tener cerca. Andrew tenía estigmatizada esa velada en un restaurante donde su chica puso fin a la relación con un golpe sobre la mesa, abandonando el local justo después de que sirvieran los platos. Recordé que la pasta aún estaba humeante, lo cual me ayudaba a ordenar mejor la secuencia.

Me parece asombroso lo mucho que estaba aprendiendo y evolucionando a interpretar mejor esas cosas que me venía de la gente con la que interactuaba. Puede que la estadística no me estuviese yendo tan bien, pero mis conocimientos sobre lo mío sí podía decir

que progresaban adecuadamente.

Después de las clases, escribí a mi compañero de habitación para que hablásemos a solas antes de esa reunión que había convocado con todos sus amigos para realizar la sesión de espiritismo. Quería primero sentarme con él, estar a solas y confesarle todo lo que había averiguado respecto a su madre. Me cité con Eric en una cafetería dentro del campus que me encantaba. Preparaban un *capuccino* delicioso, también humeante y apetecible como ese plato de pasta de mi última visión. Admito que la imagen abrió mi apetito, así que pedí unas rosquillas para acompañar el café.

Eric llegó con ropa deportiva, había estado entrenando. Siempre decía que el deporte era su mejor remedio para las épocas en las que se sentía más estresado. Lamentaba ser yo la causa de su nerviosismo, sé que estaba intranquilo y molesto después de cuando atacase a su padre. De hecho, aún me hablaba con rudeza y tosquedad. Se pidió un café y buscamos una mesa libre. Tras sentarnos, Eric esperó impaciente a que empezase a hablar. No era fácil, me costaba explicarle lo que había averiguado sobre la muerte de su madre. Esa era su emoción estancada, el *post-it* doloroso en su frente que acompañaba al chico cada día.

–Quería hablar contigo a solas antes de estar con tus amigos y que hagamos la sesión. Eric, he visto a tu madre en varias ocasiones. La tienes cerca –empecé a decirle, él sólo escuchaba, apretando sus labios al saber que iba a hablarle de *mamá*–. A veces, no sólo los veo. Ellos también pueden darme información sobre lo que les ha pasado.

Hice una pausa por si Eric quería decir algo, pero no, él seguía callado y muy atento a cada palabra mía. Venía lo duro, hacerle saber que su muerte no fue un accidente.

–Esto es difícil de contarte, mucho, de verdad. Pude ver la casa de tus padres, esa lámpara que me dijiste que tu madre solía limpiar con obsesiva frecuencia. Sé que es un salón amplio con cocina abierta. La encimera de la cocina es de color crema y el alicatado de las paredes de un blanco tostado. Vi a tu madre allí, pero no estaba limpiando. Se veía nerviosa, abriendo todos los cajones, rebuscándolos. No sé qué quería encontrar. De repente, llegó alguien y se ponen a discutir. Se trataba de tu padre.

La expresión seria de Eric incluso daba miedo. Me miraba fijamente y sin decir nada. Sus ojos estaban más abiertos que nunca y percibí cierto temblor en su labio inferior que pretendió disimular al apretarlo fuertemente con el de arriba. Volví a pararme, pero él no dijo nada.

Esperó sin hacer ningún gesto a que siguiese hablando. Ni siquiera daba sorbos a su café, estaba sentado frente a mí y con la espalda ligeramente inclinada hacia adelante.

–Me duele en el alma contarte esto, Eric, nos conocemos de poco tiempo, pero te considero un amigo. No es fácil decirte que pude ver que no fue un accidente doméstico, fue tu padre quien empujó a tu madre con la mala suerte de que ella se golpeó con la encimera, desnucándose. No hubo taburete, no hubo caída por limpiar esa lámpara. Eso fue una puesta en escena que preparó tu padre para disimular, que nadie supiera qué había pasado.

Eric no dijo nada, permaneció en silencio, pero con la variedad de que comenzó a apretar sus puños. Noté como hacía fuerza, por un momento temí que me fuese a golpear con ellos. Por suerte no fue así, probablemente estaba aguantando la gran furia que estaba sintiendo en ese momento.

–Aunque supe que había sido tu padre, yo no quise pegarle con propia voluntad. Fue algo muy raro, pero tu madre consiguió usarme para que lo hiciera. Está molesta, con deseos de venganza. Ella quiere que él pague por lo que le hizo. No sé qué opinarás de todo esto –le dije para forzar algún tipo de interacción por su parte.

–Te creo –dijo de manera abrupta, seca y sin interés en darme más información, soltando esos puños para cruzarse de brazos y mirar pensativo hacia abajo.

Eric rompió el contacto visual conmigo, bajó su barbilla y se quedó paralizado tras haber escuchado mis palabras. Se le veía mal, sufriendo, el temblor de su labio era más evidente. Eric bajó su cabeza para no mostrarme cómo sus ojos se humedecieron tras escuchar tan horrible confesión.

–Lo siento, tío, he de irme –balbuceó entre lágrimas, levantándose de la silla y cogiendo la mochila deportiva que había dejado en el suelo, a su izquierda.

Me alcé rápidamente para detenerlo. No iba a dejar que se fuera así, le plaqué como si de un jugador de rugby se tratase. Le agarré por la cintura e hice fuerza para que no se moviese. Eric estaba roto, frenó su huida y lloró desconsoladamente sobre mi hombro. Me pidió que nos fuéramos de allí. Le preocupaba que pudiéramos tener espectadores en tal peculiar escena. Salimos de esa cafetería y decidimos dar un paseo alrededor de las pistas deportivas donde a Eric tanto le gustaba ir para entrenar.

–Nunca se me pasó por la cabeza que lo del accidente limpiando

fuese mentira, pero tampoco me descuadra del todo –empezó a contarme mientras intentaba controlar el llanto–. Me llevo muy bien con mi padre, pero no siempre ha sido buena persona, especialmente con mi madre. Fui testigo de algunas muestras de agresividad con ella y, Dios, no hice nada. Me siento jodidamente mal. Tanto mi madre como yo pensamos que cambiaría, que él sólo era así cuando perdía los papeles. Tuve que hacer algo, quizás pude evitar la muerte de mi madre. Nunca le vi pegarle, pero sí gestos agresivos que no debí permitir jamás –confesó con trémula voz y perdiendo su mirada en esos desagradables recuerdos–. Es terrible que los normalizase, me siento una horrible persona.

Abracé a mi amigo cuando el llanto volvió a hacerse más intenso. Estaba pasándolo muy mal al recordar todos esos indicativos de que su padre tenía un comportamiento preocupante y amenazador con su madre. Me dolía verlo así, se sentía culpable de no haberlo evitado.

–No puedes atormentarte con eso, Eric, ojalá pudiéramos volver en el tiempo, pero no es posible. Tu madre ha muerto, es triste, pero eso no lo puedes cambiar. Ahora, lo que sí puedes hacer es decidir respecto a tu padre –le dije con firmeza y cierta repugnancia sobre ese señor–. Tal vez no pague por lo que hizo, pero sí puedes castigarle con perderte para siempre.

–Lo haré, gracias Ryan –murmuró entre sollozos–. Por favor, haz todo lo posible para que esta noche pueda ver a mi mamá.

La petición de Eric creó en mí un resoplido abrumador. Era una gran responsabilidad y me preocupaba no ser capaz de hacerlo. Nunca había presidido una sesión de espiritismo, no sabía si iba a ser capaz de que el espíritu de su madre acudiera a mi llamada. Sentí que eso era como presentarme a un examen que apenas me había preparado. Yo sólo había leído sobre ello en ese gordo libro de ocultismo, no sabía si iba a ser suficiente. Aun así, afirmé que lo haría con tal de consolar a ese chico desangelado tras descubrir la verdad sobre lo ocurrido.

La propuesta de una sesión de espiritismo para que Eric contactase con su madre se convirtió en un peculiar e improvisado evento. Le dije que reuniese a sus amigos, había leído que cada persona que participa en una sesión aporta su propio cuerpo como conductor para esa energía que necesitan las entidades para interactuar. Así que nuestra habitación se convirtió en casi un centro lúdico durante una noche. Eric invitó a Estela, Carla, Austin y Esteve. Compramos algunas bebidas y unos aperitivos para cenar antes de empezar dicha sesión.

Estábamos desobedeciendo la norma de no poder organizar ningún evento social en las habitaciones, así que fuimos sigilosos cuando fueron llegando y todo a puerta cerrada.

Me sorprendió volver a ver a Carla. Es terrible lo que voy a decir, pero me había olvidado completamente de ella. Fue verla y recordar que habíamos programado vernos al día siguiente. Todo eso había sido antes de esa extraña e inesperada relación sexual que había iniciado con Estela. Seguía sin saber si éramos algo más, pero había nublado mi interés por otras chicas. Carla parecía una chica interesante, dulce, atractiva, pero no había vuelto a pensar en ella después de esos besos con Estela en el cementerio que pasaron a una intimidad mucho mayor.

–¿Es la primera vez que diriges una sesión de espiritismo? –me preguntó Carla, acercándose de nuevo a mí, mientras picoteaba algunas patatas fritas de bolsa.

Antes de contestar sobre ello, no sabía si hablarle sobre lo ocurrido con Estela. Volví a ver ese interés suyo hacia mí, pude notarlo en su mirada. Cuando me hablaba, podía sentir cómo descendía tímidamente sus ojos hacia mis labios. Desconocía si Estela le habría ya contado algo, no sabía qué hacer. Deseaba anular la cita del día siguiente, pero no sabía si mencionar el nombre de su amiga como motivo de cancelación.

–Oye, respecto a mañana, creo que no voy a poder –le dije, ignorando su pregunta, y queriendo primero resolver esa cuestión–. Voy a tener un día de locos, ¿te importa que lo dejemos para más adelante?

Fui cobarde, me excusé en estar ocupado para no darle un motivo más real y certero. Pude sentir cómo Carla bajaba la mirada con cierta decepción. Se apresuró a decir que no tenía importancia y se dio la vuelta, caminando hacia donde Eric y Estela conversaban. Yo me quedé allí, de pie, observando desde lejos a Estela y preguntándome si esos encuentros por sorpresa que había tenido con ella podían convertirse en algo más.

Al quedarme a solas, otro de los amigos de Eric se acercó a mí. Se trataba de Austin, uno de los dos chicos que eran gays y pareja. Apenas habíamos tenido comunicación desde que nos conocimos. Siempre solía estar atento a su chico y no interactuaba mucho conmigo. Se acercó a mí, me saludó y miró de reojo a Esteve, tal vez preocupado de que lo escuchara desde esa distancia. Yo arqueé mis cejas al no saber muy bien qué estaba pasando. Parecía estar preocupado de que su chico no le oyera.

–Perdona, Ryan, Eric me ha contado lo que vamos a hacer esta noche, que te gustan estos temas y que eres capaz de ver cosas –me dijo Austin en voz baja y dando la sensación de que venía a pedirme algo.

Se me hacía extraño que ese grupo de amigos supiera tanto sobre mí, algo que tanto tiempo había llevado en secreto. Me costaba no pensar mal y preocuparme en cuál sería el juicio de cada uno de ellos respecto a mis habilidades. No estaba convencido de que todos tuvieran una postura crédula ante todo ese mundo menos tangible.

–Hola Austin, sí, bueno, ese soy yo –respondí con inseguridad, sin saber muy bien qué decirle.

–¿Puedo pedirte que me ayudes en algo? –se atrevió a decirme con ese mismo tono de voz escurridizo, sin mucha convicción e intentando no alzar mucho el volumen para que el resto no le escuchase–. Eric me dijo que te vienen como visiones o sabes cosas antes que nadie. Necesito saber algo si es posible.

–Claro, dime.

–Creo que Esteve se ve con alguien –se atrevió a confesarme, ruborizado y con vergüenza de compartir esa sospecha conmigo–. Estoy convencido de que tiene a otro.

Esteve y Austin habían coincido conmigo en aquella primera fiesta donde nos presentaron. Yo los vi tan acaramelados, que me costaba creer que uno de ellos estaba viéndose con otro chico.

–¿Estás seguro?, a ver, quizás es más una inseguridad tuya, yo os veo bastante bien juntos –Austin bajó la mirada también al suelo como hizo Carla unos minutos antes, quizás ambos con ciertas reservas sobre qué podía pensar sobre ellos–. Aun así, intentaré ver si puedo notar algo.

–Muchas gracias, no me vendrá mal algo de ayuda. No dejo de pensar en ello y lo estoy pasando francamente mal –me confesó, buscando mi mirada, quizás en busca de comprensión–. Ese chico me gusta mucho, vamos, me encanta, pero me duele tener la sensación de que me está engañando.

Pude ver en ese chico a una persona vulnerable, muy sensible. Su mirada era incluso triste. No pude concentrarme para presentir algo más con el murmullo de sus amigos, todos hablando a la vez y sin controlar el volumen de sus voces. Sentí que estaba muy preocupado por no saber a ciencia cierta si había una tercera persona, pude notar cómo le atormentaba la duda. Claro que quise ayudarle, aunque volví a tener la incómoda sensación de estar prometiendo cosas que jamás

había llevado a cabo. ¿Y si me equivocaba?, ¿y si mis imágenes no siempre eran ciertas?, creía que sí, pero me asustaba confundir y alterar la vida de los demás. Pese a ello, respondí con firmeza que iba a ayudarle.

Después de la conversación distraída y el picoteo, había llegado el momento de intentar realizar la sesión. Le pedí a Eric que bajara la persiana, a Estela que encendiera unas velas alrededor nuestra. Les pedí a todos que nos sentáramos en el suelo. Tuvimos que apartar algunos muebles para tener el espacio suficiente. Todos se sentaron sobre sus piernas, como si fuesen a realizar una meditación. Les pedí que se cogieran las manos y cerrasen los ojos. Yo estaba muy nervioso, nunca antes había hecho algo así. Frente a mí, estaba Eric, deseoso de que aquello funcionase.

La habitación pasó a un silencio sepulcral. Lejos quedaron las risas y el ruido de varias conversaciones a la vez. Todos estaban callados y a la espera de que yo les guiase. Empecé a decir en voz alta una petición a los espíritus, algo que había leído en ese libro. Pedí respetuosamente que sólo queríamos contactar con el espíritu de MaryBeth Montgomery, ese era el nombre de la madre de Eric. Repetí su nombre varias veces y la invité a que nos acompañase. Esperaba que así fuese, me constaba que su espíritu rondaba a su hijo. Pedí que se manifestara. Indiqué a mis amigos que no abrieran aún los ojos, sólo yo lo hice para comprobar si ella estaba con nosotros. Alcé mis parpados y rebusqué por esa habitación casi a oscuras, ligeramente iluminada por las velas que habíamos encendido. Miré en los rincones, el lugar favorito para ellos, así como la cama de Eric donde en una ocasión la vi sentada en el borde.

Volví a decir su nombre en voz alta, alzando mi voz y pidiendo en un modo más imperativo que se manifestara. Le dije que estábamos esperándola. No había nadie allí. Volví a cerrar los ojos nerviosos y sin saber qué hacer, iba a quedar fatal si no conseguía convocarla. Sólo eso consolaría a Eric después de la terrible revelación que le había hecho sobre su padre. Intenté concentrarme y, sobre todo, serenarme. Temía que mis propios nervios estuvieran saboteando el contacto. Pensé en ella, la visualicé en mis adentros, deseoso de verla de nuevo. Volví a abrir los ojos e inspeccioné mi alrededor.

Allí estaba, pensé con alivio al verla muy próxima a su hijo. Eric estaba sentado frente a mí, con los ojos cerrados y ajeno a que su mamá estaba sentada a su lado. Volvía a estar centrada en él, mirándole con ternura, quizás orgullosa de que hubiera organizado todo eso para contactar con ella. Yo me quedé observándola hasta que

se percató de mi intensa mirada, cruzando la suya con la mía.

Lo que sucedió a continuación fue algo muy extraño. Empecé a tener una conversación con ella, pero sin pronunciar ninguna palabra. Nos empezamos a comunicar mentalmente. Ella me miraba, ni siquiera movía sus labios, pero podía oír sus palabras dentro de mi mente. Se quejó, estaba molesta conmigo por no haber sido capaz de matar a su asesino. Yo pensé mi respuesta, podía responderle sin articular palabra. Le dije que la mejor venganza era apartarlo de su hijo, que Eric no quisiera verlo nunca más. Dentro de mí, lo que ella me respondió, me pareció aterrador. "*Convenceré entonces a mi niño para que sea él quien lo haga*", sentenció con un tono escalofriante que nadie más oyó. Era como llevar auriculares, su amenaza sonó y retumbó dentro de mi cabeza.

CAPITULO 10
“DAMNIFICADOS”

Sentí algo diferente cuando el espíritu de la madre de Eric se apareció dentro de una sesión de espiritismo. Pude notar una mayor fuerza e interacción sin apenas moverme, sólo a través de preguntas que formulaba y se quedaban en mi propia mente. Pensé que podía deberse a la energía que recibía de los asistentes, todos cogidos de la mano y creando un círculo junto a mí. Sentí que eso me daba más facilidades para interactuar con ese espíritu que no se separaba de su pequeño.

La poca luz de las velas daba un aspecto más decrepito al espíritu. Pude ver cómo sus ojos estaban hundidos en cuencas apagadas, amoratadas. Así como sus labios poseían un tono casi azulado, muy *post mortem*. Ella se jactaba de querer convencer a Eric para que acabase con la vida de su padre, tenía seguridad en que lo iba a llevar a cabo y sonrió con cierta mirada desafiante cuando le dije que no debía hacerlo. “*Eric debe de ser feliz, incluso olvidarte para que pueda continuar con su vida*”, le dije a través de mi mente mientras el resto de los asistentes continuaban con los ojos cerrados.

Sólo Estela fue arrastrada por su curiosidad. Abrió los ojos, me observó y buscó a su alrededor para ver si era capaz de ver algo. Pude notar cómo su mirada inspeccionaba la habitación, incluido donde estaba sentado Eric, pero nada, no era visible para ella. “*Eric quiere verte, necesita comunicarse contigo y que te despidas*”, le dije al espíritu.

Me contestó un frío y desolador “*Ni hablar, no hasta que consiga vengar mi muerte*”. A continuación, todas las velas que teníamos a nuestro alrededor se apagaron al unísono. Estela, quien mantenía los ojos abiertos, no pudo evitar una exhalación de sorpresa que inquietó a todos, provocando que ellos también abrieran sus ojos. Eric miró a ambos lados sin ver a su madre, así que me preguntó directamente si ella estaba junto a nosotros.

–Sí, está aquí con nosotros –respondí sin poder dejar de verla, clavando mis ojos en los suyos mientras le rogaba mentalmente que lo hiciera, que su hijo necesitaba hablar con ella.

El espíritu no parecía hacerme caso, así que pensé en qué podía hacer. Le pedí a Eric que me dijera preguntas que yo hacerle en voz alta, provocando que quisiera interactuar.

–Mamá, ¿puedo verte? –preguntó Eric a la nada, sin saber bien donde fijar su mirada, nervioso por conocer que estaba ahí, pero no

visible ante sus ojos–. Te echo mucho de menos.

Apenas había luz en la habitación después de que todas las velas se apagasen. Estábamos en penumbra hasta que algo pasó en el centro del círculo que habíamos formado. Era su madre, se separó de él y se movió hasta estar ahí, en el centro. Aquel espíritu cambió su forma para hacerse visible a todos los presentes. Fue de manera rápida y después de un fogonazo de luz cegador. Su silueta se desvaneció para mostrarse como una esfera de potente luz que inquietó y asustó a todos por partes iguales. MaryBeth se mostraba como energía condensada, luminosa y flotando en medio de todos nosotros.

–Esa luz que ves es tu madre, Eric –le dije, era enloquecedor y poco creíble, pero yo mismo había visto cómo se transformaba en lo que el libro de ocultismo me explicó que recibía el nombre de orbe.

Al parecer, es la forma más fácil para mostrarse ante cualquiera. Un espíritu desgasta mucha energía para ser visible ante cualquier persona, no es lo mismo que ser vista por alguien como yo. Es extraño de explicar, pero requiere un esfuerzo adicional si desean ser vistos por los demás. En mi caso, yo les *pillo in fraganti*, capaz de poder verlos siempre y sin que les requiera un sobreesfuerzo. La luz que desprendía esa condensación de energía me impedía ver el rostro de mi amigo, pero imaginé lo mucho que debía estar alucinando.

–Mamá, ¿es cierto lo que dice Ryan?, ¿fue papá el culpable de tu muerte? –preguntó Eric en voz alta, deseoso de que esa bola de energía también pudiese contestar con su propia voz.

No podía, volvió a utilizarme para darme el mensaje. Yo deseaba que lo hiciera, quería que Eric escuchara con su propia voz que su padre le había matado. No quería decírselo yo y que siempre supusiera una prueba de fe por su parte, el tener que creerme. "*Dile que fue muy marido, cuéntale cómo fue*", me pidió el espíritu al no ser capaz de emanar su propia voz. Yo no quería que fuera así, le pedí que se esforzara y lo dijera con sus propias palabras. Me dijo que no podía, así que pensé rápidamente en otro modo.

–No puede contestar, no tiene fuerza para emitir una voz audible para todos –le informé a Eric con pesar–. Haremos algo, quiero que enciendas las luces si estoy en lo cierto. ¿Tu marido te asesinó?

Las luces de la habitación no tardaron en encenderse, provocando un escalofrío en todos los presentes. Había conseguido encontrar una manera de comunicarnos, un código a través de las luces para que todos los presentes también fueran testigos.

–Mamá, haz que parpadeen para que sepa que realmente eres tú –

pidió Eric, alzando la voz, asombrado al ver cómo las luces se habían encendido solas.

No pude verlo, pero imagino que sonrió cuando las luces empezaron a parpadear, dándole esa respuesta que tanto ansiaba. El orbe continuaba allí, emitiendo luz también, cerca como siempre de su hijo.

–Tienes que despedirte de tu hijo, MaryBeth –me atreví a decirle en voz alta–. Está mal, cada día pensando en ti. Es tortuoso vivir así. Si le quieres, has de soltarlo –dije en voz alta, hablándole a esa esfera de luz–. Eric debe crecer, ser ese hombre del que siempre te sentirás orgullosa.

El orbe dejó de estar visible para todos, volviendo el espíritu a su forma humana y, por tanto, sólo para mis ojos. MaryBeth estaba sentada sobre sus rodillas como el resto de los asistentes, en el centro, con la cabeza ladeada y mirando a su pequeño. Luego, fue girándose hasta mirarme a mí. Pude sentir que sus palabras le habían emocionado. Debía hacerlo, tenía que entender que todo esto podía dañar a su hijo. Él debía ser libre, continuar con sus cosas y dejar atrás esa dolorosa perdida que no le dejaba avanzar. Decidí volver a hablarle a través de su mente, requería una conversación privada.

"*Ese mal nacido tendrá su merecido, te lo prometo, haré que Eric no quiera volver a verlo más*", le prometí, "*pero ni él, ni yo, vamos a vengar tu muerte manchándonos las manos de sangre. Entiéndelo, confía en mí, haremos las cosas de otra manera.*"

No sé si me estaba entendiendo correctamente, me miraba y se quedaba inmóvil, probablemente sin saber qué hacer. Eric hablaba en voz alta, inquietándose por ya no poder ver el orbe. Me hablaba, pero yo le ignoraba. Estaba centrado en su madre, intentando convencerla. "*Hazme caso, Eric es un buen chico, yo cuidaré de él. Confía en mí*", continué diciéndole.

Pude sentir lástima en su mirada. MaryBeth se levantó del suelo y volvió a sentarse cerca de su hijo. Eric me miraba desconcertado, incluso molesto de que no le contestase a las miles de preguntas que disparaba sin control. Quería saber si su madre aún seguía allí con nosotros. MaryBeth inclinó su cabeza hacia él y le dio un suave beso en la mejilla mientras se preparaba para despedirse. Eric frenó en seco sus palabras al sentirlo, soltó la mano de Austin, que estaba a su lado, y se llevó la mano a la mejilla.

–¡Ryan, he notado un beso! –gritó con sentimientos entremezclados de confusión y alegría.

–Es tu madre, ha llegado el momento de que se marche –le dije con

una sonrisa de paz al ver que así era, vi cómo ese espíritu se ponía de nuevo en pie y caminaba lentamente hacia la puerta de la habitación.

Se estaba yendo, lanzó un último beso al aire para su hijo y nos abandonó. Las luces volvieron a apagarse. Eric volvió a preguntarme nervioso, sin saber qué estaba pasando y yo les dije a todos que ya podían soltarse. La sesión de espiritismo había terminado. Al acabar, me noté sin energía, desplomado. Todo había sido muy intenso. Estela vino hacia mí y me preguntó cómo me encontraba.

–Creo que lo he conseguido, la he convencido para que se fuera.

Eric escuchó mis palabras y frunció el ceño. No era lo que quería escuchar, echaba de menos a su madre y estaba demasiado ilusionado con buscar la oportunidad de poder verla.

–Eric, créeme, es lo mejor. Tu madre necesita descansar y tú también –le dije pese a que él no recibía demasiado bien mis palabras.

Miré de nuevo la habitación y comprobé que ella ya no estaba allí. Sentí una paz y tranquilidad por terminar la sesión. Estaba orgulloso de cómo había ido, llegar a convencer a MaryBeth de que no había elegido la mejor de las venganzas.

Apenas había dormido tras tan agitada noche. Tuve molestas pesadillas que me hicieron interrumpir el sueño varias veces. Salí de la cama bostezando y con la sensación de cansancio de no haber dormido bien. Miré el reloj y recordé que había quedado con Austin. Le propuse que nos viéramos para hablar mejor de ese asunto en el que me había pedido ayuda. Tenía la preocupación de que su pareja le estaba siendo infiel. Necesitaba saber qué había de verdad en ello, así que le propuse hacer un plan juntos. Austin aceptó encantado, así que nos citamos a las diez en la puerta del metro.

Llegué allí con cierto retraso. Me costó arrancar, a duras penas conseguí energía a través de dos cafés prácticamente seguidos. Tuve que llegar a correr para no retrasarme demasiado, nunca me ha gustado que me esperen. Austin estaba allí, sentado en un banco y leyendo a través de un libro electrónico. Poco después me contó que era un apasionado de la lectura, aprovechaba cada espera para seguir leyendo. Me acerqué a él, nos saludamos y consulté el panel luminoso donde indicaba cuándo llegaba el próximo tren. Habíamos decidido ir a una librería en el centro. Necesitaba encontrar un libro para mi asignatura de *Psicología de la motivación*. Austin aceptó encantado, amaba perderse entre libros. Me contó que era capaz de estar horas husmeando un libro y otro siempre que iba solo a alguna librería.

–¿Cuál es tu libro favorito? –le pregunté mientras subíamos al vagón de metro y buscábamos algún asiento libre.

Austin tardó en contestar, sonriendo y repasando en su mente todos esos libros que le habían entusiasmado. Pidió prórroga para responder con el motivo de que eran demasiados los que había incluso leído una y otra vez.

–Creo que me quedo con *Matar a un ruiseñor* –respondió mientras saboreaba el recuerdo de cómo se había sentido al leerlo por primera vez.

Me habló de su clase de literatura en el instituto, de una profesora que le inició en la lectura y que siempre le regalaban libros cuando llegaban las Navidades. Yo le escuchaba con atención mientras me concentraba para percibir algo más. Apenas había más gente en el vagón, estábamos sentados el uno al lado del otro.

–¿Me das tu mano? –le pedí al no conseguirlo sin tocarle.

Austin frenó su discurso literario y me observó con rostro de sorpresa. Recordó el motivo por el que estaba allí y todo lo que Eric le había contado sobre mi don. Pude leerlo en su mirada, como me inspeccionaba tal vez extrañado de mi apariencia normal, de ser un chico más, pero con curiosas habilidades. Extendió su mano y le pedí que siguiera hablando de libros mientras yo esperaba que me llegasen imágenes sobre él.

–También reconozco ser muy fan de Agatha Christie, puedo leerme una novela suya de sólo una sentada –me contaba, obedeciendo mi petición de que no dejase de hablar.

Las imágenes fueron llegando de manera tímida. Cerré mis ojos para intensificar la visualización. Pude ver a Austin con ocho años, sentado junto a la piscina de una casa de campo familiar. Era una tarde de agosto, muy calurosa, él merendaba una tostada con tomate y orégano mientras tenía sólo sus flacas piernas sumergidas en el agua. Era un chico delgado, escuálido y de poca altura. Se le veía feliz, contento.

La siguiente imagen fue su adolescencia. Su rostro se llenó de acné y ganó algunos kilos durante la pubertad. Austin se miraba preocupado en el espejo de su habitación, no muy contento con lo que estaba viendo.

Como si fuese una película o videoclip, hubo un salto temporal y me proyectó otra escena. Vi a Esteve. Eric se veía emocionado porque estaban dando un paseo juntos al atardecer. Le miró disimuladamente y sonrío ruborizado, ese chico le gustaba mucho. Esteve es deportista, tiene el cuerpo más musculoso y, lejos de ser algo que a Austin le

pareciera más atractivo, provocó que sus complejos se reactivasen.

Miró el brazo hinchado del chico y se toqueteó el suyo con inseguridad, incluso desesperación. Sintió que su brazo estaba fofo, así como un pequeño abultamiento en el estómago que pudo notar mejor por la camisa apretada que había escogido para la cita. La cita terminó después de un café, Austin quiso besarle, pero no se atrevió. Hubo temor a que le rechazase. Esteve se despidió de él y prometió llamarle. Él no lo tiene tan claro.

La siguiente imagen fue en su casa, encerrado en el baño. Supe que era el mismo día, aunque nada me lo indicase. Austin volvía a mirarse en el espejo, insatisfecho e inseguro por su apariencia. Se dio la vuelta, levantó la tapa del váter y se arrodilló frente a él. No me gustó lo que vi, Austin se forzó el vómito introduciendo dos dedos dentro de su boca.

–¿Y a ti?, ¿cuáles son tus libros favoritos? –me preguntó, ajeno a todo lo que acababa de ver, el molesto secreto de ese chico.

Sentí rabia e impotencia de que ese chico no se valorase físicamente. Es un chico guapo, su piel lisa y cuidada como la de una mujer. Tiene los ojos grandes, expresivos y de grandes pestañas. Además, su pelo es *rubiete*, con cierto remolino que le dota de mayor personalidad. Le consideraba guapo, cosa que no le pasaba a él después de lo que había visto. Me fijé en cómo se estiraba la camiseta hacia abajo, molesto de que quedase más apretada por la zona del estómago. Era un chico cargado de complejos, tanto por su altura como por su volumen. Entendí entonces que quizás Esteve no estuviese viéndose con otra persona, sino más bien era la inseguridad del joven quien había creado una amenaza imaginaria.

La biblioteca a la que Austin me llevó fue exquisita, quedé maravillado por infinitas estanterías que no ordenaban sus libros por los nombres alfabéticos de sus autores, sino por curiosas temáticas. Y no sólo se trataba de las principales, como misterio, romántica o histórica. Esa librería había hecho divertidas categorías como "*libros optimistas para días tristes*", "*historias entretenidas de noviazgos duraderos*" y la favorita de Austin: "*Chico conoce chico*". Quedé asombrado de la gran colección de libros juveniles que se estaban publicando para el público homosexual. Austin sostenía con cariño uno de esos libros y me dijo que iba a comprarlo.

–Ojalá haber encontrado libros así durante mi infancia. Fue raro sentirme diferente y, bueno, el temor a que no me aceptasen –me dijo mientras hacíamos cola para que le cobrasen.

Quería hablarle de lo que sabía, esos terribles complejos que le producían al chico tomar malas decisiones. Sabía por las visiones que estaba teniendo un trastorno alimenticio. No era un tema que yo controlase mucho, pero lo poco que conocía a ese chico, estaba sintiendo tremenda compasión y preocupación por él.

–Vamos a tomar un café, de paso, tengo algo de hambre. ¿Te parece si almorzamos? –le propuse al salir de la librería.

–Yo no tengo mucha hambre, tomaré sólo café. No me he levantado muy bien del estómago, serán los nervios de todo lo que pasó anoche –mintió, llevándose la mano al estómago y fingiendo pesadez.

Me detuve en seco, no me gustaba nada todo lo que hacía. Apenas lo conocía, pero él me había pedido ayuda y se la iba a ofrecer, aunque quizás escuchase cosas que no le gustasen. Le pedí que nos sentásemos igualmente en una cafetería que había contigua a la librería y me puse bastante serio para hablarle del asunto.

–Austin, sé lo que estás haciendo –me atreví a decirle, sin rodeos–. No sé si Esteve te pone los cuernos, creo que no, que es más por esa inseguridad tuya. He visto lo que haces a veces en el baño, bueno, no con mis ojos, ya sabes, con mis visiones.

–No sé de qué me hablas –me dijo, fingiendo desconocerlo, tal vez con la esperanza de que mis visiones no fuesen tan precisas.

Alcé mi mano y escondí todos mis dedos excepto el índice y corazón. Puse el gesto con mi mano de llevarme esos dos dedos a la boca mientras le miraba con rostro serio y preocupado.

–Tampoco lo hago tanto, no tienes que preocuparte– me dijo, restándole importancia–. Voy a por los cafés.

Austin se levantó para evitar la molesta conversación. Quizás estaba resultando demasiado violento, no sabía si debía aligerar mi discurso. Pensé qué hacer mientras Austin volvía a hacer espera para que le atendiesen. Si pretendía dedicarme a la psicología, quizás debía afrontar determinados problemas con mayor empatía. Cuando regresó a la mesa, decidí mostrar un tono más amigable con él.

–Escucha, conocí a alguien como tú. Era un chico maravilloso, guapete y que empezó a chatear con un chico a través de una aplicación. Yo le animé a que quedasen, estaba convencido de que, si alguien lo conocía, iba a ver lo bonito que yo veía en él. Ese chaval que lo descartó fue por el físico y ¿sabes qué le dije?, que ese tío no valía la pena. Todos vamos a envejecer, engordar o enfermar en algún momento. Si Esteve sólo está contigo por esas cosas, suéltalo, deja que se vaya con otro o con miles. No es lo que estás buscando –le dije

mientras Austin me escuchaba con atención–. Te conozco de poco, pero me pareces un tío estupendo. Eres inteligente, guapo y con el que se puede conversar de cualquier cosa.

–Si no fuera porque sé que eres *hetero*, pensaría que me estás echando los trastos –bromeó Austin, algo más cómodo en la conversación–. Mira, Ryan, sé que está fatal lo que hago y te juro que no lo hago tan a menudo. Es verdad que a veces soy muy crítico conmigo mismo y con mi cuerpo, pero es algo que intento cambiar –me confesó mientras daba sorbos a su café–. Aun así, estoy seguro de que Esteve me la está pegando con otro.

–¿Tienes alguna evidencia?

–Su teléfono móvil, a veces veo que manda mensajes y rápidamente lo esconde para que yo no lo vea. Hubo además una noche que se levantó de mi cama, se metió en el baño y habló en voz baja con alguien a través de su teléfono –me confió Austin, preocupado de que Esteve realmente le estuviese siendo infiel.

Yo no pude saber a través de mis visiones si le estaba engañando, tal vez debía estar más tiempo con Esteve para ver si me llegaba alguna información. Prometí a Austin que lo iba a hacer, intentaría ayudarle para saber si era cierto.

–Pero, por favor, no vuelvas a hacer lo del baño. Mira, cuando tengas el impulso de hacerlo, llámame, me da igual la hora que sea. Déjame que te ayude –le propuse preocupado por el trastorno que ese joven chico padecía.

Austin asintió con la cabeza y me pareció creíble. Me dijo haber estado muy a gusto con mi compañía, así que planeamos más ocasiones en las que vernos. Yo también había estado muy cómodo, era un chico muy agradable. Tal vez era el principio de una nueva amistad.

Eric parecía estar más calmado que la noche anterior. Estaba sentado sobre su cama y jugando con una consola portátil cuando yo regresé a la habitación. Me alegró verlo así, sereno y mucho más tranquilo. Apenas se enteró de que había abierto la puerta, se percató cuando yo ya estaba cerca de él. Me senté en el borde de su cama, casualmente donde solía ponerse el espíritu de su madre, y le pregunté cómo se encontraba.

–Mucho mejor, gracias, Ryan. Te debo mucho –me respondió pausando el juego y mirándome con rostro complaciente–. Ha sido jodido saber la verdad, pero prefiero eso a vivir en una mentira.

–Me costó decírtelo y tuve miedo de perder tu amistad si no me creías por qué había atacado a tu padre –recordé con pesar, sentí que perdía de nuevo a un nuevo amigo de manera precoz–. Yo también agradezco tu comprensión, has sido la primera persona a la que me he atrevido a hablar de lo mío.

–¿Sabes?, estuve pensando y hay algo que dijiste que no ha tenido sentido hasta más tarde. Dices que viste a mi madre rebuscar por los cajones. No caí en el momento, pero esta tarde recordé que ella una vez compró un pequeño revolver. Yo era pequeño y me dijo que lo tenía por si alguna vez entraban ladrones a casa. Evidentemente, nunca me dejó tocarlo y guardaba las balas en otro lado. ¡Qué cínico!, la amenaza no estaba fuera de casa, queriendo entrar y saquearnos. El mal convivía con nosotros –sentenció Eric con pesar.

–Quizás tu padre encontró el arma y se la arrebató de su escondite para que no se pudiera defender –teoricé a su lado–. ¿Ya has pensado qué vas a hacer respecto a tu padre?

–Denunciarle –contestó Eric de manera tajante, muy severo y enfurecido al conocer su verdadera personalidad–. Va a ser un proceso doloroso y lento, pero se lo debo a mi madre.

–Yo también haría lo mismo –le dije, apoyando su decisión.

–He hablado con la hermana de mi madre, juntos vamos a buscar un buen abogado. No sé cómo esto va a interferir en mis estudios, pero debo hacerlo.

–Yo te ayudaré en lo que necesites. Sé que estamos estudiando diferentes carreras, pero en todo lo que pueda ayudarte, de verdad, me tienes.

–Gracias, tío– me dijo Eric, abrazándome.

Me sentí bien. Abracé a mi amigo con la sensación de que había valido la pena. Era la primera vez que sentía que mi don podía ser algo útil y con lo que ayudar a los que me rodean. Hasta entonces, ver muertos o tener sensaciones extrañas sólo eran un tormento para mí. La historia de la madre de Eric había marcado el principio, así lo sentí cuando noté cómo mi amigo se liberó de ese sentimiento de pesar y nostalgia.

–Venga, cámbiate de ropa y nos vamos a por unas hamburguesas –le propuse animado, feliz de verlo mejor.

Eric aceptó sin pensárselo mucho, había estado toda la tarde allí, a solas en la habitación. Se puso sus vaqueros, una de sus habituales sudaderas y salimos a dar un paseo hasta que llegásemos a la

hamburguesería más cercana.

Las cosas parecían más calmadas después de haber solucionado las cosas con la madre de Eric. No había vuelto a haber rastro de su espíritu. Pasamos una buena noche de risas, hamburguesas con mucho kétchup y aprovechamos que hacía buena noche para dar un paseo. Eric me estuvo hablando de sus clases y de un profesor que no soportaba, que le costaba mucho entender sus explicaciones. Yo le escuchaba con atención cuando algo me produjo escalofríos al encontrarme algo que no esperaba.

Caminábamos cerca de una hilera de coches. Era una zona apartada, pero a la que nos gustaba a mí y a Eric salir a pasear en más de una ocasión. Era un lugar tranquilo, poco concurrido e ideal para dar un paseo antes de irse a la cama. Paseábamos y hablábamos cuando vi a dos chicos besándose dentro de uno de esos coches que estaban aparcados a nuestro lado.

Eso no me escandalizó, sino ver con más atención y descubrir que uno de ellos era Esteve. A pesar de que había muy poca luz en el interior de ese coche, me fijé en su acompañante para descartar que quizás fuese Austin. No, no se trataba de él y, aun así, ese otro chico que le comía la boca no era desconocido para mí. Se trataba de Tom, mi antiguo compañero de habitación.

CAPITULO 11
“MENTIRAs”

Estela me propuso un nuevo plan tan estrambótico como aquella noche en el cementerio. No estábamos solos, habíamos salido a cenar junto a Eric. Fuimos a un restaurante tailandés y, pese a estar todo iluminado y con gente a nuestro alrededor, la atmosfera se ensombreció cuando ella nos habló de un siniestro lugar al que nos quería llevar. Mientras yo hacía peripecias para enroscar tallarines con aquellas pinzas de madera, Estela mencionó un viejo hospital abandonado.

–Allí dicen que ocurre de todo. Se cuentan muchas leyendas sobre ese sitio y se ha convertido en el lugar favorito para hacer rituales por parte de sectas satánicas –nos contó Estela con voz misteriosa mientras bebía un refresco de cola.

–Parece peligroso, determinados rituales pueden abrir puertas similares a las que abre una sesión de Ouija –les expliqué con cierto temor y respeto–. Hay que tener cuidado en sitios así, pueden estar infestados por entidades demoníacas.

–Ryan tiene razón, además ninguno de nosotros tiene coche para ir hasta allí –intervino Eric mientras degustaba unas sabrosas *gyozas*.

–Bueno, Esteve sí que tiene coche –recordó Estela, persistente con aquel plan que no iba a descartar tan rápidamente.

Esteve, coche, dos chicos besándose… ese recuerdo vino a mí sobre la noche anterior cuando daba un paseo con Eric y vi a ese chico liándose con otro que no era su pareja. Lo peor es que besaba a Tom, mi compañero de habitación anterior. Me fastidiaba que Austin tuviese razón. Había tenido la oportunidad de conocerlo un poco más y no se merecía ese chico ser engañado por su pareja. Me había parecido muy agradable e interesante. Le prometí que iba a averiguar si estaba en lo cierto y, aunque ya había descubierto que era Tom su amante, quería conocer más a Esteve para saber sobre él y sus intenciones.

Así que, de repente, el plan de Estela no me parecía mal idea.

–Venga, pues habla con Esteve. Me apunto –acepté.

De regreso a nuestra habitación, Eric se acostó pronto. Tenía un partido de baloncesto a primera hora, así que quiso intentar coger pronto el sueño. Yo tardé un poco en dormirme. Estuve pensando en

Tom, no sabía si llamarle y hablar con él. No habíamos vuelto a tener contacto desde que se marchó de la universidad dejando esa escueta nota de papel sobre la cama. Me sorprendía volver a saber él, pero me apenaba que fuese dentro de aquella historia adultera. Decidí enviarle un mensaje, preguntarle qué tal iba todo y si le parecía bien que quedásemos para hablar.

Aunque ya no estudiase allí, vivía relativamente cerca, al menos lo suficiente como para haberse relacionado con Esteve. Me daba lástima Austin, pude sentir que su autoestima era frágil. Me preocupaba su reacción cuando averiguara que estaba en lo cierto, que ese chico del que se estaba enamorando no era honesto con él. Pude entrar en su cabeza, conocer sus pensamientos y sabía que lo interpretaría como que no era lo suficiente para él. Dolía que pensase así.

Mi relación con la estadística estaba en una difícil situación. Apenas quedaba una semana para el examen y no conseguía que se me diese bien. Había hecho un nuevo amigo en clase, Andrew, aquel que percibí que estaba roto por dentro por una ruptura que no conseguía superar. Él sí parecía ser un *cerebrito* para estas cosas, así que le propuse que estudiásemos juntos después de las clases en la biblioteca principal.

–¿Cómo se presenta el largo finde? –me preguntó en voz baja, respetuoso con la gente que nos rodeaba y que estaba estudiando concentrada y en silencio.

El lunes era festivo, no había clases, así que era un fin de semana más largo de lo normal. Tardé en contestar, no me parecía apropiado contarle que pretendía pasar la noche del sábado en un hospital abandonado a la caza de fantasmas. Respondí que aún no lo había planeado.

–Yo voy a llevar a mi chica a un restaurante italiano –me contó con una sonrisa de felicidad–. Sé que somos jóvenes, quizás demasiado, pero quiero que se case conmigo.

Me quedé absorto, no supe qué decir. De repente, volví a ver ese lugar en mi mente. Visualicé la entrada, los tonos rojizos de las mesas de madera, los manteles que daban un aspecto rústico y napolitano. Vi de nuevo a Andrew allí, sentado, mirando el plato de pasta con el vino derramado sobre él. Me había equivocado, no se trataba de un angustioso recuerdo que no conseguía olvidar. Fue más bien una premonición, un suceso que aún no había pasado. Noté un palpitar fuerte al ver la cara de felicidad de ese chico, a la expectativa de querer pasar una de las mejores noches de su vida. De repente, me

puse muy nervioso. No sabía qué hacer, si advertirle del trágico desenlace que iba a tener.

–¿Lleváis mucho tiempo juntos? –le pregunté, seguía pensando sobre qué debía hacer.

Sentí que, si había sido capaz de verlo, tal vez podía evitarlo. No entiendo el motivo sino de haber visto algo así. Andrew me respondió con felicidad que llevaban cuatro años. Él tenía unos años más que yo, había empezado la universidad algo más tarde. Empezó a hablarme de Christine, su pareja, y lo mucho que la quería desde que empezaron a salir a los veinte años.

Recordé la emoción que acompañaba a ese recuerdo que yo daba por pasado, a cómo Andrew viviría con pesar el desencuentro, su decepción al verla huir espantada del restaurante. No supe qué hacer, quise prevenirle de algo así. Me sentía afortunado de saber algo antes de tiempo, debía encontrar la manera de hacer algo productivo con ello.

–Yo esperaría un poco –le dije para su sorpresa, arqueando sus cejas sin entender el motivo–. Ya sabes cómo son las chicas, empezará a ponerse eufórica y estresada por organizar la mejor de las bodas. Me has dicho que estudia medicina, ¿verdad?, lo que puede parecer un acontecimiento precioso, se puede convertir en una pesadilla histérica que le puede descentrar.

Detestaba mentir, hacía mucho que no lo hacía. Me estaba sintiendo muy liberado al rodearme de gente como Eric y sus amigos que me permitían hablar sin tabú sobre mis cosas. Me asombraba mi capacidad de inventiva y, a la vez, no era algo de lo que me sintiera muy orgulloso. Andrew, quien estaba cogiendo buena confianza conmigo, se ajustó sus gafas de montura gruesa mientras me escuchaba con atención.

–¿En serio?, ¿tú crees?

–Sí, ya sabes cómo es el primer año de carrera, yo si fuera tú me esperaría un curso. No vaya a ser que Christine se descentre por tu culpa, nerviosa por preparar la mejor boda. Total, os queréis, ¿qué más da si es pasando por un altar o no? –dije, engordando mi mentira.

–Quizás tengas razón, Ryan –dijo pensativo.

Lamentaba hacerlo, pero creía que era lo mejor. Tenía que evitar el sufrimiento que yo había visto por anticipado. No quería que Andrew sufriera. Tampoco sabía si eso era posible, si el destino puede ser burlado, pero tenía que intentarlo. Andrew volvió a la estadística y yo resoplé para mis adentros, saliendo del apuro de orquestar aquella

mentira.

Después de mi tarde de estudio en la biblioteca, consulté mi teléfono y vi que tenía un mensaje de Tom. Aceptaba mi propuesta de vernos, me citó para tomar una cerveza en aquel pub de estilo irlandés donde fuimos una vez con Bruna. Fue extraño entrar y volver a verlo, eso me retraía a mis primeros días en la universidad. Tom estaba como siempre, ataviado con un caro abrigo esperándome en la puerta de ese sitio.

–¡Cuánto tiempo! –me dijo al verme sin mucho entusiasmo, dándome la mano antes de que yo intentase abrazarlo.

Sentí que seguía resentido conmigo. Lo noté al segundo de estar con él de nuevo. Tenía el mismo rostro de pocos amigos que adoptó después de no creerse que me habían drogado en una fiesta. Tampoco facilitó las cosas la repentina muerte de Bruna sólo unos días después. Todo volvía a mi mente al vernos de nuevo. Entramos dentro y pedimos dos cervezas frías.

–¿Qué tal te va en la universidad? –me preguntó con rostro serio, poco conciliador–. Espero que hayas podido integrarte mejor.

Miré a Tom yo también con cierta dureza, tampoco entendía que me hablase así, con tan poco entusiasmo. Creo que tuvimos unos primeros días muy bonitos, que nos hicimos amigos al instante y que ninguno tenía la culpa de todo lo que vino después. Cada vez que hablaba con él, me daba la sensación de que le debiese dinero o algo así. Era una actitud molesta.

–Bien, algo aterrado con los primeros exámenes. La semana que viene ya tengo el primero, además de estadística que se me da fatal –le dije mientras él en ocasiones descendía su mirada a su teléfono móvil, que no dejaba de pitar al llegarle notificaciones.

Tom me contó que consiguió matricularse en otra universidad, que tuvo suerte porque apenas había pasado unos días y que gracias a que su nota de instituto siempre había sido alta. Me alegré por él y compartí su entusiasmo por saber que las cosas le iban mejor.

–¿Y qué tal el tema de chicos?, ¿te has animado a volver a hacerte esa app? –me atreví a preguntar con cierta astucia, quería saber si iba a ser capaz de hablarme de su historia con Esteve.

–Qué va, paso de esas cosas por ahora, estoy centrado en mis estudios –me mintió descaradamente, sin titubeos en su voz ni ruborizarse por estar diciendo algo que no era cierto.

No pude evitarlo. No sé si fue efecto de mi cerveza o que me estaba agotando su actitud puntiaguda conmigo. Solté una sonora carcajada cuando quiso ocultarme que se estaba viendo con un chico. Tom me miró desconcertado y, con su habitual aspereza, me dijo que si tenía "*monos en la cara*".

–Mira, Tom, sé que te ves con un chico llamado Esteve y que estudia en mi universidad –le dije sin rodeos, mirándole fijamente a los ojos–. No sé si él te lo ha contado, pero ese chico tiene novio y, casualmente, es muy buen amigo mío.

Tom bebió un largo sorbo a su cerveza antes de contestar y alzó su mano para pedirle a la camarera que le trajera otra. Volvió la mirada a su teléfono y, segundos después, ya se dignó en contestar.

–Lo sé, estoy al corriente. Pero creo que eso es asunto mío y privado, ¿no crees?, tú y yo ya no somos amigos –respondió.

–Cierto, pero la pareja de ese chico sí me importa. Lo está pasando mal, imagínate cómo uno ha de sentirse al saber que la persona que te gusta se está viendo a escondidas con otro. Piénsalo, ¿te gustaría que te lo hicieran?

–Yo soy libre, en todo caso es Esteve quien deberá de juzgar si está haciendo las cosas bien. No me siento culpable, ni responsable de nada. Desde luego, veo que te has vuelto muy protector con ese chico. ¿Es que te gusta? –me empezó a decir con sarcasmo y burla–. Ya sabes lo que se suele decir, la universidad es para experimentar.

–¡Mira, Tom, ya me estás hinchando las pelotas! –le dije poniéndome de pie, sin deseos de estar ya más allí–. Primero, me culpabilizaste por no atender las llamadas de Bruna, casi haciéndome sentir una mierda por no haberlo podido evitar. Te marchas sin que lo hablemos y, ahora, me hablas en un tono que no te voy a consentir.

Saqué un billete para que se tomase esas dos cervezas a mi costa y me largué de allí muy malhumorado. Tom resultó ser una gran decepción para mí. Creo que le cogí afecto mucho antes de saber cómo era realmente. Estaba claro que no se podía hablar con él, se puso a la defensiva cuando intenté que entendiese la difícil situación para el novio de Esteve. Lo dejé allí, inundando su ego de alcohol y yo salí de ese bar con un sonoro portazo. No había sido buena idea remover historias del pasado.

Comencé a caminar rápido, tal vez con un extra de energía por la furia que tenía en ese momento. Consulté mi teléfono para ver los horarios de regreso del metro cuando vi que tenía un mensaje de Andrew, mi compañero de clase en Estadística. "*Amigo, tenías toda la*

razón. No era buena idea", leí mientras no dejaba de caminar.

Intuí que se refería a la propuesta de matrimonio en ese restaurante italiano de mi visión. Lamenté que no hubiera podido convencerle y burlar ese mal trago que el destino le tenía preparado. Decidí llamarle por si necesitaba hablar mientras yo seguía caminando hacia el metro.

Efectivamente, había ignorado mis palabras y se había precipitado a llevar a Christine a cenar esa misma noche. Para él, la ocasión perfecta en ese caro restaurante de pasta italiana casera que preparaban al instante. En aquella suculenta cena, Andrew se declaró y Christine puso cara de póker, siendo forzada a confesarle que llevaba tiempo sin sentir lo mismo por él. Andrew se mosqueó, dejando de escucharle y sin entender el gran ridículo que acababa de hacer por pedirle matrimonio. Todo acabó en una lamentable discusión con la espantada de Christine que yo ya había visto por anticipado. Intenté consolar al chico que intentaba ser fuerte para no llorar, aunque su voz ya sonaba temblorosa y decía estar hundido en la miseria.

Quise ayudarle, lo había visto, sabía de antemano lo que iba a pasar, pero no había sido capaz de convencerle. Después de colgar, reflexioné sobre ello durante el trayecto en metro. Estaba más a gusto con mis visiones y apariciones, pero se estaba creando una peligrosa necesidad en mí de querer ayudar todo lo posible, darles un sentido a mis habilidades. Y, cuando no lo conseguía, llegaba a mí un molesto estado emocional de fracaso.

Decidí quedar con Austin durante la mañana del sábado. Quería hablar con él, saber cómo estaba y quizás contarle lo que había averiguado respecto a Esteve. Él me había pedido ayuda y empezaba a entender que ciertas cosas no dejaban de ser un asunto ajeno a mí. Era mejor que Austin supiese la verdad y decidiera él mismo qué hacer respecto a su relación con Esteve.

–Esta noche, Estela ha organizado un siniestro plan. Quiere que vayamos a un viejo hospital que dice estar encantado –le dije, bromeando con agitar mis brazos como si imitase a un fantasma, intentando hacerle sonreír.

Estábamos desayunando, me fijé en que Austin sólo se pidió un café. Me preocupaba que estuviera descuidando su alimentación de nuevo. Le propuse compartir una magdalena y la verdad es que me costó convencerle. Pero, aun así, lo conseguí.

–No puedo, tengo el cumpleaños de una amiga. Esteve si va a ir con vosotros, ¿verdad?, me lo dijo anoche.

–Sí, podré conocerlo un poco mejor. Oye, ¿qué tal estáis?

–Bueno, estamos, simplemente estamos –dijo con poco ánimo–. ¿Has podido averiguar algo sobre lo que te dije?

¿Y ahora qué hacía?, ¿se lo decía?, terminé de comerme esa deliciosa magdalena, fingiendo que no podía contestar rápido por tener la boca llena e intenté ganar algo de tiempo.

–No, aún no –mentí.

Quise conocer antes a Esteve, aprovechar que teníamos ese plan en común a la noche para que hablásemos. Había decidido intentar primero hablar con él, ver si aún estaba a tiempo de reaccionar y darse cuenta de que iba a romper el corazón de Austin con aquel doble juego que se llevaba. Creí que era lo mejor, así que mentí a mi amigo para seguir teniendo algo de tiempo para indagar un poco más en ese asunto.

Quedé con Estela y Eric sobre las ocho, justo en la entrada del campus, es donde habían quedado con Esteve para que nos recogiera en su deportivo coche. No me gustaba ese chico. Más allá de todo lo que sabía, siempre tenía una actitud altiva y déspota. Era el típico creído de gimnasio que siempre llevaba camisetas de manga corta para mostrar bien sus bíceps y mascaba chicle a todas horas. Su saludo fue un ligero movimiento de mandíbula hacia arriba al vernos y todos subimos a su coche.

Estela volvió a hablarnos de ese lugar mientras estábamos en el trayecto. No sé si pretendía asustarnos, pero no dejaba de contarnos cosas que había leído en Internet. Nos contó la experiencia de dos amigos que fueron a ese lugar abandonado y que, justo cuando ya se iban, uno de ellos echó la mirada atrás al edificio despoblado y se encontró la figura de un hombre en una de las ventanas, en el último piso. También nos contó que ya el hospital registraba actividad paranormal antes de que un incendio forzase su desalojo. Las luces parpadeaban solas a medianoche y algunos enfermeros habían sentido como si alguien les pellizcase cuando cruzaban esos largos pasillos. Incluso el incendio se contaba que era de misterioso origen.

Yo escuchaba de fondo mientras pasaba el rato viendo cosas a través del móvil. También mandé un mensaje a Andrew para saber cómo llevaba su áspera ruptura. Aparté la vista de la pantalla cuando sentí que ya habíamos llegado, justo al dejar de escuchar el tosco sonido del motor del coche. Ladeé mi cabeza hacia la ventanilla que tenía más próxima y os prometo que sentí miedo sólo con ver la fachada de ese

edificio. Era un inmenso edificio de tres plantas, abarrotado de pequeñas ventanas con cristales rotos. Su fachada había adquirido un tono grisáceo y amarillento a la vez. Se encontraba en un estado ruinoso. Pero no eran sus características físicas lo que me perturbó, sino un halo macabro que lo envolvía. Pude sentirlo incluso desde el coche, me trasmitió muy malas energías.

Nunca había estado en un lugar abandonado y mucho menos de los que se cuentan historias. Bajé del coche preguntándome qué podría sentir en su interior. Si una universidad en activo escondía gran cantidad de fantasmas, temía que allí seguramente se duplicaría la cifra. Estela mantuvo una actitud de emoción, era a la que más le fascinaba el plan. Eric estaba en estado neutro y Esteve, era tan inexpresivo, que no sabía qué le podía estar pareciendo.

–¿Notas ya algo? –me preguntó Estela, pasando su mano por debajo de mi brazo con intención de que camináramos cogidos.

Me hacía gracia su constante pregunta de qué sentía, era como si yo fuese un catalizador con patas de registros paranormales. Sí, había sentido miedo al ver el edificio desde fuera, pero eso no era suficiente. Decidí no contestar esa pregunta hasta que entráramos dentro.

Eric husmeó los alrededores, dijo que debíamos hacerlo antes de entrar. Le preocupaba más que el lugar albergase transeúntes en su interior y que nos pudieran dar un buen susto. Añadió la manida frase de "*hay que temer más a los vivos*". Fuimos rodeando a pie el edificio hasta encontrar una entrada lateral. El edificio ya no tenía puertas, habían sido arrancadas. Estaba muy deteriorado por culpa del vandalismo y aún permanecía un residual olor a humo del incendio, aunque hubieran pasado muchos años. Vi el interior desde fuera, a pocos metros de uno de los accesos y sentí el mismo temor. Era un largo pasillo, ennegrecidas sus paredes por el incendio y el suelo lleno de trozos de piedras y deshechos. Eric volvió a cuestionarse si era peligroso que entrásemos.

–Si hay un humano, tranquilo que ya les doy un puñetazo –dijo Esteve entre risas, creo que su única y absurda intervención sobrecargada de testosterona o quién sabe si de esteroides.

Estela no se soltaba de mi brazo. Aunque le encantaban los sitios que le producían terror, aún quedaba algo de niña temerosa cuando los recorría. Se apretó fuerte a mi brazo y nos alentó para que nos atreviéramos a entrar. Así lo hicimos, accedimos a través de aquella entrada lateral, empezando a recorrer ese largo pasillo. Dedujimos que era el área de habitaciones, eran pequeñas y claustrofóbicas. Todas

ellas eran iguales y desembocaban en una diminuta ventana al exterior. Lo primero que sentí fue tristeza, noté cómo golpeó mi pecho. Cuando miraba el interior de las habitaciones desde el pasillo, llegaban a mí las emociones de lástima, soledad y depresión. También percibí una sensación muy molesta que asocié con la enfermedad. Pude sentir dentro de mi pecho una pesada percepción de gente combatiendo dolor y sufrimiento. No era un lugar donde uno estuviera muy a gusto.

Todos intentamos permanecer en silencio, a la espera de escuchar algo. Eric incluso activó la grabadora de su teléfono móvil con la esperanza de obtener algún registro psicofónico. Esteve estaba totalmente abstraído, anonadado como si lo acabasen de despertar. A Estela, le costaba estar en silencio, sentía que constantemente quería preguntarme repetidamente si notaba algo. Era difícil obtener silencio, ya que nuestros zapatos creaban sonido con la multitud de gravilla, piedrecitas y deshechos que cubrían el suelo. Cada vez que caminábamos, emitían un sonoro ruido. Estela propuso que nos quedáramos quietos, concentrados, intentando ver si ocurría algo.

Pude sentir que algo ocurría cuando Estela se agarró con más fuerza a mi brazo, lo apretó con ganas, casi asfixiándolo, y buscó hundir su cabeza entre mi cuello y mi hombro para cobijarse del miedo que acababa de sentir.

–¡Pasos!, ¿los escucháis? –dijo casi como un murmullo, aplastando su boca contra mi sudadera–. Se oyen pasos.

Era cierto, todos empezamos a oír unos pasos que parecían escucharse al final de ese largo pasillo que recorríamos. Era curioso, podía distinguirse el sonido de unos zapatos, pero, a diferencia de nuestras pisadas, no se oía el molesto ruido de las piedrecitas moverse, esos pequeños "*crack, crack*" que se oían a cada paso. Era como si sonasen sobre un suelo limpio, despejado, tal vez de cuando ese hospital se mantenía en mejores condiciones. Eric extendió el brazo con el que sostenía su teléfono móvil, deseoso de que la grabadora capturase ese ruido de pasos acercarse.

Yo empecé a tener una mala sensación, similar a cuando percibí que algo oscuro estaba pegado a Estela cuando la conocí. Volví a sentir angustia cuando esa entidad que emitía esos pasos se iba acercando a nosotros. Creo que notó que yo podía notarla más que el resto y comenzó a hacerse visible ante mis ojos. Era extraño, era como si eligiese que yo la pudiese ver. Los espíritus no saben que pueden hacer algo así ante alguien sensitivo como yo. Es por ello que en muchas ocasiones se sorprenden y no saben qué hacer, extrañados de que yo les pueda ver. Digamos que siempre son visibles ante alguien

que tiene mi don. Sin embargo, ese ser había caminado por el pasillo sin mostrarse hasta que eligió hacerlo.

Creo que quiso que lo viera para así asustarme, su aspecto era aterrador. No parecía el espíritu de alguien muerto, qué va, eso debía provenir de las entrañas del infierno. Apenas tenía forma humana, sino de bestia con muy malas intenciones. Tenía los ojos rojizos, no tenía nariz, en su lugar tenía las fosas nasales al descubierto, y su boca resguardaba dos hileras de colmillos bien afilados. Abría sus fauces mientras iba caminando, lento, pero sin detenerse, hacia nosotros. No tenía pelo en su cabeza y vestía una especie de túnica, parecía un ensotanado. Se puso una especie de capucha cuando estaba ya a pocos metros de nosotros. Y su mirada, ¡Dios mío!, daba pavor mirarlo fijamente.

–¡Vayámonos de aquí, pero ya! –grité para que saliéramos corriendo antes de que ese ser llegase a nosotros.

Quise huir espantado de allí, pero no podía. Era como si mis piernas se hubieran dormido, estaban como pegadas al suelo. Quería correr, que nos fuéramos de allí, pero mi cuerpo no respondía. Era molesto, no podía moverme. Todo mi cuerpo se inmovilizó cuando ese horrible ser se detuvo en seco frente a mí, observándome con esos ojos ardiendo en ira y maldad.

Eric, Esteve y Estela no lo podían ver, pero estaban de acuerdo con que nos fuéramos. Se giraron para que regresáramos a la entrada por la que nos habíamos colado, pero no caminaron al ver que yo no lo hacía. Era terrible, no podía hacer nada, todo mi cuerpo estaba como dormido, incluía mi boca para poder hacer con ellos y decirles lo que estaba ocurriendo. Sólo pude emitir un gruñido muy gutural, como quejándome de mi situación.

Pude ver esa figura desde más cerca, estaba muy cerca de mí, observándome. Creo que disfrutaba al ver que estaba inmóvil, impotente, sin poder hacer nada. Pude fijarme en esos colmillos, todos sus dientes tenían esa terminación afilada. Sus ojos eran dos bolas de fuego y la túnica que lo cubría emanaba un fuerte olor como a azufre.

Pude escuchar a Estela preguntarme qué me ocurría, pero su voz sonaba como lejana. Eric también me dijo algo, pero yo los oía como si estuvieran mucho más lejos de mí. También mi percepción visual cambió. Podía ver a ese ser con clara definición, pero todo lo demás se veía borroso y apagado. No sé si él estaba dominando mis sentidos, pero era como si sólo tuviese ojos para él. Sentí auténtico terror, tener esa figura tan cerca de mí y sin saber qué estaba dispuesto a hacerme. No podía moverme, no podía gritar, estaba a su merced.

CAPITULO 12
“LA AYUDA”

Lo que sentí en el interior de ese hospital abandonado durante una fría noche, y siendo la alocada propuesta de Estela, sólo puede describirse como auténtico terror. Me sentí demasiado vulnerable, como si fuese un diminuto insecto que ese ser infernal podía fulminar de un manotazo. Había anulado toda mi voluntad. No podía moverme, mucho menos intentar escapar, tampoco era capaz de articular ninguna palabra y las voces de mis amigos se escuchaban como si yo estuviese al final de ese kilométrico pasillo. Sólo podía escuchar un molesto gorgoteo que provenía del interior de las fauces de ese ser del inframundo. Emitía un sonido extraño, asocié como victorioso al celebrar el auténtico terror que estaba sintiendo en ese momento.

Noté algo más, muy molesto y que me vulneró incluso más. Percibí cómo ese ser estaba rastreando dentro de mi cabeza. Pude notarlo, tuve una emoción extraña de que era capaz no sólo de leer mi mente, sino de revisar todos mis recuerdos como quien saquea un archivador repleto de folios y fotografías. Es algo indescriptible, pero tenía la conciencia de que lo estaba haciendo. Me sentía intimidado, abusado por ese ser que estaba entrando dentro de mí. No era capaz de controlar mi cuerpo, pero era mucho más aterrador que tampoco mis pensamientos. Él los gobernaba, se entremetía dentro de ellos mientras yo notaba un escozor doloroso en mis sienes. Acto seguido, se esfumó.

Desapareció sin moverse, sin volver a oírse esos pasos, simplemente dejó de estar allí. Cuando se fue, volví a recuperar el control de mi cuerpo. Pero estaba derrotado, débil, sin fuerzas, noté cómo mis rodillas empezaron a temblar hasta perder el equilibrio. Caí en ese suelo nada cómodo de piedras e incluso peligrosos trozos de vidrio. Mis amigos corrieron a socorrerme, asustados por no saber qué estaba pasando. Yo aún seguía escuchándolos como si estuviesen demasiado lejos. Estaba cansado, agotado, sin fuerzas. Acabé siendo vencido por un poderoso sueño que después agradecí por dejar de percibir la energía podrida y malvada que albergaba ese lugar. Cerré los ojos y descansé.

Cuando volví a abrirlos, ya no estaba en el hospital abandonado y mi cuerpo descansaba mejor sobre una cama. No era mi habitación, parpadeé rápido al reconocer que estaba en un hospital. Esta vez, no abandonado y ni con ese ser encapuchado, sino en un centro sanitario al que mis amigos me habían llevado tras perder el sentido. Miré a mi

derecha y vi que Estela y Eric estaban ahí, sentados en un sofá mientras esperaban preocupados a que me despertase. Esteve tuvo que marcharse, Eric me lo contó después mientras yo pedía algo que comer. Estaba agotado, sediento y con hambre. Tenía la sensación de que todas mis energías se agotaron después de tener ese ser frente a mí, consumiéndome. Estela me contó que tuvieron que avisar a una ambulancia, que no eran capaz de despertarme.

–Jamás volveré a ese sitio, qué mal lo he pasado –les dije mientras intentaba incorporarme en esa cama, prefería estar sentado sobre ella mientras les hablaba–. ¿Vosotros también visteis al encapuchado?

Estaba bastante convencido de la respuesta que me iban a dar, pero tenía que preguntarlo. Era muy probable que sólo se hubiera manifestado ante mí, ellos sólo oyeron sus pasos. Ambos negaron con la cabeza y Eric sacó su teléfono móvil de su bolsillo con intención de que escuchara lo que la grabadora había capturado.

–El audio está cargado de voces, se oye incluso un lloriqueo –me dijo buscando el archivo, emocionado y asustado por partes iguales–. Ese sitio es como decían, cargado de actividad sobrenatural.

–Déjalo, no quiero escucharlo –le pedí mientras hice una mueca de dolor, tenía molestias en la espalda–. Allí reside una energía muy oscura, me atrevo a decir que satánica. Es mejor que jamás volvamos. En serio, lo pasé fatal. No podía moverme, tampoco hablar con vosotros y tenía frente a mí una entidad que llevaba una especie de sotana. Aunque su silueta era humana, tenía rasgos diabólicos. Nadie debería volver a pisar ese lugar.

–Ese sitio se ha convertido en el favorito para sectas y fanáticos del ocultismo como os dije –intervino Estela, aproximándose también a la cama–. Es probable que se hayan hecho rituales negros que hayan despertado energías demoníacas.

–No lo sé, pero nunca quiero volver a ir –sentencié.

Mi estancia en el hospital me dio bastante tiempo para reflexionar sobre el incidente en aquel lugar abandonado. Asumí que al ser más sensitivo que mis amigos, esos sitios podían sobrecargarme y reventar como hice. Ya era agotador cuando un espíritu me trasmitía información sobre su anterior vida, mi cuerpo reaccionaba a ello, por lo que exponerlo a un lugar con tanta energía y además negativa era un terrible peligro que juré no volver a repetir. Tardé días en recuperar mi vitalidad, estuve en un estado de agotamiento y ensoñación que sólo aliviaba con los cafés que Estela me traía de

manera recurrente. No se despegó de mí, así como Eric y el resto de sus amigos.

Los doctores no pudieron explicar bien lo que me había sucedido, pero vieron conveniente que me quedase durante unos días porque ingresé con las constantes vitales muy bajas. Yo lo acepté, aunque me preocupaba que empezaban los exámenes dentro de pocos días. Aproveché que tenía más energía por las mañanas para repasar apuntes desde esa cama de hospital y las tardes, aunque seguía débil y con pocas fuerzas, eran llevaderas porque solía recibir visitas.

Austin me visitó una de esas tardes, vino cargado de varias revistas que había comprado en el kiosko que había al lado del hospital. Dijo que, al no conocer del todo mis gustos, había comprado de varios temas muy diferentes. Había un par de cine, las que más me gustaron, una de motor, otra de decoración y otra curiosa de recetas con un especial de *cupcakes* que me vino bien para ir recuperando el apetito. Todos me solían preguntar sobre lo que me pasó en ese pasillo ruinoso, tenían mucha curiosidad por saber qué ocurrió para casi perder la vida. Yo les hablaba de ello, pero también tenía interés en saber cómo estaban ellos y cómo continuaba la vida fuera de ese hospital donde yo guardaba reposo.

–¿Qué tal van las cosas con Esteve? –le pregunté.

Austin me hacía compañía en la habitación, estaba sentado en el sofá que había para las visitas y me hablaba desde allí. Pude notar cómo el tono de su voz cambió al mencionarle a su pareja, no estaban yendo las cosas bien.

–Últimamente, apenas lo veo. Creo que se ha cansado de mí.

–Mira, Austin, antes de que me pasase esto, pude averiguar que estabas en lo cierto –me atreví a confesarle, llamando su atención, se levantó de ese sofá y se puso de pie justo en el borde de aquella cama para poder escucharme con mayor atención–. Vi a Esteve enrollándose con otro chico en su coche. No fue una visión, ni nada de mis habilidades, lo pude ver con mis propios ojos. Deja a ese tío, se está liando con otro a tus espaldas.

Austin se quedó inmóvil, me recordó a cómo yo me quedé en el lugar abandonado, apuesto a que también tenía dificultades para articular palabras. Me miró fijamente y, por cómo me miraba, pude sentir cómo se rompía por dentro. Sus ojos se clavaron en los míos con una expresión desangelada, rota. Supongo que, aunque lo sospechaba, albergaba pequeñas esperanzas de que fueran imaginaciones mías.

–No puedo dejarle –respondió, algo que a mí me pareció perturbador

y me hizo revolverme en esa cama. Veía suficiente motivo para que lo dejase si yo le confirmaba que estaba liándose con otro chico–. Imagínate cómo me siento, engañado y utilizado. Siento punzadas al saber que es verdad, que se acuesta con otro. Pero sé que va a ser peor si lo dejo, me voy a encontrar fatal. No puedo hacerlo, Ryan. Haré como que no lo sé.

Me parecía una horrible decisión, incapaz de consentir que lo fuera a hacer. Aunque estaba débil en la cama, aún tenía energía para razonar con el chico y hacerle cambiar de opinión. Recordé que Austin es un chico frágil, vulnerable, demasiado sensible, pero no iba a consentir que se quedase dentro de una relación tóxica e insana. Me estremecía la idea de que fuese a mirar hacia otro lado, imaginar que no estaba ocurriendo, porque le hacía más feliz tenerlo que dejar de quedar con él.

–Austin, mereces mucho más. Ese chico ni te quiere, ni te valora, sería incapaz de besar a otra persona si sus sentimientos hacia ti fueran reales y duraderos. Tienes que quererte, tener dignidad y dejar a alguien que no te está respetando –le dije con firmeza en mis palabras, convencido de lo que decía y con deseos de que entrase en razón.

Recordé su trastorno alimenticio, sabía que era alguien que se valoraba siempre por debajo. Que era capaz de dañar su cuerpo, pasar hambre, incluso castigarse con tal de que ese orangután de gimnasio lo quisiera. Sé que era frágil y que debía hablarle con el mayor tacto posible, pero debía impedir que siguiera con ese chico. No quería que su baja autoestima se quebrantase aún más. Austin se excusó en que tenía que terminar un trabajo de clase y dio por finalizada la conversación. Abandonó mi habitación con los hombros caídos, un caminar lánguido y su cabeza ligeramente desplomada hacia el suelo. Apenas pude descansar bien esa noche al sentir que mi amigo estaba en apuros.

Al día siguiente, me despertó una amable enfermera que me trajo el desayuno, así como la medicación. Dijo que la doctora vendría más tarde y que, si todo había mejorado, igual me daban el alta. Fue una alegría nada más despertar. Aunque estaba siendo muy bien cuidado en ese hospital, tenía ganas de regresar a mi habitación del campus, volver a las clases y estirar las piernas. Me cansaba estar tanto tiempo tumbado, sin apenas moverme y cuyos paseos se limitaban al baño que estaba integrado dentro de la habitación. Le pregunté a la enfermera si podía pasear por el pasillo que había nada más salir de mi habitación y así poder estirar un poco mis piernas. Me dijo que sí,

pero que no me alejase demasiado, ya que la doctora estaba a punto de hacerme el reconocimiento.

Me arrepentí casi al instante de querer pasear por el hospital. Hubiese estado bien para cualquier persona, sobre todo cuando ya llevas varios días postrado a una cama, pero no para alguien como yo. El umbral de la vida y la muerte está demasiado presente en lugares así, fallecen pacientes allí tan a menudo que sus estancias son un auténtico transitar constante de almas en pena.

Bajé al kiosko, no a por más revistas porque Austin ya me había traído suficientes, sino por simple curiosidad de ver qué más cosas vendían. Después de curiosear, caminé sin rumbo por un pasillo cuando noté que algo me seguía. Fue lo primero que sentí. No oí sus pasos, pero sí la sensación física de estar siendo observado a tus espaldas. Me giré y vi que se trataba de un señor mayor. Toda su piel tenía un color amarillento, probablemente había fallecido de alguna enfermedad relativa al hígado. Vestía con una bata de estas que siempre te facilitan en los hospitales y caminaba con los pies descalzos.

Su rostro me entristeció, pude sentir en su mirada que había sido una espera lenta y agoniosa. Me observaba sorprendido al descubrir que podía verle. Yo me di la vuelta y di unos pasos para acercarme a él. Quise darle mi mano y poder percibir más sobre él. Me había propuesto no huir espantado, aunque la escena era algo terrorífica. Siempre lo es cuando te encuentras con un muerto, aunque sepas que sólo es un humano asustado en un nuevo plano existencial. Tampoco ayudaba que una de las luces de ese pasillo tuviese problemas para dar luz constante, dando un parpadeo molesto sobre nuestras cabezas. Extendí mi mano y con un gesto con mi barbilla le señalé que podía cogerme la mano. El anciano, algo extrañado, tardó un poco en reaccionar. Me dio la mano y las imágenes vinieron a mí como un torrente a presión, como si estuviesen ansiosas por mostrarse.

Vi a ese señor de joven. Primero, llegaron recuerdos de su infancia. Había sido un niño enclenque, sin mucho cuerpo, al cual le pesaba demasiado la mochila sobrecargada de libros cuando iba al colegio. Cruzaba un paso de cebra cuando un policía le daba paso. Pude notar cómo le pesaba esa carga que llevaba a sus espaldas. Le acompañé también en un recuerdo de juventud, cuando conoció al que había sido el amor de su vida. Era una mujer muy hermosa de pelo oscuro y con obsesión por pintarse siempre los labios de un carmín bien intenso. La pareja se conoció en un baile y, aunque vinieron problemas más adelante, nunca dejaron de ir al mismo compás. Tuve otra visión más molesta de ver, una revisión médica donde el doctor le

recibió no con muy buena cara. Leía los resultados en el ordenador, se empañaba las gafas nervioso antes de darle la mala noticia. El hombre, ya más mayor, lo aceptó lo mejor posible. No tenía miedo a la muerte, pero sí a abandonar a su mujer después de medio siglo juntos. Tardó días en contárselo, llorando a escondidas, imaginando el rostro desencajado cuando lo supiera. Él quiso que yo viera todos esos recuerdos para comprender su angustia, sabía que su muerte habría inundado a su esposa en una profunda y ahogadiza tristeza.

–¿Dónde está tu mujer?, ¿sigue en el hospital? –le pregunté.

Desconocía cuánto tiempo hacía que había muerto, si llevaba años allí, meses, días u horas. Quise ayudarle, prometerle que iba a hablar con su esposa para que pudiera descansar en paz. Quería borrar esos ojos melancólicos, llorosos y esa boca torcida hacia abajo, una sonrisa al revés por el dolor que le producía saber que dejaba a su amor sola en esta vida.

Intentó responderme. Sentí el desgaste que le producía, abrió la boca y realizó varios esfuerzos hasta conseguirlo. Les cuesta hablar, pronunciarse, obtener energía suficiente para poder comunicarse con nosotros. Y con esa voz tan característica de los difuntos, como si fuera una grabación en una cinta antigua de *cassette*, ese peculiar sonido entubado, dijo el número de la habitación donde decía que acababa de fallecer.

No quise perder el tiempo, salí corriendo de allí para buscar a esa señora antes de que abandonara el hospital. Temía que no me creyese, que pensara que era una broma de mal gusto, pero quería cumplir la voluntad de aquel anciano de mirada triste. Correteé por los pasillos del hospital hasta dar con la habitación que me había dicho. Puse mi mano en el pomo de la puerta y, aunque me daba vergüenza lo que iba a hacer, yo también saqué fuerzas para hacerlo. Entré y vi que había una señora mayor triste, mirando a través de la ventana mientras otra chica más joven recogía las cosas que habían tenido allí durante los días que el anciano había estado hospitalizado.

Su cuerpo ya no estaba allí, se lo habían llevado. La señora mayor estaba diferente a como la había visto, cuando era joven, pero reconocí e identifiqué sus principales rasgos. Aunque ahora su piel estaba arrugada y su pelo grisáceo, seguía siendo igual de hermosa. La chica joven guardaba parecido físico con ella, así que deduje que se trataba de su hija, debía de tener sobre unos treinta años. Ambas se miraron descolocadas al entrar allí. Yo vestía ropa de paciente y les sorprendió que hubiera entrado.

–Sé que esto va a parecer muy loco –empecé a decirles sin encontrar

otra forma como empezar–, pero he visto a su marido. Puedo verlos y él ha querido que le busque– hablé refiriéndome a ella, la mujer.

–¡Qué estupidez es esta! –intervino la hija, molesta y protectora con su madre tras vivir ese momento tan delicado–, llamo ahora mismo a seguridad.

Yo ignoré sus palabras, miré fijamente a la esposa e intenté a través de mi mirada trasmitirle que no mentía, que decía la verdad. Yo aún estaba sobresaltado de la aparición, así como el sofoco de correr rápidamente a localizar la habitación. No dejé de mirarla y hablar, aunque dudasen de mí.

–Se conocieron en un baile, ¿verdad?

La señora se llevó la mano derecha a la boca, sorprendida. Se la tapó mientras sus ojos delataban sorpresa al oír hablar del baile.

–Usted iba espectacular, un vestido azul claro y el pelo a tirabuzones. Él la mira con amor, totalmente convencido de que es la mujer más guapa del universo. Se acercó a pedirle un baile y, mientras sonaba esa canción de country, tuvo la convicción de que ya nunca se separaría de ella.

La hija también se extrañó de tantos detalles y, aunque parecía más escéptica, decidió darme un voto de confianza antes de llamar al vigilante de aquella quinta planta. La señora no pudo contener las lágrimas, asentía con la cabeza cuando le di más detalles, verificando cada palabra mía. Creyeron en mí, así que pasé a hablarles de lo que estaba sucediendo después de su muerte.

–Yo puedo verlos y él ha querido comunicarme para vosotras que se encuentra bien. Sabéis que ha sido una larga enfermedad, lo ha pasado muy mal y, ahora, creedme, se encuentra en paz. Su única preocupación es que no quiere que estéis mal por él, sigue con vosotras y quiere veros bien –le comuniqué ante la atenta mirada de las dos mujeres.

La señora rompió a llorar y fue sofocada por su hija. Ambas se unieron en un abrazo. Estaban sorprendidas y emocionadas por haber recibido aquel mensaje. Me dieron las gracias mientras intentaban controlar las lágrimas. Y aunque lloraban, sentí que estaban felices por escuchar las palabras que me habían encomendado para ellas. Me despedí y salí de la habitación.

Había sido muy conmovedor y reconfortante a la vez. Miré de camino a mi habitación si volvía a ver al anciano, pero no me lo volví a encontrar. Sentí que se podía marchar en paz, que su mujer se uniría aún más si cabe a su hija y que llevarían el duelo lo mejor posible.

Poder ayudar a ese señor que acababa de morir me hizo sentirme mejor, en paz y con la sensación de que estaba encontrando utilidad a algo que me acompañaba desde pequeño. Puede que ver muertos me haga pasar episodios de auténtico terror como ese ser en el pasillo del otro hospital abandonado, casi muero del susto, pero luego están esas otras historias que hacen que valga la pena. Me sentí así mientras regresaba a mi cama donde además tuve una buena noticia a los pocos minutos de regresar. La doctora me encontró mucho mejor, así que decidió darme el alta. Recogí mis cosas y pude volver al campus.

Aunque detestaba la estadística, agradecí poder volver a sus clases después de recuperarme. Apenas quedaban días para su examen y quería empaparme todo lo posible de las explicaciones del profesor. Allí me encontré a Andrew, mi compañero de asignatura y con el que estaba trabando una buena amistad. Le pregunté qué tal estaba por su ruptura al terminar la clase. Mientras recogía sus cosas, quise saber qué tal estaba.

–Bueno, lo intento llevar –respondió con cierta resignación–. Pasábamos mucho tiempo juntos, así que ahora la añoro bastante. Aunque también es verdad que Christine era una chica rara, no siempre terminaba por entenderla.

–Ya sabes lo que se suele decir, los polos opuestos se atraen.

–Sí, aunque… –dijo Andrew, dándose una pausa, parecía estar a punto de confiarme algo íntimo y noté cierta duda en él sobre si decía contarlo o no–, Christine era rara, rara. Créeme, más de lo que imaginas.

–¿En qué sentido?

Andrew se aproximó un poco más a mí y bajó el tono de su voz. No quería que el resto de compañeros supiera sobre su ex novia. Me tenía intrigado, no me imaginaba en absoluto qué podría ser.

–Ella ve cosas, tiene visiones y digamos que es sensitiva con cosas que nos rodea. Eso al menos decía, yo a veces me cuestionaba si estaba un poco chalada –me confió en tono jocoso, bromeando para dejar entrever cuál era su desconfianza sobre esos temas–. En fin, que la próxima espero que sea más normal.

Es increíble, las palabras de ese chico eran justo las que toda la vida había temido. Sabía que existía gente así y son los que han hecho que tardase tanto en mostrarme tal como soy. Creo que Eric y sus amigos han sido una agradable excepción, creí que Andrew me confirmaba que muchos iban a cuestionar mi salud mental si les hablaba de mi día

a día, de esas cosas raras que constantemente me sucedían. No siendo suficiente, Andrew continuó bromeando sobre el tema.

–Menuda bruja está hecha, sólo le faltaba la escoba –dijo entre risas–. Decía que veía fantasmas y todo, a saber, ya podría haberse centrado mejor en lo nuestro. En fin, que le vaya bien.

En esos momentos, el que quería también una ruptura de nuestra amistad era yo. Vi a Andrew muy desagradable, muy ácido con esos comentarios e intolerante. Sentí compasión por Christine, lo duro que tenía que haber sido estar saliendo con un chico que no respetara su naturaleza. Seguramente, ella no lo había elegido, al igual que yo. No merecía esas actitudes. Silencié mi postura al respecto, no quise discutir con él. Es más, pensé con astucia que debía de quedarme cerca de ese chico para averiguar más sobre su ex. Quería conocerla, pensé que sería positivo hablar con alguien que le ocurren las mismas cosas que a mí. Pero, ¿cómo iba a conseguir su teléfono sin levantar sospechas en él?, me pregunté mientras Andrew se despedía de mí hasta la siguiente clase.

A la noche, antes de volver a mi habitación, sentí que aún quedaba una cosa por hacer. Pensaba en Austin, me preocupaba mucho que quisiera seguir con Esteve pese a confirmarle que sí se estaba viendo con otro. Temía su conducta al mantener una relación así y no le veía con fuerzas para dejarla. Sentía que podía hacer algo, intervenir. Si estaba estudiando Psicología era por algo, quise probarme a mí mismo y ver si era capaz de ayudar. Si Austin estaba negado a dejar al chico, quizás debía yo hablar con el propio Esteve.

Se sorprendió cuando le envié un mensaje y le dije de vernos después de su entrenamiento. El gimnasio era sagrado para él, una necesidad que diariamente debía cubrir. Le esperé en la puerta de los vestuarios y le dije de dar una vuelta cerca de las pistas de entrenamiento. Esteve aceptó, algo inquieto y sorprendido de mi propuesta de quedar.

–Sé que estás viéndote con un chico, además lo conozco, fui compañero suyo de habitación antes de que llegase Eric –le dije de manera abrupta con mirada seria como muestra de mi desaprobación–. Soy amigo de Austin y no me gusta que le estés engañando.

–Tom ya me contó la conversación que tuvisteis –me dijo de manera seca, evitando el contacto visual conmigo. Se sentó en uno de los banquillos que había frente a las gradas y siguió hablando–. No entiendo qué haces metiendo tus narices en esto, pero sí te diré que a Austin sólo estoy conociéndole. No somos novios, ni nada parecido,

así que yo puedo seguir quedando con quien me da la gana.

–Mira, conozco poco a Austin, pero me parece un muy buen chico. Es obvio que él si está enamorado de ti. Aunque no estéis en una relación, sé que le duele pensar que tú puedes estar liándote con otros.

–Vuelvo a decirte que eso no es asunto tuyo, tío, no sé lo que pretendes, en serio –me dijo poniéndose a la defensiva.

–Sí lo es, me encantaría estar ajeno, pero ha sido una de mis visiones la que me ha hecho meterme en medio –mentí, empecé a decirle, aprovechando que Esteve estaba al corriente de mis habilidades. Quise inventar algo, lo que fuera por apartar a ese chico que no convenía a Austin–. No sé si es posible burlar lo que veo, pero tuve una visión muy desagradable de los dos.

–Explícate –ordenó con tirantez, tal vez no del todo crédulo sobre mis dones.

–Vosotros dos seguíais juntos, os veo en tu coche teniendo una fuerte discusión en carretera. No llego a escuchar lo que decís, pero es una bronca que te hace perder el control del coche cuando no puedes esquivar un animal en la carretera. Mejor no te cuento lo que sucede a continuación. Es horrible, desperté todo sudado y la única idea que se me ocurre de que esto no pase es que vosotros lo dejéis –me inventé.

No me siento orgulloso de haberlo hecho. No me gusta engañar a la gente y mucho menos utilizando la excusa de mis dones. Estaba siendo un embustero, pero podía notar la energía de ese chico y no me gustaba. Eso sí era real, preveía que iba a seguir mareando a Austin y no quería que lo hiciese más. Esteve sólo buscaba gustar, estaba demasiado enamorado de sí mismo para llegar a tener sentimientos reales por alguien más. Como amigo que me consideraba de Austin, no quería que empeorase con sus trastornos por culpa de una historia que no iba a ir a nada.

–Dime qué ocurre en tu visión, por favor, ¿él o yo?, ¿a quién le pasa algo en el accidente? –me preguntó con un tono preocupado, dando a entender que sí estaba sonando de manera convincente.

–Tu rostro queda desfigurado tras el accidente, Esteve, no quiero que te llegue a ocurrir –improvisé con astucia.

No quería mentir sobre un mal peor, sólo lo justo para que le diera miedo. Ese chico cuidaba en exceso su imagen exterior. Aparte de su musculatura, siempre llevaba su rostro impoluto, su peinado bien engominado. Se notaba que le encantaba mimarse. Sabía que perder esa guapura de la que estaba tan orgulloso iba a ser algo intolerable.

–Si dejo de ver a Austin, ¿puedo hacer que no ocurra?

–Claro, en el coche discutís siendo pareja. Si lo dejas, cambia tu destino –mentí osadamente.

No era nada ético lo que acababa de hacer, pero funcionó. Esteve dejó a Austin al día siguiente, inventó una excusa de no querer compromisos y dejó al chico. Sé que Austin lo iba a pasar mal, pero era peor si seguía con él. Ya me encargaría yo como amigo de animarle y hacer planes con él. No me gustaba el tener que mentir, pero sentí que lo hacía por una buena causa.

Estaba cansado. Aunque ya estaba fuera del hospital, aún tenía algunas molestias en la espalda. Tenía ganas de llegar a la habitación, tumbarme sobre la cama y leer un poco antes de dormir. Eric se había ido a cenar fuera con unos amigos, así que planeaba estar a solas. Cuando llegué a la puerta de mi habitación, vi que alguien me esperaba.

Se trataba de Carla. Apenas había tenido trato con esa chica durante días. Vino una vez al hospital para ver qué tal estaba, pero apenas hubo conversación. Cambió conmigo después de que rechazase tener una cita con ella con la excusa de estar muy liado. Yo estaba empezando algo con Estela y aunque tal vez perdí la oportunidad de conocerla más, no quise jugar a dos bandas como había hecho Esteve. Me sorprendió verla allí, en el pasillo de las habitaciones, esperándome.

–¿Puedo pasar? –me pidió con cierta timidez.

Busqué la llave en mi mochila, abrí la puerta e invité a que entráramos dentro. Me desconcertaba su visita, no sabía qué quería. Carla esperó a que estuviéramos dentro para decirme el motivo por el que había ido a verme.

–Necesito tu ayuda –me dijo mientras yo dejaba mi mochila sobre mi cama–. Es algo que requiere esas cosas que tú notas. Tengo que pedirte un favor. Desde que supe que eras capaz de ver espíritus, llevo tiempo con ganas de proponértelo –empezó a explicarme, nerviosa, guardando sus dedos en los bolsillos de su pantalón–. Necesito que me acompañes a una casa que pertenece a mis padres. Ocurrieron cosas muy fuertes allí y nunca nos hemos atrevido a volver. ¿Puedes ayudarme?

CAPITULO 13
“huespedes”

Carla vino a verme para hablarme de una casa. Me contó que llevaba tiempo dándole vueltas, indecisa por hablarme o no sobre ella. Cuando descubrió mis habilidades, se vio tentada a hacerlo. Era una de esas cosas sin explicación que, en muchas ocasiones, simplemente se guardan en un metafórico cajón y se pasa a otra cosa. Rara vez pensaba en ello, pero conocerme le regresó a esa casa rústica en las montañas. Ese inmueble volvió a colarse con sigilo en sus sueños, volviendo a verse de nuevo en ella, correteando hacia la habitación de sus padres para advertir que estaba escuchando cosas raras en su habitación mientras intentaba dormir.

Con su habitual sutileza y timidez, me pidió el favor de que le acompañase durante el fin de semana. No era el mejor plan justo antes de la semana que empezaban los exámenes, pero visto de otra manera, quizás era una saludable desconexión. Acepté, pero con un condicionante, pedí que Austin nos acompañara.

Sabía que el chico debía estar roto por su ruptura con Esteve y le vendría bien una distracción, así permanecía cerca suya para asegurarme que no cometía locuras. Carla no puso objeción, así que ahí estábamos, los tres frente a la fachada de aquella casa de dos plantas, señorial, pero de toque rústico.

–Mis padres compraron esta casa cuando era pequeña –nos explicó mientras buscaba las llaves en su amplio bolso–. Mi madre siempre ha tenido problemas de asma, así que mi padre pensó que sería una buena inversión para que viniéramos aquí durante los fines de semana.

Antes de que Carla nos abriera, miré hacia las ventanas del piso de arriba. Tuve la sensación de que alguien nos observaba desde allí. No vi a nadie, pero tuve esa certeza. La casa tenía el encanto de estar rodeada de pleno bosque, todo un pulmón de oxígeno que se agradecía en vez de nuestros habituales planes urbanitas. Carla empujó el grueso portón de madera y nos invitó a que entráramos.

–Nos tocará limpiar un poco antes de que podamos comer en esa mesa –dijo algo ruborizada al ver cómo un blanquecino manto de polvo cubría casi todos los muebles del comedor–. Hace como diez años que nadie ha entrado aquí.

–A ver que me sitúe –intervino Austin–, os comprasteis esta casa que, por cierto, es preciosa y… ¿qué paso para que la cerrarais sin fecha de

regreso?

–Fantasmas –respondió Carla en voz baja, como preocupada de que nos estuvieran escuchando–. Hasta conocer a Ryan, no me hubiera atrevido a hablar de ello, pero nos olvidamos de esta casa porque era imposible pasar la noche aquí.

–Creo que me acabo de arrepentir de preguntar –bromeó Austin mientras dejaba su maleta sobre un viejo sofá que había cerca de nosotros.

Yo intenté concentrarme en ver qué percibía. Repasé todos los rincones de ese amplio salón, aunque tuve la sensación de que lo que había solía tener predilección por la parte de arriba, donde estaban las habitaciones. Austin quiso saber más sobre las cosas que le ocurrió a la familia de Carla allí, pero ella le dijo que prefería que lo hablásemos fuera de la casa, mejor dando un paseo por el bosque. Le preocupaba que hablar de ello, reactivase la energía del lugar. No le quité razón, sí era posible que sucediera y, además, un paseo por la naturaleza me parecía un plan excelente.

Aproveché un momento que me quedé a solas con Austin para hablar con él, quería saber qué tal se encontraba. Carla nos había repartido por áreas para darle un buen repaso a toda la casa, dejarla en condiciones habitables. Ella se encargó de cocina y baños, Austin de las habitaciones y yo del comedor y patio. En las escaleras que subían a la planta de arriba, nos encontramos Austin y yo. Era el nexo en común de las dos áreas que nos habían asignado.

–Siempre me ha parecido romántico una escapada rústica con tu pareja a una casita como esta –dijo Austin con cierta resignación cuando le pregunté qué tal llevaba la ruptura–. Pensé que venir aquí me iría bien, pero veo esta casa y pienso en cómo a Esteve le gustaría este sitio.

–Pasará, todo está muy reciente –le dije mientras barría cerca suya–. Sigo pensando que Esteve te ha hecho un gran favor en dejarte, no mereces a un tío infiel y que no tiene claro si busca algo con cierto compromiso.

Lamentaba no serle sincero del todo y confiarle que había fingido una visión para apartarle de él. No sé cómo Austin reaccionaría, aunque yo estaba cómodo con mi decisión. Creía que había hecho lo mejor. Merecía alguien mejor que Esteve.

–Bueno, eso espero. Por las noches, me viene mucho a la mente.

–Tranquilo, que seguro que en esta casa encantada no piensas en ello cuando vayas a dormir –bromeé para restarle peso al asunto–. En serio, verás cómo cada día te vas encontrando mejor.

–Gracias, Ryan. Estás siendo un buen amigo conmigo –me agradeció, acompañándolo con una sonrisa–. Por cierto, ¿hay algo entre Carla y tú?, veo bastante complicidad entre vosotros.

–¡Qué dices!, ¿en serio? –le dije, haciéndome el sorprendido.

Austin no sabía que estaba teniendo algo con Estela, aunque últimamente no nos habíamos visto tanto. Tampoco estaba al corriente de cómo Carla me propuso una cita y yo le di excusas. Me sorprendió que dijera que veía buen *feeling* entre nosotros. Lo cierto es que algo me arrepentía de no haber tomado un café con ella, conocerla más, pero no estaba seguro si había empezado algo con Estela. Aún no lo sabía, era todo un enigma. Nunca quise preguntarle, me quedé como espectador de nuestra propia historia, viendo qué iba a ocurriendo. De repente, parecíamos colegas y, en otras ocasiones, éramos incapaces de estar cerca sin tocarnos y morrearnos. Era una relación difícil de definir.

Carla nos propuso dar ese paseo por el bosque antes de que anocheciese. Terminamos tarde de limpiar, preparamos algo de comer y pronto se nos hicieron las seis de la tarde. No queríamos que se hiciera de noche fuera, así que decidimos salir a dar esa vuelta. Tanto Austin como yo estábamos impacientes por conocer más sobre las cosas que les había sucedido en esa casa. Carla se detuvo en seco cuando le volvimos a preguntar, tragó saliva y decidió contarnos qué había pasado en esa casa.

–Empezaron a pasar cosas extrañas desde el primer día que pusimos un pie en esa casa. Iba a ser un bonito lugar donde venir los findes, despejarnos, ayudar a mi madre con el asma, pero esa casa no estaba del todo desocupada –nos contó mientras perdía la mirada entre arbustos, volviendo la vista a aquellos días–. Ya el primer fin de semana que vinimos aquí, escuchamos pasos por la noche. Cuando nos íbamos a la cama, es cuando esa entidad aprovechaba para caminar por la casa. Al amanecer, algunas cosas no estaban en el mismo sitio. Recuerdo que compramos pintura para el salón. Era un bote grande y pesado que apareció en la planta de arriba al día siguiente. Eso ocurría muy a menudo, movía cosas de sitio o amanecíamos con algunas luces encendidas que estábamos seguros de haber apagado al acostarnos.

–¿Llegasteis a verlo? –pregunté.

–Sí, pero sólo mi padre. Lo vio una noche inquieta que no podía dormir. Se revolvía en su cama, así que decidió bajar a la cocina y calentarse un vaso de leche. Entonces, allí, en el salón, sentado en el sillón favorito de mi padre, vio a un señor sentado en la oscuridad. Pudo verlo sólo a través de la poca luz que entraba por las ventanas, era una noche cerrada. Distinguió los rasgos de un rostro de avanzada edad, pelo blanquecino y que se atrevió a mirar fijamente cuando sus ojos se cruzaron. Mi padre pasó mucho miedo y empezó a insistir que mejor volvíamos a la ciudad. Se empeñó en que mejor sería venderla y buscar otro lugar. Por desgracia, mi padre especuló por encima y puso un precio de venta demasiado alto. Así que, por el momento, sigue sin comprador –nos contó Carla mientras se ajustaba una rebeca, empezaba a anochecer y tuvo algo de frío.

–Yo nunca he visto un fantasma –intervino Austin–, pero siempre he creído en ellos. Mi madre dice que sintió a mi abuela fallecer. Notó como si alguien le abrazara cuando recibió la llamada de mi tío con la triste noticia.

Miré a Austin, lo contaba apenado sin saber que esa bonachona señora que tanto echaba de menos no se había ido muy lejos. Nos contó que siempre tuvo un vínculo muy estrecho con su abuela y yo pude comprobar que ella también lo tenía con él. No había trascendido, se había quedado bien cerca de él. Austin nos hablaba con la total ignorancia de que ella estaba a su lado. Se apareció cuando él la nombró, poniéndose a su lado y mirando a su querido nieto con amorosos ojos. Llevaba el pelo recogido, una bata azul y sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas.

Es curioso porque algunos familiares muertos sólo se manifiestan cuando nos acordamos de ellos. No sé dónde estarán el resto del tiempo, pero es como si los invocáramos al hablar de ellos o nosotros tenerlos presentes. Intuyo que no andan demasiado lejos del familiar al que tanto quieren o que han decidido proteger.

Recuerdo una ocasión que hablaba con una vecina nuestra que perdió pronto a su marido. Ella nos visitó cuando mi padre pasó una complicada pulmonía de la que por suerte pudo recuperarse. Verlo tan mal, le recordó a su marido que falleció por complicaciones respiratorias. Lo mencionó, dijo en voz alta cómo fueron esos duros momentos y él apareció en nuestra casa. Nuestra vecina estaba sentada en el sofá, algo triste al recordarle, ignorando que él estaba a su lado, sentado junto a ella. Casi siempre, se muestran con una sonrisa o con alguna mueca de afecto hacia el ser querido que custodian.

Sentí lo mismo cuando Austin mencionó a su abuela y permaneció a

su lado durante aquel paseo en el bosque. Estos sucesos reconfortan, me ayudan a saber que no estamos tan solos como creemos. En ocasiones, los mensajes que recibimos del más allá son positivos, emotivos y no siempre producen un escalofrío.

Regresamos a la casa cuando se hizo de noche. Austin y Carla se metieron en la cocina para preparar la cena y yo me quedé a solas en el salón. Les pedí ese aislamiento e intenté concentrarme en ver si la entidad que Carla nos hablaba seguía ahí. Ese sillón donde se mostró continuaba allí, liderando el resto de los muebles, justo en el centro de ese amplio salón. Decidí sentarme en él, cerrar los ojos y concentrarme en su energía. Los objetos se empapan de las energías de entidades que tienen cerca. Quise sentir sobre ese espíritu que había tomado ese lugar como favorito. Me vino un a imagen rara, pude ver hierro fundido. No entendía su significado, quizás era la profesión que tuvo en vida. Veía gruesas varas de hierro fundiéndose, generando esa luz tan intensa. También me vino la imagen de una fábrica, estaba llena de operarios, gente apresurada y concentrada en su trabajo, probablemente donde fundían ese hierro. No entendí bien qué podía significar, pero fue lo que percibí cuando me senté en ese sillón donde había surgido la extraña aparición.

Carla y Austin me avisaron de que la cena ya estaba lista. Lo cierto es que estaba hambriento, les ayudé a sacar los cubiertos, vasos y platos mientras no dejaba de darle vueltas a la visión. En ocasiones, esas imágenes pueden ser un auténtico rompecabezas que además sigue en tu cabeza de manera persistente hasta que le encuentras el sentido.

La cama de aquella habitación de invitados era increíblemente cómoda, un colchón bien mullido, así como mantas gruesas que proporcionaban un calor reconfortante para paliar que la temperatura era más baja en aquella zona forestal. Se estaba increíblemente bien en la cama, cuando unos extraños ruidos provocaron que decidiera salir de ella.

Aunque tenía la puerta cerrada, escuché perfectamente cómo una especie de quejidos, así como sonidos guturales que no sabía identificar bien. Supuse que se trataba del huésped rebelde que nos contó Carla, tal vez a esa desesperante entidad no le gustaba tener invitados. Salí de la cama y caminé con cierto sigilo. Abrí la puerta con cuidado, sin hacer mucho ruido y empecé a recorrer el pasillo que comunicaba todas las habitaciones del piso de arriba. Todo estaba a oscuras, excepto el cuarto de baño. Aunque estaba la puerta cerrada,

vislumbraba por debajo de la puerta que la luz estaba encendida. Es de allí de donde provenían aquellos extraños ruidos. No parecían humanos.

Continué caminando hacia el final del pasillo donde se encontraba el baño, mientras me fijaba en que el resto de habitaciones tenían la puerta cerrada. Probablemente, tanto Carla como Austin ya habían cogido el sueño. Fui hasta allí y puse mi mano sobre el redondo pomo de la puerta. Lentamente, fui girándolo hasta abrirla y descubrir lo que en su interior ocurría. No era cosa de fantasmas, lamentablemente. Se trataba de Austin, arrodillado en el suelo y casi con la cabeza dentro del váter. Esos ruidos extraños y que no había sabido definir era él provocándose el vómito. Él se giró sorprendido y avergonzado por haber sido descubierto. Su rostro estaba bien pálido, enfermizo y aún tenía restos de vómito en su barbilla. Yo le miré serio, desencajado, decepcionado porque lo hubiera vuelto a hacer. Sabía que no era su culpa, que probablemente no iba a ser fácil que se despegase de esa práctica tan peligrosa y perjudicial. No hablamos, nos quedamos mirándonos sin decir nada. Austin se puso en pie y se lavó la cara en la pila que tenía a su izquierda. Me miró a través del espejo para comprobar que aún seguía allí. Había estado esperando a que nos acostáramos para hacerlo, confiado en que el baño estaba lo suficiente lejos para que no le escuchásemos. Recordé las pizzas que Carla nos había preparado a la cena, estaban buenísimas, pero seguro que Austin luego había tenido cargo de conciencia. Tenía un serio problema con la alimentación y su propia autoestima.

–Necesitas ayuda profesional, Austin. Tienes que dejar de hacer esto –le dije con un tono sobreprotector, muy preocupado por él–. Vas a fastidiarte el cuerpo, así como la cabeza. Por favor, yo te acompañaré, pero tenemos que ir a un especialista.

Austin no mostró resistencia, asintió moviendo su cabeza de arriba abajo y manteniéndome una mirada de pudor por haber sido encontrado en aquellas circunstancias. Se dio la vuelta, vino a mí y buscó consuelo en un abrazo. Cuánto temía verlo así, perdido y tomando tan malas decisiones. Ojalá se viera a sí mismo como yo lo había valorado y apreciado en tan poco tiempo. Recordé cómo había forzado su ruptura con Esteve y me preocupó pensar si eso le había conducido a dañarse aún más.

–¿Sigue siendo por Esteve? –le pregunté aún abrazados.

Austin tardó en contestar, sentí firmemente que ni siquiera lo sabía. Había interiorizado hacer algo así y le costaba dejar de hacerlo.

–Tienes razón, necesito ayuda médica –dio como respuesta.

Durante el desayuno, Carla estaba intrigada por saber si había sentido algo extraño durante la noche. Austin aún seguía en la cama, creí que era buena idea que descansase un poco más después de que su noche hubiera sido algo agitada. Decidí no decirle nada a Carla sobre lo ocurrido en su baño. Era un asunto demasiado privado de Austin. Además, Carla estaba más intrigada en si estaba notando la presencia que los echó de esa casa. Lo cierto es que no había sentido aún su presencia.

–Podemos intentar una sesión de espiritismo –propuse mientras untaba mantequilla a unas tostadas recién horneadas–. Eso puede provocar que se manifieste, por el momento, si sigue aquí, está bien escondido.

–Ojalá pudieras echarlo, me encantaría poder volver aquí con mi familia –dijo Carla con anhelo mientras realizaba una mirada panorámica a todo el salón con cierto resentimiento de no venir más a menudo–. Además, a mamá le iría bien para su asma.

–Se nota que eres familiar, se te ilumina la cara cuando hablas de tus padres –le dije con una sonrisa, yo también me consideraba familiar y protector con los míos.

–Vengo de una buena familia, humilde, pero que me ha inculcado buenos valores… o eso creo –dijo Carla con orgullo mientras bebía su café.

Carla desprendía una energía muy agradable. Me gustaba estar a su lado y escucharle hablar. Sus ojos le brillaban al hablar de su infancia, así como siempre empleaba un lenguaje cargado de afecto y bien alejado de críticas o insultos. Aparte de mis sensaciones, siempre me he fijado en las palabras que uno escoge. Alguien que siempre maldice, critica o usa palabras como "*vaya mierda*" refleja mucho de cómo se siente interiormente. El interior de Carla se veía inundado de amor y respeto. Me estaba gustando pasar el fin de semana con ella, poder conocerla más, pese a mi reticencia con aquella cita que me propuso.

–Yo también soy muy familiar, incluso los echo mucho de menos ahora que mi contacto diario con ellos es sólo telefónico.

–Se te ve familiar sí, siempre he sentido que tenemos muchas cosas en común –dijo Carla, avergonzándose al instante por si eso podía hacer referencia a su interés por mí–. Me alegro de que hayas venido, aunque ese fantasma siga algo rezagado.

–A mí también, me gusta estar aquí y compartir más tiempo contigo

y con Austin –dije en un confuso momento, Carla me miraba nerviosa, le costaba mantener el contacto visual conmigo.

Carla bajó la mirada a mis labios y mordisqueó los suyos mientras me escuchaba hablar. Pude percibir su deseo, las intenciones de querer besarme, aunque era demasiado prudente para lanzarse. Yo tampoco iba a hacerlo y no por falta de ganas. Esa chica era atractiva, guapísima y yo también creía que podíamos tener muchas cosas en común, pero primero debía ordenar mis sentimientos por Estela. No quería liar las cosas como había hecho Esteve. Tenía interés en pasar más tiempo con Carla, quería conocerla más, pero quería hacer las cosas bien.

A la tarde, cuando era menor la luz que penetraba por las ventanas, propuse que realizáramos la sesión de espiritismo. Éramos menos personas que cuando contacté con la madre de Eric, pero confiaba en que volveríamos a tener éxito. Bajamos las persianas, desplazamos algunos muebles para tener despejado buena parte del centro de aquel salón. Nos sentamos en el suelo y les propuse que pensaran en el sillón que teníamos en nuestras espaldas. Quise orientar la sesión a ese objeto, puesto que era donde había percibido imágenes y era donde el espíritu se había manifestado en aquella ocasión. Nos cogimos de las manos y estuvimos un buen tiempo con los ojos cerrados en absoluto silencio. Me volvió a llegar la misma imagen, una fábrica de fundición de hierro. Quise quedarme en esa visión, explorarla mucho más, fijarme en los rostros de esos trabajadores que parecían estar bien atareados. Parecía una hora punta, todos se movían con prisas y ocupados. De repente, algo rompió el trance. Empezó a sonar un teléfono. Abrí los ojos y vi cómo Carla me miraba nerviosa, pidiéndome perdón. Soltó nuestras manos, se levantó del suelo y corrió hacia su móvil.

–Mil perdones, Ryan, olvidé silenciarlo –me dijo mientras lo buscaba por el salón–. ¡Ay, qué mal!, perdona, de verdad.

–Nada, no te preocupes.

Carla encontró su teléfono y vio que se trataba de su padre. Me preguntó si podía cogerlo, le preocupaba que fuera algo importante. Me hizo gracia que me pidiera permiso, claro que podía cogerlo, podíamos continuar con la sesión cuando colgase. Carla cogió la llamada y descubrió que simplemente su padre quería saber cómo estaba yendo el fin de semana. Tenía el volumen del teléfono demasiado alto y, aunque se lo llevó a la oreja, podíamos escuchar la voz de su padre. Al oírlo, noté un extraño tintineo en mi cabeza. Era

como una alarma, un aviso, esa voz me daría las respuestas. Sin saber muy bien por qué, me levanté del suelo y fui hasta ella. Le pedí en voz baja que activara el altavoz. Carla se extrañó ante tal petición mientras su padre seguía hablándole. Él estaba al corriente de que estábamos allí, Carla se lo había dicho, aunque disfrazado de sólo un fin de semana de desconexión. Puso el *modo altavoz* y la voz de su padre sonó con fuerza en el salón. Frente a ella y sin saber aliviar su rostro de extrañeza, volví a cerrar los ojos para concentrarme. La voz grave de su padre ayudó a completar esa imagen que volvía a ver en mi mente. Pude ver a su padre en esa fábrica, mostrarse ante mí y tenía una aireada discusión con un compañero suyo de trabajo. Discutían en voz alta, elevando cada vez el tono más porque el ruido de las máquinas ya era bastante elevado. La otra persona era un hombre más mayor que él, agitado y muy molesto por aquella discusión. Ambos estaban enojados y muy disgustados.

Carla despidió a su padre, colgó la llamada y me miró a la espera de explicaciones. No entendía por qué quería que la voz de su padre fuese audible para todos.

–¿A qué se dedica tu padre? –le pregunté para mayor desconcierto suyo.

–Trabaja en una fábrica de fundición de metales –me respondió mientras no pude evitar el dibujar una sonrisa en mis labios, eso daba más veracidad a la conjetura que acaba de hacer.

–La presencia que tu padre vio en esta casa no se encuentra aquí, por eso no la siento, ni podemos contactar con ella –le expliqué a Carla, también bajo la atenta mirada de Austin, que aún yacía en el suelo–. Quien vio en ese sillón fue un compañero suyo de trabajo con el que acabó muy mal. Tu padre asoció a que se trataba de esta casa, pero ese espíritu va consigo. Es posible que no os haya contado nada, pero apuesto a que esa aparición en esta casa fue la primera de muchas y ya no en este lugar.

Carla se quedó sin palabras, no supo qué decir. Guardó su teléfono en una funda que tenía para protegerlo y puso sus manos sobre su cintura, confundida y procesando lo que acababa de deducir. Austin se levantó del suelo y vino hasta nosotros.

–Entonces, ¿esta casa no está encantada? –preguntó el chico.

–Este lugar es un remanso de paz, afortunadamente –sentencié.

Nuestra aventura campestre había terminado al atardecer, recogimos nuestras cosas y decidimos volver a la ciudad. Carla me preguntó qué

debía hacer su padre para liberarse del espíritu de ese antiguo compañero de trabajo. Muchas entidades necesitan zanjar las rencillas que almacenan en vida para poder marcharse del todo. Ese señor se llevó un gran disgusto que no había olvidado incluso desde la tumba, eso le hizo mostrarse ante el padre de Carla. No sentí que fuera una entidad amenazante, sólo quería cerrar aquel cabo suelto. Probablemente, el padre se asustó, no lo reconoció la primera vez por estar las luces del salón apagadas y creyó que era un espíritu perteneciente a la casa que acababan de adquirir.

–¿Me prestas tu teléfono? –le dije a Carla cuando regresamos al campus y Austin se marchó, dejándonos solos.

Carla creía firmemente en mí, así que sacó su móvil y lo puso sobre mi mano sin hacer demasiadas preguntas. Busqué "*Papá*" en su agenda de contactos y le di a llamar. Oculté mis nervios y vergüenza al hablar con él, temía una mala reacción por su parte, pero quería ayudarle. Me presenté, le hablé de mis percepciones extrasensoriales y que sabía que un espíritu seguía mostrándose ante él de manera recurrente. Al igual que su hija, se quedó sin palabras. Incluso dudé si me había colgado la llamada. Finalmente, asintió nervioso y continué hablando. Le dije que la próxima vez que lo viera, dijera en voz alta la frase "*Te perdono*". Esa entidad se sentí culpable por la discusión que puso fin a la amistad y buen compañerismo que había habido entre ellos. Quería saber que todo estaba bien, que era un problema resuelto y poder marcharse. Le expliqué al padre que un cargo de conciencia era suficiente para estancar una entidad y hacer que siguiera entre nosotros. Le pedí que no tuviera miedo y que tampoco se quedase mirándolo, sólo dijera que lo perdonaba y continuara haciendo sus cosas. Creí que esa era la manera, noté una fuerte intuición de que era el mensaje que debía darle. Aquel hombre me dio las gracias, aunque se le notaba en *shock* y sin saber muy bien qué decir.

Antes de colgarle, volví a presentir algo con bastante intensidad. No sería la última vez que escuchara su voz. Una fuerte emoción recorrió todo mi cuerpo, incluso me tembló la mano con la que sostenía el teléfono de Carla. Ese señor y yo íbamos a ser familia.

–¿Ocurre algo?, ¿te encuentras bien? –me preguntó Carla cuando colgué la llamada y me quedé un buen rato ensimismado.

Empecé a ver imágenes de nuevo en mi cabeza y, esta vez, no era el mensaje para otra persona. Se trataba de mí, de mi vida, de mi futuro. Carla tenía dieciocho años como yo cuando me miraba extrañada en las puertas del campus, ataviados con esas mochilas donde habíamos cargado las cosas para el fin de semana. En mi mente, pude verla con más edad. Estaba feliz, radiante, su padre también está en la misma

mesa. Es en nuestra casa, felices en una celebración especial. Todo el vello de mi cuerpo se erizó ante lo que estaba viendo y no pude evitar que mis ojos se pusieran llorosos.

Era la visión más bonita que había tenido en mi vida. Vi la mesa, abundante comida. Vi a mi alrededor, una preciosa casa. Pude ver a mis padres también en esa mesa, hablando animadamente con los padres de Carla. Ella está a mi lado, algo más mayor pero más atractiva si cabe. Me coge la mano para anunciar algo a todos los presentes. "*Vamos a tener un hijo*", termina diciendo, provocando una explosión de felicidad ante todos los presentes. Se levantan de la mesa, nos abrazan, celebran que vamos a ser padres.

Carla me cogió del brazo, ya preocupada por no saber qué me ocurría. Estaba dentro de mí, paladeando esas imágenes. No sé el tiempo que me ensimismé, pero tuvo que ser mucho para inquietarle de esa manera. Volví al presente, la miré y no pude dejar de sonreír. Dejé caer el equipaje que cargaba mi espalda, ante la mirada atónita de ella, me liberé de todo, di un paso más hacia Carla, la rodeé entre mis brazos y la besé con todas mis ganas. Había encontrado a la mujer de mi vida.

CAPITULO 14
“CHRISTINE”

Llegó ese temido momento. La clase estaba en silencio, sólo se escuchaba el ruido de algún bolígrafo descapucharse de su tapa o la exhalación de algún alumno al leer las preguntas escogidas. Miré hacia arriba y comprobé que ya habían transcurrido diez minutos. Era un examen test y algunas de cálculo. Leí todas las preguntas y ejercicios sin saber muy bien por dónde empezar. Podía escuchar el palpitar de mi corazón, nervioso e inseguro por cómo me podía salir ese examen. Los dos días anteriores no había hecho nada más que alimentarme y estudiar. Me sabía el contenido, sólo debía relajarme y empezar a fluir.

–¿Qué tal ha ido? –me preguntó Andrew, mi compañero de clase cuando me vio en el pasillo al terminar el examen.

Cada vez que alguien terminaba, se levantaba, llevaba su examen a la mesa del profesor y abandonaba el aula. Yo fui de los últimos en salir, pues tardé dubitativo por repasar todas mis respuestas una y otra vez. Andrew parecía más satisfecho por cómo le había salido. Yo no lo tenía tan claro.

–No lo sé, espero que bien –respondí no muy convencido.

Miré al chico y recordé nuestra última conversación. Seguía intrigado por descubrir que su ex tenía mis mismas habilidades, así como decepcionado por la manera en la que Andrew hablaba de ello. Representaba a todas esas personas que siempre había temido cruzarme y por las que tanto había tardado en “*salir del armario*”, refiriéndome a mis dones.

–Por cierto, eso que me comentaste sobre tu ex –le empecé a decir mientras Andrew ojeaba el libro de estadística para comprobar si había acertado en las respuestas–. Tengo un amigo que tiene un podcast de misterio y podría ser interesante para Christine. Sería útil que hablase de sus habilidades a un público que le gustan estos temas.

Inventé, no encontraba otra manera de conseguir el teléfono de esa chica. Andrew pareció creérselo y aceptó a darme su número, no sin antes soltar un chascarrillo escéptico sobre esos temas.

–¿Un programa sobre *marcianitos* verdes y fantasmas? –me preguntó con una sonora y molesta carcajada–. Christine estará en su salsa, claro, aceptará encantada.

Andrew me dictó su teléfono y yo lo anoté en una de las hojas de la

libreta de estadística. Me creaba una gran curiosidad conocer a esa chica, jamás había conocido a alguien como yo.

Carla me llamó para preguntarme cómo me había ido el examen. Nuestra historia avanzaba de manera lenta, pero segura. Desde aquel primer beso en las puertas del campus, hablábamos todos los días y nos interesábamos el uno por el otro sobre nuestro día a día. Se me dibujaba una sonrisa al pensar en ella y, aunque era una conversación complicada, decidí quedar con Estela para zanjar lo nuestro y sentirme más cómodo al estar empezando algo con Carla. Le pregunté primero sobre esa siniestra entidad que vio en su habitación, me preocupaba que se volviese a aparecer, fue lo primero que hablamos cuando nos citamos en un parque a la tarde. Pese a estar en pleno invierno, hacía una cálida tarde con un pequeño subidón de temperaturas. Nos sentamos en un banco y Estela me contó que no había vuelto a tener ningún registro paranormal desde que hicimos aquel ritual con la salvia.

–Aun así, procura no juguetear más con el tablero. Nunca salen cosas buenas de ahí –volví a recordarle mientras buscaba la manera de sacarle el otro asunto.

–Oye, ¿qué tal el finde pasado en la casa rural de Carla?, ¿conseguisteis dar con algún espíritu? –me preguntó.

–Sí, aunque esa entidad por suerte ya no atormentaba ese lugar. Está libre de fantasmas, puede volver cuando quiera. Por cierto, hay algo que me gustaría hablarte.

Estela buscó mi mirada y puso rostro preocupado. Siento que temía que fuese algo malo, yo empecé a ponerme nervioso por no saber cómo hablarlo. Sus sentimientos hacia mí eran un auténtico misterio. Sólo nuestros cuerpos se tocaban cuando había un encuentro sexual entre nosotros, el resto del tiempo parecíamos sólo buenos amigos. Quería hacer las cosas bien, deseaba que siguiera siendo una buena amiga con la que poder contar.

–Dime, ¿ocurre algo? –preguntó, preocupada.

–Es sobre lo nuestro. No sé si ha significado para ti algo más o si como yo valoras más la parte amistosa –dije con inseguridad de no haber escogido las mejores palabras, tal vez sonaba lioso–. Me ha gustado mucho esa atracción que hemos tenido, el sexo, pero me gustaría que sólo fuéramos buenos amigos.

–Ryan, ya sé que ha empezado algo entre tú y Carla –dijo para mi sorpresa y más sorprendido de que lo contara con toda la naturalidad,

sin enfados–. Recuerda que somos amigas, no tardó en contármelo. A ver, por mi parte no importa y no debería repercutir en lo que tenemos, pero entiendo que quieras centrarte sólo en ella.

–¿No repercutir? –repetí sin entenderla bien.

–Digamos que mi concepción sobre el amor y el sexo no es tan clásica como la vuestra, tal vez sí estéis destinados el uno para el otro –dijo con cierta risilla–. Yo lo veo diferente, podría tener sexo contigo y seguir siendo sólo una amistad. Pero acepto tu decisión.

–¿Significa que tú lo veías más como una amistad? –pregunté.

–Como te digo, veo esto de otra manera. El amor debería ser más libre que el concepto de una pareja, algo cerrado y exclusivo. Es una hipocresía que, si uno está con alguien, en tu caso con Carla, signifique que ya no tengas estimulo sexual por otras personas. Soy poliamorosa, Ryan.

Tardé en responder. No quería parecer como Andrew y sentir que eso eran *marcianitos verdes* para mí. Quizás sí tenía un concepto clásico del amor y la pareja, tal vez tuviera razón, pero era lo que sentía que me apetecía hacer. Desde que besé a Carla, me sentía algo culpable por no haber hablado las cosas con Estela, por creer que estaba traicionando a ambas por tener dos historias simultaneas. Me venía a la mente Esteve y como las consecuencias de su infidelidad habían afectado a Austin. No quería ser esa clase de persona. Deseaba terminar mi historia con Estela para centrarme en Carla, porque, aunque sólo habíamos compartido un beso, sentía que me despertaba mayores emociones dentro de mí.

Estela era brutal, una bomba explosiva y teníamos en común todo nuestro gusto por los temas paranormales. Además, había una palpable atracción sexual entre nosotros, pero no despertaba en mí sentimientos mayores. No había sentido al besarla lo mismo que con Carla. Además, esa visión de futuro que tuve me alentó a que fuese el mejor camino a explorar. Según Estela, no había que decantarse por sólo una opción. Puede que tuviera razón, pero sólo me guiaba por mis emociones y era lo que el corazón me dictaba.

Aceptó que yo sólo quisiera que fuéramos amigos y cerramos la conversación con un efusivo abrazo. Después, decidimos dar una vuelta por ese parque antes de volver a nuestras habitaciones. Estadística sólo había sido el primer examen, tenía que seguir estudiando.

Decidí estudiar en la biblioteca para así tener acceso a algunos libros

que debía consultar. Mi próximo examen era Psicología de la comunicación. Era una asignatura que me gustaba mucho más que Estadística, por lo que estaba siendo más cómodo de preparar. Salí a la zona deportiva a dar una vuelta en uno de los descansos que me tomé. Escribí a la ex de Andrew para vernos. Le mantuve esa mentira del podcast de misterio para que nos pudiéramos ver y me dijo que esa misma tarde podía estar bien. Miré mi reloj y le dije de verla en media hora. Christine propuso vernos en una cafetería del centro. Debía estudiar, pero me podía la curiosidad de conocerla. Tenía tantas preguntas que poder hacerle. Me había sentido muy solo por no conocer a alguien con mis mismas habilidades. Así que conocer a Christine era todo un acontecimiento para mí. Volví a la biblioteca, recogí mis cosas y me apresuré en coger el metro.

De camino, dentro de uno de los vagones del metro, volví a tener otro terrorífico avistamiento. Era un trayecto despejado, apenas iban pasajeros. Yo estaba sentado, aislado con mis auriculares y consultando mi teléfono. En uno de los momentos que alcé la vista para ver cuántas paradas quedaban, me di cuenta de que había alguien sentado en frente mío que no pertenecía al mundo de los vivos. Tampoco se trataba del espíritu de alguien fallecido. Era aterrador, se trataba de una sombra negra y totalmente opaca. Tenía silueta humana, pero su composición era de un negro brillante cual mancha de petróleo. Miré fijamente a esa cosa, inquieto por no percibir ni ojos, ni boca, ni nada. Sólo era una oscuridad negra de la que emanaba una energía atemorizante, que daba ganas de repeler. Estaba sentado frente a mí, desconozco si mirándome. Pero no estaba a gusto ante lo que veía, así que me puse en pie y decidí cambiar de vagón.

Fui sujetándome a las barras porque el metro estaba en marcha y no quería perder el equilibrio. Eché la vista atrás cuando cambié de vagón y vi que esa silueta ya no se encontraba sentada, sino de pie y en movimiento, siguiéndome. Empecé a ponerme nervioso, pude sentir mi palpitar cuando volví a escoger un asiento, sentarme y ver cómo esa sombra volvía a elegir ponerse justo enfrente de mí, escoger ese asiento. Entendí que sabía que podía percibirla o tal vez yo desprendía una energía diferente.

Miré al resto de los pasajeros y todos estaban ajenos a esa sombra. Había una señora sentada justo a su lado, pero con la mirada centrada en el libro que estaba leyendo. Los libros y móviles se repartían la atención de todos los presentes, ninguno miraba alrededor, todos ensimismados en sus cosas. Miré las paradas y agradecí de que solo

quedara una. Saqué mi teléfono móvil y clavé mi mirada en él, no iba a levantar la vista hasta que el metro se detuviese. Estaba muy nervioso, empecé a resoplar abrumado y más cuando vi por el rabillo del ojo que la sombra volvía a ponerse en pie. Dio un par de pasos, los suficientes para estar de pie y justo frente a mí. Sentí miedo, mucho por no saber cuáles eran sus intenciones. Volví a levantarme, tuve que hacerlo esquivando ese ser y regresé al vagón en el que había estado antes. Miré de nuevo hacia atrás, volvía a ocurrir, esa sombra me seguía. Resoplé angustiado, mirando a través de las ventanas la oscuridad que producía ese vehículo a gran velocidad y por trasladarse a través de ese carril subterráneo. Casi rezaba porque acabase ya. Cerré los ojos cuando me planté en una de las puertas, agarrándome a una barra y esperando impaciente a que llegase la parada. Un pitido advirtió que las puertas iban a abrirse. Salí escopetado del metro y esquivé en zigzag al resto de personas que caminaban hasta la salida. No quise mirar atrás, estaba sofocado y deseoso de volver al exterior. Esa sombra me aterraba y presentía que sus intenciones no eran nada buenas.

Subí las escaleras que daban acceso a una calle, había quedado a pocos metros de la parada. Cómo agradecí ponerme bajo los rayos del sol, aunque ya estaba atardeciendo. Ese tipo de criaturas siempre son más aterradoras en la oscuridad o bajo una luz artificial. Respiré aire puro e intenté relajarme antes de empezar a caminar donde habíamos quedado. No sé qué era esa cosa, pero había conseguido desquiciarme. Intenté relajarme y me puse a dar pasos mientras intentaba recuperarme.

Vi a Christine esperarme en la puerta de la cafetería donde nos habíamos citado. Esperaba fuera, ataviada con una larga bufanda violeta que rodeaba su cuello y descendía casi hasta las rodillas. Era una chica más alta de lo habitual, con pelo castaño muy liso y largo. También algo más delgada de lo habitual y con nariz puntiaguda que le dotaba de mayor personalidad. Yo estaba nervioso por conocerla, era casi como una celebridad para mí. Me imponía el hecho de poder conversar con alguien por primera vez que compartía mis mismos dones. Me acerqué a ella con cierto nerviosismo y extendí mi mano sin saber si era mejor que un abrazo. Tenía ciertos bloqueos sobre cómo interactuar con ella.

–¿Te apetece un croissant? –me preguntó mientras buscábamos una mesa libre–. Tengo algo de apetito.

Christine se desprendió de su bufanda que dejó en una silla que había libre a su lado, se cruzó de brazos mientras esperaba a que un camarero nos atendiese.

–¿Un amigo quiere entrevistarme para un podcast? –me preguntó con una disimulada risilla–. Es muy buena excusa.

–¿Crees que no es cierto? –pregunté con cierta duda, desconocía si su grado de intuición era tan alto como para haber detectado que se trataba de una mentira.

–Te vi en el restaurante donde rompí con Andrew –dijo antes de que un camarero nos atendiese, sin poder explicármelo mejor hasta que volviéramos a estar solos.

"*¿Cómo que me vio?, eso es imposible*", pensé mientras Christine escuchaba atentamente al camarero mientras le explicaba toda la clase de infusiones que podía elegir. Yo no estuve en ese restaurante, vi lo sucedido a través de una visión. Christine tuvo que ver mi rostro de sorpresa y volvió a sonreír disimuladamente, orgullosa de haberme dejado desconcertado.

–Eso es imposible, yo no estuve allí –le dije cuando nos quedamos a solas, yo fui más rápido al elegir, sólo quería un café solo doble.

–No físicamente, pero pude sentirte. Noté que algo intangible nos observaba, primero pensé que podía ser un espíritu, así que me concentré hasta ver tu *redondita* cara bien dibujada –me explicó para confundirme aún más, lamenté no haberme pedido mejor una tila, empezaba a ponerme nervioso por ser incapaz de comprender lo que me decía.

–Tuve una visión mientras hablaba con Andrew en una clase, fue antes de que pasase. Así que sentí que era una premonición de lo que iba a pasar –le confesé, desvelando mis cartas.

–Fuiste espectador en ese momento, el mundo psíquico no entiende de variables como el tiempo. Estabas allí, aunque aún no hubiera pasado y yo sentí que nos observabas –me dijo mientras se recogía aquel largo cabello con un pasador, la cafetería estaba llena de gente y hacía algo de calor dentro comparado con el contraste del exterior.

–Veo que tú capacidad sensorial es mucho más fuerte que la mía. Soy algo nuevo en esto –le confesé, vulnerable y deseoso de aprender gracias a ella–. Toda la vida me han pasado cosas que no he sabido explicar. Ver muertos ha sido lo peor, no hace mucho que he empezado a saber llevarlo mejor. Aunque aún me cuesta –confesé tragando saliva, aún impactado por el reciente suceso en el metro hacía sólo unos minutos.

–Te acostumbrarás. Somos diferentes y lo vamos a ser siempre, es cuestión de aceptarlo –dijo de manera rápida, sin darle importancia y preparando una sonrisa cuando el camarero traía su infusión bien

caliente y ese anhelado croissant.

–¿Siempre lo has llevado así de bien?

–Qué va, de pequeña lo pasaba fatal. Tuve el espíritu de una niña caprichosa y déspota persiguiéndome casi hasta la adolescencia. Rayaba mis dibujos, destrozaba mis muñecas y no me dejaba dormir –me relató Christine con un tono relajado, se le veía cómoda y con ganas de compartir vivencias que ya no le afectaban–. Mis padres le quitaron importancia, decían que era una amiga imaginaria. Incluso me llevaron a una psicóloga. Hay que acostumbrarse que no contamos con el entendimiento de mucha gente, por no decir de casi nadie. Mira el capullo de mi ex, creía que esto era cosa de brujas.

–Sí, me fijé en que Andrew no tiene muy buena opinión sobre estas cosas –lamenté–. Es absurdo, nosotros no hemos elegido esto, deberían de ser más comprensivos.

–La gente va a la suya, Ryan. Si algo he aprendido es que las personas sensitivas hemos desarrollado más empatía que el resto. Algo bueno debería de tener, ¿no? –bromeó mientras buscaba algo en su bolso, el cual descansaba también en esa silla junto a la bufanda. Sacó un papel plegado que puso sobre la mesa–. Por cosas como estas, créeme, compensa ser como somos.

Christine era todo un enigma, no entendía qué decía hasta que terminó de desplegar ese papel y mostrarme que era un cartel de persona desaparecida. Se trataba de una adolescente de diecisiete años. Vi que se llamaba Celine y que la mirada que mostraba en esa foto en blanco y negro resultaba desgarradora. Me perturbaba ver esos ojos cargados de brillo, juventud y alegría, pero en tan siniestras circunstancias, dentro del desolador cartel de desaparecida. Christine esperó a seguir hablando mientras yo inspeccionaba cada detalle del cartel.

–Colaboro con la policía en circunstancias especiales, es lo que más adoro de mi don. Mi vida cambió cuando sentí que podía ser útil, ayudar en algo tan especial como resolver casos así –me compartió Christine mientras soplaba su taza, la infusión estaba demasiado caliente.

Yo seguí viendo el rostro de esa adolescente perdida. Era incapaz de dejar de mirar. Lamentaba que hubiera desaparecido, me preocupaba que estuviera en peligro. Tenía razón Christine sobre la empatía, sentía que cada vez me involucraba más en cualquier problema ajeno que me rodease. Era algo que no podía evitar, me nacía demasiado hacerlo. Ver esa foto me hizo querer ayudar, no había otra opción. Sí o sí quería hacerlo.

–Es maravilloso que estés ayudando con tus habilidades en algo así. ¿Qué se sabe sobre esta chica?, ¿hay alguna pista?

–Dímelo tú –me respondió con tono misterioso y pícara sonrisa–. Pon la palma de tu mano derecha sobre la foto y concéntrate, venga, dime qué sientes.

Miré a Christine con sorpresa. No sabía que eso se podía hacer. Había aprendido a percibir teniendo delante a la persona, aunque también pude por voz con el padre de Carla. Desconocía que era capaz de conseguir información sólo con una fotografía. Acepté. Puse mi mano sobre la mesa, la extendí y reposé la palma sobre esa foto de Celine. Cerré los ojos y me concentré todo lo posible pese al bullicio de la cafetería. No vi ninguna imagen. Intenté saber más sobre ella, intentar visualizar su desaparición, pero no me era posible. No sé si estaba nervioso por ser observado por Christine, pero me costaba hacerlo. Sin embargo, sí pude sentir un malestar que se cobijó en mi estómago. Empecé a sentirme mal, como cuando Estela se presentó con una energía tan oscura pegada a ella. Abrí los ojos y miré a Christine con cierta mueca de dolor.

–Dime, ¿qué has notado?

–No he visto nada, pero sí tengo un malestar insoportable. Me duele el estómago –le expliqué levantando mi mano de la foto y llevándomela a la tripa, donde podía notar dolorosas punzadas.

–Está muerta, yo también lo presiento –dijo con un tono desolador, seco, noté una punzada más en mi estómago al escuchar algo así–. La cuestión es saber dónde. Llevo días obsesionada con esta historia, queriendo saber más. He podido conocer a la madre e imagínate, rota es poco que decirte. A mí también me está costando averiguar lo suficiente. ¿Te gustaría ayudarme?, Ryan.

Asentí con la cabeza incluso antes de que terminara la pregunta. Por supuesto que quería hacerlo, ojalá todas esas percepciones sensoriales que me acompañan desde pequeño pudieran hacer algo tan grande como resolver una desaparición y dar consuelo a los padres de saber qué había ocurrido. Volví a bajar la mirada a la fotografía de Celine y lamenté que ya no estuviera con vida.

–Reconforta saber que podemos hacer algo –dije con cierta sensación de satisfacción, calmado y con serenidad por encontrarle una mayor utilidad a mis percepciones.

Lo había pasado muy mal en el metro con esa entidad sombra persiguiéndome. También sentí terror con la criatura que Estela había tenido pegada durante un tiempo. Eran seres mucho más aterradores

que los difuntos y que seguían siendo capaces de asustarme. El miedo a las apariciones de espíritus se había reducido, estaba siendo mucho más llevadero, pero esos seres debían venir de un lugar mucho más oscuro. Conocer a Christine paliaba esos miedos, me trasmitía paz y era capaz de que me viera como alguien valioso. Juntos, queríamos averiguar qué le había sucedido a esa chica.

Quedé con Carla al anochecer. Después de ese día tan intenso y aunque estaba agotado, me apetecía verla, aunque sólo fuera una media hora. Ella se pasó por mi habitación, Eric había salido con unos amigos, así que podíamos estar solos. El hecho de estar en un lugar privado, íntimo, hizo que nuestros besos se reemplazasen por caricias y las caricias, ya sabéis, en algo más. Después de hacerlo, ambos estábamos tumbados en mi cama. Pese a ser una cama individual, cabíamos bien si apretábamos nuestros cuerpos. Desnudos y tapados sólo con una sábana, disfrutábamos de ese momento.

–¿Qué tal tu día? –me preguntó Carla mientras miraba hacia el techo, aún con respiración entrecortada tras ese fogoso momento.

Pensé en qué responder, me daba apuro hablarle de una sombra persiguiéndome por el metro y mi encuentro con la ex de un compañero de clase. Aún tenía cierto pudor de ser yo mismo, hablarle a alguien de mi realidad sin tapujos, aunque me había propuesto ser totalmente sincero con esa chica.

–He conocido a alguien como yo, tiene mis mismas habilidades y me ha propuesto participar en algo que me interesa mucho –le dije mientras tenía mi cabeza ligeramente apoyada sobre su pecho–. Quiero colaborar en la búsqueda de una chica desaparecida.

Carla se sorprendió al escucharlo, quise leer rápidamente su mirada por si encontraba algún gesto de desaprobación. No fue así, simplemente reaccionó con sorpresa y se mantuvo en silencio para que le pudiera dar más detalles.

–Esta chica ya ha colaborado en más ocasiones con la policía. Hay una chica de diecisiete años que ha desaparecido, creemos que está muerta, pero apenas sabemos más sobre lo que ha ocurrido. Es increíble, me ilusiona el poder ayudar y poner luz a esa investigación –le confesé con entusiasmo–. ¿Qué opinas?

Me preocupaba saber sus impresiones. Tal vez Carla quisiera a un chico normal o que no hiciera tanto caso a mis percepciones. A lo mejor, eso le hacía repensarse si quería estar con alguien así. Sé que no debería pensar de esa manera, pero habían sido demasiados años

con esa sensación. Muchas noches de mi adolescencia, sin poder dormir y mirando en el techo como en ese momento, había llegado a la triste conclusión de que jamás nadie debería saber esas cosas. Creí que debía taparlas, ocultarlas como algo malo que llenaría a la gente de prejuicios sobre mí. Incluso, llegué a rezar para que esas visiones y apariciones dejaran de existir. Iba a llevarme tiempo librarme de esas ideas, el miedo a que alguien no quisiera cerca a un chico como yo.

–¿Qué voy a opinar?, que estoy orgullosa del chico con el que salgo –respondió Carla con ternura, moviendo su cabeza y buscando mis labios para volver a besarme–. Esa chica debe tener a unos padres muy preocupados, es genial que podáis ayudar con vuestro don en esclarecer qué ha ocurrido.

Sentí mucho alivio. Necesitaba sus palabras, muchísimo. Quería que Carla y yo fuéramos un equipo, hacerle participe de las cosas que ocurrían en mi día a día por muy estrambóticas que pudieran llegar a ser. Pensé en esa chica, Celine, debía saber qué había ocurrido con ella.

CAPITULO 15
“BUSCANDO A CELINE”

Las semanas de exámenes eran frenéticas, angustiosas y donde uno se sobrecargaba de demasiada adrenalina acumulada. Eric me propuso que saliéramos a correr por las mañanas, aunque eso implicase levantarnos antes y enfrentarnos al crudo invierno, esa escarcha matutina que helaba hasta el alma. Aun así, acepté. Me gustaba tener algo en común con él. En ocasiones, pasaban los días y apenas hablábamos entre tanto estudio y preparación de los exámenes.

Pese al *maremágnum* de examinarnos, Eric estaba algo más feliz que de costumbre. Con una sonrisilla nerviosa, me confesó que estaba conociendo a alguien mientras realizábamos un calentamiento antes de empezar a correr.

–Vaya, es muy buena noticia. Espero que me la presentes pronto si todo va bien –le dije mientras me ataba los cordones de las zapatillas, tenían tendencia a desaflojarse cuando corría.

–Bueno, ya la conoces –me dijo con timidez, tal vez inseguro por no saber cuál iba a ser mi reacción–. Se trata de Estela.

–¡Oh, vaya!, menuda sorpresa –dije sin saber qué decir, fue de verdad totalmente inesperado para mí y no supe cómo reaccionar–. Pensaba que sería otra chica desconocida.

Es cierto que cuando estuve ese tiempo enrollándome con Estela, valoré la posibilidad de que tuviéramos algo más. Pero también es verdad que siempre tuve la sensación de que ahí faltaba algo. Era mucha la química que había entre nosotros, encuentros fenomenales en el aspecto sexual, pero luego se comportaba poco cariñosa o como si sólo fuéramos colegas. No me gusta comparar, pero Carla me demuestra afecto en cada segundo que estamos juntos, no sólo cuando nos besamos o tocamos. Además, recordé la impactante revelación de Estela sobre sus convicciones sobre el amor. Su deseo de no atarse de manera exclusiva a una única persona.

–Sé que vosotros tuvisteis algo, pero Estela me aseguró que nada serio y mucho antes de que tú empezaras con Carla, ¿es así? –se preocupó en saber, no quería que su inicio con esa chica provocara alguna fricción entre nosotros.

–Sí, tranquilo, es agua pasada. Estoy muy bien con Carla, creo que es la chica que buscaba –le respondí con gratitud, feliz de que se hubiese molestado en que no me pareciera mal–. Lo único que Estela… ¿sabes que es poliamorosa?

Era un término demasiado desconocido para mí. Yo entendía el amor de otra manera y, estando tan bien con Carla, me encantaba estar centrado en ella. Aunque suene cursi, sólo tengo ojos para ella. Me costaba aceptar que Estela tuviese un concepto más fluido sobre las relaciones, aunque lo respetaba totalmente. Ser diferente, mis habilidades tan distintas a las del resto, me han hecho crecer con un fuerte sentido de la tolerancia. Quise saber si Eric estaba a gusto con ello o era un posible conflicto.

–Lo sé y me preocupa, Ryan –me confió preocupado–. Me gusta demasiado para aceptar que podemos tener una cita perfecta, sentir que todo está genial entre nosotros, y ella quedar al día siguiente con otro chico para ir al cine. No es una situación cómoda para mí.

Entendía su preocupación, imaginé cómo me sentiría yo si Carla hiciera lo mismo. Eric y yo comenzamos a correr después de que yo le aconsejara que fuera algo que debían hablar.

–En el amor, también se negocia –le dije con voz ahogadiza cuando nos dimos caña, empezando a coger velocidad–. Tenéis que encontrar un acuerdo común, tal vez en medio de lo que tú quieres y lo que quiere ella.

–Me hace sentir genial, estoy muy contento cuando sé que voy a verla, pero temo que esto sea un fuerte impedimento para lo nuestro –añadió Eric con preocupación.

Entre estudio, clases, exámenes, deporte, Carla y amigos, también destinaba una buena parte del día en pensar en Celine. Seguía desaparecida. Todos los días escribía a Christine para saber si teníamos novedades. Ya había pasado un mes desde su desaparición, sus padres estaban desesperados y la policía aún no tenía ningún indicio fiable de lo que había sucedido. Quedé con Christine en su casa para un intento de contactar con el espíritu de esa joven perdida. Ambos teníamos la trágica convicción de que ya no estaba viva, así que queríamos localizar su alma.

–Pasa, adelante –me dijo Christine abriendo la puerta.

Christine era más mayor que yo, cinco años más, eso le daba la ventaja de vivir independizada en un bonito apartamento para ella sola cerca del campus. Combinaba sus estudios con un trabajo parcial que le permitía cierta independencia económica. Entré y sonreí al encontrar una decoración muy acorde con su misticismo. Tenía varias velas encendidas, una cortina muy colorida con un dibujo en el centro de un mándala y los muebles tenían aspecto de ser reciclados y

restaurados. En la casa, gobernaba un fuerte aroma a incienso que impregnaba todas las estancias. Christine me llevó a una habitación que tenía desalojada, sin muebles y donde ella realizaba sus contactos. Dentro, sólo había una gran alfombra, de nuevo velas y una estantería plagada de libros relacionados con nuestro don. Me pidió que me sentase en el suelo, junto a ella.

Christine tenía algo entre sus manos, llevaba una blusa de color celeste que no me costó averiguar que no era suya. Lo sentí, no tardé en notarlo por la energía que desprendía. Las vestimentas son los objetos que más se impregnan de nuestra energía. Supe sin que me lo dijera que pertenecía a Celine.

–Vamos a usarlo para intentar contactar con ella o ver si somos capaces de ver qué pasó esa tarde –propuso con solemnidad.

Christine me había explicado cómo fue la desaparición de esa chica, lo cual era todo un enigma. A sus diecisiete años, Celine también buscaba la independencia económica. Aunque aún vivía con sus padres, había empezado a trabajar desde hacía unas semanas en un restaurante como camarera a tiempo parcial para ganarse unos ahorros mientras terminaba sus estudios. En la mayoría de ocasiones, era su propio padre quien iba a recogerla después del trabajo cuando se hacía demasiado de noche. Sus horarios eran algo flexibles, dependía de lo concurrido que estaba el local.

Aquel sábado, su padre no se encontraba bien, había cogido algún virus y, aunque se ofreció a ir a por ella igualmente, Celine le dijo que se acostara y que le pediría a algún compañero que la llevase a casa. El restaurante cerró tarde, alrededor de la una de la madrugada, y ningún compañero sabe qué hizo Celine al terminar. Según sus testimonios, ella no pidió a ninguno que la acercase a casa. Nadie dijo saber qué hizo la chica al acabar su turno.

Christine me pidió que nos sentáramos uno al frente del otro y con esa prenda justo en medio de ambos. Me pidió que pusiéramos nuestra mano derecha sobre la prenda, tocándola y esperando convocar a su propietaria. Cerré los ojos y me dejé guiar por Christine, quien pidió en voz alta que nos acompañase Celine. Dijo su nombre varias veces, así como unas frases de protección para no ser molestados por malas energías.

Estaba aprendiendo mucho de Christine en cuestión de días. Le hablé de mi temor a esos otros seres que me seguían dando mucho miedo y que yo deducía que provenían del mal. Le conté sobre la criatura que siguió a Estela después de sus sesiones de Ouija, así como esa silueta sombra que me persiguió por el metro. Ella me dijo que debía de

protegerme, porque eran energías muy poderosas y conscientes de que nosotros éramos personas especiales.

–Son parásitos, necesitan energía humana para tener más fuerza y la nuestra es más fuerte que la del resto –me explicó bajo mi atenta escucha días antes, intrigado por su gran conocimiento–. Me explicó que siempre debía hacer un ritual de protección antes de cualquier sesión de espiritismo. Así como pedir a nuestros guías protección contra esos seres.

–¿Nuestros guías? –le pregunté bajo el desconocimiento.

–Son espíritus guardianes, todos tenemos. Hay personas que tienen un cometido después de morir y los hace quedarse, entre otras cosas, están para orientar y proteger a quienes son capaces de escucharlos. Te enseñaré a pedirle a tus guías que te protejan de esas imágenes desagradables que a veces tenemos, ellos pueden ayudarte –me informó para mi sorpresa.

Christine pidió protección a nuestros guías antes de comenzar esa sesión de espiritismo, así como ayuda para saber qué había ocurrido con Celine. Habíamos intentado contactar con ella ya en varias ocasiones y nada, un desolador silencio y sin contacto.

–No está, esta chica tiene que haber trascendido –me dijo Christine abriendo los ojos y volviendo a ser una sesión sin resultados–. Era una chica confiada, eso sí lo puedo presentir –me dijo cogiendo la blusa y poniéndola sobre su regazo–. Puedo sentir su bondad y cierta ingenuidad sobre la maldad que a veces nos rodea. Ella creyó en la persona, no intuyó que fuese a hacerle daño. Eso lo noto. Percibo mucho amor en ella, bondad, confiaba demasiado en los demás. Supongo que, al morir, asumió su destino y no sintió motivos por los que quedarse.

–Es difícil quedarse en paz cuando eres joven y te han asesinado, ¿no crees? –cuestioné yo–. Por mi experiencia, las muertes violentas cuestan más de asumir, se desorientan durante un tiempo, suelen tardar más en asumir su muerte.

–Tal vez nos estemos equivocando y Celine no esté muerta, pero es curioso que ambos tengamos la misma sensación –pensó Christine en voz alta, levantándose del suelo y subiendo las persianas de aquella habitación, ya no necesitaba que estuviera tan a oscuras–. ¿Haces algo esta noche?

–Iba a estudiar, pero si es importante…

–Había pensado ir al restaurante donde Celine trabajaba. Es el último lugar donde se le vio con vida. Quiero ver si allí sentimos algo más.

Yo estuve ya en su casa, con sus padres, incluso en su habitación y no pude percibir nada. ¿Me acompañas?

–Por supuesto.

Austin y yo quedamos para estudiar juntos durante la tarde. Durante esa semana, aparte de mis intentos de averiguar qué había sido de Celine, mis planes iban a ser sólo clases y estudio. Así que, si quería ver a mis amigos, tenía que integrarlos dentro de esos dos únicos planes. No es que pudiéramos conversar mucho en la biblioteca, pero sí en los pequeños descansos que nos dábamos durante la tarde. En uno de ellos, fuimos a por algo de merendar y conversar por el camino que había desde la cafetería hasta de nuevo a la biblioteca. Austin me preguntó por Carla, quería saber qué tal nos iban las cosas.

–Fenomenal, algo que me gusta de ella es que todo lo pone fácil. Es muy comprensiva, nos entendemos bien y, por el momento, no ha habido ningún conflicto –respondí mientras Austin abría una bebida isotónica y tomaba un par de sorbos antes de que volviéramos a meternos en la biblioteca.

–Me alegro, tío. Carla siempre me ha parecido buena chica. Creo que os podéis entender bien.

–¿Y tú?, ¿cómo te encuentras? –le pregunté con interés.

Sabía que Austin había empezado a ir a terapia. Su problema era muy delicado y necesitaba ayuda profesional. Yo mismo le ayudé a buscar una buena psicóloga, no fue difícil estudiando precisamente esa carrera. Una de mis profesoras tenía consulta aparte de la docencia, así que me informé para que Austin pudiera contactar con ella. Incluso le acompañé al edificio donde tenía la consulta. Austin estuvo muy inquieto antes de entrar, estuve con él mientras esperaba en una modesta sala de espera. Era incapaz de dejar de dar golpecitos con su pie a una de las patas de la silla donde estaba sentado. Sus dedos de la mano tampoco tenían descanso, enroscándolos y sin dejar de moverlos. Era la primera vez que hablaba con alguien de su trastorno alimenticio aparte de conmigo, eso le producía mucho nerviosismo. La psicóloga salió a la puerta y dijo su nombre, acompañándolo de una cálida sonrisa. Austin entró y yo decidí esperarle fuera.

Salió de allí con otra actitud, mucho más relajado y positivo. Recuerdo que le propuse ir al cine después para evadirle un poco. Lamentablemente, la película no nos pareció demasiado buena. Aun así, cumplió la función de distraerle.

Dos días después, ahí estábamos en ese plan que habíamos hecho de estudiar juntos.

–Bien, ahí vamos –dijo con débil entusiasmo–. Anoche, me escribió Esteve. No sabía de él desde que lo dejamos. Me dijo que ya no estaba viendo al chaval ese, que quería retomar lo nuestro y centrarse en mí.

–¿Lo vas a hacer? –pregunté con cierto temor a la respuesta, me preocupaba que Esteve reapareciera y tambalease esa seguridad que tanto le estaba consiguiendo construir de nuevo.

–No, no lo voy a hacer. Lo he bloqueado después de que me hablase– respondió cuando llegamos a la puerta de la biblioteca, deteniéndose para terminar la conversación antes de que entrásemos de nuevo y asumiéramos el silencio obligatorio que debíamos tener en dichas instalaciones–. Ir a terapia me está haciendo entender que primero he de estar yo bien para poder implicarme emocionalmente en alguien más. Por el momento, quiero centrarme en mí y en mis amigos.

–Saldrás reforzado cuando esto acabe, te lo aseguro.

–Eso espero –dijo casi entre dientes, en tono bajo, no sé si por no estar convencido del todo.

Era complicado todo el proceso que Austin acababa de iniciar, pero necesario. No podía seguir maltratando su cuerpo, así como poner su autoestima en manos de los demás. Daba igual que Esteve fuera un insensible, le hubiese pasado con cualquiera. Tener un diminuto gesto de rechazo tenía una repercusión grande en él. Era algo que debía tratar y qué mejor que hacerlo estando a solas. Aunque lo vi afectado y débil, me reconfortaba pensar que estaba en el buen camino. Entramos dentro de la biblioteca y retomamos el estudio.

Christine me llevó al restaurante donde la chica desaparecida había sido vista por última vez, su lugar de trabajo. Se trataba de un bonito restaurante de gastronomía sureña con grandes ventanales al exterior y decoración clásica. Las mesas eran de madera con grabados dorados y las sillas bastante cómodas para ser de madera. Para no levantar demasiada sospecha, pedimos unos platos para cenar y fingir que estábamos allí como comensales. Abrí la carta y noté cómo mi estómago rugía al ver las fotografías en miniatura de cada plato que podía escoger. Todo se veía delicioso.

Nos ofrecieron una mesa pegada a un gran ventanal donde se podía ver el aparcamiento abierto que había en la entrada. Constantemente, se podía ver aparcar coches y otros que salían de allí. Era un parking abierto, de constante movimiento, que no sólo daba servicio a los clientes del restaurante, sino también a una superficie comercial de numerosas tiendas que había justo al lado. Era un lugar muy

concurrido. Miré por la ventana mientras nos preparaban la comida y, por algún desconocido motivo, no podía dejar de observar la zona de aparcamiento. Christine no pasó desapercibido el detalle, cómo mis narices estaban prácticamente pegadas al cristal y mirando el constante vaivén de coches que entraban y salían.

–Fue allí –dije sin más explicación, ni motivo, sólo guiado por una fuerte sensación que podía notar dentro de mí, todo mi cuerpo reaccionaba al ver ese aparcamiento asfaltado y las luces de los coches ponerse en marcha, el parpadeo anaranjado e intermitente cuando indicaban que iban a salir–. Alguien tuvo que meterla en su coche, no sé si a la fuerza.

–Creo que su raptor era alguien conocido –añadió Christine, también muy atenta a todo lo que sentía estando allí sentada, en el restaurante donde trabajaba Celine–. Su padre no pudo recogerla, no pidió a ningún compañero que la llevase. Su casa estaba demasiado lejos para ir ella sola andando, alguien se ofreció a llevarla.

Hicimos una pausa cuando una camarera joven, probablemente de la misma edad que la desaparecida, vino cargada con dos grandes platos combinados con marisco recién hecho, aún humeante. Tenían una pinta exquisita.

–¿Sabes si la policía ha rastreado su teléfono?, igual llamó a algún amigo para que la recogiese al finalizar el turno.

–Nada, sólo la llamada a su padre en un pequeño descanso. Esa persona conocida quizás estuvo aquí. Celine era una chica sociable, solía conversar animadamente con los clientes mientras les tomaba nota. Alguien vino, habló con ella y se ofreció a esperarla en el aparcamiento –teorizó Christine.

–¿Y ningún compañero salió a la par que ella?, ¿nadie vio si se iba con alguien?

–No se quedó hasta el cierre. Su jefe le debía horas, así que ese día terminaba una hora antes que el resto. Probablemente, todos estaban atareados y no se percataron de en qué coche se subía Celine. Según han declarado, se despidió de sus compañeros en la barra, diciéndoles que los veía al día siguiente y nada, sólo la vieron salir del local –me explicó Christine antes de darle un pequeño soplido a una cucharada repleta de arroz, estaba demasiado caliente–. Me preocupa que ni tú, ni yo podamos ver nada de lo que pasó. Ni siquiera con su blusa hemos sentido algo sólido –lamentó–. He obtenido más información en otros casos con mayor facilidad, me está costando mucho llegar a ella.

–Para mí, todo esto es muy nuevo. No puedo hacer otra cosa que

guiarme por ti. Tú tienes más experiencia en esto.

–Sigo pensando que ya ha trascendido –opinó Christine–. Aunque haya sido una muerte violenta, presiento que ha muerto en paz. Algunos espíritus asumen lo ocurrido, aceptan que ha llegado su final y eso agiliza el poder marcharse de esta realidad. No es lo habitual en crímenes, pero he conocido casos así. Se me ha ocurrido una idea –me dijo Christine con ojos pícaros, como si de una niña pequeña y traviesa se tratase–. Hay algo que puede avivar mi clarividencia.

Su plan era algo alocado y con riesgos. Me lo explicó mientras terminábamos de comer y, aunque estaba a su merced, me parecía algo arriesgado. Hizo que me pusiera nervioso, preocupado de que alguien interpretara erróneamente lo que íbamos a hacer. No quería pasar de querer investigar lo sucedido a parecer un posible sospechoso ante los ojos de quien nos viera. Christine quería que recreáramos lo que presentíamos que podía haber sucedido, el rapto dentro de ese aparcamiento que teníamos en frente nuestra.

Era una locura su propuesta, pero no pude decirle que no, aunque se me colaron unos molestos nervios en el estómago porque alguien nos viera. Christine llevaba consigo la blusa de Celine. Fue al baño del restaurante y volvió con ella puesta. Aunque le quedaba algo más ceñida, podía pasar como suya. Dijo que quería llevarla para identificarse más con la víctima. Después de pagar la comida, fuimos al aparcamiento. Ninguno de los dos teníamos coche, así que no podíamos simular un secuestro, pero sí un forcejeo. Christine me pidió que le empujase, que hiciera que cayera en el suelo. Me parecía una locura, no quería que alguien sospechase de mí, estábamos en el lugar donde esa chica había desaparecido.

–Quiero forcejear contigo y caer al suelo, tumbarme sobre él y pensar que soy ella –me dijo con espeluznante seriedad, convencida de que podía hacerle conectar más con ella.

–Alguien nos puede ver, ¿quieres que sospechen de mí?

–Mira a tu alrededor, Ryan, todos están metidos en sus cosas. Eso es lo triste, si Celine fue introducida en un maletero o forcejeó con su captor, nadie se dio cuenta. Venga, tengo una intuición, ayúdame a poder saber más.

Fue un momento incómodo y que me hizo cuestionarme qué hacía allí. Tenía una mujer delante de mí con una blusa que no era suya, dos tallas menos que la aprisionaban, el pelo revuelto por el fuerte viento que corría ese día y una loca mirada de estar disfrutando con la situación. Adoraba todo lo que estaba aprendiendo de ella, pero dudé de su cordura cuando me pidió que le empujase hasta hacerle caer al

suelo. Tardé en hacerlo, Christine empezó a gritarme, decir mi nombre y pedirme que lo hiciera ya. Miré a mi alrededor con pudor y lo hice cuando me aseguré de que nadie nos observaba. Ella intentó poner resistencia, puso sus manos como escudo cuando intenté agarrarla para echarle al suelo. Christine gritó asustada, tal vez en el papel de Celine, y yo insistí, ejerciendo mi fuerza hasta hacerla caer en el suelo. Arqueó sus rodillas mientras se defendía, perdiendo el equilibrio y acabando en el suelo.

Christine se quedó un tiempo allí, cerró los ojos e intentó ser ella. Aunque el espíritu de esa chica ya no estaba entre nosotros, me explicó que quizás nuestros guías podían ayudarnos al recrear lo sucedido. Noté sudor en mi frente, me parecía una situación bochornosa. Había una familia a unos metros de nosotros, guardando su compra en el maletero del coche. La niña pequeña se nos quedó mirando. Buscó la mano de su madre y la apretó con fuerza al percatarse de que había una joven en el suelo. La madre se giró y yo sentí que ya no podíamos continuar con ello. Me arrodillé para pedirle a Christine que se levantase, ofreciendo que se agarrase a mí para reincorporarse. Cerca del suelo, viendo cómo Christine estaba totalmente tumbada sobre el asfalto, algo llegó a mí. No fue una visión, ni una percepción física, escuché una vocecilla cerca de mi oreja izquierda. "*Lindo perrito*", escuché a modo de susurro muy cerca mía.

–¿Has sentido algo? –le pregunté a Christine mientras se levantaba y se sacudía el polvo adherido a sus pantalones, a la altura de las rodillas.

–Nada, por lo que sea, este caso se me resiste –dijo con pesar.

Se notaba que vivía intensamente cada investigación. Era capaz de alegrarse como una niña pequeña cuando una corazonada llegaba a ella y derrumbarse cuando no obtenía resultados. Christine ponía toda su alma en cada caso donde pretendía ayudar. Me explicó que, dentro de la comisaría, había un policía que era quien le llamaba cuando un caso se le resistía. Decía que era el único dentro de la brigada con una mentalidad más abierta respecto a estos temas y que aceptaba cooperar con una chica como ella. Christine siempre se enorgullecía cuando enumeraba que había ayudado a resolver cinco investigaciones en las que había participado. Sin embargo, parecía que la desaparición de Celine no estaba predestinada a ser resuelta por ella.

–He oído algo cuando me he agachado al suelo para ayudar a que te levantases. Ha sido como un susurro, era una voz neutra, no me aventuro a decirte si era de hombre o mujer. Me ha dicho *lindo perrito*.

Christine se quedó inmóvil y sin ninguna expresión en su rostro. Adquirió una postura robótica, como si estuviese procesando la información. Parecía estar recapitulando e intentando dar sentido a esas palabras.

–Debemos volver al restaurante –dijo cogiéndome de la mano y empezando a correr apresuradamente al interior de nuevo–. Esa voz seguramente haya sido de alguno de tus guías, pretendiendo ayudarnos con esto. Volvamos dentro, creo que tienes una buena pista para resolver esto.

CAPITULO 16
“CATARSIS”

La desaparición de Celine había creado un molesto clima laboral dentro del restaurante. Los trabajadores estaban siendo asediados por la policía prácticamente a diario, preguntándoles constantemente sobre el último día que la joven compartió con ellos. Cualquier cosa podía considerarse un indicio, una pista, algo en lo que poder indagar en aquel caso que se les resistía. Sin embargo, ellos eran sus compañeros, seguían despertándose cada día con un molesto nudo en el estómago, nerviosos y preocupados por no saber dónde estaba Celine. Era difícil trabajar cada día, ponerse el uniforme, coger la bandeja y atender con una sonrisa a cada nuevo cliente.

Miranda no ocultó su desagrado cuando nos acercamos a ella y le preguntamos por Celine. Le sorprendió que fuéramos gente sin uniforme quienes osáramos interrogarle. Nos miró con desaire, de arriba abajo, y preguntó secamente quiénes éramos.

–Soy su prima –improvisó Christine, no vio a la chica muy receptiva para contarle la verdad–. Como comprenderás, la familia no nos podemos quedar cruzados de brazos hasta que la policía se digne a investigar.

La camarera no dijo nada al respecto, esperó a saber más mientras rellenaba los saleros. La cocina ya había cerrado, apenas quedaban clientes tomando ya el postre, pero debía prepararlo todo para el turno de noche.

–Estarás cansada de que te pregunten sobre la gente que atendiste esa noche en el restaurante –continuó Christine–. Créeme, he trabajado en comercio y sé que al final borras rápido las caras de gente que ves sólo una vez, pero… ¿recuerdas que alguien viniera con un perrito?

No se permitían mascotas en el interior del restaurante, pero sí en unas mesas que también disponían en el exterior, junto a la puerta. Concretamente, tres y a las que esa camarera desvió su mirada cuando Christine le hizo tan específica pregunta. Una sonrisa se dibujó en su rostro antes de contestar.

–Sí, hubo un chico que vino con un spaniel bretón, adoro los perros y dejé que lamiera mi mano cuando fui a tomarle nota. Se sentó allí, fuera –dijo señalando las mesas del exterior–. Celine también saludó al perrito, conocía a su amo.

Miranda se llevó la mano a la boca y sus ojos se abrieron todo lo

posible al escucharse a sí misma. Había olvidado por completo ese momento de la tarde. Le dijo a la policía que no recordaba que ningún cliente de ese día conociese a Celine, no recordaba a ese chico hasta que Christine le habló de un perrito. Pude sentir cómo esa joven chica se sintió tremendamente mal por olvidarlo.

–¡Dios, no me acordaba de eso! –nos dijo, aun tapándose la boca–. Celine saludó a ese chico, yo hice un comentario sobre el perro y ella me dijo que era un amigo de su hermano mayor.

–¡Lo tenemos! –exclamó Christine con efusividad, volviendo más loca a esa camarera que no entendía nada.

Christine me explicó al salir que había tenido un pálpito al nombrarle a ese chico. La voz que yo había escuchado sobre un perrito podía habernos llevado hasta la pista de un posible sospechoso que nadie recordaba que hubiese estado allí y que conocía a la chica.

–¿Y ahora qué hacemos?, ¿hablamos con el hermano de Celine?, es fácil averiguar qué amigo es por la raza de su perro –dije con esperanzas de que estuviéramos cerca de la resolución.

Christine abrió su b0lso y sacó su teléfono móvil. Empezó a marcar un número mientras me daba respuesta.

–Esto ya es cosa de la policía, es su competencia. Nosotros sólo les ayudamos a encontrar pistas, intuiciones, posibles líneas de investigación. Luego, yo no me meto en lo que viene después, es cosa de ellos –me explicó mientras llamaba al policía que ella tenía como contacto y que tanto recurría a Christine.

No me despegué del teléfono móvil cuando regresé al campus después de que Christine hablara con la policía para que investigaran a ese chico que conocía a Celine. Estaba deseoso de saber si habíamos dado con la clave para resolver qué le había ocurrido. Christine me prometió llamarme en cuanto hubiera novedades, pero que quizás tardaban días en saber más. Así que, aunque llevaba el móvil bien pegado a mí y con el sonido activado, regresé a mis cosas.

Estaba impaciente por saber qué le había ocurrido a esa chica. Durante esos días, pensaba mucho en ella. Creía ver su rostro en todas partes. Cuando salía a la calle, miraba a todas las personas que pasaban por mi lado con la esperanza de verla. Aunque tenía la sensación de que estaba muerta, no quería cerrarme a ello. Deseaba con todas mis fuerzas estar equivocado, que pudiera aparecer en cualquier momento.

Era la primera vez que participaba en un caso criminal, así que mi vinculación era bien fuerte. Necesitaba saber que Celine estaba bien y sentía un vacío desolador si se confirmaba su muerte. Christine tampoco creía que estaba con vida. Era duro tener esa sensación cuando todo el mundo que quería a esa chica guardaba esperanzas de que apareciera con vida.

Le hablé a Christine sobre la aparición que tuve junto a las pistas deportivas hacía unas semanas. Me refiero a ese chico al que habían abusado y matado dentro de una furgoneta. Él me trasmitió imágenes de cómo ocurrió bastante fuertes y desagradables. En ocasiones, volvía su rostro a mi mente, esa mirada de tristeza profunda y su deseo de compartir conmigo cómo había sido su desgarrador desenlace. Le pedí que también le informara a la policía de esa historia, aunque me costaba recordar detalles de la furgoneta. Intentaba concentrarme, volver a esas imágenes, pero sólo las más violentas se habían quedado por desgracia grabadas en mí. Christine me prometió que iba a ayudarme, incluso intentar contactar con su espíritu.

Me sentía emocionado de haber encontrado a alguien como yo, incluso mucho más experimentada y que su don estaba siendo muy valioso para dar cierre a historias sin resolver, casos a los que aún no se les había aplicado la justicia.

Le hablé de ello a Carla mientras teníamos una cita. Necesitaba desconectar de los exámenes y me pareció buena idea que fuéramos a ver una obra de teatro que sabía que le hacía ilusión a ella. Hablaba insistentemente de ella, así que fue casi como un ruego el pedirme que le acompañara. Yo no había vuelto a pisar un teatro desde el colegio, cuando los profesores organizaban excursiones para ver representaciones con la esperanza de inculcarnos buenos hábitos culturales.

Cogimos el metro y fuimos a un antiguo teatro en el centro con aspecto de edificio clásico, señorial. Había esa característica alfombra roja en la entrada, kilométrica y que culminaba en la taquilla.

Mientras hacíamos cola, ataviados cada uno con un batido en la mano, le estuve hablando de las desapariciones. No era un tema muy animado para una cita, pero Carla me escuchaba con interés. Quise trasmitirle lo bien que me sentía al poder ayudar, participar para que esos trágicos casos sin resolver no cayesen en el olvido. Volví a mirar el teléfono mientras le hablaba con la esperanza de que hubiese novedades sobre Celine. Desbloqueé la pantalla y vi que tenía una llamada de Christine. Tal vez no la escuché por lo ruidosa que era la cola, teníamos detrás nuestra a un grupo de chicas que hablaban con tono alto, una además con una risa muy escandalosa, mucho más

parecida al gemido de una foca. Le pedí permiso a Carla para devolver la llamada, preocupado de que le pudiera molestar. Ella aceptó y me alejé de la muchedumbre para poder escuchar mejor a Christine. Caminé hasta donde estaban los servicios y apoyé mi espalda contra una de las paredes mientras escuchaba los tonos de llamada.

Cuando Christine me cogió el teléfono, sólo con escuchar el tono de su voz, anticipé lo que me iba a decir. No sé si lo presentí o ya había aprendido el lenguaje de su tono de voz. En ocasiones, cuando estaba más feliz, su voz sonaba más aguda y alegre. Cuando estaba deprimida o triste, su tono perdía intensidad, casi escabulléndose y comunicándose a través de susurros. Cuando Christine me saludó al devolverle la llamada, sentí que apenas tenía fuerza para decir mi nombre, le costó un esfuerzo poder hablar. Supe que era sobre Celine y cuál era la novedad.

–Ya está, ha aparecido –dijo susurrante y con pausas. No hizo falta preguntarle si viva o muerta, pude sentirlo por su desaliento al comunicarlo–. La policía rastreó la casa de aquel amigo de su hermano, el del perro. Ha sido él. Estabas en lo cierto… –Christine hizo una pausa, por si quería decir algo o expresarme, pero era yo entonces quien tenía problemas para articular cualquier palabra, así que continuó hablando–. La enterró en su propia casa. Vive en un acogedor apartamento con patio interior, totalmente privado, un buen escondite donde tal vez hubiera pasado desapercibido durante mucho tiempo si no hubiese sido por lo que tú escuchaste, esa voz que te hablaba de su *perrito*.

¿Reconfortaba saber que había ayudado a resolver el caso?, no en ese momento. Sentí una fuerte presión en los hombros, como si algo hubiera caído sobre mí y me fuera arrastrando hacia abajo. Mis rodillas empezaron a temblar, haciendo que flexionara mis piernas y fui bajando hacia el suelo con mi espalda aún pegada a la pared. Me senté en el frío suelo cuando todo mi cuerpo empezó a sudar. Dejé de escuchar las palabras de Christine, quien finalmente colgó. Estaba destrozado, roto. Miré a la cola de gente donde Carla estaba siendo ajena a lo que estaba pasando, miré también a las ruidosas chicas que iban detrás nuestra. Debían tener la edad de Celine. Ella tenía que estar ahí, pasándoselo bien con amigas y no bajo tierra como un puñado de semillas. Ya sospechábamos que estaba muerta, pero eso no me preparó al gran impacto que me sobrevino cuando fue confirmado.

Durante días, Celine me había estado acompañando en mi día a día. Pensé mucho en ella, interioricé su imagen estática de aquel cartel de desaparecida y creo que sí, almacené esperanzas de que la pudiéramos encontrar con vida. Era horrible, la habían encontrado muerta y

enterrada. Podía imaginar ese patio, esa tierra quizás revuelta de reciente excavación. Una desagradable sensación me paralizó ahí, sentado en el suelo, hasta que pude romper a llorar. Mis lágrimas empezaron a brotar sin ser incapaz de cesar. Y no sólo eso, empecé a berrinchar como si de un niño pequeño se tratase. Me horrorizaba pensar en sus padres, destrozados por tener que enterrar a su hija asesinada de diecisiete años.

Mi dolor se convirtió en espectáculo para otros. Fueron muchos los que detuvieron sus banales charlas para enmudecer y observarme con prejuicio. Fue entonces cuando Carla se dio cuenta, corriendo hacia mí, sentándose a mi lado, nerviosa y sin saber qué me estaba ocurriendo. Pensó que me había sobrevenido un dolor físico, algún latigazo de la espalda para adoptar aquella posición en el suelo. Lo negué con la cabeza y balbuceé como pude lo que había pasado. Carla me abrazó fuerte para consolarme. Yo era incapaz de dejar de llorar, me inundaba una profunda tristeza, no podía dejar de pensar en Celine.

–Venga, vámonos, ya habrá otra ocasión para venir al teatro –me dijo Carla, buscando mi mano con intención de ayudarme a que me pusiera de nuevo en pie.

–Ni hablar, te hacía mucha ilusión y las entradas no es que hayan sido precisamente baratas –negué mientras intentaba secarme las lágrimas con mis propias manos, intentando relajarme.

Le pedí que esperase. Decidí meterme en el baño, el cual tenía a pocos pasos de mí, echarme agua en la cara e intentar relajarme. No quería fastidiar la cita, sé que Carla quería estar allí y le hacía ilusión el plan. Ya no podía hacer nada por Celine, estaba muerta e incluso ya había trascendido, intenté recordarme con la espera de que eso fuese consuelo para todo lo que sentía en ese momento. Abrí la boca sofocado, hice varias exhalaciones fuertes frente al espejo y salí del baño cuando sentí que estaba más tranquilo.

–Podemos volver otro día, en serio –insistió Carla cuando me vio salir del aseo–. Entiendo tu dolor, estabas ilusionado por poder hacer algo por esa chica. Venga, vámonos.

–No –respondí, enfatizando aún más al mover mi cabeza de un lado a otro, pidiéndole que regresáramos a la cola que, por suerte, se había disipado y sólo había tres personas delante nuestra.

Entregamos las entradas y accedimos a la sala de actos. Era un lugar enorme, conté por lo menos quince hileras de butacas que rodeaban el escenario, por el momento oculto por una cortina de color rojo oscuro. Los asientos también estaban tapizados del mismo tono, quizás algo

más granate. Buscamos nuestra fila y tomamos asiento. Carla me volvió a preguntar cómo estaba, yo intenté calmarme y detener esas lágrimas. Estaba destrozado la verdad, habían sido demasiados días pensando en esa chica. Me había impactado mucho su desenlace, quizás no me lo esperaba tan pronto.

La obra comenzó. La acústica del teatro era estupenda, unos fuertes violines daban inicio a la representación. Se trataba de una obra clásica, creo que una tragedia griega. Lo cierto es que no presté mucha atención, estaba allí por Carla, que deseaba que disfrutase todo lo posible pese a las circunstancias. Miraba a los actores y casi podía seguir viendo en sus rostros la cara de Celine. No me la quitaba de la cabeza. Aprovechando que estaba todo a oscuras menos el escenario, permití que nuevas lágrimas volvieran a brotar y descender por mis mejillas.

Algo ocurrió que me agitó, deteniendo de nuevo ese llanto silencioso que pretendía ocultar a Carla. Las cortinas estaban recogidas a ambos extremos del escenario, permanecían plegadas hasta que la obra terminase. Me fijé alarmado que la parte de la derecha comenzó a arder. Pude ver como la tela ardía en llamas. Llevado por el instinto, me puse enseguida de pie, levantándome de la butaca y sorprendido de que nadie más lo hiciera. El teatro estaba ardiendo.

Me fijé y no sólo se estaban quemando las cortinas. Miré hacia arriba y toda una nube de fuego cubría el escenario. Incluso, me asusté más al ver cómo el fuego se expandía a la primera fila de butacas. Miré a Carla y me sorprendió que siguiera viendo la obra tan tranquila. Me miró extrañada de que me pusiera en pie y yo le agarré con fuerza del brazo para que nos fuéramos lo más pronto posible. Carla se quejó cuando le agarré del brazo, se ve que se lo cogí con demasiada fuerza. Hizo una mueca de desagrado y me preguntó algo molesta qué me ocurría.

–¿No lo ves?, vamos, esto está ardiendo –le dije creo que de malos modos, algo enojado de su pasividad.

No entendía nada, todo el mundo estaba demasiado absorto en la obra para no fijarse en lo que estaba pasando. Pronto, eso podría convertirse en una trampa mortal, rodeados por el temido fuego. Carla miró nerviosa a su alrededor y volvió a mirarme algo molesta, ella decía no ver nada y se miró el brazo al que yo le había dado un tirón. Yo ignoré a Carla y empecé a hacer aspavientos con mis brazos, gritando en voz alta que había fuego para que todos pudieran salir de allí.

La obra se detuvo, los actores pararon cuando mis gritos se

equilibraban al tono de sus voces. Todo el mundo empezó a mirarme con extrañeza y, al igual que Carla, ninguno se levantó de su butaca. Yo dejé de mover los brazos, me paralicé al darme cuenta de que era el único que veía ese fuego amenazante. Cada vez iba a más, las tres primeras filas de butacas empezaban a arder y, sin embargo, las personas que estaban sentadas seguían ahí y sin ser dañadas por esas llamas. Debía ser una visión, asumí.

–Mierda, parece que no es real –dije en voz alta, aunque con la intención de que sólo lo oyera Carla–. Alguno de los asistentes debe ser un fantasma, ese debe de estar proyectándome algo que ocurrió allí.

Di unos pasos atrás y empecé a buscar con mi mirada a alguien extraño, que pareciera no estar con vida. Enloquecí. Empecé a caminar nervioso por las filas, recorriendo cada butaca y clavando mis ojos en cada persona que iba viendo, que a su vez no dedicaba grata mirada hacia mí. No encontraba al espíritu. No sabía por qué esa visión se me mostraba sin localizar al emisor. Volví a donde estaba Carla y le seguí hablando, aunque ella había dejado de decir nada, tal vez avergonzada porque estuviera llamando la atención demasiado.

–Debo de llamar a Christine, ella sabrá cómo ayudarme –grité nervioso, sacando el teléfono de mi bolsillo y diciéndole a Carla que le esperaba fuera.

Salí corriendo de allí porque, aunque fuese sólo una visión, me ponía nervioso ver todo el fuego que me rodeaba, incluso el escenario se había convertido en una enorme bola de fuego. Salí fuera del todo, regresando a la calle. Quise marcar el teléfono de mi amiga, pero noté que la mano me temblaba demasiado. Estaba teniendo un episodio de ansiedad, algo que tampoco ayudaba era el fuerte ruido de los coches pasar tan cerca de mí, incluso pitándome. Sin darme cuenta, había bajado de la acera y estaba poniendo mi vida en riesgo. Intenté calmarme, así que busqué de nuevo dónde sentarme. Había unos escalones justo en la entrada del teatro. Me senté allí y esperé a relajarme. Estaba demasiado nervioso para llamar a Christine, incluso para hacer cualquier cosa.

–Vamos, regresemos al campus –escuché a mis espaldas, era la voz de Carla, quien había salido del teatro después de que la obra se paralizase por mi culpa.

Busqué su mirada y no encontré compasión en ella. Creo que estaba molesta conmigo, presentí más calmado que mi episodio psicótico le había hecho que pensar. Sé que me había alterado demasiado, pero había pasado mucho miedo por verme rodeado de llamar. Me puse en

pie y justo en frente de ella, poniendo mis ojos a la misma altura que los suyos. Carla bajó su mirada, no quería tener contacto visual conmigo en ese momento. Creo que estaba disgustada. Resoplé y le pregunté qué le ocurría.

–Mira, Ryan, me pareces un tío extraordinario, pero… –esto no iba nada bien, no había terminado la frase, pero temía lo que venía a continuación– …quizás yo no estoy preparada para algo así. Lo siento mucho, de verdad.

¿Me estaba dejando?, era la tercera punzada en el corazón durante la misma noche. Primero, el desgarrador dolor de la noticia que no deseaba que jamás llegase sobre Celine, luego el terror de un incendio que creía que era real y, después, eso podía ser demoledor para mí. Amaba a Carla, tenía la seguridad de haber encontrado a la mujer de mi vida. Deseaba cada centímetro de su cuerpo y siempre sus palabras desprendían cariño hacia mí. No esa noche, pude sentir que eran más ásperas y desoladoras. Me hablaba mirando el suelo, quizás avergonzada por atreverse a decir aquello en voz alta.

–No, Carla, por favor –le supliqué.

–No tengo dudas hacia ti, eres el chico que busco y te adoro, pero todo lo que ha pasado dentro de este teatro me ha hecho que pensar –continuó diciendo, destrozándome–. Eres distinto, quizás demasiado para mí. No tengo dudas sobre lo que siento sobre ti, pero sí sobre lo que quiero. Me parece que no estoy preparada para algo así, tal vez te convendría buscar a una chica como Christine, alguien como tú y que te sepa entender mejor.

Estaba del todo roto. La noche ya no podía ir a peor, me estaba dejando y su motivo era ser como soy, algo que yo no podía remediar. Justo cuando había empezado a aceptarme y asumir quién era, Carla se iba de mi lado por no querer estar con alguien tan complicado. Le abracé y prometí no volver a llorar. Temía que eso también le pudiera avergonzar, verme así, como un niño pequeño, y atrayendo la mirada de todos los presentes. Quise apretarle con fuerza y no rebatir sus palabras. Aunque me doliera terriblemente, podía entender su decisión.

–Siento haberte hecho daño en el brazo y lamento el espectáculo que he podido causar –me disculpé, adoptando yo también una pose cabizbaja, algo avergonzado–. Lo siento, Carla, y siento no ser el chico que buscas. Estoy seguro de que encontrarás algo mejor.

Carla tampoco rebatió mis palabras. Se quedó paralizada frente a mí, sin saber qué hacer o qué decir más. Tuvo que ser demasiado para ella verme así, casi enloquecido, alertando a todos de un incendio

inexistente.

Recordé aquella vez al inicio de curso que fui a comer con Bruna, Tom y una chica más a una hamburguesería donde había el espíritu de un chico ardiendo. Algo que, como era lógico, sólo se mostró ante mis ojos y, aunque tenía a ese chico ardiendo tan pegado a mí, pudiendo oler el desagradable olor de su carne carbonizada, decidí no decir nada. Durante toda mi vida callé, silencié lo que podía estar pasando alrededor y dejar de hacerlo, hablar abiertamente de mis cosas, tampoco es que estuviera teniendo recompensa. Había perdido a Carla, así lo sentí cuando me dio un frío "*buenas noches*" y comenzó a caminar en sentido contrario al mío, alejándose. Aunque ambos dormíamos en el campus, tomamos diferentes y alejados caminos para llegar a él.

Fue duro el despertar al día siguiente. Nada más abrir los ojos, todos los recuerdos de la noche anterior volvieron a mí con intensidad, sacudiendo mi ánimo recién levantado. Debía hablar con Christine, necesitaba hacerlo. Quería contarle todo lo que me había ocurrido en el teatro y saber su opinión al respecto. Desconocía si ella había tenido alguna situación similar, sentí que la situación me había sobrepasado y, como consecuencia, había perdido a la chica que quería.

Acudí a su casa, no sin antes pasar por un horno y llevarle un paquete de pequeños croissants de mantequilla que tanto le encantaban, eran su perdición. Me abrió la puerta con una sonrisa, aceptando el acompañamiento que le traía para el desayuno. Apenas había podido dormir, así que fui a su casa bien temprano. Le conté a Christine todo lo que me había pasado mientras ella ponía una cafetera a calentar. Era tradicional, decía preferir café recién molido que esas cómodas capsulas a las que ella no le encontraba el mismo sabor. Ella me escuchó algo seria relatarle mi reacción sobre la muerte de Celine, mi miedo al ver el teatro en llamas y mi demoledor sentimiento después de que Carla me hubiese dejado. Christine permaneció callada, escuchándome con atención y sólo habló cuando nos sentamos a la mesa y abrimos la bolsa de bollería junto a esos cafés recién preparados. Christine calentó sus manos con el calor que emitía su taza y empezó a dar su opinión.

–No puedes hacer nada al respecto. Sé cómo te sientes, recuerda a Andrew y cómo me trataba, como una loca desquiciada que me sentía bruja –dijo con desdén, aún molesta por el trato que había recibido de su ya expareja–. Pensé como tú, lamenté haberle hecho participe de las cosas que me ocurrían. Acabó viéndome como una tarada que veía fantasmas en cualquier lugar.

–El problema es que me he enamorado de esa chica, en serio, la quiero, nunca antes había sentido algo así por alguien –le confesé–. ¿Y sabes qué pensé anoche, de madrugada?, que Carla ha tomado la decisión demasiado rápido. Se sintió avergonzada de que todos nos mirasen y sólo por eso ha tenido estómago de echarme de su vida. La echo de menos y, a la vez, estoy algo molesto con ella por haberlo decidido enseguida.

–No puedes culparlos –negó Christine, moviendo su cabeza de derecha a izquierda como gesto de negación incluso antes de contestar–. Mírate a ti, ahora es cuando empezabas a aceptarte. Has tardado dieciocho años en conocer quién eras y asumir tu condición. Se habrá asustado, creerá que esto le supera, simplemente dale tiempo.

–No lo sé, Christine, tengo miedo a perderla –le confesé con temor, nervioso e intranquilo por no saber qué hacer–. Quizás estar con alguien como nosotros puede ser una carga para ellos, la vía fácil es buscarse a alguien que sea normal, como el resto, supongo…

Christine no respondió, dio sorbos a su café sin decir nada más. Quizás estaba en mi misma situación, lamentando que su historia con Andrew se hubiera ido al traste porque no llegó a aceptarla. Aunque me dolía asumirlo, tal vez las personas como nosotros estábamos destinadas a ser incomprendidas.

CAPITULO 17
“retroceder”

Eric y yo hicimos un *esprint* final después de salir a correr como cada mañana cuando una alerta a través del teléfono móvil nos avisó de que ya habían colgado las notas de algunos exámenes. Aquellos escasos tres minutos que tardamos en entrar en la habitación, esperar a que el ordenador se encendiese y entrar en el portal donde subían las calificaciones se nos hizo eternos. Eric se quitó el sudor de su frente con su propia mano y resopló aliviado cuando consultó la nota que había conseguido en un examen en el que estaba dubitativo con su resultado. Después de él, era mi turno.

Quería saber mi nota en el examen de *Estadística*, seguía pensando que no me había salido muy bien, así que mis expectativas eran bajas. Después de ese, hice otro de *Psicología de la comunicación*, mi asignatura favorita. En ese, estaba algo más relajado. Después de acreditarme, iba a poder leer la nota de ambas pruebas.

La conexión a Internet en el campus no era muy fluida, a veces se sobrecargaba cuando demasiados alumnos se conectaban a la vez. Me desesperó esa pantalla en blanco que se tomó su tiempo en cambiar, mostrar texto y, sobre todo, números.

–¡Suspenso y suspenso! –dije casi chillando. Aluciné. Mis ojos se abrieron al máximo y me quedé boquiabierto al descubrir que había suspendido en las dos asignaturas. Mi expresión tuvo que ser como quien es testigo de un accidente en carretera ante sus ojos, totalmente inesperado y demoledor.

–No te agobies, tío, acabas de empezar la carrera. Ya habrá tiempo para sacar mejores notas –dijo Eric, a modo de consuelo, poniendo su mano sobre mi hombro como muestra de apoyo.

Podía suponer mi nota en *Estadística*, incluso en *Psicobiología*, pero me quedé sorprendido de que *Psicología de la comunicación* no lo hubiese aprobado. Si es cierto que eran exámenes tipo test, de más de una respuesta correcta, algo que no estaba habituado en el instituto, pero no imaginé que me hubiera salido tan mal. Fue como si acabasen de derramar un cubo de agua fría sobre mí y, aunque Eric intentaba animarme, me quedé absorto y pensativo.

“*No me extraña*”, pensé algo más calmado. Era difícil centrarse del todo en esa temporada de exámenes con todo lo que me estaba sucediendo. Era difícil compaginar todo ese mundo espiritual del que yo formaba parte con los apuntes.

La última vez que estudié a solas en la biblioteca no pude centrarme del todo cuando sentí que había una presencia cerca de mí. Pude notarlo, eso hizo que levantase mi vista, así como la nariz que tenía casi pegada a ese libro. Alcé la cabeza y miré unas mesas delante de mí. Ahí estaba, el espíritu de una universitaria pasada por agua. Sí, como oís, era una chica empapada de agua, como si acabara de salir de una piscina. Toda su ropa estaba mojada, así como su pelo liso negro, totalmente húmedo, y que hacía que gotease constantemente en el suelo. Estaba sentada a solas, nerviosa, seguramente confundida.

Decidí acercarme a ella, pero de la manera más sutil posible. Estábamos en una biblioteca y era casi obligatorio guardar un silencio sepulcral. Me acerqué a una de las estanterías con libros que había cerca de aquella mesa y disimulé como si buscase más documentación para mi estudio. Cogí un libro por azar y decidí sentarme al lado de ella, como si hubiera decidido sentarme para asegurarme que ese libro me podía valer, ojeándolo allí, aunque mis cosas estuvieran en otra mesa. Ella ni se inmutó, su mirada estaba perdida en el horizonte.

Teniéndola más cerca, pude comprobar que su piel estaba casi azulada. Tuve la sensación de que había muerto ahogada. Busqué su mano y decidí cogérsela, como siempre a la espera de recibir más información sobre ella. De nuevo, muchas imágenes llegaron a mí. Pude ver a esa chica en su infancia, eufórica cuando su madre le hizo un disfraz de carnaval de india con sus propias manos. Fui testigo también de su primer beso, sentí su titubeo y nerviosismo en aquel coche, sentada en la parte de atrás y a punto de besar a su primer novio. Después, compartió conmigo detalles de su muerte. Efectivamente, había muerto ahogada. Pero no fue en una piscina, sino en su propia bañera. Vi a esa chica desvestirse con torpeza, sus piernas le jugaban mala pasada, descubrí que iba ebria. Estaba muy mareada cuando llegó a su casa, le costaba mantener el equilibrio, así que pensó que una ducha refrescante le vendría bien. Alzó una pierna, entró en la bañera y metió la segunda también. Cuando abrió el suministro de agua, le sobrevino otro fuerte mareo, estaba demasiado bebida. Sintió que iba a perder el equilibrio, así que se quiso sujetar a la endeble cortina de la ducha. Al cogerla con fuerza, esta cayó sobre ella, con la mala suerte que el barrote que la sujetaba le golpeó en la cabeza. Del impacto, resbaló por la húmeda superficie y acabó tumbándose en esa bañera que no dejaba de llenarse. Perdió la consciencia cuando el agua terminó por sumergirla por completo, inundándola, ahogándola.

Fue terrible. Solté la mano e hice una mueca de desagrado al pensar cómo ese terrible accidente, quizás algo absurdo, había acabado con su vida. La chica fue moviendo su cabeza, ladeándose hasta poder

mirarme bien. Me fijé mejor en su rostro, sus labios estaban totalmente azulados, y su cara algo agrietada de ese exceso de agua. Era como si siguiera mojándose, pese a ya haber abandonado la bañera.

"*No tengas miedo, ahora todo va a ir bien*", se me ocurrió decirle en voz baja, lo suficiente bajito para que ningún estudiante levantara la mirada y viera a un chico hablando a la nada. El espíritu apretó los dientes y con contagiosa tristeza se puso en pie, dispuesta a abandonar la biblioteca. La vi salir sin saber qué más hacer. Quizás sólo era cuestión de tiempo, pensé, asumir que se encontraba en otra dimensión.

Pensé en Celine y en cómo sentíamos que había trascendido rápidamente pese a haber sido asesinada, eso me daba cierta paz al pensar que la mayoría de espíritus, por muy desubicados y asustados que se encuentren, ellos mismos acaban encontrando su camino, abandonando del todo nuestro lugar. Confié en que esa chica también lo hiciera. Volví a mi mesa e intenté concentrarme en mis apuntes, pero no era fácil. Estaba teniendo problemas de concentración cuando episodios así interrumpían mi estudio.

Aunque lamentaba que mis primeras notas estaban siendo bastante malas, hubo una parte de mí que se justificó con todo lo que estaba viviendo durante ese curso tan intenso.

No había hablado con Carla desde que rompiera conmigo a las puertas del teatro. Lo había intentado, en muchas ocasiones le había escrito y llamado para tomar algo con ella. Quería que lo hablásemos, estaba dolido por su decisión y la echaba mucho de menos. También pensé en la visión que tuve donde nos veíamos juntos en el futuro y me asustaba que el destino sí fuera cambiante. Christine no supo darme respuesta a tal enigma.

–No lo sé, la verdad. Quiero pensar que algo de control tenemos sobre nuestro porvenir –me contestó mientras le acompañaba a una tienda de discos, había cobrado y se quería dar un pequeño capricho–. Yo también tuve la sensación de que lo mío con Andrew iba a ser duradero. No tuve visiones de futuro como tú, pero tenía esa sensación. Como ves, en mi caso, fallé.

–Me preocupa pensar que tiene razón, ¿sabes? –dije algo apenado mientras Christine curioseaba unos discos de vinilo, dándoles la vuelta para buscar la etiqueta con el precio y escandalizada porque algunos fueran excesivamente caros–. No puedo forzar a que las cosas que a mí me pasan sean una carga para ella, algo difícil de llevar y que puede

librarse escogiendo otro tío. Ella puede hacerlo, yo sin embargo no puedo huir de mí mismo.

Me sentía bastante desesperanzado y, desde que Carla me dejó, volvía a lamentar tener esas habilidades. Tampoco ayudaba el no haber podido hacer algo por Celine. Ambas cosas habían deteriorado esa cierta satisfacción que sentía últimamente por creer que era algo valioso y con lo que podía ayudar. Christine era consciente de ello, de cómo estaba muy desalentado y con pocas ganas de seguir explorando mi don. Me propuso realizar una sesión de espiritismo en el teatro, pero yo no tuve estómago de volver allí después de lo que pasó.

Ella se había informado y, efectivamente, había habido un devastador incendio hacía cuarenta años. Fue horrible, la puerta se bloqueó y muchos de los que habían asistido al teatro murieron quemados. Estábamos convencidos que el espíritu de alguna de esas víctimas había proyectado lo que ocurrió en mí para que ese trágico suceso no quedase en el olvido. Era interesante intentar contactar, pero no tenía fuerzas para ello.

–Mañana, tengo otro examen y pretendo romper esta mala racha de suspensos –le dije a Christine mientras estábamos en la caja, a punto de que le cobrasen el disco que tenía en sus manos.

Entendió mi desmotivación y respetó que tuviese menos ganas de realizar prácticas espiritistas con ella. Christine se estaba convirtiendo en buena amiga y confidente, ya no sólo nos unían nuestras habilidades. Le había llamado en estos días muy a menudo, en muchas ocasiones para desahogarme de lo mucho que echaba de menos a Carla. Ella no sólo me comprendía por ser sensitiva como yo, sino por su ruptura reciente con Andrew.

Hacía mucho que no quedaba con Estela. Las cosas entre ella y Eric tampoco estaban yendo muy bien. Yo lo sabía por el chico, quien me hacía participe de sus dudas cada mañana cuando salíamos a correr. No tenía muy claro si debía de seguir con ello, se veía incapaz de adaptarse al concepto de amor que Estela poseía. Aquella misma mañana, Eric me había confiado sus intenciones de interrumpir esa historia.

Estela me propuso que tomáramos un café rápido antes de que yo me volviera a enclaustrar en la biblioteca. Me llamó para decirme que había visto una película de terror la pasada noche que le encantó, así que se acordó de mí. Me dijo que el argumento le recordaba a mi historia, pues era de una chica clarividente que empezaba a tener visiones en un lugar costero donde había decidido pasar las

vacaciones. En la peli, ella descubría que hubo un crimen tiempo atrás justo en una de las casetas de aquel resort y que, como carga dramática y desenlace de la historia, el asesino se acababa enfrentando a ella.

Me lo contó todo mientras tomábamos café en la cafetería del campus. Se le veía pletórica. A diferencia de mí, estaba teniendo buenos resultados en sus exámenes. No sabía si debía hablarle sobre Eric, me preocupaba que fuera algo demasiado privado. Él sí me había hecho participe de la historia, pero desconocía si ella quería compartir sus reflexiones conmigo.

–Sé que Carla te ha dejado, ¿Cómo estás? –me dijo con voz más seria, abandonando el júbilo con el que me había contado el argumento de aquella película.

–No me hago a la idea. Siempre tuve miedo a mostrar cómo soy, que la gente me rechazase por esas cosas tan extrañas que me pasan. Imagínate cómo me siento después de abrirme, compartirlo con vuestro círculo de amigos y que la chica que tanto me gusta me acabe dejando por eso –confesé irritado.

–Si te sirve de consuelo, lo mío con Eric está bastante cerca de terminar. Lo presiento, aunque a mí no me vengan visiones ni nada por el estilo –dijo con cierto tono burlón, queriendo restarle importancia–. Pero estoy bien, las cosas no se pueden forzar y donde cuesta, es que ahí no es.

Me sorprendía lo tranquila que me lo contaba, la serenidad que no abandonaba incluso cuando pensaba que era una historia casi a punto de acabarse. Estela era siempre una sorpresa continua, tenía un comportamiento bastante predecible.

–¿No te entristece que se acabe? –me atreví a preguntarle.

–Mucho, Eric es un encanto de persona y una fiera en la cama –dijo entre risas, empecé a cuestionarme si estaba usando el humor para desdramatizar sus verdaderos sentimientos–. Aunque también pienso que soy como soy, no puedo lamentar no ser otra cosa para contentar a alguien. Creo que tú deberías hacer lo mismo con Carla. Si no es capaz de aceptar cómo eres, en serio, ya llegará otra chica.

Me quedé pensativo tras sus palabras. Aún no era capaz de asumir esa posibilidad, dejar atrás a esa chica y pensar que podía empezar algo con otra dentro de un tiempo. Tenía la amarga sensación de que nuestro idilio se había consumido demasiado rápido, casi sin haber tenido tiempo suficiente para disfrutarlo. Había estado muy a gusto con ella, era un castigo para mí que esa historia terminase siendo sólo

de unas semanas de duración. Estela volvió a bromear con su concepción poliamorosa.

–Es lo bueno de lo mío, no poner todos los huevos en la misma cesta –volvió a bromear–. No, en serio. Debo respetarme y estar con quien quiera las mismas cosas que yo. He intentado pensar como él, de verdad, no es que sea intransigente con mi determinación, pero no creo en la idea del amor limitado.

–¿Limitado? –repetí confundido.

–No considero que el amor sea finito, o mi capacidad de amar. Igual que un niño es capaz de amar profundamente tanto a su papá como su mamá, ¿por qué yo no a varias personas?, no pienso que mi capacidad de amar sea una cantidad determinada.

Me asustaba quedarme demasiado tiempo paladeando sus ideas. Me preocupaba llegar a entenderle porque, dentro de mí, pensaba que, si eso me ocurría, lo iba a tener como ella muy complicado para encontrar personas que buscasen lo mismo. Eso me hacía reflexionar sobre lo mío. Quizás era una utopía pensar que alguien que no tiene percepciones sobrenaturales fuera a querer estar con alguien que puede saltar de la butaca de cine sobresaltado porque ha visto un fantasma aún con la cabeza sangrante en la tercera fila. No podía forzar las cosas. Si Carla había decidido que no quería una relación con alguien así, debía entender que era un acto positivo porque estaba pensando en sí misma. La conversación con Estela fue muy útil para mí, aunque algo desesperanzadora también.

Volvía a estar frente a una hoja de examen. No pude evitar dar repetitivos golpes con el bolígrafo contra la mesa, nervioso mientras leía las preguntas y tenía dudas en muchas. Levanté la vista y comprobé en un reloj de pared que había en el centro del aula que aún quedaba tiempo para pensarlo bien.

Había estudiado mucho. Después de mi café con Estela, estuve toda la tarde estudiando hasta que cerraron la biblioteca y continué luego en mi propia habitación. Eric se había ido a jugar al baloncesto con su amigo Esteve, así que pude continuar repasando en silencio para el día siguiente. El examen era a primera hora, recién levantado. Me costó desayunar rápido y correr hacia la clase donde nos examinábamos. No me gustaba salir de la habitación con el tiempo justo. El examen era de *Neurociencia*, otra asignatura bien compleja. Volvía a ser tipo test y con la posibilidad de más de una respuesta correcta.

Dudé en muchas preguntas. Primero, fui respondiendo a las que más

seguro estaba de que me las sabía. Luego, me detuve más tiempo en las que tenía dudas. Y después, me permití dejar algunas sin contestar. Siendo tipo test, restaban puntos las preguntas que estuvieran mal contestadas, así que preferí no arriesgarme con algunas. Aunque aún quedaba un cuarto de hora, pensé que ya había hecho todo lo posible por aprobar. Recogí mis cosas, puse mi mochila a mis espaldas y caminé hacia la mesa del profesor con mi examen en la mano.

Era el profesor más longevo que nos impartía clases, aunque eso parecía dotarle de mayor conocimiento. Siempre nos daba información extra en cada tema, siendo capaz de extenderse en más de una ocasión de la duración de una clase. Nunca habíamos intercambiado ninguna palabra, pero sentía respeto hacia él y lo consideraba muy inteligente. Llegué a su mesa. Él alzó la mirada al ver que tenía a un alumno de pie, en frente suya, y extendió su mano para cogerme el examen. Durante un solo segundo, aquel folio con las respuestas tenía nuestras manos a la vez sobre él, uno en cada borde de la hoja. Justo cuando yo iba a soltar mis dedos para que él se quedase mi examen, volvió a pasarme. Esa sensación desagradable y nauseabunda de percibir algo malo, enfermizo. Todo mi cuerpo se estremeció al notar algo feo, negativo, siendo la hoja del examen como el conducto que unía su mano a la mía. Fue una sensación fugaz, pero muy molesta. Recordé cómo me había bebido el café del desayuno a grandes sorbos, rápido mientras me vestía, así como una magdalena que prácticamente había engullido de un solo bocado. Pude notar como lo poco que había ingerido antes de ir al examen correteó por mi cuerpo en ascenso. Esa sensación era tan mala que me resultó vomitiva.

No pude evitarlo, abrí mi boca casi por instinto y un fuerte torrente de vomito salió expulsado con rapidez de mí. Fue un acto impulsivo, incontrolable y que aquel veterano profesor consideró como vejatorio. Vomité encima de ese señor. Todo lo que expulsé cayó sobre él. Lamenté ver cómo su camisa blanca con rayas azules, pulcramente planchada, quedaba empapada por lo que expulsé por la boca. También ensucié el cristal de sus gafas. Fue horrible, un acto que no pude detener y que, de repente, se convirtió en la mofa de todos mis compañeros.

El profesor mantuvo los ojos cerrados, creo que sin saber cómo reaccionar, pero su carácter se fue agriando cuando escuchaba a todos los alumnos reírse a carcajadas de la situación. Yo me quedé inmóvil, asustado, no sabía qué hacer. Empecé a pedir disculpas, mientras intentaba con mi mano deshacerle de los restos de… bueno, mejor no ser explicito en esa parte de la historia. La cuestión es que ante el jolgorio que se creó en pleno examen, el profesor tuvo la convicción

de que había sido un acto premeditado.

Fue horrible. Se quitó las gafas y, pese a su alta miopía, prefirió no volver a ponérselas hasta que las consiguiera limpiar. Me gritó muy enojado que saliera del aula y amenazó con seguir echando a cualquiera que no dejara de reírse. Yo acaté su decisión, no sin antes lamentar ser testigo de cómo rompía mi examen ante mis ojos. Rompió la hoja que aún tenía agarrada en la mano, toda manchada con mi vomito.

Estaba claro, había vuelto a suspender y salí del aula temiendo peores consecuencias. No me bastó con abandonar el aula, decidí salir corriendo hacia fuera del edificio. Me ahogaba, estaba teniendo un ataque de ansiedad. No podía dejar de pensar en ese profesor angustiado por creer que había sido planeado al escuchar las risas del resto de alumnos. Me mataba la idea de que pensara que lo había hecho a conciencia para humillarle. Estaba demasiado nervioso mientras recorría el pasillo que se me hizo eterno hasta poder salir fuera, al exterior, donde intenté recuperar el aliento.

Deambulé por las pistas de entrenamiento mientras intentaba controlar mi respiración. Tenía clavada la mirada del profesor, esos ojos cargados de ira por haber sido víctima de un momento tan humillante. Las risas que vinieron a continuación no ayudaron, sino que lo cabrearon mucho más. Temía que pensara que todo había sido orquestado con anterioridad. Iba a ser difícil que abandonase esa idea. Di una patada a la tierra seca mientras intentaba controlar la ira que tenía acumulada en ese momento. Todo me parecía muy injusto y no aceptaba verme en aquella situación tan comprometida. Temía que no sólo me suspendiera.

Pensé en hablar con él. Miré hacia el aulario y tuve el impulso de volver, pero también me asustaba su reacción al verme de nuevo. Todo estaba demasiado caliente. Cogí mi teléfono y llamé a Christine, necesitaba su ayuda. Tras la ausencia de Carla, ella se había convertido en la primera persona a la que acudía cuando me sentía mal y esperaba algún consejo sobre qué hacer. Ella no tardó en invitarme a que fuera a su casa, ofreciéndome como en tantas ocasiones un café recién hecho de su clásica cafetera. Se estaba convirtiendo en mi mayor confidente.

En los últimos meses, había recibido una valiosa lección sobre la amistad. La universidad estaba resultando un reguero de personas que pasaban por mi vida y no todos se quedaban a mi lado. Cuando conocí

a Tom y Bruna nada más empezar el curso, pensé "*ellos son*", refiriéndome a quienes creía que me acompañarían en esa aventura que auguraba ser mi etapa universitaria. Me imaginaba crecer con ellos, incluso que llegasen a ser amistades longevas que me acompañasen en otros momentos de mi vida. No fue así. Luego, conocí a Eric y a sus amigos, sentí que Estela era con quien más había conectado, pero nos fuimos distanciando sin que pasase realmente nada malo entre nosotros. Conecté mucho con Austin, el propio Eric y Carla, esperaba que ellos sí perdurasen, pero mi nueva amistad con Christine se estaba convirtiendo también en algo muy especial para mí.

Ella era como yo, convivía también a diario con esas cosas extrañas que siempre iban conmigo. Podía entender cómo me sentía y lo duro que era a veces cuando interfería en mi vida personal. En sólo unos días, Carla me había dejado y ahora tenía un gordo problema respecto a mi porvenir estudiantil. Aprendí a aceptar que el tiempo nos acercaba en ocasiones más a unos que a otros y, en ese momento, el mejor cobijo que encontraba era la casa de Christine.

–Sí, debes hablar con él, pero cuando esté más tranquilo –me aconsejó tras ofrecerme café y escucha–. Podemos intentar contactar con tus guías, quizás ellos te puedan confiar que le ocurre a ese señor para que te trasmitiera tan mala sensación.

Me parecía buena idea, di un último sorbo al café y volvimos a enclaustrarnos en esa pequeña habitación que ella destinaba a sus sesiones. Volvimos a bajar las persianas, encender las velas y sentarnos en el suelo. Nos dimos las manos y cerré los ojos mientras Christine hacía la oración de protección como solía hacer siempre al inicio de cada sesión.

Me dijo que me concentrase en ese hombre y en el malestar corporal que había sentido al tenerlo tan cerca. Me costaba hacerlo. Cuando pensaba en su cara, también me venía su enfado hacia mí y me preocupaban sus represalias. Tardé mucho en centrarme, pero Christine siempre era paciente conmigo. Esperó en silencio a que yo pudiera contactar con mis guías. Era difícil separar la imagen de ese hombre con l0 que yo personalmente sentía. Así se lo dije a mi amiga, compartí lo mucho que me estaba costando.

–Es algo que debes de aprender. En las lecturas, a veces te pasará que sean personas relacionadas contigo y eso no puede interferir. Visualiza su rostro, céntrate sólo en eso, ignora el resto de pensamientos y emociones –me aconsejó Christine sin abrir los ojos y sin soltar mis manos.

Era paciente, no le importó que estuviéramos un buen rato ahí, en la nada, con apenas luz y en completo silencio. Cuando pensaba en el profesor, intentaba recrear mi recuerdo más reciente, lo que había pasado esa misma mañana. Pero estaba demasiado sujeto a lo que había pasado, en su enfado conmigo y esa mirada de furia al creer que lo había hecho aposta. No podía conectar con ello, así que opté por recordar su rostro en alguna clase anterior que había tenido con él. Visualicé cuando nos hablaba con énfasis, dando la clase, bien concentrado en su explicación. Pude recordarlo ahí, sentado en la mesa del profesor, proyectando su voz para que toda la clase pudiera escucharlo sin dificultad. Me fijé en la pizarra que tenía a su lado y vi que había una palabra escrita en letras grandes con tiza. Era información de mis guías, no se trataba de algo que hubiera estado en la vivencia que estaba yo invocando. Leí la palabra "*cáncer*" y entendí que ese era el mensaje. Abrí los ojos y compartí lo que había visto con Christine.

–Es algo que también te puede suceder. Cuando estás cerca de alguien con una enfermedad grave o terminal, es muy probable que te sientas tú también mal o con síntomas –me explicó con su habitual serenidad, como quien comparte una receta–. Has percibido su enfermedad y tu cuerpo ha reaccionado. El problema es que es una averiguación demasiado íntima para hablarlo con ese hombre.

–¿Y qué hago entonces? –pregunté, reclamando ayuda.

–No lo sé –admitió Christine levantando ligeramente sus hombros como gesto de lamentar no poder darme otra respuesta–. Aun contándole que has percibido lo que le ocurre, puede ser violento por ser un tema del que no le guste hablar.

Christine tenía razón. Tenía un serio problema con ese profesor. Me quedé pensativo en el suelo mientras ella se ponía en pie e iba hacia la ventana con la intención de volver a subir las persianas.

–Por cierto, hay algo en lo que te necesito –me dijo de espaldas a mí, mientras hacía que regresase la luz natural a esa pequeña habitación–. He hablado con el policía que te comenté que me pide ayuda en casos y hay algo nuevo en lo que me vendría genial tu ayuda.

–Claro, cuéntame –dije animado, levantándome del suelo y sintiendo que eso podría darme ese impulso que necesitaba ante tantos nervios y preocupaciones.

Aunque la historia de Celine no se había resuelto de manera satisfactoria para mí, tenía ganas de volver a intentarlo. Eso aliviaba mi sensación actual de rechazo y lamento por ser como era. Conocer un nuevo caso volvía a hacerme sentir útil e importante.

Christine buscó su teléfono, que lo había dejado en la cocina y silenciado para que no nos molestase durante la sesión, y me mostró una imagen de la persona que necesitaba nuestra ayuda. Se trataba nuevamente de una mujer, Rose Marie, debía tener alrededor de cincuenta años. Tenía el pelo tintado de un rojo oscuro, ojos verdes y pómulos bien marcados. Su rostro en aquella fotografía era afable, familiar. Christine me dijo que tenía dos hijos y, casualmente, uno de ellos estudiaba en nuestra universidad. Y no sólo eso, ese hijo era bien conocido por ambos. Se trataba de la madre de Andrew.

CAPITULO 18
“humano, al fin y al cabo”

Christine había aceptado colaborar con la búsqueda de la desaparición de Rose Marie, quien casualmente era la madre de Andrew. Su contacto en la policía no había pasado por alto el detalle, estaba al tanto del parentesco y pensó que eso podía alentar las percepciones de ella para que rápidamente hubiese pistas que seguir. Christine aceptó, pese a sus reticencias por la conducta de su exnovio y los descalificativos que siempre había tenido respecto a su don.

–Me da igual, él no sabrá que yo ayudé a encontrarla –dijo Christine cuando le pregunté si le afectaba que la persona desaparecida fuese familiar de Andrew–. Si averiguamos algo, se lo diremos a la policía y son ellos los que terminarán de hacer su trabajo. Su hijo es un cretino, pero esa mujer siempre se portó bien conmigo, la verdad.

–¿Y tienes alguna sospecha de lo que puede haber pasado?

–Rose Marie trabaja como enfermera en el hospital. Se levantó como cada mañana bien temprano, cogió su coche y nunca llegó a su lugar de trabajo. El coche ha aparecido cerca de la carretera, vacío, sin ningún objeto personal que ella llevase encima.

Yo tenía el móvil de mi amiga cogido en mi mano, sin dejar de mirar esa fotografía. Volvía a darme terror ver una cara sonriente y temer que le había podido pasar algo malo. Se le veía feliz, Christine me comentó que tenía un carácter alegre, siempre cordial con cualquiera que se ganaba su simpatía. Le pregunté qué podíamos hacer, cuál podría ser el punto de partida.

–Me han pasado la dirección donde ha aparecido el coche, tal vez deberíamos ir allí. Quizás podamos sentir si fue una fuga voluntaria o un rapto. ¿Haces algo esta tarde?

Tenía que estudiar, aún quedaban algunos exámenes que hacer. Sin embargo, mis dos suspensos más ver como mi hoja de examen había sido rota ante mis narices me desalentaba a seguir estudiando. Al menos, durante aquella tarde. Sentía poco ánimo hasta que vi la fotografía de esa mujer desaparecida. Quería ayudar y deseaba que fuera rápido antes de que el desenlace se precipitase y fuera trágico como el de Celine. Negué con mi cabeza el tener algo que hacer esa tarde y accedí a acompañarle.

Se trataba de una carretera bien transitada. Christine aparcó justo

donde había aparecido el coche de esa señora. El vehículo aún estaba ahí, estaba siendo inspeccionado por la policía. Bajamos del coche y Christine se apresuró a saludar a uno de los agentes. Se trataba de Ralph, su contacto dentro de la comisaria y quien confiaba tanto en ella. Quería que lo conociera, así que la seguí dispuesto a presentarme.

–¿Así que este es tu nuevo ayudante? –bromeó aquel hombre.

Debía tener alrededor de cuarenta años. Tenía cara de hombre bonachón, era asiático y con un hoyuelo bien marcado en su barbilla. Me fijé en cómo miraba a mi amiga, con gran respeto y afecto. Me dijo estar muy agradecido con ella, lo mucho que les estaba ayudando en casos así.

–Ha hecho mucho y le estoy muy agradecido, no sólo yo, sino todas esas familias a las que ha podido ayudar –dijo Ralph con orgullo, mientras Christine se ruborizaba y le quitaba importancia–. Sé que lo vuestro no siempre es comprendido, incluso a veces os tratan de farsantes, pero es una valiosa arma para nosotros. A veces, una escena del crimen no es suficiente, no siempre se encuentran indicios sólidos para crear una línea de investigación. Christine es esa ayuda extra, como cuando pides una pista adicional en un juego complicado –añadió a modo de broma, dándole un honesto abrazo a la chica.

Me sorprendió escuchar a un agente de policía hablar así de una persona con mediumnidad. En mi mente, durante muchos años, esa había sido una situación imposible. Había crecido con el miedo de ser rechazado y que sólo me encontrase con personas como Andrew. Era bien paradójico que allí estuviéramos, intentando encontrar a su madre y recibiendo los halagos de un policía agradecido.

Christine le pidió al policía que nos quedásemos a solas en ese coche que ya habían inspeccionado. Ralph hizo un gesto a su compañero para que saliese del coche y se apartase, permitiendo que nada nos interfiriese. Christine me pidió que subiera al coche con ella, me necesitaba.

Me senté a su lado como copiloto. Christine puso sus manos en el volante sin ponerlo en marcha y cerró los ojos para concentrarse. Yo hice lo mismo. El ruido del tráfico era fuerte, costaba centrarse, pero lo intenté. Quise visualizar a esa mujer que había conocido a través de una foto e imaginarla allí. El vehículo no había sufrido ningún siniestro, ni había sido forzado. Simplemente, había aparecido allí sin su propietaria dentro.

Estar dentro de su coche, me permitía conocer más a esa mujer. Empezaron a llegarme algunos detalles sobre ella, aunque parecían pequeños e insignificantes. Pude verla trabajar en el hospital, siempre

con una enorme sonrisa y buena disposición. La vi también en su casa, le encantaba pasar largas horas en su cocina, preparando tomate frito. Disfrutaba llenando la mesa de platos preparados por ella a su familia, en especial a Andrew, que era su hijo más glotón. Nada, no era capaz de ver más sobre ella.

–No está muerta –dijo Christine entre susurros, casi como un pensamiento que ignoraba estar diciendo en voz alta–. La estoy viendo, Ryan, está bien.

Abrió los ojos y suspiró aliviada, decía saber dónde estaba. Bajó del coche y corrió a donde estaba Ralph con el otro agente. Allí les explicó que había sido una fuga voluntaria. Ese caso fue más fácil de solucionar para ella, eran muchas las horas que había compartido con esa señora que casi había sido su suegra. Christine sabía que Rose Marie tenía una hermana soltera en Seattle, allí es donde estaba. Eran constantes las peleas con su marido, así que acorralada había decidido irse sin decir nada. Sabía que iba a preocupar mucho a su familia, pero estaba agobiada y sin saber qué hacer. Christine le explicó que la había visto allí, hablando nerviosa con su hermana con un teléfono en mano y sin saber si llamar a sus hijos para no inquietarlos demasiado. Había dejado su vehículo allí en un momento de alta presión, cuando la idea de desaparecer del todo había latido con más fuerza.

El policía anotó todos los detalles en una pequeña libreta que llevaba consigo y le dio las gracias a mi amiga una vez más por su ayuda. Christine volvió a restarle importancia y empezó a caminar hacia su coche, seguida de mí.

–Oye, Ryan, ¿puedes venir un momento? –me dijo Ralph cuando vio que yo también me marchaba, casi a punto de subir al coche de mi amiga.

Me extrañó que me llamase. Yo apenas había podido ayudar en esa investigación, no merecía sus agradecimientos. Ralph, sin embargo, así lo hizo. No sólo por haber ido hasta allí para ayudar en ese caso, sino que estaba al corriente de que el caso de Celine se resolvió gracias a esa voz que yo escuché en mi cabeza.

Volvió a abrir esa pequeña libreta y anotó algo en una hoja que arrancó y me dio a mí para mi sorpresa. Se trataba de su número de teléfono.

–Me gustaría contar contigo también, si a ti te apetece. Estamos muy contentos con Christine, nos está ayudando mucho, pero necesitamos más gente como vosotros –dijo, para mi sorpresa–. Me encantaría decir que vivimos en una ciudad segura donde no ocurre nada, pero lamento que no es así. Están aumentando los casos criminales, vamos

saturados y vosotros sois muy valiosos para las investigaciones.

No sabía qué decir, estaba emocionado de que quisiera contar conmigo. Cogí ese papel con su número apuntado y anticipé una sonrisa antes de mi contestación.

–Estaré encantado –dije contento por esa gran oportunidad.

Ralph quería que no sólo fuera el ayudante de Christine en esas investigaciones, sino poder darme a mí también algunos casos. Confiaba en mi instinto, bueno, en mi don, y quería estar en contacto también conmigo, disponer de mi colaboración. Guardé con cariño el papel en mi bolsillo y fui hacia el coche casi dando brincos. No tardé en compartirlo con mi amiga, emocionado de yo también poder serle útil a la policía. Esas investigaciones estaban abriendo un nuevo mundo para mí y paliaban cómo me sentía en ese momento por cómo me iban las cosas en el campus.

Eric se solidarizó conmigo cuando le hablé de lo ocurrido en el último examen, donde empecé a sentir esas incontrolables náuseas y llené al profesor de vómito. Hubo algo gracioso en cómo lo conté que hizo que se riera de la situación, comparándome con esa mítica escena de *El Exorcista*. Me hizo gracia a mí también, pero dentro de mí estaba muy preocupado por las consecuencias.

–Mañana iré a hablar con el profesor. No sé qué contarle, pero tengo que intentar convencerle de que no fue premeditado.

–Perfecto, pero eso será mañana, hoy nos vamos a una fiesta.

Había una fiesta universitaria esa misma noche, una de tantas que se celebraban bajo cualquier excusa. Las fraternidades solían crear motivos con los que festejar. Creo que era la fiesta de la *Ecología*, o eso fue la semana anterior, no lo sé, cada jueves algo se inventaban. Eric ansiaba salir y beber, había terminado por romper con Estela y necesitaba desinhibirse. Me preocupé por saber cómo se encontraba, si lo estaba llevando mal, pero no parecía excesivamente afectado. Insistió en esa fiesta y se pidió el primer turno para entrar en la ducha.

Así que me quedé a solas, sentado en mi cama, esperando a que el terminara de asearse. Estaba preocupado. Temía que el profesor hablase con el decano y las cosas se me complicasen. Mis primeras notas no estaban siendo buenas y temía que me acabasen considerando un estudiante de mal provecho.

La fiesta en la fraternidad a la que fuimos nada se diferenciaba a las anteriores. Ahí estaban esos característicos vasos rojos de plástico que todos pretendían tener siempre llenos y esa música estridente que sonaba a través de varios altavoces. Me alegré de ver a Austin allí y, más me contentó ver que no había ido solo a la fiesta. Vino a saludarme y a presentarme a Wes, un chico que estaba empezando a conocer. El chico se veía simpático, al menos, me dio mejores impresiones que su anterior chico. Me gustó verlo así, feliz y entusiasmado por estar conociendo a alguien. Tomamos algo los tres mientras Eric estaba entretenido en ver qué tal estaban las chicas que nos rodeaban.

También vi que estaba ella entre el tumulto de estudiantes que bailoteaban mientras bebían cerveza sin cesar. Ella estaba algo más parada, quizás pensativa, al lado de otra chica que también me sonaba de vista. Carla había ido a la fiesta con su compañera de habitación. No sabía qué hacer, decidí darle su espacio, incluso aceptar muy a mi pesar su decisión. Sin embargo, verla me daba de nuevo un vuelco al corazón.

La veía guapísima, esa mirada dulce y lo bien que le sentaba ese vestido que había escogido en tono rosado. Deseaba acercarme, volver a tenerla entre mis brazos, confesarle lo duro que estaba siendo no estar a su lado, pero no sabía si debía hacerlo. Hundí la mirada en aquel vaso de cerveza que estaba bebiendo y me encogí de hombros en un gesto de resignación. No entendía cómo se había echado todo a perder. Me entristecía pensar que no quería a alguien como yo a su lado, que hubiera sido precisamente por mi don.

Bajé la mirada al suelo y recordé cómo solía hacerlo cuando vi a esos primeros espíritus manifestarse en mi habitación de adolescente. Recuerdo el miedo que me daban y cómo prefería no alzar la vista. Durante mucho tiempo, eran sólo piernas lo que visualizaba, incluso aprendí a averiguar cosas de su historia por el tipo de calzado que llevaban. Tiempo después, ahí estaba, de nuevo fijándome en el suelo y las piernas de toda esa gente que me rodeaba. Como si de un encantamiento se tratase, sólo levanté mi vista cuando volví a escuchar su voz cerca de mí.

–Hola –dijo con su característica timidez, una única palabra mientras tuvo que deleitarse con mi cara de sorpresa, por verla allí, tan cerca de mí y con ganas de hablar conmigo.

No entendía nada, había rechazado todas mis iniciativas de que lo hablásemos. Sonaba triste, pero era una historia que había dado por perdida. Me alegraba verla de nuevo, aún sentía cosas por ella, pero no entendía qué quería en ese momento.

–Hola Carla, ¿qué tal estás? –dije con un tono algo gélido, quizás desinteresado mientras mi cabeza aún intentaba procesar su acercamiento.

–Creo que deberíamos hablar, ¿buscamos algún lugar menos ruidoso? –me propuso.

Es cierto que tenía dificultades para escucharle. Estaba rodeado de alumnos divirtiéndose, desfogándose después de una semana intensa de exámenes. Además, sonaba una música estridente que me negaba a denominar como canción, era más parecido al maullido de un gato abandonado con un *sample* repetitivo de fondo. Carla empezó a caminar con la espera de que le siguiese, subiendo las escaleras que conducían al área de habitaciones dentro de aquella enorme fraternidad masculina.

Las habitaciones libres se solían dejar abiertas a modo de cortesía, por si alguna pareja tenía ganas de festejar de otra manera y con privacidad. Esa habitación me recordó a aquella donde tuve la mala suerte de encontrarme con un espíritu suicida que dominó mi voluntad, queriendo que me tirase por la ventana. Temí que algo así me sucediera en ese cuarto, encerrado junto a Carla.

Nos sentamos en el borde de la cama y le pregunté algo serio qué era lo que quería decirme. No pude ocultar cierta molestia al haber pasado de mí durante días.

–Lo siento, pero la situación me sobrepasó –empezó a decir Carla a modo de disculpa, levantando su mirada al techo, luego al frente y después a cualquier sitio menos mirarme a la cara. Le estaba costando hablar de ello–. Ver todo lo que estaba sucediendo en ese teatro, verte a ti perder el control por tus dones, me hizo replantarme si yo estaba preparada para estar con alguien así, diferente, como tú.

–¿Cómo soy yo?, ¿tan diferente me ves? –planteé con cierta aspereza–. Al igual que tú, intento conocerme a mí mismo y hacerme un sitio en esta vida. Puede que me ocurran cosas extrañas, que no a todo el mundo le ocurren, pero sigo teniendo muchas cosas en común con cualquier joven de dieciocho años.

–Ya bueno, no quise que se me malentendiera, yo me refería a…

–No, Carla, supe perfectamente cómo pensabas y tengo que decirte que estoy dolido –expresé sin dejar que terminara su frase, alterándome un poco–. Es una actitud egoísta dejarme porque todo lo tendrías más fácil con un chico que sea como el resto, sin estas anomalías, ¿verdad?

–Yo no lo nombré así, Ryan. No considero que seas anormal.

–Aunque lo sea, me quiero y me respeto. Es lo que más he aprendido a hacer este año, aceptar todo lo que me ocurre y… después de todo, he descubierto que eso no me hace tan diferente al resto. Todos estamos asustados, da igual que en mi caso sea por un fantasma que me observa a los pies de la cama o sea por un profesor molesto que amenaza con suspenderme. Tal vez yo no sea tu chico y ánimo en buscar alguien más sencillo, pero creo que todos estamos librando batallas –me desahogué, eran cosas que había estado pensando durante todos esos días que no había sabido de ella, repasando una y otra vez lo triste que me había sentido cuando había decidido romper lo que teníamos.

Carla terminó por tumbarse en esa cama, no sin antes dar un resoplido y cerrar los ojos. Quizás no estaba siendo la charla que ella pretendía, pero yo sí debía ser honesto con ella y decirle todas esas cosas que pensaba. Aun así, lamentaba ver su gesto de derrota y disconformidad. Se quedó ahí tumbada y, sin abrir los ojos, me siguió hablando, aunque con un cierto tono de cansancio.

–Me he equivocado, lo asumo, me dejé llevar por mis miedos. Tú llevas toda una vida acostumbrándote a tus cosas, para mí es todo muy nuevo y me ganaron las inseguridades –se sinceró.

Yo seguía sentado en el borde de la cama, observándola y sin saber qué hacer. Una parte de mí quería tumbarse a su lado, decir que me había hecho mucha ilusión que me buscase con intención de arreglar las cosas. Otra parte de mí sentía que debía pensar en mí y asumir que algunas personas iban a ser capaces de rechazarme por considerarme demasiado distinto. La miré dubitativo y decidí escucharme. Dentro de mí, también había muchas contradicciones y miedos. Finalmente, dejé que mi cuerpo hablase y fui desplomándome, hundiendo mi espalda hasta tocar ese cómodo colchón, tumbándome a su lado y cogiéndole de nuevo de la mano.

–Me alegro de que hayas querido que lo hablásemos –le dije aproximando mi boca a su oído, susurrándoselo, escuchando a esa parte de mí más visceral y que actuaba desde las emociones.

Carla abrió sus ojos y sonrió, buscando mis labios y besándome. Volvió a susurrar que lo sentía, que lamentaba haberme dejado y me pidió una nueva oportunidad. Yo respondí con mi cuerpo, dándole más besos, más abrazos y más cosas que poder hacer sobre esa cama.

No quise despegarme de Carla después de habernos podido reconciliar. Había echado mucho de menos lo reconfortable que era dormir cerca suya. Conseguí colarla en el pabellón de chicos y durmió

en mi habitación. Eric no regresó en toda la noche, seguramente necesitaba una dosis extra de fiesta después de haberlo dejado con Estela. Así que pudimos estar solos en mi habitación hasta que una luz casi cegadora desde la ventana nos avisó que ya había amanecido. Carla suplicó quedarnos un poco más, pero yo tenía algo importante que hacer.

–Quédate en mi cama si quieres, yo tengo que hacer algo.

Estaba nervioso, demasiado. Podía sentir cómo la boca se me resecaba mientras esperaba en un banco que había junto al despacho del decano. Era la máxima autoridad dentro de la universidad y, seguramente, no lo hubiera conocido en persona de no haber vomitado encima a un profesor al acabar un examen. Dicho profesor humillado estaba también dentro, podía escucharle, aunque la puerta estaba cerrada, seguía muy molesto conmigo y tenaz en que había sido una vejación preparada con anterioridad. Yo esperaba en un banco de madera a solas, no había ningún otro estudiante a mi lado.

Había escogido mi mejor ropa. Iba bien arreglado con una camisa típica de los domingos en familia, bien repeinado y mi escasa barba debidamente afeitada. Quería dar buena impresión al decano, no sabía qué decirle, pero quería convencerle de que no era un *tiparraco* capaz de querer quedar gracioso delante del resto de los estudiantes.

El profesor humillado fue quien abrió la puerta después de asegurarse de que había convencido al decano. Me miró con rostro de pocos amigos y me dijo que pasase. Me levanté de ese banco y entré con sigilo al interior del despacho. El decano debía tener la misma edad que el profesor. Ambos me saludaron con cierta frialdad y no mostraron compasión cuando les dije que había acudido al examen pese a no estar bien físicamente.

No quise hablarle de esa desagradable sensación que de nuevo estaba sintiendo al tener a ese hombre cerca, podía notar cómo una enfermedad letal corroía su cuerpo. Eso me dijeron mis guías, se estaba muriendo. Yo, sin embargo, no podía decir nada, estaba ante gente conservadora y mayor que seguramente iba a pensar que se trataba de otra broma de mal gusto. Me excusé en haber tenido molestias durante toda la noche anterior y que fue un acto involuntario. Además, pedí perdón.

–No se imagina cómo se puso la clase, todos riéndole las gracias a este chiquillo. Además, no ocultó una sonrisa después de hacerlo –mintió el profesor, cegado por su deseo de justicia.

–Eso no es cierto –murmuré entre dientes, sin saber si era mejor callarme o contradecir al profesor.

El decano permanecía callado, me escuchaba atentamente, pero con cierto ceño fruncido y labios bien tensos. Volví a insistir en mi inocencia e ignoré cómo el profesor seguía insistiendo en su convicción de que lo había hecho aposta.

–Lo siento mucho, Ryan, pero no podemos admitir ese tipo de actitudes en un centro educativo con tanto prestigio como el nuestro –se pronunció el decano, con voz gruesa y cierto tono imperativo–. Lamento decirle que vamos a expulsarle.

Escuchar esas palabras fue como escuchar un fuerte estruendo dentro de mi cabeza. Esperaba un castigo, un suspenso más a mi lista, pero no que este incidente acabara con mi permanencia en la universidad. Pude ver el corrosivo gesto de victoria en aquel profesor, eufórico por haberlo conseguido.

No entendía cómo malgastaba tanta energía en algo tan insignificante en su vida, más teniendo en cuenta la enfermedad que padecía. Comprendí que no sólo era el cáncer lo que me producía malestar al tenerlo cerca, sino también su falta de humanidad y escrúpulos. Mi cuerpo era capaz de advertirme de todas esas personas malas que nos rodean, mezquinas, aunque no tengan apariencia de sombra amenazante o demonio de ojos rojos. Ellos sí eran visibles para todos, pero calzaban mejor disfraz.

No había nada que hacer, acaté la decisión y abandoné el despacho del decano. El pasillo que tenía que recorrer para salir del edificio me pareció infinito. De repente, dentro de mí, vino el recuerdo y las emociones previas que tenía antes de llegar allí. La vida universitaria era mi sueño, me ilusionaba cómo iba a ser esa etapa para mí. Sin embargo, había suspendido todas las asignaturas en las que me había examinado y acababan de expulsarme. Lamentaba que las cosas no hubieran salido como esperaban, pensé mientras salía al exterior. Estaba derrotado, sin fuerzas, sintiendo que había sido desterrado.

Miré a mi alrededor y vi estudiantes entusiasmados. Había un grupo de chicas que correteaban cerca de las pistas de entrenamiento mientras miraban de reojo a los alumnos deportistas. Observé también a dos jóvenes que iban con un libro abierto sobre sus manos, repasando rápidamente antes de meterse en el aulario de exámenes. Vi también a un grupo de chicos reírse y alardear de lo bien que les había ido en la última fiesta universitaria. Miré a todos ellos y me detuve en un grupo de estudiantes que tenía delante, sentados en el césped. Uno de ellos era Andrew, charlaba animado con amigos,

probablemente mucho más feliz desde que su madre había vuelto a dar señales de vida.

Sentí gran impotencia de que la gente como yo tuviese una vida más complicada y luego ayudase a personas que nos rechazaban como ese chico. Me dolía todos los adjetivos que había utilizado para dirigirse a su exnovia, acusando de brujería todas sus capacidades sensoriales y tildándola de *friki* extraña de lo paranormal. Ahí estaba, feliz y ajeno de que Christine y yo habíamos contribuido a acortar el sufrimiento de su familia por no saber dónde estaba su madre. Todo era más sencillo para él, yo casi había perdido a Carla por ser distinto y acababa de perder mi plaza en el campus.

No quería agrietar mi carácter como el profesor vengativo, pero sí necesitaba hablar con él. Reivindicar la imagen de la que se había convertido en mi mejor amiga. Caminé hasta el césped, interrumpí su conversación entre amigos y le pedí un momento para que hablásemos. Andrew se puso en pie, se sacudió los vaqueros con sus manos para retirar algunas hierbas adheridas a él y se alejó del resto, siguiéndome.

–¿Cómo está tu madre? –le pregunté, para su desconcierto.

Andrew no tardó en reaccionar, bloqueado por unos instantes por no recordar haberme hablado del sobresalto que había significado su desaparición por unos días. Apenas hablábamos últimamente, excepto para recordarnos fechas de exámenes y dejarnos apuntes.

–Bien, ha vuelto a casa, ¿quién te lo ha contado?

–No he necesitado que me lo cuenten, ¿será cosa de brujas? –le dije con cierto tono burlesco que me salió del alma, estaba molesto al recordar los calificativos que había usado para describir a Christine–. Supongo que lo desconoces, pero tu exnovia, esa que tratas de loca y hechicera, contribuyó a saber dónde estaba.

–No sé a qué te refieres, ni me gusta tu tono –dijo, molesto.

–Yo también soy como Christine, también veo muertos, tengo sensaciones y sorpresa, algunas de esas cosas hacen algo tan valioso como que tu madre vuelva a estar ahora mismo en tu casa, seguramente preparándote abundante comida para cuando vuelvas –dije alterado–. Andrew, respeta, sólo te digo eso, que seamos distintos a ti no nos hace inferiores, ni bichos raros.

–No sabía que Christine había ayudado con eso –dijo algo serio, quizás pensativo, lo cierto es que me daba igual cómo se lo estuviera tomando, pero necesitaba decírselo–, ni tampoco que tú también fueras así.

–Pues ya ves, y no vengo en escoba al campus cada tarde –dije con burla–. Estuve dentro del coche de tu madre, que dejó aparcado en la carretera, harta de tu padre y con las ganas desesperadas de huir de aquí. Pudimos notar que estaba bien y dónde podían localizarla. Cada vez que vuelvas a ver a tu madre, mirarle a la cara o inflarte a su tarta de queso, acuérdate de nosotros y que fue por nuestra ayuda.

–Bueno, pues gracias, supongo –dijo con diferente tono, algo preocupado por verme en ese estado–. Disculpa si no usé las mejores palabras para referirme a mi ex y sus poderes.

–No son poderes, es un don, o más bien algo nuestro. En fin, que, si queda algo de bondad en ti, no estaría mal una disculpa para Christine. Esa chica está siendo muy solidaria y buena gente queriendo ayudar a tantas personas con sus habilidades.

Andrew se limitó a mover su cabeza de arriba abajo, me aseguró que lo iba a hacer, así como volvió a disculparse de haber usado esas palabras para dirigirse a alguien como yo. Acepté sus disculpas y me di la vuelta, caminando hacia la que había sido mi habitación durante esos meses.

Seguía sin creerme que ya no iba a estar allí, que había terminado mi carrera universitaria en ese centro. Quería regresar a estar junto a Carla, cobijarme en su abrazo o incluso volver a esa cama que pronto iba a dejar de ser mía. También quería ver a Eric, a Austin, incluso una visita a la casa de Christine si me daba tiempo. Quería que todos supieran lo ocurrido y, mientras lo pensaba, caminando por ese césped de verde brillante que tanto adoraba, empecé a sentir que no estaba tan mal como imaginaba. Primero fue una sensación, quizás una intuición de las mías, pero luego fue una realidad. No, no lo estaba. Me sentía bien.

Puede que como estudiante hubiera sido un fracaso, pero era mucho lo que había aprendido desde que me tumbé en ese césped por primera vez junto a Tom y Bruna. Eran muchas las vivencias que había tenido, me había conocido más que nunca y, aunque ahora fuera expulsado, yo sí me aprobaba con nota a mí mismo. Sabía quién era, lo que quería y lo que no estaba dispuesto a admitir.

Quizás lo intentaría en otra universidad el otro año o quizás no, quién sabe. Bajé mi mano al bolsillo de mi pantalón y recuperé ese papel arrugado del que no quería desprenderme. Era el teléfono de ese policía que sí estaba agradecido con nosotros, que sí consideraba valioso nuestro don. Pensé en Celine, en la madre de Andrew y esperaba ansioso poder ayudar a más personas que me necesitaran. Eso valía más que un título universitario. Mi vida en el campus me

hizo descubrir cuál era el mayor sentido que podía dar a mi vida, a ser como soy, a que ser diferente había pasado a ser una bendición.

El rostro de Carla cuando le conté que me habían expulsado fue equivalente a ver con sus ojos el espectáculo que monté en ese teatro, los mismos ojos de asombro y cierto pudor a que hiciese algo que ella jamás se hubiera consentido. Pese a eso, aprendió de lo que nos había ocurrido y supo apoyarme. Estaba aprendiendo a aceptar que mi vida iba a ser siempre distinta y, por lo que estaba empezando a conocer, llena de sobresaltos. Supo empezar a entenderme, fue generosa con entregarme su apoyo incondicional y las cosas fueron francamente bien entre nosotros.

Ahí estábamos, unos años después en nuestro propio hogar. En esa visión tiempo atrás que se acabó materializando. La vida nos llegó a ese momento, ocurrió, estaba predestinado. Carla contaba eufórica a sus padres y a los míos que íbamos a ser padres. Yo sentí que flotaba, fui corriendo a besarla apasionadamente mientras todos nuestros seres queridos celebraban la noticia.

No fueron las cosas tan mal, de verdad. Nada es tan tremendo como imaginas cuando el decano con cierto tono altivo te dice que estás expulsado de la universidad, que es un centro muy prestigioso que no merece comportamientos como los tuyos. No es el fin del mundo, creedme. Tampoco lo fue cuando Tom se marchó cuando más lo necesitaba, justo al morir nuestra querida amiga en común. Las cosas simplemente pasan, cambian o dejan de doler.

Estar tan cerca de los muertos me ha hecho sobre todo conocer mejor nuestra condición humana. Entiendo mejor las cosas que importan y las que no merecen ni un minuto más en nuestras cabezas. He vivido toda mi vida rodeado de gente a la que le había llegado su momento, que una vez muerta, daba igual un suspenso o que su pareja le hubiese dejado. Aprendí a reconocer las cosas que importan y a que, cuando un camino se acaba, otros aparecen. En el caso de ellos, el más allá.

No volví a retomar mis estudios de Psicología, mi don me hizo descubrir una manera mejor de ayudar a las personas. Sigo colaborando con la policía en infinidad de casos. Algunos no llegamos a tiempo como ocurrió con Celine, pero también he recibido abrazos de familiares que celebran haber recuperado a sus hijos, hijas u otros seres queridos que desaparecen de forma misteriosa.

Además, al igual que Christine, habilité en mi nueva casa una pequeña habitación para las consultas. Ayudo a gente honesta que se acerca a mí con buenas intenciones, deseosa de que les ayude a

contactar con ese ser querido que quizás se ha marchado antes de tiempo.

Podía hablaros largo y tendido de todas esas sesiones, de cómo algunas terminan en lágrimas de felicidad porque durante unos instantes y aunque ellos no los ven, sienten que vuelven a estar en contacto con esa persona fallecida. Podía hablaros de apasionantes investigaciones, algunas incluso acompañado de mi inseparable amiga Christine. Son historias que os encantarían, pero decidí que la parte más importante de mi vida es en la que me sentía perdido, errante y sin saber qué hacer.

Esos escasos tres meses en el campus fueron decisivos para mí, porque pasé de ser un chico temeroso de alzar la vista y ver un espíritu al completo a colaborar con la policía en investigaciones. La parte más constructiva de mi vida ha sido justo ese tramo, cuando aprendí a conocerme, entenderme y saber qué hacer.

Da igual que seas profesor, carpintero, podcaster o espiritista, todo requiere un proceso y en el que es inevitable que los miedos te acompañen. Hay que pasar por ahí. Lo harás mal muchas veces, habrá cólera en ti por sentirte perdido y con poca esperanza. Pero todo pasa y, al final, estarás como yo en una mesa rodeado de tus seres queridos celebrando tus victorias.

Y cuando creas que ya has aprendido todo, una nueva aventura se iniciará. En mi caso, la paternidad. Menos mal que ya he preguntado a mis guías y será una niña obediente. He decidido llamarla Bruna… o quizás Celine… no lo sé, tengo nueve meses para pensármelo. Aunque intuyo que Carla ya tendrá pensado otro nombre. Presagio tener una nueva bronca con ella.

En realidad, sólo espero que mi hija, nazca como nazca y sea como sea, nunca sienta temor a sentirse diferente.